
LA PROMESA DEL DRAGÓN
ELIZABETH LIM

El libro que ahora tienen en sus manos, es el resultado del trabajo final de varias personas que, sin ningún motivo de lucro, han dedicado su tiempo a traducir y corregir los capítulos del libro.

El motivo por el cual hacemos esto es porque queremos que todos tengan la oportunidad de leer esta maravillosa historia lo más pronto posible, sin que el idioma sea una barrera.

Como ya se ha mencionado, hemos realizado la traducción sin ningún motivo de lucro, es por eso que se podrá descargar de forma gratuita y sin problemas.

También les invitamos a que en cuanto este libro salga a la venta en sus países, lo compren. Recuerden que esto ayuda a la escritora a seguir publicando más libros para nuestro deleite.

¡No subas la historia a Wattpad, ni pantallazos del libro a las redes sociales! Los autores y editoriales también están allí. No sólo nos veremos afectados nosotros, sino también tú.



¡Disfruten la lectura!

Créditos

Traducciones Independientes & Sombra Literaria

MODERADORAS DEL PROYECTO

Reshi & Patty

TRADUCTORES

Adriana A

Achilles

Beth

Cris G

Gui Do

Kasis

Luna

Luna Herondale

Moon M

Narcissa Black

Sara

Tefy

Viv_J

CORRECTORES

Beth

Patty

Verona

FORMATO PDF

Patty

EPUB

Jenny ZG

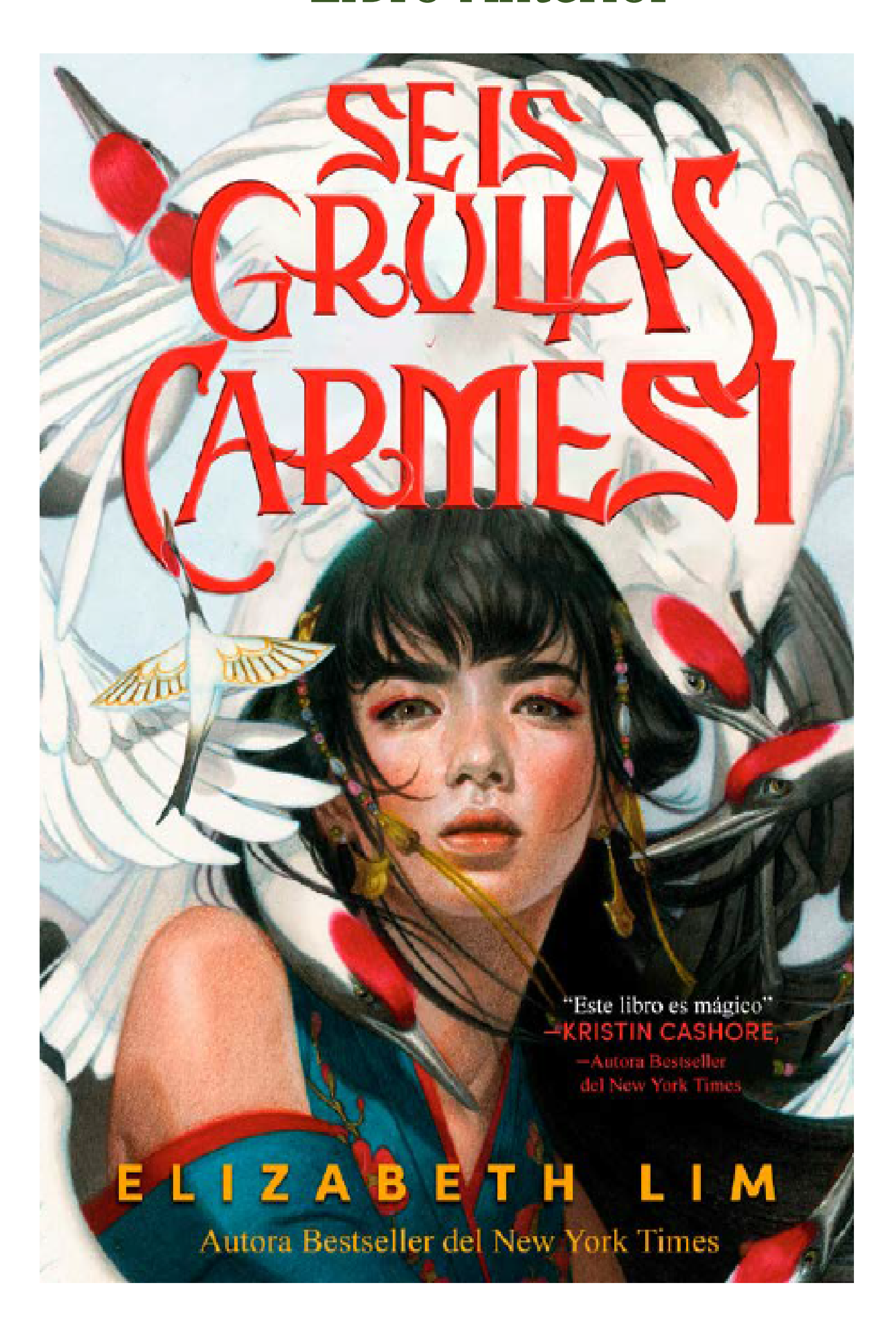
PORTADA

Wes

LECTURA FINAL

Patty

Libro Anterior



Sinopsis

Un viaje al reino de los dragones, un amor desafortunado y una perla maldita con el poder de reparar el mundo o romperlo...

La princesa Shiori hizo una promesa en el lecho de muerte de Raikama de devolver la perla del dragón a su legítimo dueño, pero mantener esa promesa es más peligroso de lo que jamás imaginó.

Debe viajar al reino de los dragones, sortear intrigas, políticas entre humanos y dragones por igual, defenderse de los ladrones que codician la perla que harán todo lo posible por conseguirla, todo mientras cultiva la apariencia de una princesa perfecta para disuadir a aquellos que la buscan y quisieran verla quemada en la hoguera por la magia que corre en su sangre.

La perla en sí no es un cargamento ordinario; vibra con un poder malévolo, saltando en ayuda de Shiori un minuto y traicionándola al siguiente, amenazando con destrozar a su familia y cortar el hilo del destino que la une a su verdadero amor, Takkan. Se necesitará cada gramo de fuerza que Shiori pueda reunir para defender la vida y el amor por el que ha luchado tanto por ganar.

SIX CRIMSON CRAN

ELIZABETH

LA

PROMESA

DEL



DRAGÒN


LOR'YAN
Castillo Bushian
Mar del Oeste
Iro
Gindara
Palacio Imperial
Reino de Kiata
Océano Cuiyan
A'Landi
Lago Paduan
Islas Olvidadas de Lapzur
Sundau

Mapa

Prólogo

Siempre he odiado escribir cartas. Mis tutores solían decir que muestran el intelecto y la consideración de uno, y también la caligrafía. Pero mi letra siempre ha parecido más como la de un ganso que la de una princesa. A nadie le gusta recibir una carta de un ganso. Ni siquiera de la realeza. Sé que eso no es una excusa de por qué nunca te escribí, Takkan. Si pudiera cambiar el pasado, habría respondido a cada una de tus cartas. Finalmente las he leído, y no puedo decirte el consuelo que ha sido el reírme de tus historias e imaginar que crecimos juntos. Ojalá te hubiera preguntado tu nombre el día que nos conocimos cuando éramos niños en el festival de verano y perdí tu cometa.

He estado pensando en esa cometa últimamente, y cómo debe estar volando y volando sin ningún lugar a donde ir, sin ningún lugar a donde aterrizar. A veces sueño que soy yo. Que mi cadena no tiene fin. Que ya no pertenezco a ningún lado.

Me pregunto si así es como se sentía mi madrastra. Me duele que nunca podré preguntarle. Para cuando encuentres esto, estaré en el reino de los dragones. No sé por cuánto tiempo me iré. Pueden ser días, pueden ser semanas o meses. Espero que no sean años.

Sí, echaré de menos el invierno, piensa en mí cuando caiga la nieve, y cada vez que comas rábanos.

Tu cocinera favorita de sopa, Shiori

Capítulo Uno

El fondo del mar de Taijin sabía a sal, lodo y decepción. Pero por unos pocos rayos débiles de luz misteriosa, estaba más oscuro que el abismo más profundo. Apenas veía lo que los magníficos dragones del reino acuático llamaban hogar.

Me senté en la espalda de Seryu mientras disminuía la velocidad, sus largos bigotes vibraban hacia un destello en particular. Tal vez lo había imaginado, pero el destello brillaba más que el resto, casi violeta.

—¿Estás lista? —preguntó Seryu.

¿Lista para qué? pensé, pero asentí.

Con un movimiento de su cola, se zambulló a través del destello violeta, y todo cambió.

El agua se volvió azul, y bocanadas de niebla cobriza sisearon desde lechos de arena y de cristal. ¡Y luz! Había luz por todas partes, irradiando desde un sol invisible. Mi corazón comenzó a acelerarse con anticipación, y me aferré a los cuernos de Seryu mientras aceleraba hacia abajo, nadando tan rápido que casi me quedé sin aliento.

Ya casi llegamos, Kiki. Pensé con entusiasmo en nuestro lenguaje tácito compartido, pero ella no respondió. Un vistazo a mi manga me dijo el por qué: mi pobre pájaro de papel se había desmayado.

No la culpé. Nos movíamos a velocidades vertiginosas, y mi cabeza latía como una tormenta cuando trataba de ver con claridad. Pero no podía darme el lujo de desmayarme. Ni siquiera me atrevía a cerrar los ojos. Quería verlo todo.

Por fin llegamos a un laberinto de brillantes arrecifes de coral, profundizando bajo el mar mortal.

La hierba marina se mecía en una corriente invisible, las dunas de arena blanca y las rocas veteadas de oro salpicaba los terrenos, y los doseles de flores marinas trenzadas formaban los techos de las villas submarinas.

Así que esto era Ai'long, el hogar de los dragones.

Era un mundo que pocos mortales alguna vez verían. De un vistazo, no parecía tan diferente de la tierra. En lugar de árboles había

pilares de coral, algunos esbeltos y algunos gruesos, la mayoría con ramas en espiral adornadas con brazaletes de musgo. Incluso la forma en que los peces se deslizaban, sus aletas afiladas se extendían como alas, me recordaba a los pájaros volando por el cielo.

Y sin embargo… no se parecía a nada de lo que había visto. El movimiento del agua, que se sacudía y giraba constantemente, se revelaba en destellos de color y ráfagas de peces. La forma en la que las algas hacían cosquillas a los peces que pasaban, era como si pudieran hablar entre ellos. Seryu sonrió mientras apreciaba el panorama.

—Te dije que estarías deslumbrada.

Él tenía razón, por supuesto. Estaba deslumbrada. Por otra parte, Ai'long estaba destinado a asombrar ojos mortales como los míos. Después de todo, ese era su peligro. Su trampa. Un lugar tan hermoso que incluso el tiempo contenía la respiración.

Cada hora que pasas aquí es un día perdido en casa, si no más, me recordé bruscamente.

Ese tiempo se aumentaría rápidamente, y había estado lejos de mi padre y mis hermanos tanto tiempo que no quería perder ni un minuto.

Vamos. Hice una señal con una patada al lado largo y serpentino del dragón.

— No soy un caballo, ¿sabes? —Las cejas verdes de Seryu se arquearon mientras se giraba para verme—. ¿Por qué estás tan callada, Shiori? No estás conteniendo la respiración, ¿o sí?

Como no respondí, me arrojó de su espalda y su garra salió disparada y me pellizcó la nariz.

Se me escapó un chorro de burbujas: el aire que había estado acumulando anteriormente. ¡Pero grandes dioses, podía respirar! O al menos se sentía como si estuviera respirando. El agua sabía dulce en lugar de salada, como un vino de ciruela, era embriagadora, cuando inhalaba demasiado, pero tal vez eso era porque mi cabeza todavía daba vueltas.

—Mientras estés usando un pedazo de mi perla, puedes respirar bajo el agua. —Seryu explicó, recordándome el fragmento brillante que llevaba alrededor de mi cuello—. Puede que ya no esté dentro de tu corazón, por lo que no podemos compartir pensamientos… pero sabes que puedes hablar, ¿verdad?

—Por supuesto que lo sé. —mentí.

Escondiendo mi alivio, toqué la pequeña perla. Incluso tan profundo en el mar, brillaba como una gota de luz de luna.

—Es posible que desees mantenerla oculta. —dijo Seryu—. La gente podría hacerse una idea equivocada.

—Pensé que era solo para ayudarme a respirar. ¿Por qué ellos…?

—Es demasiado complicado de explicar —el dragón murmuró con un gruñido—. Olvidé cuántas preguntas haces. Tal vez debería haber dejado que siguieras conteniendo la respiración.

Fruncí el ceño.

—Estás de muy mal humor.

—Los humanos no son precisamente bienvenidos en Ai'long —dijo Seryu débilmente—. Estoy pensando en las infinitas formas en que tu visita puede salir mal.

No le creí. Había estado de mal humor todo el día, comenzando cuando vino a buscarme a la tierra. Apenas había saludado a mis hermanos, había ignorado a Takkan por completo….

Traté de convencerlo de que no estuviera bromeando.

—¿No tendré historias divertidas para compartir cuando regrese a casa? Yo que estaba diciéndoles a todos que el mismísimo príncipe de los dragones me iba a dar un gran recorrido por su reino.

—Cuanto más corta sea tu visita, mejor —Los ojos rojos de Seryu se posaron en el morral, que colgaba de mi hombro—. Estás aquí para entregarle algo a mi abuelo, no para jugar.

Tanto para animarlo y ahora yo también estaba de mal humor.

Abrí mi morral, solo un poco. Ese algo que se suponía que debía entregar era una perla de dragón oscura y rota. Raikama me la había dejado antes de morir, y su poder era tan fuerte que podía sentirlo luchando contra el encantamiento de mi morral, el cual lo mantenía confinado y oculto de forma segura. No era sorprendente que el abuelo de Seryu lo quisiera.

Sin embargo, no era lo único oculto dentro del morral. También había traído mi red de estrellas, para protegerme contra el Rey Dragón, y el cuaderno de bocetos que Takkan me había dado cuando nos despedimos.

—*¿Más cartas?* —pregunté, tomando el libro con ambas manos.

—*Muchas más.* —prometió Takkan—. *Para que no me olvides.*

¿Qué podría ser mejor que sus cartas? Miré con nostalgia el cuaderno de bocetos, deseando poder rozar mis nudillos contra su suave lomo y hojear sus páginas manchadas de carbón. Pero supuse que sería de mala educación leer mientras estaba acompañada de Seryu.

Seryu ciertamente pensaría eso. Entrecerró los ojos hacia mí.

—Nunca te había visto sonrojarte mientras mirabas la perla.

—Su luz se vuelve brillante —dije rápidamente—. Hace que mi cara se caliente.

Se mofó de mi mentira.

—Al menos tu señor humano no saltó al mar detrás de nosotros. Por la forma en que te miraba con ojos de pez mientras te ibas, casi pensé que lo haría. No habría logrado pasar los arrecifes antes de que los tiburones lo alcanzaran.

Cerré mi morral.

—¿En serio, tiburones?

—El abuelo emplea un pelotón de ellos. —Seryu sonrió—. Siempre están hambrientos. Nos encontraremos con algunos en breve.

Mi corazón latía rápidamente contra mi pecho. ¿Estábamos tan cerca del palacio de Nazayun?

Seryu malinterpretó mi miedo y su tono se aligeró un poco.

—No te preocupes, los tiburones no tienen apetito por un humano fibroso como tú.

Podrían cambiar de opinión, pensé. Una vez que el Rey Dragón supiera por qué estaba realmente en Ai'long, tendría suerte si me concediera una muerte tan rápida.

Nerviosamente, me deslicé hacia Seryu, pateando más fuerte de lo necesario. Nadar en Ai'long no se parecía en nada a nadar en agua normal. El agua aquí era tan ligera como el aire, que diminutas corrientes se deslizaban bajo mis pies, impulsándome a donde tenía que ir. Era casi como estar volando.

Sobrepasé al dragón, hasta su larga cabellera. De la nada, una flor de medusa descendió sobre mí.

Había al menos una docena de ellas. Sus cuerpos tenían forma de paraguas luminosos, y sus tentáculos giraban en una danza sinuosa. Se acercaron audazmente, rozando mis brazos y piernas e incluso pasando por mi largo cabello. Me estaba riendo de cómo me hacían

cosquillas, hasta que Seryu dejó escapar un gruñido.

— Déjenla. —Sus ojos rojos destellaron hacia las intrusas—. Ella está conmigo.

Las medusas retrocedieron, pero no se dispersaron. Todo lo contrario. Cuando Seryu trató de alejarme agarrándome del cabello, lo siguieron y se acercaron aún más.

Luego, como el mar de Taijin, cambiaron. La luz dorada que irradiaba en sus cuerpos se apagó en un instante, y sus tentáculos, suaves como cintas de seda, se volvieron duros y puntiagudos. Dos se deslizaron entre Seryu y yo, obligándonos a separarnos. El resto nos rodeó.

Alcancé el cuchillo que tenía escondido dentro de mi faja. Apenas tuve la oportunidad de blandirlo. Tentáculos fríos y resbaladizos succionaron mi espalda y rodearon mis brazos.

Diminutas púas surgieron de los tentáculos de mi atacante, rozando mi piel: una advertencia letal para que no me resistiera. Una picadura, y estaría paralizada de por vida.

Derrotada, me quedé quieta y solté mi cuchillo, dejándolo flotar fuera de mi alcance. A cambio, la medusa relajó su agarre, pero solo un poco. Sus tentáculos comenzaron a rebuscar mi cuerpo en busca de otras armas ocultas y, mientras revolvían mi morral y mi túnica, Kiki salió disparada de mi manga.

Estaba atontada, sus alas hicieron un dramático estiramiento mientras bostezaba para anunciar que estaba despierta. Pero cuando sus ojos oscuros se abrieron y vieron a la medusa, chilló.

—*¡Demonios burbujeantes y llameantes de Tambu!*

—No es un demonio —le aseguré, abrazando mi morral mientras los tentáculos intentaban abrirla—. Es una medusa.

—*¿Una qué?*

La medusa se cernió sobre Kiki, escudriñándola atentamente. Mi pájaro se cubrió la cabeza con un ala.

—*Oh dioses* —ella gimió—. *Déjenme desmayarme de nuevo.*

Para alivio de Kiki, la medusa la consideró indigna de su atención y volvió a mi morral. Sus tentáculos tiraron con fuerza de las correas, pero me agarré tan fuerte como pude.

— Pícame todo lo que quieras —dije—. No te llevarás esto.

La medusa siseó y mostró sus púas venenosas.

—¡Aléjate! —bramó Seryu. Su cola se azotaba hacia adelante y hacia atrás, creando innumerables ondas, como pequeñas tempestades. Con un golpe de su garra, se produjo una feroz rasgadura en el agua.

Mientras la medusa luchaba contra la repentina corriente, Seryu me echó a su espalda y se sumergió en una jungla de coral, nadando hacia las agujas de cristal que se encontraban más adelante. Arrojó mi cuchillo a mi regazo.

—¿En serio Shiori? ¿Esto es lo que traes a Ai'long?

Me encogí de hombros.

—¿Pensaste que vendría desarmada?

—Has conocido a mi abuelo antes. Esta pequeña daga tuya difícilmente sería una astilla.

—Las astillas aún pueden doler. —fue todo lo que dije, metiendo la hoja de nuevo en mi faja—. ¿Qué eran esas medusas?

—Patrullas.

—¿Para qué?

—Intrusos y asesinos.

No dio más detalles, una señal para dejarlo pasar. Pero yo era demasiado curiosa.

—Había magia en ellas.

—La mayoría de los súbditos del abuelo tienen… ciertas habilidades. Ayuda a defenderse de aquellos que intentan ingresar a Ai'long sin una invitación.

—Pero ¿por qué esculcarme? Tengo una invitación.

—Estaban buscando la perla de tu madrastra, obviamente —dijo Seryu irritado—. Las medusas tienen gusto por la magia oscura. También se especializan en detectar el engaño.

Una ola de inquietud cayó sobre mí.

—¿Engaño?

—Sí, como esa aguja de acero que no te dignaste a decirme que trajiste. —La voz de Seryu se endureció—. No te preocupes. Tu tiempo en Ai'long será corto; no tendrás que conocer nuestra corte.

Eso no era lo que me preocupaba, pero me quedé en silencio y miré a Kiki.

Se había desmayado en mi palma, y sus alas estaban marchitas

en signo de resignación.

Afortunadamente, ella no había estado prestando atención a mi conversación con Seryu. La quería mucho, pero guardar secretos no era uno de sus dones.

—*¿Ya casi llegamos?* —gimió—. *Debería haberme quedado en tierra. Me siento mareada.*

—Nadie se marea bajo el agua.

Kiki arrugó el pico, dejando escapar un suspiro teatral.

—*¿No puedes decirle al dragón que nade con más cuidado? Incluso las ballenas se mueven con más delicadeza que él.*

—Tú díselo. Ha estado gruñón todo el día.

—*¿Por qué?* —Su frente se arrugó—. *¿Está molesto contigo?*

—Por supuesto que no.

—*¿Es la medusa? Dioses, Shiori, ¿crees que lo saben? Tal vez deberías decirle que planeas quedarte con la perla de Rai….*

Mis ojos se abrieron como platos y la metí en mi manga antes de que Seryu escuchara.

La perla de Raikama, casi soltó Kiki. No, no le había dicho. No planeaba hacerlo.

La culpa me mordisqueaba la conciencia, pero la aparté. No había nada por lo que sentirse culpable. No estaba faltando a mi palabra. Le prometí a Seryu que le llevaría la perla de Raikama a su abuelo… Nunca dije que dejaría que se la quedara.

—*Solo dásela al dragón con la fuerza para hacerla completa de nuevo* —Raikama me había lo había hecho jurar antes de morir.

Como si pudiera leer mis pensamientos, la perla dentro de mi morral comenzó a latir. Prácticamente podía verla en mi mente, girando e intrigando, tratando de encontrar una salida. Era solo del tamaño de un melocotón, apenas más grande que mi palma, pero en su máximo brillo, brillaba como una gota de luz solar. Pero ahora que Raikama se había ido, su luz estaba apagada, la fractura en su centro parecía ensancharse más cada vez que la miraba.

Esa grieta no sanaría hasta que la perla se reuniera con su verdadero dueño.

Tuve la sensación de que el dolor que enterré dentro de mí era el mismo, el cual se seguía profundizando en el hueco de mi corazón hasta que se cumpliera mi promesa a Raikama.

—Una promesa no es un beso en el viento, para ser arrojado sin cuidado —murmuré para mí misma—. Es un pedazo de ti mismo que se regala y que no vuelve hasta que tu promesa se cumpla.

Eran palabras de mi madrastra de hace mucho tiempo. Palabras que solía odiar porque me aguijoneaban con culpa, incluso cuando las ignoraba. Nunca hubiera imaginado que recurriría a ellas en busca de consuelo.

La perla tembló, respondiendo a mi inquietud, y levanté el morral sobre mi regazo para que Seryu no se diera cuenta. Demasiadas veces había faltado a mi palabra, a Raikama más que a nadie. No esta vez.

Te veré sanar de nuevo. Le juré a la perla en silencio. *Te llevaré a casa.*

Sin importar el costo[1].

Capítulo Dos

Los muros que rodeaban el palacio del Rey Nazayun eran increíblemente altos. Se extendían más de lo que podía ver, todo el camino hasta las luces violetas que marcaban los límites del reino, con sus puntas afiladas como agujas pinchando las venas del océano.

Una audiencia de criaturas marinas se había reunido fuera del palacio. Ballenas más grandes que los barcos de guerra de mi padre, tortugas marinas moteadas que se confundían con la arena y las rocas, delfines, calamares y, cuando miraba más de cerca, incluso cangrejos y caballitos de mar. Dispersos entre ellos había dragones, algunos con humanos montados en sus espaldas. Todos bajaron la cabeza en deferencia cuando pasó Seryu, pero sus miradas estaban fijas en mí.

—No me agarres mis cuernos aquí —gruñó Seryu—. Son una medida de estatus en Ai'long, y yo soy un príncipe dragón, no un toro.

Lo solté como si hubiera tocado fuego. —Lo siento.

Rápidamente quedó claro lo que quería decir. Los cuernos de otros dragones se curvaban hacia abajo, como los de un carnero, a menudo con crestas o bordes acanalados, y en colores que variaban del gris a marfil a negro. Los de Seryu eran plateados y lisos, pero sobre todo estaban ramificados, como las astas de un ciervo. Una corona natural.

—¿Suele haber una multitud como esta para saludarte?

—No. —La voz de Seryu se volvió tensa—. Están aquí por ti.

Eso me hizo sentar bruscamente. —¿Por mí?

—Están apostando a si el abuelo te arrojará a los tiburones o te convertirá en piedra.

No sabía si estaba hablando en serio o con sarcasmo. Tal vez ambos.

—¿No hay otras alternativas? —pregunté.

—Ninguna que te resulte más agradable. Te lo dije, los humanos no son bienvenidos aquí.

—Pero veo tantos.

La larga espalda de Seryu se puso rígida y sus escamas se volvieron opacas. —Mira de nuevo.

Fruncí el ceño, pero ahora curiosa, me giré de nuevo.

Al principio, no vi nada fuera de lo común. Sí, los humanos que montaban los dragones estaban engalanados con las riquezas del mar, con chaquetas y vestidos que brillaban como una concha de abulón adornada con pétalos de nenúfares. Pero aparte de eso, se veían igual que yo.

Al menos hasta que mis ojos se agudizaron y miré más allá de sus rostros. Vi las branquias brillando en sus cuellos, las escamas de pescado salpicando sus brazos. Algunos incluso tenían alas metidas cuidadosamente contra sus omóplatos y aletas que adornaban sus muñecas y tobillos. Cuando me sorprendieron mirando, fruncieron los labios y me ofrecieron sonrisas torcidas.

—Entonces —dije nerviosamente—, realmente soy como un cerdo.

—¿Qué?

—Eso es lo que dijiste cuando nos conocimos, que invitarme a Ai'long sería como llevar un cerdo a conocer a tu familia. Pensé que estabas bromeando.

—Nunca esperé traerte aquí, Shiori —dijo, su voz tan baja que casi no lo escuché. Estábamos casi en las puertas—. Quiero que lo sepas.

Sonaba como una disculpa, pero por qué, no lo entendí. Nunca tuve la oportunidad de preguntar. Un coro ensordecedor de caracolas resonó, luego, de la nada, una corriente invisible me arrancó de la espalda de Seryu y me arrastró al palacio.

Sucedió con la rapidez de un golpe de espada. No me di cuenta

de que me habían arrancado hasta que fue demasiado tarde.

—¡Shiori! —Seryu corría hacia las puertas, tratando de forzar su entrada antes de que se cerraran—. ¡Abuelo, no!

Esa fue la último que vi de él antes de que me arrastrara, corriendo por un conducto de agua tan rápido que hizo que nuestro viaje anterior pareciera lento. Cuando el paracaídas me escupió en mi destino, estaba segura de que me había desmayado, al menos durante unos segundos.

Aterricé en la habitación más grande que jamás había contemplado. Era vasta y amplia, sus pilares se extendían hasta donde mis ojos podían ver, y excepto por una ventana de lo que parecía una cascada de cristal negro, todo, desde las paredes hasta los techos, era del color del hueso. O nieve, si uno era una persona de mente más alegre.

Pateé mis pies contra el fondo del océano y me impulsé hacia arriba.

¿Nos comió una ballena? —Kiki susurró desde el interior de mi manga.

Si no estuviéramos en una situación tan grave, me habría reído. La cámara se parecía a la caja torácica de una ballena. Pilares de mármol se alineaban en las paredes, espaciados uniformemente y elevándose tres veces la altura del salón de ceremonias en el palacio de mi padre. Sus extremos formaban un arco imposible en un techo abierto, como una jaula de huesos.

Por precaución, saqué mi cuchillo. Los espacios entre los pilares eran lo suficientemente anchos como para deslizarse, y las puertas del palacio brillaban en la cercana distancia. ¿Seryu seguiría allí, buscándome?

Sostuve mi cuchillo con fuerza. No iba a esperar aquí y averiguarlo.

Me zambullí entre dos de los pilares y había llegado a una respiración fuera de la cámara cuando largos y serpenteantes zarcillos de algas brotaron de los pilares y se envolvieron alrededor de mis extremidades.

Kiki salió disparada de mi manga. *¡Shiori!*

Corté las algas. Los tallos eran más finos que las algas que hervían en mis sopas. Pero las apariencias engañan. Esta alga era fuerte como el hierro y viva, brotando tres hojas nuevas por cada una que era cortada. Apartaron a Kiki con latigazos y giraron en espiral alrededor de mis muñecas, arrancándome el cuchillo de las manos y sujetándome contra una columna.

Luego vinieron los tiburones.

No le había creído a Seryu cuando los mencionó antes, pero aquí estaban. Cada uno era diez veces más grande que yo, con filas de dientes afilados como zarzas y ojos azul oscuro que no expresaban ningún reparo en convertirme en un bocadillo.

—¡Seryu! —grité—. ¡Seryu!

—Él se unirá a nosotros en breve.

La cola del Rey Dragón se curvó alrededor de los pilares y se me puso la piel de gallina.

—Mi nieto me ha hablado mucho de ti desde la última vez que nos vimos, Shiori'anma —dijo—. Tus dioses te han prestado una cantidad inusual de atención: la hija adoptiva de la Reina Sin Nombre, la heredera de Kiata… y ahora la portadora de la perla del Espectro.

¿El Espectro? Mis oídos se aguzaron. Era la primera vez que escuchaba ese nombre.

Largos y torcidos rayos de plata atravesaron las sombras, los cuernos de Nazayun. —Muéstramela.

Las algas aflojaron su agarre alrededor de mis muñecas lo suficiente para que pudiera abrir mi cartera. Metí la mano adentro, mis dedos rozaron la perla rota y luego la red de estrellas.

Mis dedos ansiaban lanzar la red sobre el Rey Dragón. Starstroke, después de todo, era la única debilidad de un dragón. La única lo suficientemente poderosa como para separar a uno de su corazón. Y que los demonios me lleven, me sacrifiqué lo suficiente para hacer la red.

Los tiburones me habrían hecho pedazos si me hubiera atrevido, pero por suerte la perla no me dio la oportunidad. Una vez que abrí la cartera, hizo un zumbido bajo y de reproche y salió a la luz.

Estaba empezando a sospechar que estaba viva de alguna manera extraña. En casa, en el palacio de mi padre, cada vez que la dejaba en mi habitación, lo encontraba más tarde flotando en el aire a mi lado, como si estuviera observando. Esperando.

—La perla toma el destino y lo retuerce para su propio propósito —dijo Raikama.

Después de lo que le había hecho a mis hermanos, no sería tan tonta como para asumir que su propósito incluía mantenerme con vida. Por eso observé, conteniendo la respiración, cómo la perla se elevaba al nivel de la pálida mirada de Nazayun.

El disgusto se mostró en la curva de la frente del dragón. —Se

ha atado a ti.

—Por ahora —respondí—. Le hice un voto a mi madrastra que devolvería la perla a su legítimo dueño.

Él gruñó—: Hiciste un voto a Seryu de que me la darías.

—Que yo te la *traería* a ti —corregí—. No *te la daría.* La perla no es tuya.

—Una perla de dragón pertenece a Ai'long. —Nazayun se alzó sobre mí, clavando sus garras en el suelo—. Yo *soy* Ai'long.

—¿Por qué la quieres? —pregunté—. He visto cómo es una verdadera perla de dragón. Es pura y asombrosa, nada como esta. Esta es…

—Una abominación.

—Como tú digas —respondí—. Entonces, ¿por qué la quieres?

—¡Humana no iluminada, realmente no sabes nada! —el Rey Dragón espetó—. La perla del Espectro es una cosa rota. Anhela la destrucción tanto como la aborrece. Por sí sola, no puede encontrar el equilibrio, por lo que confió en alguien como tu madrastra para moderar su poder. Pero la Reina Sin Nombre está muerta, y la perla está demasiado rota para tomar un nuevo huésped. Pronto se partirá por completo. Cuando eso suceda, liberará una fuerza mayor que cualquier cosa que puedas imaginar. Lo suficientemente grande como para devastar a tu amada Kiata.

Por una vez le creí. —A menos que sea devuelto a los Espectros.

—Esa no es una opción —dijo Nazayun—. Debe ser destruida, y cuando se haga, también perecerán los Espectros. Renuncia a tu vínculo y dame la perla.

Dudé. La perla flotaba sobre mi palma, sus mitades rotas separándose ligeramente a lo largo de un borde. Parecía engañosamente frágil, como los pétalos de una flor de loto. Sin embargo, podía sentir el terrible poder que yacía dentro.

¿Podría Raikama haber cometido un error al pedirme que se la devolviera al Espectro? ¿O era este uno de los trucos de Nazayun?

Solo por un momento, mi conciencia se retorció con indecisión. Entonces cerré los puños y la perla voló a mi lado. *Confío en Raikama.*

—La perla pertenece al dragón con la fuerza para hacerla completa una vez más —dije—. Ese dragón no eres tú.

La furia encendió los ojos blancos del Rey Dragón. —Que así sea.

Detrás de él, los tiburones se precipitaron en mi dirección, rompiendo las mandíbulas. Visiones de un final espantoso destellaron en sus ojos vidriosos. Yo, fileteada en cien trozos sangrientos que tiñeran de rojo el agua. Kiki gritó en mi oído, *¡No, Shiori!*

Algas se apretaron alrededor de mi cintura y tobillos, manteniéndome inmóvil. Por suerte, había estado anticipando ese momento.

Nunca vayas a la batalla sin conocer a tu oponente, a mi hermano Benkai le gustaba decir. Antes de irme a Ai'long, me impartió tanta sabiduría militar como pudo: *El que puede sorprender a su enemigo siempre tiene ventaja.*

Aquí vino mi sorpresa: golpeé mi cadera contra la perla, golpeándola contra el pilar más cercano. Sus mitades se partieron de su base, abriéndose como una concha de almeja, y una luz deslumbrante se derramó.

Las algas retrocedieron. Aflojaron su agarre en mis extremidades el tiempo suficiente para que pudiera sacar la red de estrellas.

La lancé alto y grité—: ¡Kiki!

Mi pájaro de papel salió disparado de su escondite y atrapó el otro lado de la red. Juntas, lo arrojamos sobre el enorme pecho del Rey Dragón, tensándolo contra sus escamas.

Había usado la red solo una vez antes, para liberar a Raikama de la carga que llevaba. En realidad, nunca lo había usado contra un dragón real.

Su magia funcionó instantáneamente, adhiriéndose a las escamas de Nazayun y apagando su brillante brillo de zafiro. Aulló y su cabeza se echó hacia atrás cuando la red se clavó en su pecho, delineando la forma de su precioso corazón.

Era al menos tres veces más grande que la del Espectro, blanco plateado y perfectamente redondo, como una luna hinchada. Todo lo que tenía que hacer era tomarlo, y tendría poder total sobre él.

—Suéltame —le ordené al alga, y aflojó su agarre en mis tobillos. Los tiburones también retuvieron su ataque.

Recuperé mi cuchillo y lo clavé en las escamas de Nazayun para sujetar la red. El Rey Dragón rugió de dolor, pero no sentí ningún arrepentimiento. Después de todo, las astillas podían doler.

—¿Dónde encontraré al Espectro? —exigí.

Una risa brotó de la garganta de Nazayun.

—Responde, o…

—¿O qué? —Nazayun miró la perla del Espectro, que se cernía sobre él como un presagio de la fatalidad—. ¿O qué, Shiori'anma?

Algo estaba mal. El corazón del Rey Dragón latía en su pecho, una señal de que el golpe estrella lo estaba lastimando. Entonces, ¿por qué estaba sonriendo? ¿Por qué estaba él *riendo*?

—Deberías haberme dado la perla cuando te ofrecí la oportunidad —dijo el Rey Dragón mientras se retorcía incómodo debajo de la red—. Tu crimen de tejer tal red no puede quedar impune. Habrías dormido trescientos años, el tiempo suficiente para que todo lo que conoces y amas se convierta en polvo. Entonces te habría devuelto a Kiata, como prometí. Desafortunadamente, elegiste mal. Por eso nunca volverás a ver tu patria.

El cuchillo que había clavado entre las escamas de Nazayun se disolvió repentinamente en el agua y él se arrancó el golpe de estrella de su pecho. Crujió entre sus garras, chamuscándole la piel antes de que la arrojara a una red de algas, lejos de mi alcance.

—¿Pensaste que sería tan fácil sacarme el corazón? —Se rio mientras sus heridas sanaban ante mis ojos—. Soy el dios de los dragones. Ni siquiera la estrella puede dañarme.

Me tambaleé y ahuequé mis palmas alrededor de la perla del Espectro. —Entonces, qué pasa con esto…

Nunca llegué a terminar mi amenaza. Las paredes detrás de mí comenzaron a cantar, y una oleada de agua azotó la ventana de cristal negro que había visto antes, creando un remolino.

De él salió un segundo dragón. Todo lo que capté fueron destellos de escamas rojas y un par de ojos dorados redondos. Luego se produjo un fuerte tirón en mi cuello, y me tiré hacia adelante.

—Si no nos das la perla que queremos, tomaremos esta por ahora. —El dragón escarlata levantó el collar que Seryu me había advertido que mantuviera en todo momento, el chip de su corazón que me permitiría respirar en Ai'long.

Mis manos volaron a mi garganta mientras mis pulmones se convulsionaban. El agua estaba por todas partes y se precipitó en mi boca, llenó mis pulmones. Mi corazón latía en mis oídos, latiendo alarmado mientras el peso de los mares llegaba rugiendo. Había tanto, que ni siquiera *podía* respirar. Me estaba ahogando

—Esta es mi hija, la Dama de los Mares del Este —dijo Nazayun, como si *ahora* fuera el momento de las presentaciones—. Como no me darás la perla, la dejo a cargo de su recuperación.

La hija de Nazayun me vio ahogarme. —Tengo una teoría —ronroneó—, de que el alma humana está hecha de innumerables hilos pequeños que la atan a la vida. —Me clavó las uñas en el corazón y jadeé de dolor cuando extrajo un largo hilo plateado y dorado que nunca había visto antes: un hilo de mi alma.

—Hermoso, ¿no? Tan frágil, pero tan vital. —Retorció el hilo alrededor de su uña—. Si corto lo suficiente, y dejo, digamos, una última cuerda colgando, la perla romperá su vínculo contigo en busca de alguien que no esté al borde de la muerte. —Intentó cortar el mechón con la uña, pero brillaba intensamente y retrocedía dentro de mí.

El disgusto tensó sus bigotes. —Un estado difícil de alcanzar, especialmente con un alma tan obstinada como la tuya, pero tenemos tiempo para experimentar.

No tengo tiempo. Mi mundo se contraía rápidamente, y llamé a la perla del Espectro.

Sálvame —supliqué—. *Sálvame, o nunca encontrarás el lugar al que perteneces. Nunca irás a casa.*

La perla comenzó a latir. Una vez. Dos veces. Luego más rápido, un contrapunto acelerado a mi pulso moribundo, y un estallido de luz brotó de las mitades rotas.

—Una luchadora —murmuró el dragón escarlata mientras nadaba hacia adelante, obstruyendo mi vista de la perla. Me tocó la frente con una palma fría.

—Nunca juegues con un dragón —susurró—. Tú no puedes ganar.

Y antes de que me dejara el último aliento, el mundo se convirtió en nada.

Capítulo Tres

—Su Alteza —gritó mi tutor—. ¡Despierta, Shiori'anma! Por favor despierta.

No me moví. Todos los días mi tutor se enfrentaba a la misma tarea, y casi sentí pena por ella. Pero ¿qué me importaba que ella hablara una y otra vez sobre la poesía, el arte, y la tradición de Kiata? No era como si mis hermanos me invitaran a sus reuniones si pudiera recitar versos de las Canciones de Dolor o encantar a la corte con mi conocimiento sobre la pintura bermellón versus el ocre.

—Dormida como la luna entumecida —gimió mi tutor—, Otra vez.

Odiaba el dicho. Me había visto obligada a aprender la historia detrás de esto. Algo sobre Imurinya, la dama de la luna, y su esposo, el cazador, y necesitaba un beso para despertarla.

No era una romántica, y ningún beso me despertaría, a menos de que fuera de una tarántula, no de un chico. Lo único que funcionaba era el olor de las tortas de arroz dulce recién asadas y un lanzamiento bien calculado de los dados de madera de mi hermano Reiji.

Lo gracioso era que Reiji no me había tirado los dados en años. Sin embargo, algo pequeño y duro golpeaba la parte posterior de mi cabeza. Repetidamente.

Mis ojos se abrieron de golpe y grité—: ¿Quieres detener eso?

Bueno, eso fue lo que quería decir. Las palabras salieron confusas y me dolía el pecho como si alguien me hubiera exprimido toda la vida y luego la hubiera devuelto de mala gana.

Un recordatorio no deseado de que todavía estaba en el reino de los dragones, y cautiva en el palacio de Nazayun, además. Estaba demasiado oscuro para ver mi entorno con claridad, pero ya no era la sala del trono.

Los grilletes de algas marinas sujetaban mi cuerpo desde el cuello hacia abajo, restringiéndome a una losa de cristal negro como la que había visto antes. Con todas mis fuerzas, me sacudí, tratando de liberarme. Los grilletes se apretaron, y punzadas de dolor castigaron mis músculos. Me mordí con fuerza el labio hasta que pasaron.

Cuando pude respirar de nuevo, y no sabía cómo estaba respirando sin el collar de Seryu, me desinflé.

Demonios de Tambu, ¿cómo iba a salir de esta? Incliné mi cabeza hacia atrás, golpeando la pared con desesperación.

¡Mira dónde te golpeas la cabeza! —Alas de papel susurraron en mi cabello, y Kiki se arrastró hasta mi oído—. *Hay otras formas de decirme que estás despierta, Shiori.*

—¡Kiki! —Estaba emocionada de verla—. ¿Qué sucedió? ¿Dónde estoy…?

Has estado durmiendo, ella me informó. *Tienes suerte, lo sabes. La hija del Rey Dragón ha regresado varias veces para cortarte el alma, pero ni siquiera pudo cortar un hilo. Nazayun está furioso por eso. Él le dijo que te despertara.* Trago. *Él dijo que lo haría.*

—¿Cuándo fue eso?

¿Quién puede decir la hora en este lugar? —Kiki se encogió de hombros—. *Yo estaba espiando. No podía preguntar qué día era. Ella cree que la perla te protegió.* —Sus ojos entintados se desorbitaron—. *¿Lo hizo?*

—Quizás. Debe ser por eso que todavía la tengo. Por lo que todavía estoy viva.

Eso era un poco de consuelo, pero no mucho.

Kiki miró la perla mientras cobraba vida. *Eso estaba dormido, ya sabes, igual que tú… hasta ahora. Es casi como si tuviera una mente, como si estuviera viviendo.*

—Es el corazón de un dragón —dije—. Está viva, en cierto modo.

Para ser el corazón de un dragón, no es muy inteligente, dijo Kiki. *Eso debería encontrar su propio camino a casa en lugar de hacernos hacer todo el trabajo.*

En silencio, acepté. La perla del Espectro flotaba sobre mi cabeza, flotando de cerca. No podía decidir si estaba enojada o aliviada de verla. Lo que estaba quedando claro era que no siempre podía contar con que viniera en mi ayuda.

Mira lo que has hecho —Kiki regañó a la perla. Se sentó en ella, descansando en la grieta entre sus bordes con las alas extendidas—. *Podría estar de vuelta en Kiata, tumbada en almohadas de seda y persiguiendo luciérnagas. ¡Pero mira dónde estamos! Shiori está atrapada en esta horrible mazmorra de dragones… y tú, no estás más cerca de encontrar a tu dueño.*

La perla emitió una llamarada, iluminando nuestro entorno: una

celda estrecha que parecía no tener fin. Pero eso era sólo una ilusión. En realidad, había miles de fragmentos de espejos flotando a lo largo de las paredes, y sus reflejos hacían que la habitación pareciera interminable.

Me estremecí. —¿Qué es este lugar?

Kiki se encogió de hombros de nuevo. *He buscado cien veces una salida, pero los espejos… ¡Shiori, están vivos! Ellos no dejaban de observándome. Y hay un fantasma espeluznante…*

—¿Un fantasma?

Por ahí. —Kiki señaló con un ala temblorosa—. *Intentó hablarme.*

La oscuridad bañó el otro extremo de la habitación, donde la luz de la perla no había llegado.

—Muéstrame —le ordené a la perla.

Con un siseo, la luz se hizo más brillante, iluminando una estatua solitaria. Y dados los gorgoteos y murmullos provenientes de su dirección, una estatua viva.

Resultó, ser un niño.

Él era de piedra del cuello para abajo, pero su cabeza seguía siendo de carne. Ojos inusualmente azules, piel bronceada y una mata de cabello negro rebelde. Era difícil saber de dónde era, pero no podía tener más de doce o trece años. Parecía como si hubiera sido maldecido en medio de un gran lanzamiento. Su brazo derecho estaba extendido en una floritura dramática, su barbilla levantada y la pierna izquierda ligeramente levantada. Sus ropas eran de piedra, junto con el resto de él, pero había un toque brillante de seda roja sobre su boca.

Mi estómago se revolvió ante la vista. ¿Qué estaba haciendo un niño humano en el reino de los dragones, y mucho menos prácticamente convertido en piedra?

—Kiki, ayúdalo. Su boca está amordazada.

¡Pero podría ser un fantasma! O peor aún, un demonio marino.

—Ayúdalo, ¿de acuerdo?

Obedientemente, mi pájaro voló hacia la estatua y desató la mordaza sobre la boca del niño.

Tosió y balbuceó, luego se apartó el cabello de los ojos con exagerado gusto.

—En primer lugar —dijo en un nítido Kiatan con acento—, no soy un fantasma. Los fantasmas excepto… por unas pocas excepciones,

no pueden tocar objetos en el mundo físico y difícilmente estarían encerrados en piedra, como yo. —Su nariz se crispó—. En segundo lugar, te tomó bastante tiempo despertarte. Estaba empezando a pensar que todos esos lanzamientos serían en vano.

—¿Tú eres el que me despertó? —dije.

—No tenía nada más que hacer.

—¿Cómo?

Con una sonrisa de suficiencia, el chico inclinó la cabeza hacia atrás. —¿Ves estos fragmentos de espejos flotantes? Sus bordes son más afilados de lo que parecen y te cortarán si intentas escapar. —Giró la cara para que pudiera ver los pequeños cortes en la nariz y las mejillas—. Me tomó toda la semana, pero logré llamar tu atención. Cuando vinieron hacia mí, agarré un par y te los lancé.

—*¿Tiraste fragmentos de vidrio a mi cabeza?*

—¿De qué otra manera se suponía que iba a despertarte? —él dijo—. No te preocupes, lijé los bordes en mi brazo. Ayuda estar hecho de piedra, supongo. Tu corte ya está curado.

¿Corte? Bueno, eso explicaba el dolor en mi sien.

—Debería haber tomado solo un par de intentos —continuó el niño—. Por lo general, tengo una puntería excelente, pero mi brazo derecho se convirtió en piedra en medio del lanzamiento. Por suerte para ti, mi brazo izquierdo tuvo un poco más de tiempo. Sin embargo, soy menos preciso con la izquierda.

Por suerte —dijo Kiki, mirando boquiabierta al chico. Ambos brazos eran de granito sólido, aunque las venas de su mano izquierda aún latían.

—Gracias —dije con gravedad—. ¿Tu cara es...?

—No te preocupes por mí. Los cortes sanarán o haré una estatua menos atractiva.

Él suena inquietantemente alegre acerca de su situación —murmuró Kiki—. *¿Confiamos en él o no? Yo voto no.*

Fruncí el ceño, ignorando a Kiki. —¿Dijiste que he estado aquí por una semana?

—Eso es lo que conté. —El chico torció los labios—. El tiempo es tan lúgubremente lento cuando no hay nada que leer. Por favor, dime que tienes un libro en esa bolsa tuya.

Había dejado de escuchar. ¡Una semana entera, perdida! Mi

pecho estaba tan apretado que apenas podía respirar. Eso eran cinco meses en casa.

Apreté los labios, tratando de controlar mi ira. *Podría ser peor*, me dije a mí misma. Cinco meses, no cinco años. No cinco siglos.

—¿No hay libros? —el chico estaba diciendo, malinterpretando mi horror—. Eso es muy malo. Bueno, al menos puedo practicar mi Kiatan. Es irónico, ya sabes. Kiata es el último lugar que planeo visitar. Nunca pensé que el lenguaje sería de alguna utilidad.

Mi atención volvió a él. —Cuidado. Es mi país al que estás insultando.

—No quiero ofender, solo que Kiata es un desierto mágico. Un país sin magia difícilmente es el lugar para hacerse de una reputación como un joven hechicero brillante.

—¿No eres un poco joven para la hechicería?

—Nos inician jóvenes —explicó el niño—. ¿De qué otra forma crees que terminé en Ai'long?

—Tal vez un dragón te secuestró. Se sabe que sucede.

—¿Secuestrado? —Suspiro—. Soy un hechicero en formación, no el marinero de un bote camaronero. ¿Crees que es tan fácil secuestrar a alguien que domina las Cuatro Formas de la magia defensiva?

Él tiene el ego de un hechicero —Kiki comentó—, enroscando su ala alrededor de la perla.

El chico miró a Kiki con astucia, como si entendiera. Luego flexionó los dedos e hizo una mueca, a través de los espejos vi que sus nudillos se habían vuelto grises. —Supongo que nunca tendré la oportunidad de estar a la altura de mi potencial.

—No puedes rendirte. Tiene que haber una forma de salir de este lugar. —Luché contra mis grilletes, pero era inútil.

—No te molestes. Llevo semanas intentándolo y tengo magia.

—Yo *también* hago magia, sabes.

—Lo he oído. Eres la sanguijuela de Kiata. Impresionante, cómo hiciste que ese pájaro de papel cobrara vida. —El chico inclinó la cabeza hacia un lado—. Pero como buena sanguijuela, tu fuente principal de poder proviene de tu tierra natal, y estás bastante lejos.

Fruncí el ceño. —¿Cómo supiste eso, la parte donde extraigo la magia de Kiata?

Se encogió de hombros. —Leo mucho —dijo rápidamente. Pero

antes de que pudiera interrogarlo más, agregó—: Sin embargo, no me ayudó aquí. Incluso si pudieras deshacer esta maldición, me ahogaría una vez que pasara las fronteras de Ai'long.

—¿Por qué?

—Bueno, por un lado, mi sangi se acabaría.

—¿Sangi?

—El té que los dragones vertieron en tu garganta para que puedas respirar bajo el agua. —El joven hechicero arrugó la nariz—. Un brebaje terriblemente amargo, peor que las Lágrimas de Nandun. Volviendo a mi punto, las aguas más allá de las fronteras no están encantadas como aquí. No puedo simplemente deslizarme como si estuviera bailando en una nube. Tendría que nadar para no hundirme. Y nunca aprendí a nadar.

Kiki se golpeó la cabeza con incredulidad. *¿Él no puede nadar y entró en el reino de los dragones por elección?*

—No te rindas —dije—. Mi amigo es un príncipe de Ai'long. Él puede ayudar.

—Lo dudo. Es tan del peón del Rey Dragón como lo es Lady Solzaya.

Al escuchar el nombre, los espejos suspendidos en el agua a nuestro alrededor giraron para mirar al niño.

—Lady Solzaya —repetí—. ¿Quién es ella?

—La Gran Dama de los Mares del Este. Estoy seguro de que la has conocido, ya que estás aquí. Esta habitación es donde tortura a sus invitados más problemáticos del Rey Nazayun. Convirtió al último prisionero en tu lugar en espuma de mar después de que revelara sus secretos. Realmente fue bastante espantoso. La piedra es preferible a la espuma del mar, en lo que respecta a las maldiciones.

Tragué. —El dragón escarlata.

—Hay muchos dragones escarlata por aquí. La distingo por los fragmentos de espejo alrededor de su cuello. Debes haberlos visto.

—No me di cuenta. Estaba demasiado ocupada tratando de no morir.

—Los notarás la próxima vez. Ahora que estás despierta, necesitarás más sangi para seguir respirando. Alguien vendrá pronto a buscarte, muy pronto, diría yo. Nazayun ha estado deseando esa perla tuya rota durante mucho tiempo.

—¿Deseando? Dijo que quería destruirla.

—¿Y le creíste? —El joven hechicero se burló—. Los dragones están atados a las promesas, no a la verdad.

Sus ojos parpadearon amarillos cuando observó la perla flotante. —Puedo ver por qué lo codicia. Es diferente a los demás…. Huele a poder. Poder caótico e incontrolable.

—Pero está a punto de romperse.

—La razón nunca ha impedido que un dragón codicie algo que no puede tener. —Intentó rascarse la nariz, pero no pudo alcanzar—. Solía querer una perla de dragón para mí. Es lo que me obsesionó con Ai'long.

—¿Es por eso que estás aquí? —dije—. ¿Estabas tratando de robar una?

—¿Me tomas por idiota? No intentaría robar una perla… no como aprendiz, de todos modos. Esperaría hasta ser un hechicero por pleno derecho.

Torcí mis labios hacia el chico, divertida y desconcertada por su descaro. —¿Entonces por qué estás aquí?

—Un dragón vino a mí en la tierra. Había oído hablar de mi potencial. —El chico sonrió—. Me dio sangi y dijo que me enseñaría la receta si yo pedía algo prestado para él en Ai'long.

Levanté una ceja. —¿Prestado, sin permiso?

—Precisamente. Nosotros, los hechiceros, no estamos destinados a ser ladrones comunes, pero el conocimiento es mi debilidad. Siempre lo ha sido. Y nadie ha estado en Ai'long en siglos. No me pude resistir…

—Te atraparon —terminé por él—. ¿Qué pasó con el dragón?

—No lo sé —se lamentó—. Yo fui un idiota y nunca pregunté su nombre.

Él era un idiota, pero era joven, y ahora que había escuchado su historia, no pude evitar sentir lástima por él. —¿Tienes un nombre, joven ladrón?

—Sí, pero no me gusta. —Entrecerró los ojos—. Es Gen.

—Gen —dije con firmeza—. Te prometo que te sacaré.

Un ojo se abrió. —No hagas promesas que no puedas cumplir, especialmente en Ai'long.

Era una cosa extraña de decir, pero no pude preguntarle a qué se refería. Mi respiración se volvió corta, el agua entrando rápidamente en mi boca de la misma manera que lo había hecho antes de perder el conocimiento.

En respuesta, los espejos tintinearon, chocando entre sí con una percusión desconcertante.

—Tu sangi se está acabando —susurró Gen—. Estarán aquí en cualquier momento.

Pero nadie vino.

En cambio, mis grilletes se disolvieron y un remolino de repente rugió detrás de mí. Tomándome a media respiración, devoró a Kiki, a la perla del Espectro, y a mí en su vacío efusivo.

***

Me sumergí en un abismo acuoso, el grito de Kiki hizo eco del que dejé escapar en mi cabeza. Sostuve dos cosas con fuerza: mi aliento y la perla. Mi vida dependía de ambas.

Me detuve y una corriente me arrojó de pie ante el Rey Dragón.

Solo que ya no era un dragón. De la cintura para arriba, había tomado forma humana. El cabello azul pálido brotaba de su cuero cabelludo, y la seda de mar de zafiro envolvía su cuerpo, el color del tono vibrante exacto como sus escamas. La tela se arrastraba detrás de él como un río, mezclándose con su larga y serpenteante cola.

Mi red de Golpe Estrella estaba sobre sus hombros como un manto. Sus hilos resplandecientes hacían que su corazón brillara y se hinchara; para él, ponérsela con tanta audacia era una demostración de poder.

Aun así, debía dolerle. Me pregunté si le gustaba el dolor.

El último aliento me abandonaba, y la falta de aire hizo temblar un calor abrasador desde mis pulmones hasta la garganta, la nariz y las sienes. Por los grandes dioses, era una agonía, y levanté la barbilla, luchando por calmarme. La perla del Espectro no ayudaba en nada. Sabía, como yo, que Nazayun no me mataría.

Simplemente me haría sufrir… tanto tiempo como fuera posible.

Los ojos del Rey Dragón se endurecieron y pasó otro segundo insoportable. La agonía fracturó mi calma, y en el mismo momento en que pensé que podría morir después de todo, una corriente de agua me hizo caer de rodillas y el aire se precipitó repentinamente en mis pulmones.

—Casi admiro tu descaro, humana, por ignorante que seas —gruñó Nazayun—. Pero eso no es lo que te salva hoy.

Todavía de rodillas, jadeé, ahogándome en mi respiración. Sobre mi pecho colgaba el collar con la perla de Seryu, como si nunca lo hubiera perdido.

Inhalé y exhalé, una y otra vez hasta que mis pulmones dejaron de arder y ya no sentí el peso aplastante de los mares contra mi cabeza.

—¿Por qué? —dije con voz áspera.

—Mi nieto me ha informado que te entregó ese pedazo de su corazón. —El Rey Dragón se acarició la barba azul glaciar—. La fortuna te sonríe, princesa. De acuerdo con la ley del dragón, estás bajo su protección.

Tenía la sensación de que el Rey Dragón y yo teníamos definiciones muy diferentes de la palabra *fortuna*, y no me gustaba hacia dónde se dirigía la mío.

—La ceremonia de unión se llevará a cabo de inmediato —dijo Nazayun—. Sé agradecida por esta oportunidad. No vendrá otra.

—¿Ceremonia de unión? —grazné, encontrando mi voz—. Que es…

—Silencio, Shiori. —Seryu salió de las sombras y su garra cubrió rápidamente mi boca. Me obligó a hacer otra reverencia—. Mostrarás respeto a Su Eterna Majestad.

La actitud de Seryu me desconcertó aún más que su repentina aparición. Estiré mi cuello hacia él y busqué sus ojos rojos. No sabía lo que estaba buscando: ¿remordimiento, culpa, un indicio de un plan? Sea lo que sea, no lo encontré.

Y eso me dejó con una verdad innegable y hundida: Seryu me había traicionado.

Me abalancé, pero Seryu atrapó mis brazos fácilmente. Sus garras rozaron mi piel. Al igual que su abuelo, había descartado su forma de dragón, en su mayoría. Desaparecieron las escamas, la cola serpentina, la nariz leonina y los dientes afilados y puntiagudos, reemplazados por un rostro y un cuerpo humanos. Pero su cabello y su piel todavía brillaban con un tenue color verde musgo, y había conservado su corona de cuernos, naturalmente—así como las garras.

Garras que levantó de mi boca cuando finalmente me soltó. —No pelees —susurró en mi oído. No sabría decir si sonaba como una súplica o como una orden. Tal vez ambas.

El rey Nazayun nos observó. —En caso de que la humana no entienda, entonces te recuerdo, Seryu: esta será su última oportunidad para presentarme la perla a mí. Ya sabes las consecuencias si la desperdicia.

—Sí, abuelo —dijo Seryu con firmeza—. Te agradezco tu misericordia.

—Llévasela a tu madre. Ella iniciará a la niña para la ceremonia.

Seryu se puso rígido. —No hay ninguna necesidad. Puedo preparar a Shiori yo mismo…

—No se puede confiar en ti con la chica —intervino el rey—. Llévala con tu madre. Solzaya tiene un amor por el espectáculo, y un espectáculo será este: la primera compañera de Kiatan en casi mil años.

Compañera... ceremonia de unión. Las piezas se estaban juntando, pero no podía encontrarles sentido. Las posibilidades eran demasiado absurdas para considerarlas. Me aparté de Seryu, pero él se aferró a mi muñeca.

Incluso mientras Seryu peleaba conmigo, sus orejas se pusieron rojas y el brillo de sus cuernos se apagó. Que era toda la respuesta que necesitaba.

Dios me perdoné, pensé. Le habría dado una patada en las costillas si hubiera podido, pero mis piernas no se habían adaptado a las estúpidas y cambiantes corrientes, y temía perderlo por completo.

Seryu hizo una profunda reverencia a su abuelo, obligándome una vez más a hacer lo mismo.

—Como desee, Su Eterna Majestad —murmuró. La cola de su larga túnica me golpeó por detrás y me sujetó por el cuello.

La diversión brilló en los ojos duros de Nazayun. —Te prometí la muerte por incumplir tu palabra, Shiori'anma, y la muerte vendrá. Sólo que no del tipo que esperabas. Prepara tu despedida final. Después de los ritos de unión, renacerás como la compañera de un príncipe dragón. Todo lo que sabías en tu vida pasada dejará de existir y nunca más volverás a Kiata.

Él hizo una pausa dramática.

—Ai'long será tu hogar a partir de ahora.

Capítulo Cuatro

Fue una suerte para Seryu que su agarre fuera fuerte. De lo contrario, la habría empujado a una de las cascadas de cristal negro que seguíamos pasando. Después de mi experiencia anterior con el remolino, supuse que eran algún tipo de portales, y fantaseé con enviar a Seryu al fondo de un volcán.

Me conformé con clavarle las uñas en el brazo mientras atravesábamos el palacio, sin prestar atención a los tiburones que rodeaban las paredes de cristal ni a los cangrejos que correteaban arriba y abajo, con sus ojillos saltones mirando desde todas las direcciones.

—¿Compañera? —siseé—. Será mejor que eso no signifique lo que creo que significa. No soy una concubina, Seryu. Especialmente no el tuyo.

Seryu apenas se estremeció cuando mis uñas se hundieron en su gruesa piel. —Más vale una concubina que ser la espuma de mar.

¡Reptil rencoroso! —Saliendo de mi manga, Kiki abofeteó la mejilla del dragón con su ala—. *Y pensar que me gustabas. ¡Llévanos a casa ahora mismo!*

Seryu la apartó de un empujón, sus humeantes ojos rojos se lanzaron hacia los vigilantes cangrejos como si estuvieran escuchando a escondidas. —¿No tienes ningún sentido de la propiedad? —gruñó —. Soy un príncipe de este reino.

Mientras los cangrejos se alejaban, su garra cayó sobre mi hombro y fuimos llevados a una cámara privada cerrada con paneles de hielo burbujeante.

—También podrías devolverme a la mazmorra de tu madre —dije—. No voy a renunciar a la perla.

Seryu me gruñó. —Hijas del viento, ¿pueden callarse por una vez? ¿No puedes estar agradecida de que te haya salvado la vida?

—¿Estar agradecida? Me mentiste.

—Seamos claros. Tú me mentiste a *mí*. Prometiste darle al abuelo la perla.

—*Traerle la* perla, no *darle* la perla. No le pertenece a él.

—¿Crees que le importa? —La ira hizo que los bigotes de Seryu

se tensaran y se enderezaran—. Mi abuelo no es alguien con quien se pueda razonar. ¿Por qué más crees que propuse la ceremonia de unión? Tienes un pedazo de *mi* perla, Shiori. ¿Sabes siquiera lo que eso significa en Ai'long? —Se pasó una garra por el cabello verde—. Por supuesto que no.

—¿Qué significa?

—Que el abuelo ha jurado por la ley del dragón honrar el vínculo entre nosotros.

—No hay vínculo entre nosotros. —Mis manos subieron al collar que me había dado. Deseé poder arrojárselo para probar mi punto, pero me ahogará—. Ya estoy comprometida.

—¿A ese patético señorito? —Seryu resopló.

—¿Quieres dejar de llamarlo así? Él es mi…

—¿Prometido? Te escapaste de la ceremonia de compromiso. Apenas estás comprometida.

—No estaba huyendo de él —medio mentí—. Kiki salió volando de mi manga.

La expresión de Seryu se oscureció. —¿Qué tiene de maravilloso él, de todos modos? Vivirá setenta u ochenta años, en el mejor de los casos; no tiene magia, casi ningún poder en su nombre. Su castillo ni siquiera tiene un estanque adecuado o un río adecuado. Tuve que visitarte en un abrevadero de caballos cuando estabas allí. —Seryu apretó sus afilados dientes—. Sin embargo, actúas como si *él* fue el que te dio un pedazo de su corazón. Como si *él* fue el que salvó de ahogarte en el Lago Sagrado.

Era lo último que esperaba que dijera. Mi corazón se pellizcó con un dolor que nunca había sentido antes. —Seryu…

Sus orejas se aplanaron, sus puntas se volvieron más rojas que las amapolas de verano. Parecía desear que la tierra se lo tragara entero. —Mira, fue la única idea que se me ocurrió. Si hubiera sabido que te opondrías con tanta vehemencia...

—No me opongo vehementemente —interrumpí—. Solo... me opongo. —No podía mirarlo a los ojos—. No puedo quedarme aquí para siempre.

—¿Qué pasa si tienes que hacerlo? —presionó Seryu. Había un nuevo filo en sus palabras que no me gustaba—. ¿Y si es lo mejor para tu país?

Mis costillas se apretaron. —¿Qué quieres decir?

—Quedarte aquí es su mejor recurso —respondió lentamente, como si leyera las palabras en voz alta—. Siempre lo ha sido. Un nuevo Sangre Sucia nace solo después de que el anterior muere. Si vives una eternidad en Ai'long, nunca nacerá otro.

No dije nada. no podía Mi mente daba vueltas, todo se enfocaba bruscamente. Nueve Infiernos ardientes, Seryu tenía razón.

Los demonios atrapados en las Montañas Sagradas de Kiata necesitaban mi sangre para ser libres. Pero si me quedaba en Ai'long, nunca saldrían.

Seryu dijo lo que pensaba—: Tu padre, tus hermanos… tu señorito, estarían a salvo. Todos en Kiata estarían a salvo.

Era una hermosa solución, y odiaba a Seryu por eso. Cualquier argumento que tenía se me atascó en la garganta. Todas las razones apuntaban a que me quedara aquí.

—Entonces —habló Seryu, más bajo de lo que nunca lo había escuchado antes—. ¿Crees que podrías intentar... hacer un lugar en tu corazón para mí?

Me alegré de que estuviéramos solos. Mi ira hacia él se había desvanecido por completo, dejando una sensación de vacío. ¿Cómo se suponía que debía responder? *Sí,* él *e*staba esperando que yo lo dijera. Una palabra tan simple, una palabra que había pronunciado tantas veces en mi vida. Sin embargo, se sentía plomo en mi lengua, y todo en lo que podía pensar era en Takkan en la playa, prometiéndome que me esperaría. Pidiéndome que no lo olvidara.

Me dolía hablar—: Si me quedo contigo, no volveré a ver a mi familia.

Los bigotes de Seryu se marchitaron y su comportamiento se volvió frío. —Tendrás una última oportunidad. Mi madre tiene un espejo encantado, su cristal te dará una última mirada de tu familia. Antes de que los olvides.

En un instante, volví a estar en guardia. —¿Qué quieres decir con olvidarlos?

—Es parte de la ceremonia de unión. —Siguió adelante, como si yo supiera y no le importara que reaccionara mal—. A cambio de la inmortalidad, consumirás un elixir cuando prestes juramento a Ai'long. No recordarás nada de tu pasado, ni siquiera tu nombre.

Me hice hacia atrás, aturdida por lo que había dicho. —¿Es esa la única forma en que los dragones pueden encontrar pareja? ¿Haciéndonos olvidar quiénes somos?

—La inmortalidad tiene un precio. Renacerás más fuerte. Mejor.

—¿Mejor? —Lo repetí—. Prefiero que los demonios me destrocen antes de olvidar quién soy.

¿Era esto lo que el Rey Dragón había querido decir cuando me advirtió que la muerte era inevitable? No podía creer que casi me había sentido mal por Seryu. —Es por eso que Nazayun está tan seguro de que le daré la perla —me di cuenta con enojo—. Porque ni siquiera recordaré lo que es.

Seryu comenzó a hablar, probablemente para soltar alguna tontería acerca de que su abuelo necesitaba destruir la perla por la seguridad de nuestros dos mundos. No lo escucharía

—Ustedes, los dragones, no son mejores que los demonios. —Me aparté antes de que pudiera tocarme—. Si no me sacas de aquí, encontraré mi propio camino. Le hice una promesa a Raikama. La perla necesita ser devuelta al Espectro.

Seryu me resopló con incredulidad. —¿Arriesgarías a tu familia, a tu país… tu propia vida por eso? ¿Qué importa una promesa a tu madrastra? Ella está muerta.

No pude controlarme. Mi ira había llegado a su punto máximo y mi mano arremetió. Antes de darme cuenta, había golpeado a Seryu en la mejilla. Duro.

Si hubiera sido humano, su cabeza habría saltado hacia atrás, tal vez incluso golpeando la pared.

Pero Seryu simplemente retrocedió, luciendo herido. Estaba demasiado furiosa para preocuparme. Pensé que diría algo, una reprimenda, una disculpa, cualquier cosa. En cambio, sus escamas esmeraldas se nublaron y su cabeza se hundió.

Él no se estaba inclinando hacia mí, sino hacia alguien detrás de mí. —No digas nada —siseó mientras me empujaba a hacer una reverencia también—. Enójate conmigo todo lo que quieras, pero aguanta hasta que mi madre se vaya.

En la palabra *madre,* mi curiosidad superó mi ira, y miré arriba.

Una cortina de cuentas de conchas se abrió y dos mujeres entraron en nuestra compañía. Ninguna de las dos parecía completamente humana, pero mi atención se dirigió inmediatamente a la dama de los ojos dorados. Eran ojos que había visto antes, líquidos y viscosos, como el ámbar destinado a atrapar a su presa.

Lady Solzaya: el dragón que había tratado de sacarme el alma. ¿*Ella* era la madre de Seryu?

—¿Interrumpo? —ella ronroneó.

Seryu puso su sonrisa más encantadora, borrando cualquier rastro de nuestra pelea.

—Tía Nahma —exclamó, saludando a la dama al lado de su madre. La sorpresa genuina levantó sus espesas cejas verdes—. No esperaba verte antes de los ritos.

—Le pedí que viniera —respondió Solzaya antes de que la dama pudiera hablar por sí misma—. Pero realmente, Seryu, ¿dónde están tus modales? ¿No deberías saludar a tu madre primero? ¿O estás tan aliviado de ver a Nahma que has olvidado quien te dio a luz?

—Yo nunca. —Seryu se enderezó—. Madre. Como siempre, incluso en tu forma humana, deslumbras a las estrellas.

Solzaya gruñó. —Está lejos de ser mi forma favorita. —Ella inclinó la cabeza en mi dirección—. Pero los humanos nos encuentran menos intimidantes de esta manera.

Ella estaba equivocada. Solzaya era del color del fuego, cinabrio y naranja sonrojados, como los árboles más brillantes del otoño. Era casi demasiado brillante para mirarla, y mis ojos picaban mientras buscaban el collar que brillaba contra sus clavículas.

Tal como había dicho Gen, estaba hecho de fragmentos de espejo. Siete, conté. Al principio parecían pedazos de vidrio ordinarios, pero su forma cambiaba constantemente, desde suaves lágrimas hasta cuchillos dentados tan afilados que deberían haber atravesado la delicada piel de Solzaya. Un nítido recordatorio de que ella no era humana en absoluto.

—Bienvenida por fin, Shiori'anma —dijo Solzaya—. Lamento que nuestro encuentro anterior haya sido en circunstancias tan… desafortunadas. Los malentendidos ocurren, incluso en un reino tan ilustrado como Ai'long. Me alegra tener esta segunda oportunidad de recibirte y asegurarme de que tengas una presentación adecuada de la casa de Seryu.

—Oh, las mazmorras son presentaciones maravillosas —dije, sin molestarme en enterrar mi sarcasmo—. El niño convertido en piedra fue un toque particularmente acogedor.

Seryu me lanzó una mirada para permanecer en silencio. —Shiori se enteró recientemente de nuestros ritos de unión —dijo—. Todavía está… aclimatándose a las noticias. Pero se siente honrada de ser elegida.

—Sin duda lo eres, niña mortal. —Solzaya acarició la parte

superior de mi cabeza—. Se te ha legado el don de la inmortalidad. Espero que te convenga como le conviene a Lady Nahma.

Me había olvidado de la mujer al lado de Solzaya. Era pequeña y pálida, con una boca delgada y ovalada y cabello negro largo hasta la cintura que caía plano sobre sus mejillas y espalda, juntando las sombras a su alrededor. Sus brazos colgaban rígidos a sus costados, y sus ojos no tenían chispa de vida en ellos.

Si *esa* inmortalidad le sentaba bien a Lady Nahma, yo no quería ser parte de ella.

Solzaya ya me estaba dando vueltas, los fragmentos alrededor de su cuello brillaban mientras evaluaba los pedazos de musgo atrapados en mi cabello, las cicatrices en mis manos, los círculos debajo de mis ojos y mi túnica blanca sencilla y sin adornos.

Solo cuando su mirada se posó en la perla del Espectro, que flotaba a mi lado, un músculo de su mejilla se contrajo. El deseo por ella hizo que su piel titilara de oro por un brevísimo momento.

—Bastante poco llamativa, ¿no es así? —Solzaya le dijo a Lady Nahma—. Hubiera pensado que la sangre sucia de Kiata tendría más presencia, más belleza. Por otra parte, ¿qué humano es agradable a la vista? Hay mucho trabajo por hacer.

—Lo que me falta en belleza, lo compenso con la fuerza del alma —dije, lanzando un golpe directo al fracaso anterior de Solzaya para cortarme los hilos. Guardé la perla en mi cartera, sin importarme lo mezquino que fuera el gesto.

—Qué orgullo —reflexionó Solzaya—. Olvidé que eres una princesa en tu mundo. Los títulos humanos no significan nada para nosotros: Lady Nahma era una campesina cuando llegó por primera vez. Pero sí, te concedo que tu alma es inusualmente fuerte. — Ella hizo una pausa—. Serás una excelente adición a Ai'long.

La molestia se apoderó de mi pecho y Kiki me pellizcó el brazo, advirtiéndome que mantuviera la calma.

Mientras apretaba los dientes, Solzaya miraba a su hijo. —Nunca has mencionado el deseo de encontrar una compañera. Me parece extraño que le hayas querido dar a esta chica un trozo de tu perla…

—Una pieza muy pequeña —murmuró Seryu.

—… especialmente antes de que hayas alcanzado tu forma completa. —Lady Solzaya tocó su collar y los fragmentos tintinearon una canción suave y resonante—. Pero Su Eterna Majestad ha aprobado tu elección. Será honrada. Este Día.

—¿Este Dia? —repetí, mis ojos se abrieron como platos.

—No hay necesidad de tanta agitación. Será un asunto privado, solo para la familia.

Esa no era la razón por la que estaba agitada, y estaba segura de que Solzaya lo sabía.

—Todos los primos de Seryu ya han llegado —continuó—, y se han comprometido a no intentar matarte, o a los demás.

—¿Todos ellos? —Seryu dijo con el ceño fruncido—. Dudo que Elang esté apareciendo.

—El Gran Señor de los Mares del Oeste sabe que no debe mostrar su rostro en la corte —dijo Solzaya con aire jovial—. Pero tal vez venga a ver la perla.

Miré a Lady Nahma. Había estado en silencio desde su llegada, su compostura no se alteró por el antagonismo de Lady Solzaya hacia mí. Pero ante la mención del primo de Seryu, los labios de Nahma se fruncieron muy levemente.

Fui la única que se dio cuenta, y Nahma levantó la vista del suelo y captó mi mirada.

Sus ojos no brillaban o resplandecían, como los de los dragones. Sus ojos estaban amarrados a la tierra y eran marrones, como los míos. Fácilmente pasado por alto. Fácilmente capaz de ocultar un tesoro de secretos.

—Estarás en buenas manos —decía Solzaya—. Lady Nahma es la esposa de mi hermano, la honorable Dama de los Mares del Sur, y no todos los días se ofrece personalmente a preparar a alguien para los ritos de unión.

Nahma hizo una elegante reverencia. —Fui una de las primeras compañeras seleccionadas en Ai'long —dijo en voz baja—. Sé mejor que nadie lo difícil que puede ser el cambio.

—Ya, ya, no la asustes —reprendió Solzaya—. Ten cuidado, Nahma. No quiero vivir con un hijo abatido durante el próximo milenio.

—Solo secuéstrale a otra princesa, entonces —dije con acidez—. Los humanos somos todos iguales de todos modos. Dudo que se dé cuenta.

La púa estaba destinada a Seryu, pero si se estremeció, no la atrapé. La risa de Solzaya me distraía demasiado.

—Seryu, Seryu..., —dijo, inclinando la cabeza hacia atrás con

diversión—. Has hecho una elección interesante. Espero ver en qué se convierte Shiori'anma.

La forma en que lo dijo me inquietó. En que *se convierte.*

—Ahora, ambos se han demorado lo suficiente —dijo Solzaya—. Dile adiós. No se volverán a ver hasta la ceremonia.

Seryu me agarró de la manga antes de que me diera la vuelta. —Recuerda lo que te dije.

—¿Que me estás salvando la vida? —Incliné mi cabeza en una reverencia fingida. Todavía estaba furioso con él—. Gracias, Príncipe Seryu. Estoy ansiosa por saber en que me *convierto*.

—Estoy seguro de que encontrará agradable la compañía de tía Nahma —dijo, ignorando mis comentarios agrios. *Más agradable que la de mi madre,* dejó sin decir—. Ella cuidará bien de ti.

—¿De la forma en que tú lo hiciste? —respondí. Mis palabras fueron bajas, aunque estaba seguro de que Solzaya y Nahma podían escuchar—. Pensé que eras mi amigo, Seryu. Yo confíe en ti.

La risa de Seryu tenía poco humor.

—Lo sé —dijo, y cuando me soltó, una ola de agua me levantó y me llevó a las profundidades del palacio del Rey Dragón

Capítulo Cinco

Una corriente agresiva me empujó hacia adelante, obligándome a seguir a Lady Solzaya y Lady Nahma por un ala de pilares de mármol verde. Me defendí lo mejor que pude, y en algún momento debí haber logrado molestar a Solzaya, porque los fragmentos de espejo en su cuello se desprendieron y volaron a mi lado, cada uno con el reflejo irritado del dragón.

Ella habló a través de los fragmentos. —Cuanto más tiempo nos detengas, menos tiempo tendrás para tus despedidas.

Incluso si hubiera sabido de qué estaba hablando, no me habría importado. Todos mis pensamientos estaban dedicados a idear un medio de escape. Mis opciones eran sombrías. Las paredes emitieron una sirena cuando me acerqué demasiado, alertando a todos de mis movimientos. Y tiburones, medusas y pulpos patrullaban cada rincón. El palacio estaba demasiado bien asegurado.

Deberías sonreír —susurró Kiki desde el interior de mi manga—. *Cuenta algunos chistes. Canta una canción. Tal vez entonces la madre de Seryu baje la guardia.*

Apreté los dientes. —Es un poco tarde para congraciarme, ¿no crees?

Los fragmentos de espejo de Solzaya brillaron de acuerdo. Mordieron mis talones, empujándome insistentemente hacia adelante.

Pronto mi entorno se transformó. Las paredes cantarinas desaparecieron, y las columnas de mármol se extendieron en largas paredes que cerraban mi vista de los mares abiertos.

Uno de los fragmentos de Solzaya me raspó la mejilla y el agua se hizo más fuerte, me levantó y me llevó al lado del dragón.

La madre de Seryu chasqueó la lengua. Estás perdiendo el tiempo buscando una vía de escape. Los pasillos cambian a mi antojo, y el palacio es imposible de recorrer para los humanos. En ningún lugar de Ai'long puedes esconder una perla tan oscura y abominable como la que llevas.

—No estaba buscando un escape —mentí.

Los ojos dorados del dragón bailaron con alegría. —Es gracioso. La mayoría de los mortales rogarían estar en tu posición. Durante la época de Nahma, los humanos se arrojaban al océano para tener la oportunidad de convertirse en nuestros compañeros. —Solzaya se detuvo deliberadamente—. Supongo que tú y Nahma tienen en común su resistencia. Ambas comenzaron con una sentencia de muerte.

Lancé una mirada de curiosidad a Nahma, pero ella permaneció en silencio como siempre.

—Así no es como se cuenta la historia en tierra —dije—. La gente no se tiraba voluntariamente al mar. Eran secuestrados. O sacrificados para apaciguar a los de tu especie.

—Los humanos tienen una memoria terrible —respondió Solzaya —. Era de esperar, dada su corta vida. Considérate bendecida, Shiori'anma. Otros sangre sucia perecieron antes de cumplir los dieciocho años, pero tú... vivirás para siempre. Aquí, con nosotros.

—Ustedes, dragones, tienen un sentido engañoso de lo que significa ser *bendecido* —murmuré.

—¿Preferirías soportar un rito de selección, como lo hizo Lady Nahma? Porque eso se puede arreglar.

—Todo el asunto es bárbaro.

—¿Es tan diferente en tu reino? Tenías un arreglo para casarte, ¿no? A un joven señor en el Norte, según vi.

Ante la mención de Takkan, mi corazón dio un vuelco. —¿Lo viste?

—El espejo de la verdad me mostró mucho sobre la vida que dejaste. —Lady Solzaya se acercó—. Pobre Bushi'an Takkan. Te extraña tanto. Puedes verlo por ti misma, una última vez.

De repente me desinflé.

Solzaya se rio con aire de suficiencia. —Tengo curiosidad por ver cómo te sienta la inmortalidad. Muchos se han vuelto locos, pero confío en que mantendrás la cordura, sangre sucia. Tienes más espíritu que la mayoría.

—No planeo estar aquí el tiempo suficiente para satisfacer tu curiosidad — repliqué, pero mis palabras carecían de convicción, y Solzaya lo sabía.

Ella volvió a acariciar mi cabeza, luego se abalanzó hacia adelante, sus largas mangas finas rozaron mis brazos como si me indicara que la siguiera. Retrocedí ante su toque.

La desesperanza subió como una piedra en mi garganta. ¿Cómo iba a salir de aquí? Incluso si mi magia *estuviera* con toda su fuerza, no era suficiente para luchar contra el Rey Dragón. Todo lo que tenía era la perla...

No puedes usar la perl, —dijo Kiki, invadiendo mis pensamientos. *Podría romperse.*

—Si lo hace, al menos me llevaría todo Ai'long.

¡Y a mí! —gritó mi pájaro de papel—. *Piensa en mí, al menos. Esparcida en pequeños pedazos en el océano para siempre. ¡Seré devorada por camarones! ¡O… o convertida en espuma de mar! No estoy destinada a convertirme en espuma de mar.*

—No, no lo estás —estuve de acuerdo, y luego hice una mueca. En un reino donde el tiempo era eterno, ¿qué tan irónico era que el mío se estuviera acabando?

Alguien tocó mi brazo. —Mira —dijo Lady Nahma, señalando uno de los espejos con gemas grabados en la pared—. El vidrio aquí refleja el cielo arriba. Imurinya sonríe sobre los mares.

Todo lo que vi fue un abismo sin fin de agua oscura.

—Sus ojos mortales son demasiado débiles para percibirlo —dijo Solzaya con sarcasmo.

Nahma no se desanimó. —Mira más de cerca. —Señaló un aleteo en las olas—. La curva de plata en las aguas. Ese es un reflejo de Imurinya.

—Ya lo veo —dije suavemente.

—Nosotros también reverenciamos a la dama de la luna en Ai'long —contestó Nahma—. Cuando su luz es más poderosa, también lo son las perlas de los dragones. Es un buen augurio que ella esté

brillante en tu día de unión. Espero que eso te sirva de consuelo.

No lo era, pero a diferencia de Solzaya, Nahma tenía buenas intenciones. No pude evitar emocionarme con ella.

—Pronto aprenderás a dar por sentadas esas vistas —dijo la madre de Seryu con desdén—. Una vez que seas una compañera, habrá cosas mucho más importantes en tu mente.

—¿Como? —Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas. Por mucho que temiera la ceremonia de unión, tenía curiosidad por saber cómo vivían los dragones.

Solzaya sonrió. —Asegurar un heredero para mi hijo, naturalmente.

Me resistí, deseando no haber preguntado. —¿Un heredero?

—La nuestra es una raza menguante, Shiori'anma. ¿No pensaste que los seres sagrados como los dragones recibirían a los humanos en nuestro reino simplemente por compañía?

Honestamente, no lo había pensado. —¿Es eso... incluso posible?

—Lo será. —Ella se rio de mi horror—. Una vez que te conviertas en una compañera, ya no serás exactamente humana.

Ella había aludido a mi cambio antes, pero nunca en detalle. La apariencia de Lady Nahma tampoco ofrecía pistas: con su largo cabello negro y su modesto vestido, parecía una sacerdotisa en un santuario.

Entonces, ¿por qué estaba aumentando el temor en mi corazón?

Apareció un espejo de bronce arqueado, marcando el final de lo que parecía un pasillo perpetuo. Su artesanía era exquisita, con cinco dragones, cada uno sosteniendo su propia perla.

Nos detuvimos frente a él, y mi reflejo me miró con recelo. De vuelta a casa, mis ojos eran famosos por su picardía, mis labios por su curva astuta y traviesa. Pero el reflejo que vi era el de una chica que estaba perdida. Una chica que *había* perdido.

Esa no podía ser yo.

—Aquí es donde te prepararás para la ceremonia —dijo Solzaya, elevando el tono de su voz mientras gesticulaba dramáticamente hacia el espejo de bronce—. Donde tomarás tu último aliento como una mortal de la tierra.

Demasiado tarde comencé a retroceder.

El espejo se volvió líquido, derritiéndose en dos brazos plateados que se deslizaron alrededor de mis tobillos. Antes de que pudiera

correr, dieron una llave inglesa .

Y hacía el espejo volé, adentrándome en espiral más profundamente a la guarida del Rey Dragón, a mi perdición

Capítulo Seis

Aterricé sobre una moqueta mullida, frente a un techo con incrustaciones de conchas y faroles flotantes. Cofres y baúles se alineaban en las paredes, cada uno ondeando con la ropa más extravagante e imposible que jamás había visto. Vestidos tejidos con abulón y luz de luna, faldas que eran cascadas, chales pintados con alas de mariposa y aletas de pez llama, y chaquetas bordadas con peonías cuyos pétalos se movían con una brisa imaginaria.

Mientras me incorporaba, Lady Nahma se deslizó a la vista.

—Solzaya se ha ido. Ella no regresará hasta que estés lista para la ceremonia.

¿Era una explicación o una advertencia?

—Hay comida, en caso de que necesites alimento —continuó Nahma—. Los ritos no serán largos, pero algunos encuentran consuelo participando en delicias de su tierra natal.

Hizo un gesto hacia una mesa que juré no había estado allí hace un momento.

En él había una variedad de dulces Kiatan: tortas de arroz con semillas de sésamo tostadas, dulces de alas de fénix y bollos al vapor llenos de crema pastelera de calabaza. Un cuenco de porcelana estaba lleno hasta el borde con melocotones frescos y gordos.

Inhalé, odiando lo insolentemente familiares que eran los aromas. No podría ignorarlos, aunque quisiera.

—Come —instó, sirviéndose té—. Necesitarás tu fuerza.

Mientras servía, el vapor se enroscaba alrededor del borde de la taza. Pero no me moví.

—No está envenenado, Shiori'anma.

No confiaba en ella, y ella sabía que no podía convencerme.

—Muy bien. Entonces comenzaremos.

Lady Nahma dejó su taza y flotó en el agua.

—La forma en que te vistes para la ceremonia es de suma importancia. Esta será la primera impresión que la corte tendrá de ti, y los dragones son rápidos para juzgar.

Ella aplaudió, y los cofres exhibieron sus mercancías.

—Toma cualquier cosa que te hable —instruyó—. Joyas, peinetas, vestidos, chaquetas.

Nada me llamó. No había espadas, dagas o dardos envenenados. No hay enredaderas de golpes de estrellas ni antorchas de fuego demoníaco.

Todo era tan bonito. E inútil.

Había horquillas de hueso que alargaban el cabello, túnicas de seda color arena con peces bordados que bailaban cuando las tocaba. Había cintas de encaje festoneadas con hilos del alba y joyas que hacían que el portador fuera deslumbrantemente hermoso. Por curiosidad, sostuve un broche de ágata en mi pecho y observé, horrorizada, cómo mis ojos se volvían más azules que un pájaro milano, mis mejillas se iluminaban con un agradable rubor y mis labios se llenaban.

Tiré el broche de vuelta a su cofre. Mi situación estaba al borde de la histeria y la desesperación.

—Si los ritos de vestir no te interesan, te ayudaré a elegir.

Nahma le indicó a uno de los cofres que se acercara.

—¿Qué pasa con este?

Levantó un vestido de seda en un tono rosa apagado que me recordó a los árboles de begonia en casa. Encaje de espuma de mar adornaba las largas mangas acanaladas, que eran tan delgadas como telarañas, e innumerables perlas diminutas adornaban la falda. Fue la elección más humilde con diferencia, pero aun así mucho más rica que cualquier cosa que haya tenido.

Asentí a regañadientes y Lady Nahma cogió mi cartera, que no tenía cabida entre cosas tan finas.

Me negué a entregarlo.

—La perla del Espectro está dentro. Voy a presentárselo al rey.

Nahma me dirigió una mirada cautelosa, que le devolví.

No era mentira. Debía presentárselo al rey; simplemente no tenía intención de hacerlo.

—Muy bien —dijo finalmente—. Puedes quedártelo.

No volvió a hablarme hasta que estuve vestida, pintada, empolvada y debidamente adornada. Un proceso refrescantemente rápido, después del cual hizo un silbido bajo. No fue un comentario de aprobación sobre mi apariencia, como pensé al principio, sino un

llamado. Cientos de diminutos peces nadaban a través de las paredes. Cada uno llevaba un fragmento de vidrio en la boca, que ensamblaron dentro de un marco de madera.

Cuando terminaron, los fragmentos se fundieron y fusionaron, creando un espejo.

Era más alto que yo por una cabeza, su vidrio grueso y limpio, el marco veteado con oro. Una magia extrañamente familiar zumbaba desde el interior de su cristal, pero el espejo en sí no se veía particularmente especial, y tampoco mi reflejo.

Nahma había entretejido un rescate de emperador con perlas y ópalos en mi cabello, y adornado mis orejas, cuello y muñecas con más riqueza de la que todos los piratas de Lor'yan podrían acumular en su vida. Aun así, todos los tesoros brillantes en el mar no pudieron enmascarar el duro desafío en mis ojos, o cambiarme de Shiori a una concubina dragón sin nombre.

Me animé en eso. Por ahora.

—Este es el espejo de la verdad —dije.

No era una pregunta, pero Nahma me obsequió con un asentimiento.

—Es el tesoro más preciado de Lady Solzaya, ganado en una apuesta con uno de los primeros encantadores. Desde entonces, ha sido parte de la tradición de la ceremonia.

A los dragones les encanta apostar, pensé.

—Solo había un puñado de fragmentos en el collar de Lady Solzaya —comenté—. ¿Por qué aparecieron cientos en este momento?

—Hay siete fragmentos en el espejo de la verdad de Lady Solzaya, cada uno con la misma vista y poder. Durante las raras ocasiones en que no están en su posesión, por ejemplo, en un rito como este, los oculta entre pedazos de espejo ordinarios para que no puedan ser robados.

—Robado —dije lentamente—. ¿Por compañeros como tú?

—No tengo ningún deseo de poseer el espejo de la verdad.

—Pero, ¿no te quitaron los recuerdos cuando hiciste el juramento a Ai'long? — No pude evitar la acidez de mis palabras—. ¿No te gustaría recordar tu pasado?

Un leve parpadeo cruzó las facciones de Nahma.

—El cambio es diferente para todos. Recuerdo más que la

mayoría —Se concentró en guardar un par de horquillas—. Ha sido tanto una maldición como una bendición. Algunas cosas es mejor olvidarlas.

—¿Que recuerdas? —investigué.

Durante mucho tiempo, Nahma no dijo nada. Había perdido la esperanza de que ella respondiera cuando finalmente respondió:

—En mi época, las cosas eran diferentes. Los dragones no eran leyendas, y si una nación no hacía los sacrificios adecuados a los mares, los dragones robarían a sus hijos e hijas de las costas. Entre los entregados a Ai'long, algunos fueron elegidos para convertirse en compañeros a través de ritos de selección.

Recordé. —Solzaya dijo que así fue como terminaste aquí.

—Sí. Mi año, eran doce.

Su respuesta plana me hizo fruncir el ceño.

—¿Qué pasó con los otros once?

—Los visito de vez en cuando, cada vez que visito este palacio —La expresión de Nahma era inescrutable—. Están parados en el jardín lloroso del rey Nazayun.

Mi garganta se arrugó cuando capté su significado. Los once habían sido convertidos en piedra.

—¿Por qué? —susurré.

—Por el Juramento de Ai'long. Todos los que están bajo el dominio del Rey Dragón están sujetos a él. Los inmortales no son invencibles, Shiori'anma, ni siquiera los dragones. El juramento asegura que ningún dragón dañará a otro sin la más grave de las consecuencias.

Los visitantes de Ai'long no están sujetos a esa promesa, lo que los hace peligrosos.

Mi mandíbula se trabó. —Como Gen.

A través de nuestros reflejos en el espejo, la mirada de Nahma se encontró con la mía.

—Como Gen —repitió.

—¿Entonces Nazayun condenará a un niño solo por entrar sin autorización?

—Gen no es tan inocente como parece.

—¿Porque trató de robar algo? —dije—. Un dragón le pidió que

lo hiciera, no es un ladrón.

—Intentó robar el espejo de la verdad —dijo Nahma deliberadamente—. Ningún mortal sería consciente de un tesoro tan antiguo nunca más. Y ningún mortal podría infiltrarse en Ai'long a menos que lo ayudara alguien muy poderoso y muy peligroso. Lady Solzaya ha interrogado al niño durante meses sobre qué dragón podría ser, pero no ha dicho nada.

—¡Porque él no sabe! —lloré.

—Eso no tiene importancia. No tendrá mucho tiempo.

—Él es solo un niño. ¿No te importa? ¿No puedes hacer nada?

—No es mi lugar —dijo Nahma.

—Entonces realmente ya no eres humana.

Quería que mis palabras dolieran, pero Nahma no se inmutó.

—Algunos dirían que nunca lo fui.

Sus palabras fueron tan suaves que no estaba seguro de haber escuchado correctamente.

Fruncí el ceño.

—¿Qué acabas de…?

—Descubrirás —interrumpió Nahma, dirigiendo el tema a otra parte—, que los dragones sienten poca empatía, y aún menos amor. Es para tu fortuna que estarás ligada a Seryu'ginan. Es mejor que la mayoría.

Mejor que la mayoría.

—Qué respaldo tan inspirador.

—Es la verdad —dijo Nahma—. No te mentiré, Shiori'anma. Pero si no escuchas, enviaré a buscar a otra para que te vista. Rara vez realizo esta tarea, pero pensé en hacer una excepción contigo. Por quien tu eres.

—¿El amor de sangre de Kiata?

—No. La hija de la Reina Sin Nombre.

Mis ojos volaron hacia arriba, los pensamientos que daban vueltas en mi cabeza se detuvieron abruptamente.

—¿Conocías a mi madrastra?

—Se casó a través de un ritual no muy diferente al nuestro.

Una pequeña y dura sonrisa se dibujó en los labios de Nahma.

—Un concurso, por así decirlo. Todos los reyes y príncipes buscaban su mano, y todos los encantadores y demonios buscaban la perla en su corazón.

—Los dragones también —dije sombríamente.

Mientras lo decía, Nahma colocó un último mechón de ópalos en mi cabello.

—Muchos de Ai'long se presentaron como pretendientes humanos para participar en el concurso. Incluso nuestro propio rey lo consideró. En ese entonces, no sabíamos que ella poseía la perla del Espectro.

—¿Qué sucedió? —pregunté. La vida de Raikama antes de venir a Kiata era un misterio para mí y estaba desesperado por saber más.

—No soy un pozo del pasado, puesto aquí para saciar tu sed —dijo, no sin amabilidad—. Te cuento la historia de tu madrastra porque era diferente a las demás, como lo eres tú. Y como yo era — Una pausa—. Te doy la advertencia que desearía haber tenido.

—¿Advertencia? —repetí.

Lady Nahma se echó el pelo hacia atrás, revelando las branquias a lo largo de su cuello y pómulos. Se subió las mangas, mostrándome las aletas que brillaban en la parte inferior de sus brazos, y cuando abrió los dedos, pude ver su telaraña iridiscente. Por último, se levantó la falda. En lugar de piernas humanas había una cola de pez, violeta como campanillas de verano.

No pude ocultar mi asombro y horror.

—Eres una… una…

—Una doncella del mar —dijo, como si fuera lo más natural—. Nuestro reino no está lejos de Ai'long. Probablemente viste algunos en tu camino hacia el palacio.

Todavía estaba mirando. Con sus aletas y su cola, nunca podría volver a tierra, incluso si quisiera.

—¿Es eso lo que me pasará a mí?

—La experiencia de cada compañero es diferente —respondió ella desapasionadamente—. Muchas se convierten en doncellas del mar, mientras que otras conservan un físico más humano. Es difícil de predecir. Pero los cambios serán permanentes, un pequeño precio a pagar por la vida eterna.

No estaba convencida de que ella creyera sus propias palabras.

Dejando que su cabello volviera a caer en su lugar, Nahma se bajó las mangas y convocó al espejo. Lo había olvidado.

—Ahora, la última parte de los preparativos: las despedidas finales.

El espejo comenzó a cantar de nuevo, vibrando como un laúd lunar siendo tocado. Me aventuré un paso más cerca, y el vidrio ondeó.

—Este espejo… —comencé, mirando fijamente. El vaso se parecía cada vez más a un charco de agua—. Se siente… Kiatan.

—No me sorprende que te hable —admitió Nahma—. El espejo de la verdad se forjó a partir de las Siete Lágrimas de Emuri'en.

Retrocedí, dejando que las palabras de Nahma penetraran.

Emuri'en era la diosa del amor y el destino de Kiata, que supervisaba los destinos de los mortales, usando mechones de su cabello. Cada hilo lo cortó y tiñó de rojo, el color de la fuerza y la sangre, y siguiendo sus instrucciones, sus mil grullas volaron a la tierra para unir los destinos de los mortales. Pero su afición por los humanos era tan grande que gastó demasiado su poder y perdió su divinidad.

Arrojada del cielo, lloró y sus lágrimas se esparcieron por Kiata, dejando siete estanques mágicos que ofrecieron un vistazo a los hilos del destino.

Las Siete Lágrimas de Emuri'en.

Cuando era más joven, siempre lo había descartado como una leyenda. Pero gracias a Raikama, supe que las Lágrimas de Emuri'en eran reales. Consultar sus aguas fue la forma en que supo desde el principio que yo era la heredera de Kiata y que estaba en peligro.

Hablé a través del nudo que se formaba en mi garganta. —¿Podré… podré hablar con mi familia?

Nahma me dirigió una mirada de lástima.

—No, incluso con la ayuda de una magia tan antigua como la del espejo, los reinos de los dragones y los humanos no pueden superponerse.

—Pero dijiste que era una despedida…

—La despedida final es un momento para reflexionar sobre la vida que dejas atrás —Habló por encima de mí y señaló el espejo—. Pregunta sobre el pasado o el presente, y te mostrará lo que debes ver. Ni más ni menos.

¿Preguntar sobre el pasado o el presente? El nudo en mi garganta se disolvió. ¡Si el espejo tuviera tal poder, podría preguntarle sobre la perla del Espectro! Tal vez incluso podría encontrar una salida del tortuoso palacio del Rey Dragón.

Sofoqué mi emoción, dibujando una línea amarga con mis labios para que Nahma no pudiera saber lo que estaba pensando. Sin embargo, su rostro se oscureció de repente y consideró oportuno advertirme en voz muy baja:

—Ten cuidado con lo que buscas. Lady Solzaya observa desde el otro lado, y cualquier pregunta sobre los Espectros será una pérdida de tiempo. El espejo no puede tocar el reino en el que vive.

Fruncí el ceño.

—Como supiste…

—Tu tiempo comienza ahora —dijo Nahma, y atravesó la pared, desapareciendo sin decir una palabra más.

Kiki revoloteó fuera de mi manga. *Esta no es realmente la última vez que vemos casa, ¿verdad?*

El té de Nahma pasó flotando y lo tomé en mis manos.

—No lo dejaré pasar —respondí—. Tal vez pueda encantar el elixir durante la ceremonia.

Valía la pena intentarlo.

Con todas mis fuerzas, me concentré en el té, ordenando que su contenido saliera vapor de la taza en pequeños zarcillos brumosos.

Pero el té solo salió a borbotones, esquivando por poco mi cara y salpicando contra el espejo.

—¡Hebras de Emuri'en! —maldije, apresurándome a limpiarlo.

Al tocarlo, el cristal parpadeó y trinó, su zumbido bajo se convirtió en un canto de pájaro que había escuchado cada primavera y verano de mi vida.

Cometas.

Ellos canturrearon, demasiado claramente para que yo lo hubiera imaginado. Parpadeé, acercándome poco a poco al espejo. El cristal había dejado de parpadear. Ahora recorrió una extensión brumosa, como si buscara lo que quería mostrarme.

Crisantemos. Pequeños capullos y flores en los cerezos y ciruelos. Los pétalos cayeron sobre una ventana redonda enrejada cuyos elaborados diseños geométricos había visto muchas veces, pero

no recordaba dónde.

El espejo empujó a través de la ventana. Y allí estaban mis seis hermanos.

Estaban tan cerca, tan vívidos, que podía ver los hilos de sus sombreros de seda, las manchas de té en el cuello de Wandei y la cera brillando en el cabello de Yotan, cortado a la última moda, como le quedaba. Quería extender la mano y tocarlos, llamarlos por su nombre. Pero mis hermanos estaban reunidos alrededor de una cama, y una vez que vi a quién estaban mirando, todo lo que pude hacer fue contener la respiración.

Padre.

Había llegado la primavera y, como había prometido Raikama, el hechizo de sueño que había lanzado sobre Gindara se había disipado. La ciudad estaba despertando, y mi padre con ella.

—¡Mira! —susurró Yotan, señalando—. Se está despertando.

El amanecer se deslizó a través de la ventana enrejada, imbuyendo al emperador con espléndidos patrones de luz. Parpadeó, sus ojos se abrieron lentamente.

La alegría y la nostalgia tiraron de mi corazón, tirando de mis emociones en direcciones opuestas. Cómo deseaba poder estar allí para ver a mi padre. Estar allí con mis hermanos cuando despertara.

Me mordí la mejilla, tratando de mantenerme fuerte. Tratando de no obsesionarme con los meses que había perdido mientras estaba en Ai'long. Al menos mi familia estaba bien. Mi padre, mis hermanos...

—¿Qué pasa con Takkan? —susurré al espejo.

Ante la pregunta, el cristal parpadeó de nuevo. La visión del emperador y los príncipes se desvaneció, y el espejo cambió su enfoque del palacio en el Lago Sagrado a lo profundo del bosque. El fuego devastó los bosques, corriendo a través de los árboles y dejando las aldeas cercanas ardiendo sin llama.

Luego vinieron las Montañas Sagradas. Los reconocí de inmediato, pero había algo diferente en la montaña del centro.

Su rostro tenía una cicatriz irregular que no había estado allí antes. Como el espejo me acercó, una voluta de humo salió furtivamente de la roca escarlata. Y mi corazón se quedó quieto.

En un suspiro, la voluta se desplegó en una criatura que había rezado para no volver a ver nunca más.

El lobo.

Saltó adelante, su brumoso abrigo gris más sombra que piel, sus ojos rojo sangre tan ardiente como la roca cicatrizada que lo había llevado. Las Montañas Sagradas temblaron. *Bandur*, raspó a los demonios dentro, en un coro temible. *Rey de los demonios*.

El nombre se aferró a mis pensamientos como un fantasma. Nunca lo había escuchado antes, pero me dejó helada. Bandur.

—¡No! —susurré. Eso era imposible. Bandur no podía ser libre. ¡Mi madrastra y yo habíamos sellado las montañas!

El espejo no me mostraría más. Se agrietó y volvió a partirse en fragmentos, pero el diminuto pez no regresó para llevárselos. En cambio, los fragmentos flotaron sin rumbo por la cámara.

Estaba tan conmocionada por lo que había visto que apenas me di cuenta de que Nahma había regresado. *Kiki, no puedo seguir con esto. Tengo que ir a casa. Yo…* —Me detuve, mis pensamientos cortados por una cuerda invisible.

Si deseas volver a ver tu hogar alguna vez, la voz de Nahma empujó mi mente, *entonces debes ir a la ceremonia.*

Jadeé, sorprendida por sus palabras y por lo que había hecho.

—Tú… tú…

Nací capaz de sentir pensamientos. Nahma soltó mi brazo. Bajo el velo de su largo flequillo negro, sus ojos se volvieron blancos, pupilas oscuras desapareciendo. *Me ayudó a ganar los ritos de selección y ganarme la confianza incluso de Lady Solzaya. Ella ve mucho a través de su espejo, pero no puede leer la mente o el corazón. Ella asumirá que te estoy contando mis experiencias como acompañante.*

Encontré su mirada. *Así que esto es lo que quisiste decir cuando dijiste que no eras realmente humana.*

Los ojos de Nahma estaban fríos. *Yo no era deseada, como tu madrastra. Cuando mis padres se enteraron de mi magia, me arrojaron al mar, a los dragones. En tierra, la magia es temida. Aquí, es venerada.*

Tragué saliva, preguntándome qué pensaría mi padre una vez que supiera de mis propios talentos. *¿Cómo me ayudará ir a la ceremonia a encontrar el camino a casa?*

He oído que eres una chica ingeniosa, respondió Nahma. *Encontrarás una manera.*

Me tiró un melocotón. *Come. Tu poder se debilita aquí, pero incluso un mordisco repondrá algo de fuerza.*

Hice rodar el melocotón en mi mano, todavía escéptica de que

pudiera estar envenenado. En la leyenda de Kiatan, los melocotones eran el fruto de los dioses, y un árbol en particular en sus jardines otorgaba la inmortalidad.

Puedo intentarlo primero, si quieres, ofreció Kiki. *No me importa vivir para siempre.*

Muy divertida. ¿Qué te hace pensar que lo envenenarían con la inmortalidad?

Kiki se encogió de hombros. *Soy optimista.*

No, no lo eres.

Cuando finalmente comí, Nahma miró mi pájaro de papel con recelo. *También harías bien en mantener oculta a esa ave, a menos que quiera convertirse en un guijarro.*

Kiki se deslizó detrás de mi cuello y dejé el melocotón. *¿Por qué me ayudas?*

Porque el Rey Nazayun no debería tener la perla de los Espectros. Ella hizo una pausa. *Porque hay otro en Ai'long que puede ayudarte. He visto al Espectro en su mente.*

Fue difícil para mí contener mi curiosidad. *¿Quién?*

No lo puedo decir. Ella me giró para enfrentarme al espejo. *Pero deseará la perla incluso más que Nazayun. Preséntate en la ceremonia, y él vendrá.*

Fácil para ella de decir. Si bebiera el elixir, ni siquiera recordaría mi nombre, y mucho menos podría interrogar al dragón del que habló. Pero ella tenía razón: yo *era* ingeniosa.

—Ahora —dijo, hablando en voz alta una vez más para que Solzaya pudiera escuchar—, ¿estás lista?

¿Qué opción tenía? Di un pequeño e incierto asentimiento.

No había vuelta atrás.

Capítulo Siete

Solzaya había mentido acerca de que la ceremonia era un asunto íntimo.

Habían venido más de cien dragones. Estaban sentados en placas gigantes de coral: nubes, las llamaba Nahma, ya que flotaban en el agua. La mayoría de los dragones vestían algún tipo de forma humana poco convincente; no se molestaron en ocultar sus cuernos, bigotes y garras; algunos incluso tenían colas que se enroscaban debajo de sus chaquetas. Por sus risitas y burlas, me di cuenta de que era un juego para hacer que el mortal se sintiera incómodo.

No debería haberles dado la satisfacción. Pero cuando me deslicé en la cúpula ritual, rodeada por una habitación llena de dragones embelesados, realmente me sentí como un cerdo. Especialmente gracias al maldito vestido rosa que llevaba puesto.

—Eres la primera hechicera en convertirse en compañera —dijo Nahma, aunque no se lo había preguntado—. Sin mencionar, la compañera de un príncipe dragón. Por supuesto que mirarán.

Mientras me escoltaba hasta el nivel más alto de nubes, una ballena con manchas grises anunció mi llegada. Un trío de pulpos se convirtió en caracolas una vez que me llevó al lado de Seryu.

Apenas lo reconocí en sus galas principescas. En lugar de su habitual túnica esmeralda, vestía una chaqueta plateada tachonada de perlas azules, y su pelo verde, que nunca había visto suelto, estaba trenzado y recogido bajo un gorro con borlas. Era más alto de lo que recordaba, sus hombros también eran más anchos. Había crecido desde la primera vez que lo conocí. Parecía más real, más guapo, pero también más como un extraño. Aparte del mínimo movimiento de su nariz, no me reconoció cuando aterricé en su nube.

—Gracias por tu parte en los ritos, tía Nahma —dijo, todavía ignorándome—. Me has honrado mucho.

Nahma murmuró algunas bendiciones superficiales y luego ascendió a la nube más alta, donde Lady Solzaya se sentó con los señores y damas del Sur, Norte y Este. El asiento del Señor de los Mares del Oeste estaba vacío, tal como Seryu había predicho que estaría.

Me apoyé contra una columna de coral, con el objetivo de quedarme quieta y hosca, pero mi mente daba vueltas. ¿Podría ser

Elang el dragón que Nahma me había prometido que encontraría?

Tenía la intención de mantener el silencio entre Seryu y yo, principalmente por petulancia, pero mi lengua tenía otras ideas.

—¿Por qué Elang nunca viene al palacio?

Seryu me miró de reojo.

—¿Es eso realmente lo que quieres preguntarme ahora?

—¿Preferirías que te abofeteara de nuevo por meterme en este lío?

La mirada del dragón se oscureció. Gruñó—: Elang es diferente.

—¿Cómo?

Seryu no dijo nada más. Su mirada recorrió el vestido rosa brillante con el que Nahma me había vestido, fijándose en la cartera desgastada por la intemperie en mi cadera.

—Cualquier truco que tengas en mente, no lo hagas. Todos los dragones de importancia están aquí ahora mismo. Están mirando mientras hablamos.

—Entonces déjalos escuchar esto —dije ácidamente—. Espero que te pudras en los Nueve Infiernos, Seryu.

Los ojos rojos de Seryu brillaron.

—Estoy haciendo todo lo posible para ayudarte. Lo menos que puedes hacer es fingir que te gusto. ¿O no es pedir demasiado humillarme frente a toda mi familia?

—¿No es pedir demasiado matarme frente a toda tu familia? ¿O no cuenta, ya que renaceré más fuerte y *mejor*?

Seryu se quedó atrás como si lo hubieran picado, y casi me arrepiento de mis duras palabras.

Casi.

—Nunca debí haber dicho eso —dijo, sus ojos rojos bajos—. Lo siento.

El tono quejumbroso en su voz me golpeó, y aunque quería seguir enojada, el fuego en mi temperamento se apagó.

—Sé que no querías que las cosas salieran de esta manera.

Durante una breve eternidad, se inclinó sobre el borde rugoso de nuestra nube, con los brazos cruzados. Cuando volvió a hablar, su voz era baja.

—No serías una concubina, lo sabes; serías mi novia. Mi igual —continuó rápidamente, antes de que pudiera responder—. Sé que eso no lo hace mucho mejor, pero pensé que deberías saberlo.

Yo también me incliné hacia delante y miré hacia los cien dragones. Ellos estaban mirando.

—Parece que los molestos parientes chismosos no son exclusivos del reino de los mortales.

—Ciertamente no —dijo Seryu, todavía pensativo—. La ceremonia de atadura de un dragón es uno de nuestros ritos más antiguos. Se supone que se basa en el amor y la confianza, pero la mayoría de las veces sirve como una mera transacción.

Tenía algo de experiencia con eso.

—No quería que la mía fuera así —confesó—. Tenía la esperanza de que, si resultabas ser tú, querrías estar aquí. Porque te preocupabas por mí.

—Me preocupo por ti.

Era la verdad, y pensé en nuestro verano juntos, holgazaneando junto al Lago Sagrado e intercambiando bromas sobre magia y hechicería. Me preocupaba por él entonces, y todavía me preocupaba por él ahora.

—¿Sería tan malo quedarse conmigo? —dijo en voz baja—. Me aseguraría de que estuvieras a salvo. Podría hacer eso por ti. Siempre he hecho eso por ti. Merezco una oportunidad justa, ¿no?

Lo hacía, y estaría mintiendo si dijera que le había dado una.

Ante mi silencio, Seryu tomó mi mano. Dejé que descansara su palma sobre la mía. Su piel estaba fría, pero no de una manera desagradable, y sentí la más mínima chispa cuando sus uñas verdes se enroscaron suavemente alrededor de mis dedos.

Observé nuestras manos. ¿Qué pasa si me quedo en Ai'long? ¿Sería tan trágico casarse con Seryu? Era guapo y divertido... y me quería.

Tal vez incluso estaba enamorado de mí.

Sería una princesa de dragones con branquias brillantes en el cuello y los brazos.

Perseguiría tortugas y ballenas con Seryu, ponía nerviosa a Solzaya tan a menudo como podía, me probaba vestidos mágicos con Lady Nahma y descubría todos los secretos de Ai'long. Viviría para siempre.

Nadie aquí se lo pensaría dos veces antes de que yo sea la heredera de la sangre. Como dijo Seryu, Kiata podría incluso estar más segura si no regresara. Padre podría encontrar un hechicero que sellara a Bandur de vuelta a las montañas, y eso sería el final. Los demonios quedarían atrapados para siempre y no morirían más sanguinarios. La magia permanecería enterrada en Kiata, como todos querían.

En lugar de ser culpada, me convertiría en una leyenda.

—Bésame —le susurré a Seryu.

Seryu me miró fijamente, estupefacto. Pero él asintió y los dragones vitorearon, tamborileando con sus garras en los balcones de coral mientras él se inclinaba hacia adelante.

Su mano todavía estaba sobre la mía, y sus labios estaban a solo un suspiro de distancia. Mi corazón martillaba en mi pecho. Había besado a muchos chicos antes. ¿Qué diferencia hizo besar a Seryu?

La diferencia entró en estampida en mis pensamientos.

Takkan.

Respiré, mi corazón repentinamente ligero y pesado a la vez.

Más que nada, quería lanzar mis brazos alrededor de Takkan. Quería ver sus hombros cuadrados de vergüenza cuando citaba pasajes de cartas que me escribía de niño, para apoyar mi barbilla en su hombro y dormirme al ritmo de sus canciones. Atraparlo mirando cuando yo no estaba mirando, y burlarme de él hasta que las comisuras de sus cálidos ojos se arrugaran.

Para finalmente decirle que lo amaba.

Pero si alguna vez volviera a Kiata, me tacharían de hechicera y me culparían de que Bandur escapara de las montañas. ¿Era posible un futuro con Takkan?

Todo lo que sabía era que arriesgaría todo para averiguarlo.

Volví la mejilla.

—Espera… — comencé a decir, pero no era necesario. Seryu había visto las emociones que luchaban en mi rostro. Ya se estaba retirando.

Antes de que pudiera explicarlo, se hundió en su asiento y cruzó una pierna sobre la otra.

—Sabes, prefiero no besar a las princesas vestidas de rosa — objetó, despidiendo a la multitud decepcionada de abajo con una

sonrisa medio creíble.

—Algo sobre el color simplemente no es… atractivo.

Estaba tratando de salvar su orgullo, y sabía que debía dejarlo ir. Pero no pude.

—No eres tú —vacilé, mis palabras todas torcidas y anudadas—. Sabes que no lo es.

—Una parte de mí esperaba que no dijeras eso —Me tocó la mejilla y luego dejó caer la mano sobre su regazo—. Valió la pena intentarlo. Aférrate a ese señorito tuyo cuando te hagan beber. Dicen que tu último pensamiento es el único recuerdo que guardas.

¡El elixir! Casi lo había olvidado.

—Seryu, ¿cómo puedo…?

En lugar de responder, Seryu arrancó a Kiki de la barandilla y la colocó sobre mi cuello. Su respuesta fue tan baja que casi no lo escuché.

—Permanece oculta.

No sabía si eso estaba destinado a mí o a Kiki, y nunca tuve la oportunidad de preguntar.

Sonó una campanilla distante, el sonido reverberó alrededor de la cúpula. La ceremonia estaba comenzando.

De una nube de arena brillante, el Rey Dragón irrumpió en el salón.

Todavía usaba la red Starstroke, diseñada en una faja alrededor de su cintura. Irradiaba con fuego demoníaco, los hilos del destino y la sangre de las estrellas, las tres magias que había trabajado durante meses para entretejer.

Debajo de los pies de Nazayun emergió un estrado, construido con cráneos de ballenas y tiburones. Kiki se estremeció al verlo.

¿Por qué alguien querría trabajar para él? me susurró, mirando los enjambres de tiburones y calamares que patrullaban la cámara.

Porque no tenían otra opción, pensé mientras el Rey Dragón tomaba su trono.

Lady Nahma me había advertido que los ritos serían rápidos, pero aún esperaba algún tipo de presentación pomposa. Ninguno vino, y mi nube traqueteó, elevándose hasta que estuvo al nivel del trono del Rey Dragón.

Junto al rey, esperaban lady Solzaya y lady Nahma, preparadas como señora y doncella. La madre de Seryu sostenía un cuenco tallado en concha de abulón en su larga palma, y Nahma sostenía un delgado cordón de seda. Este último fue un guiño a las tradiciones nupciales de Kiatan, donde la novia y el novio estaban unidos.

Takkan y yo nos habríamos casado así, pensé con una punzada de dolor.

Si tan solo no me hubiera escapado de nuestra ceremonia de compromiso, qué diferente podría haber sido la vida.

—Adelante, Shiori'anma —dijo Lady Solzaya, rompiendo mi ensoñación. Su agarre de hierro reclamó mis brazos y floté con ella hasta el estrado del Rey Dragón. Seryu comenzó a seguirlo, pero Solzaya le indicó que se quedara.

Podía leer la ansiedad en su expresión.

No hagas nada demasiado imprudente, dijo.

Deseaba poder invocar una sonrisa. *Trataré.*

—Su Eterna Majestad ha considerado a la Princesa Shiori digna de prestar el Juramento de Ai'long —dijo Solzaya—. En esta hora, dejará atrás su vida mortal y volverá a despertar como la compañera de mi hijo, el Primer Príncipe de los Mares del Este, Seryu'ginan.

—Extiende tus manos —dijo Lady Nahma—, para que Lady Solzaya pueda otorgarte el elixir de la inmortalidad.

La miré, la aprensión revolviéndose en mi estómago. ¿Qué tan avanzada la ceremonia tendría que seguirle el juego?

Ella no proporcionó respuestas. Ella había cerrado su mente para mí. Repentinamente, levanté mis manos.

Solzaya colocó el cuenco de abulón entre mis manos extendidas, murmurando palabras en una lengua que no podía entender.

Dentro estaba el elixir. Una diminuta cuenta cerúlea, lo suficientemente pequeña como para balancearse en mi pulgar.

Casi suspiré de alivio. Esperaba una sopa o incluso un té, pero el elixir no era más sustancial que una pastilla que uno toma para una dolencia estomacal. Parecía gelatina, temblando mientras mis manos temblaban.

Mientras Solzaya hablaba, levanté el cuenco, fingiendo presionarlo contra mis labios.

Vapores invisibles cosquillearon mis fosas nasales, dulces y

amargos al mismo tiempo.

Una olfateada, y todas las dudas y temores que había enterrado burbujearon alto, pero mantuve mi mente enfocada en volver a ver a Takkan. Al ir a casa.

¿Cómo vamos a hacer esto? dijo Kiki, saltando al tazón y usando su ala para evitar que bebiera accidentalmente.

Bájamelo rápido por el cuello, dije. *¿Puedes administrarlo?*

Usando su ala, Kiki trató de llevar el elixir hacia mi cuello, pero la poción estaba demasiado resbaladiza. *¡No era tan fácil como parece!*

—¿Pasa algo, Shiori'anma? —preguntó Lady Solzaya, flotando en mi periferia—. ¿Necesitas ayuda para beber?

Nunca me dieron la oportunidad de responder. La mano de Solzaya salió disparada e inclinó el cuenco contra mi boca.

El pánico se apoderó de mi sangre cuando Kiki cayó de nuevo en el cuenco. Demasiado rápido, la gota de líquido se deslizó hasta mis labios y Kiki salió disparada de mi cuello hacia el tazón.

De un solo trago, devoró el elixir.

¡Kiki, no!

Fue muy tarde. La poción se había alojado en su garganta de papel, haciendo que su largo cuello brillara de color azul. Las florituras plateadas y doradas de sus alas se desvanecieron, como tinta seca, cuando se tambaleó en el borde del cuenco y volvió a caer en mi manga. Contra el hueco de mi codo, la sentí quedarse quieta.

El calor se hinchó en mi garganta. *¡Kiki!*

No hubo respuesta.

Mi corazón retumbaba en mis oídos. No quería nada más que levantarla y abrazarla, pero el Rey Nazayun y Lady Solzaya me observaban atentamente.

Lady Nahma tomó el cuenco.

—Shiori'anma ha bebido —anunció antes de que nadie más pudiera hablar.

A través de nuestras mentes, advirtió, *Pon tu rostro en blanco. Trate de parecer cansada.*

Relajé mis músculos. Era fácil congelarme, hacer que mi cuerpo se desinflara. Apenas podía moverme, y mucho menos pensar con claridad. Todo en lo que podía pensar era en Kiki, acurrucada contra

mi codo.

—Haz una reverencia y presenta la perla —instruyó Nahma.

—Estoy lista para continuar con la ceremonia —dije, inclinándome profundamente. Mi voz sonó plana, cualquier señal de rebelión vencida. Pero dentro de mi pecho, la ira se agitó—. Permítanme presentarles la perla de los Espectros.

Abrí mi cartera. Elang no estaba a la vista, y no podía contar con su llegada para salvarme del resto de los ritos. Kiki había sacrificado demasiado para que yo fracasara.

Mis dedos se cerraron alrededor de la perla rota. *No seré buena para ti si estoy atada a Ai'long para siempre,* le dije, rezando para que me escuchara. *Si quieres que te lleve de vuelta a los Espectros, ayúdame a salir de aquí. Ayúdame a derrotar al Rey Dragón.*

Me levanté de mi arco. La perla hormigueó en mi mano, una señal prometedora.

—¡Espera! —ladró Nazayun.

¿*Esperar*? Luché por mantener la cara en blanco, por seguir el juego. Las joyas que colgaban de mi tocado tintinearon, pero no me atreví a levantar la vista de mis pies.

—Búsquenla.

Para mi alivio, fue Lady Nahma, no la madre de Seryu, quien dio un paso adelante. *Ayúdame, Nahma.* Me acerqué a ella mientras me buscaba. *Kiki está inconsciente. Ella bebió el elixir. Ayúdame. Por favor.*

Nahma me subió las mangas y miró dentro. El borde de las alas de Kiki me rozó el codo y contuve la respiración, seguro de que Nahma fingiría que no había visto nada.

Pero ella me sacudió la manga y tiró de Kiki por el pico.

—¿Qué tenemos aquí? —murmuró Nahma—. Un pájaro de papel.

Me entumecí con la traición. ¿Qué estaba haciendo ella?

—Un pájaro de papel encantado —Nahma sostuvo a Kiki en alto para que todos la vieran. El pico de Kiki todavía brillaba azul por el elixir, y su cuello caía sin fuerzas.

—¡Devuélvemela! —lloré.

Nahma no hizo tal cosa. Pellizcó a Kiki por el cuello, exprimiendo el elixir de la garganta del pájaro. Luego arrugó a Kiki en su puño.

—¡No! —grité.

Me lancé hacia Lady Nahma, pero el estrado se estremeció tumultuosamente. Se inclinó y me deslicé sin control hacia el Rey Dragón.

Sus ojos se nublaron de furia.

—Si no completas el ritual del olvido, entonces debemos encontrar un castigo que recordarás por el resto de tus días.

Me arrojó sobre la nube de Seryu y ladró—: Trae al chico.

¿El chico?

Mi ira hacia Lady Nahma se desvaneció, reemplazada por miedo.

En el centro de la cámara, rodeado de tiburones, mi compañero de prisión Gen se levantó sobre un chorro de burbujas.

En las horas desde la última vez que lo vi, la maldición de Solzaya había progresado rápidamente. Estaba inconsciente ahora, sus ojos cerrados y su labio inferior ya convertido en piedra. Sus mejillas parecían hundidas, como si hubiera estado tratando de jadear antes de que la maldición lo venciera. Los dedos que habían arrojado cristales para despertarme estaban completamente grises, todavía extendidos en un gesto de desafío.

—Déjalo ir —apelé a Nazayun—. Es solo un niño.

Bien podría haber suplicado a los tiburones.

—Pronto será grava nueva para los lechos rocosos —respondió Nazayun, los cabellos rubios de su barba chisporrotearon con relámpagos—. Si no olvidas tu pasado, entonces recordarás el dolor que le infligiste a este chico. Será una cicatriz que llevarás para siempre.

Manchas de un gris espeluznante aparecieron en la cara de Gen, extendiéndose rápidamente, como tinta derramada. Cuando el rayo en la barba de Nazayun ondeó, los ojos del niño se hincharon y sus sienes se convulsionaron por el dolor. Estaba a segundos de convertirse completamente en piedra. A segundos de ser arrojado a un montón de escombros.

—¡Deténgase! —lloré.

Seryu me detuvo, pero arrojé mi mochila para liberar la perla.

—¡Ayuda a Gen! — le grité—. ¡Ayúdalo!

La perla del Espectro ni siquiera salió flotando de mi bolso. Era un peso muerto en la cartera.

Los dragones se burlaron y maldije. *Perla estúpida y traicionera.* Sin su ayuda, Gen seguramente moriría.

El Rey Nazayun se reía junto con sus invitados.

—Siéntate de nuevo, Shiori'anma —dijo—. Tendrás tu momento lo suficientemente pronto.

No me sentaría. Con un fuerte empujón de mi hombro, me solté del agarre de Seryu y me lancé hacia Gen. Las burlas y risas solo se multiplicaron.

Los tiburones estaban casi sobre mí.

—Ayuda —le supliqué a la perla, sacudiéndola. —¡Ayuda!

Un gruñido bajo resonó desde fuera del salón. Al principio pensé que era la perla, finalmente respondiendo a mis súplicas, pero a medida que el sonido se acercaba más y más y más y más fuerte… En un estallido calamitoso, el techo se abrió de golpe. Fragmentos del tamaño de una roca llovieron sobre la cúpula, y un batallón de tortugas marinas irrumpió en el interior, liderado por un dragón de blanco.

No necesitaba verlo para saber quién era. De las reacciones asombradas de todos los demás, la respuesta fue lo suficientemente clara.

Elang, el Gran Señor de los Mares del Oeste, había llegado.

Capítulo Ocho

En medio del alboroto de la protesta de los dragones por la aparición de Lord Elang, Gen y yo fuimos rápidamente olvidados. No me lo pensé dos veces y me lancé tras el chico, pero Gen era pesado, y cuando su cuerpo golpeó el fondo del océano, se hundió en la arena y el lodo. Lo empujé, lo levanté y lo arrastré, pero apenas pude moverlo.

—¿No te dije que no hicieras nada imprudente? —dijo Seryu desde detrás de mí.

Me giré, cada vez más contento de ver al dragón.

—¿Puedes ayudarlo?

Las fosas nasales de Seryu se encendieron. Casi esperaba que se fuera nadando, pero en su lugar barrió los cangrejos y moluscos que empezaban a subir por las piernas de Gen. Agarró al chico, y a mí por mi faja, levantándonos a ambos con facilidad y nos colocó en una cornisa situada en la pared de la cúpula.

Apreté la palma de la mano contra la frente de Gen. Su piel estaba fría, pero una única vena palpitaba con el más débil pulso. Todavía estaba vivo.

—No puede quedarse aquí —le dije a Seryu—. ¿Puedes sacarlo de aquí? —Miré los brillantes paneles de cristal negro contra la pared —. Usa un remolino.

—¿Crees que es tan fácil? —Seryu se resistió—. Los remolinos se conectan dentro del palacio. No te sacan del palacio. La única manera es...—Dejó escapar un gemido agravado, y luego con su cola aplastó la hoja de cristal negro más cercana que pudo alcanzar.

Su perla palpitó en su pecho mientras clavaba su garra en el cristal. Se materializó un remolino, apenas lo suficientemente grande para que cupiera Gen en su interior. Seryu casi empujó al chico a través de él, y el portal desapareció antes de que pudiera seguirlo.

—Tú no — roncó Seryu—. No has terminado aquí.

—¿A dónde lo enviaste?

—Tan lejos como pude. —La voz de Seryu se había vuelto ronca. Estaba más pálido que antes, y si no fuera un dragón, diría que parecía mareado—. En algún lugar donde no sea convertido en un montón de rocas.

Antes de que pudiera darle las gracias, me agarró de nuevo por la faja y empezó a arrastrarme fuera de la cornisa, de vuelta a donde habíamos estado sentados antes.

Tiré de mi faja, medio sorprendida cuando Seryu me soltó. Estaba más débil.

—No voy a volver a subir. Tu abuelo trató de matarme.

—Y lo hará de nuevo si no vuelves —Seryu amortiguó mi boca con su mano—. Sólo confía en mí.

—Confié en Nahma. Mira a dónde me llevó eso —Hice una mueca—. Y a Kiki.

Sus ojos rojos no vacilaron, pero se inclinaron hacia el fragmento de perla alrededor de mi cuello. El fragmento de su corazón de dragón. Parecía cansado.

—*Confía* en mí.

Me mordí la mejilla. Que los demonios me lleven, esperaba no estar cometiendo un error.

—Está bien —dije, aunque deseé que me hubiera arrojado al remolino también.

Gracias a la llegada de Elang, casi nadie se dio cuenta de que había vuelto a mi nube con Seryu. El techo se había derrumbado por completo, dejando un enorme agujero en la cúpula, pero a nadie pareció importarle eso tampoco. La atención de todos los dragones se centraba en el centro de la devastación, donde Elang, de pie a horcajadas sobre dos tortugas, esperaba la bienvenida del Rey Nazayun.

—Este lugar se parece más a un teatro que a una sala de rituales — murmuré, pero a pesar de mis quejas, yo también sentía curiosidad por el Señor de los Mares.

A primera vista, Elang se sentía decepcionado. Se parecía a todos los dragones de la cúpula. Un largo manto blanco le cubría los hombros y su capucha le ocultaba el rostro, pero tenía un físico mayormente humano. Tenía la parte superior del cuerpo de un hombre, con escamas metálicas repartidas por sus brazos, cuello y torso, y una larga cola que salía de debajo de su capa, con sus extremos avivados como una llama hambrienta. Apenas miré dos veces; me había acostumbrado a ver colas de dragón.

Lo más impresionante de Elang eran sus tortugas marinas. Conté nueve de ellas, cada una tan grande como un jabalí, con ojos fosforescentes y caparazones con púas.

No eran las pacíficas criaturas marinas que yo imaginaba que eran las tortugas.

Solzaya extendió sus garras en una dramática bienvenida.

—Sobrino, debes estar cansado de tu corte vacía si has decidido honrarnos con tu presencia. Nos preocupaba que estuvieras muerto.

—Por desgracia, tía —dijo con brusquedad—, los asesinos que enviaste no eran lo suficientemente hábiles.

Su voz me sorprendió. Era gruesa y áspera, pero joven. Aunque sabía que era el sobrino de Solzaya, había imaginado que el Alto Señor de los Mares del Oeste fuera mayor, o al menos mayor que Seryu.

Pero Elang apenas era mayor que Gen. Era sólo un niño.

Con una breve reverencia, presentó sus respetos a su abuelo. Luego se quitó la capucha, revelando una cabeza de pelo negro como la tinta, y vi su cara.

El lado izquierdo era tan humano como el mío. Pero cuando se giró, se me cortó la respiración. Era como si los dioses hubieran trazado una línea recta en su rostro, desde la mitad de la línea del cabello, pasando por la nariz, hasta la barbilla. Un lado era humano; el otro, completamente cubierto de escamas en forma de lágrima, era de dragón.

Tenía el ceño fruncido, lo que arrugaba su gran frente y proyectaba una sombra sobre su rostro, por lo que al principio no lo vi. Luego levantó el ceño y me fijé en sus dos infames ojos: uno oscuro como el cielo gris antes de un monzón, y otro tan brillante y amarillo como un charco de luz solar.

—He venido a ver la perla —dijo.

—Por supuesto que sí —respondió el Rey Dragón, recostándose en su trono de jade y mármol—. Tu oportunidad es encomiable, Elangui. Shiori'anma estaba a punto de hacer su presentación en la corte.

Mientras hablaba, un torrente de agua me sacó de mi asiento y me depositó junto a Elang. Un instante después, la perla se posó en mi sombra, oscura y apagada como siempre.

El agua que me rodeaba se espesó, y prácticamente pude sentir la tensión enroscada en los músculos de Elang. Su mirada se clavó en la perla, como si estuviera obsesionado con la grieta que había en su centro. ¿Estaba pensando en cómo reflejaba su propia cara, dividida en dos mitades?

También miré la perla. Su silencio me recordaba que no podía contar con ella para nada, ni para ayudar a Gen, ni para rescatar a Kiki, y mucho menos para ayudarme a mí. El pecho se me oprimió de rabia, la punzada fue especialmente aguda cuando me toqué la manga vacía. Pronto recuperaría a Kiki de manos de Nahma. Una vez que me hubiera ocupado del Rey Dragón.

—Ahí está: la perla del Espectros —La voz de Nazayun era estruendosa—. No hay mucho que ver en este estado, pero ¿quién puede culparlo? Está rota y corrupta, no pertenece a nadie. Pero eso cambiará.

Mis ojos se dispararon hacia Nazayun. *¿Cambiará?* ¿A qué juego estaba jugando? Pensé que quería quedarse con la perla.

—Shiori'anma ha jurado devolverla a su legítimo dueño —continuó—, al dragón que pueda hacerla completa una vez más. Los que deseen reclamar la perla del Espectro lo harán ahora e intentarán esta prueba.

Toda la cámara se quedó quieta. Por el rabillo del ojo, vi la garra de Solzaya cerrarse por la tentación. No era la única. Los señores y las damas de los Cuatro Mares Supremos estaban todos en vilo, embelesados por la perla.

Sin embargo, ningún dragón se atrevió a dar un paso adelante.

Excepto uno.

—Lo intentaré —dijo Elang con su tono áspero y excesivamente grave.

—Pensé que lo harías —respondió Nazayun—. Shiori'anma, dale la perla.

—No le pertenece —protesté—. Él no es el Espectro.

Pensé que mi negativa enfurecería al Rey Dragón, pero tuvo el efecto contrario.

—No lo es —concedió Nazayun—. Pero verás, Shiori'anma, él y los Espectros tienen algo en común que no comparten otros dragones. Les faltan sus perlas. Sus corazones. ¿No le darás a mi nieto la oportunidad de reclamar éste como suyo?

No respondí. Había un trasfondo de regocijo en las palabras de Nazayun, como si encontrara placer en el tormento de Elang.

—Un medio dragón —susurré, comprendiendo por fin por qué todos hablaban de Elang con tanta repulsión y fascinación. Observando sus ojos desiguales y las llamativas mitades de su rostro,

me di cuenta de que los otros dragones se burlaban de él y de mí al adoptar formas humanas.

—Sí —continuó Nazayun, disfrutando de mi sorpresa—. Elangui es medio mortal, nacido de una madre humana que no había hecho el Juramento de Ai'long. Su perla lo abandonó al nacer, y sin ella no puede adoptar una forma de dragón completa.

El agua que rodeaba a Elang se había vuelto tan espesa que delataba cada uno de sus movimientos. Noté el temblor de su frente y cómo su respiración se había vuelto superficial. Como si todas sus esperanzas descansaran en esta misma perla.

—No es tuyo —le dije, tratando de ser amable y firme a la vez —. Podría hacerte daño.

La expresión de Elang se convirtió en hielo. Olfateó, como si yo llevara un hedor, y me lanzó una mirada que era fácil de leer: *¿Cómo te atreves a compadecerte de mí?*

—Lo intentaré —repitió.

Con un gruñido, Elang se descolgó la capa y la dejó caer. Se acercó a mí, alcanzando la perla con una mano llena de garras.

Aunque no hubiera querido dársela, no tenía otra opción. La perla giró lejos de mi lado y se catapultó a sus manos. Allí estaba, la luz se derramaba al separarse sus mitades, con la espectacularidad de las alas de un pájaro que se abren pluma a pluma.

Elang sostuvo la perla contra su pecho, con las palmas de las manos curvadas alrededor de las mitades rotas, tratando de cerrarlas. La perla se retorcía en resistencia. Comenzó a girar, y la luz brotó de la grieta, abrumando al medio dragón. Las ampollas burbujeaban en su lado humano, y sus escamas plateadas se volvieron mortalmente pálidas.

Me lancé a intervenir, pero el Rey Dragón me contuvo.

—Déjalo —dijo mientras el estrado temblaba—. Lo está soldando de nuevo.

Mientras observaba, supe que no era así. En todo caso, la perla se estaba rompiendo más. La grieta a lo largo de su superficie oscura se volvió brillante y fundida, su luz se unió en un solo rayo dirigido a Elang. Iba a matarlo.

Ya era suficiente. Tiré de la red de estrellas de Nazayun y la arrojé sobre su cara. Era algo que ningún ser, mortal o inmortal, se había atrevido a hacerle al Rey Dragón, y todas las almas en la cámara me consideraron un tonto, pero no me importó.

Me lancé a por la perla. —¡Él no es el Espectro! —grité mientras se la arrebataba a Elang—. ¡Devuélvemela!

La perla se giró para mirarme de frente, con sus fracturas parpadeando de forma molesta. Pero un momento después volvió a mis manos y se oscureció.

La reacción de Nazayun fue cataclísmica. En un suspiro, creció cien veces su tamaño, pasando de hombre a dragón. Sus ropas de zafiro se fundieron con su carne, convirtiéndose en placas de escamas brillantes. Arrugó la red de estrellas en su colosal puño y la lanzó a través de la cúpula.

Como era tonta, fui inmediatamente tras él. O al menos lo intenté. La garra de Nazayun bajó cortante para bloquear mi camino, y los mares rugieron.

Mirara donde mirara, los dragones salían disparados del techo roto. No había tiempo para buscar un remolino o usar la magia. Incluso Elang estaba escapando a lomos de una tortuga. Paredes enteras se hicieron añicos, pilares de mármol y cristal caían como gotas de lluvia. Mientras la cúpula se derrumbaba, me escondí detrás de una nube de coral por seguridad.

Intenté seguir la red en medio del caos, pero Seryu me cogió la mano.

—Tú realmente eres la chica más problemática —se quejó—. Deja la red. Tenemos que irnos.

La puerta de cristal que había utilizado para alejar a Gen seguía intacta. Se precipitó hacia ella, y un remolino burbujeó bajo su garra, un oasis de hierbas marinas apenas visible al final del túnel.

—Espera —dije, apartándome—. Kiki...

Seryu me retuvo. Un rayo crepitó en la barba del Rey Dragón, y con su garra, Nazayun atrajo los rayos en una tormenta ciclónica.

—Es una tormenta de búsqueda —dijo Seryu—. Te estará buscando, y si te encuentra, te matará. ¿Aún quieres quedarte?

Sin esperar mi respuesta, me empujó al interior del remolino, un instante antes de que un rayo lo golpeara en la espalda.

Capítulo Nueve

Descendimos en espiral por un tobogán vertiginoso de agua hasta que el remolino nos escupió, uno por uno, en un campo de hierba marina fuera del palacio. Con un golpe, aterricé encima de Seryu.

Rodé de su espalda y lo sacudí. —¿Seryu?

Sus bigotes se levantaron levemente. No estaba muerto.

Animada, le di un ligero empujón a sus hombros.

—Despierta.

Todavía inconsciente, se hundió más profundamente en la hierba marina, sus uñas se convirtieron en garras y su piel se volvió gradualmente, inconfundiblemente verde.

Retrocedí.

Una docena de veces había visto a mis hermanos transformarse en grullas. Cada anochecer y amanecer, durante el minuto más largo e insoportable, la maldición de Raikama destrozaba sus huesos y desgarraba sus músculos, convirtiendo sus extremidades en alas y piernas delgadas como palos, sus narices en picos largos y oscuros y su cabello en coronas carmesí.

Nunca había olvidado el sonido de sus gritos.

La transformación de Seryu no se parecía en nada a la de mis hermanos. Fue rápido y sin esfuerzo, como si se estuviera poniendo una armadura. Escamas surcaban lo que había sido carne humana tersa, y sus piernas, extendidas sobre la marisma de hierba marina, se estiraban en una cola larga y sinuosa. De sus mejillas brotaron bigotes y, por último, aparecieron sus cuernos, medio cubiertos por una masa de cabello verde oscuro.

Parpadeó para despertarse, sus ojos rojos muy abiertos y su cara tan pálida como había estado antes. Pero tal vez estar inconsciente lo ayudó a recuperarse más rápido esta vez, ya que me agarró por la manga.

—Debes tener un deseo de muerte, Shiori. ¿No te dijo la tía Nahma que siguieras el juego? —gimió, frotándose las escamas chamuscadas de su columna—. No importa. Sube. Los tiburones estarán tras nosotros en breve.

—¿Qué pasó allá atrás con tu abuelo? —pregunté temblorosa—. Pensé que los dragones no podían hacerse daño unos a otros, pero él… él…

—Mi abuelo es un dios de los dragones —respondió Seryu—. Él creó el juramento; él no está obligado por él. Es por eso por lo que tenemos que llegar a un lugar seguro. *Ahora*.

Entendía. Pero primero—: Tenemos que rescatar a Kiki.

—¿Escuchaste una palabra de lo que dije? —La exasperación de Seryu se manifestó en un gruñido—. Ya es bastante malo que hayas vuelto por el chico de piedra. Olvídate de Kiki.

—¿Olvidarme de ella? Sabes lo que significa Kiki para mí. Ella tiene un pedazo de mi alma.

—*Tenía* —corrigió Seryu—. Y era un pedazo pequeño. No morirás sin él. Sin embargo, *morirás* si sigues discutiendo.

—Pero…

—Podemos buscarla cuando las tormentas de búsqueda retrocedan. —Ladeó la cabeza ante una columna de agua y aire que giraba junto al palacio, retorciéndose y agitándose mientras escaneaba cada roca, criatura y hoja en busca de Seryu y de mí—. Te atraparán en su corriente y te llevarán con mi abuelo si no nos damos prisa.

Me agarró del brazo, pero luché, tratando de vadear la hierba marina. Mis rodillas chocaron contra la piedra y jadeé.

—¡Ahí está Gen! —lloré—. Oh, gracias a los dioses, creo que todavía respira. Tenemos que traerlo a él también.

—No tenemos tiempo para él —resopló Seryu.

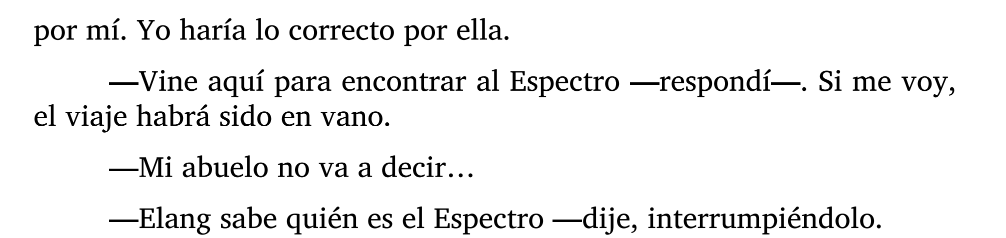
—Sin argumentos. —Ya estaba tratando de empujar a Gen sobre la enorme espalda de Seryu—. Morirá si se queda aquí.

—¿Por qué debería importarte?

—¡Es un niño! Cada día que está aquí es un mes en el que su familia se pregunta qué le habrá pasado. —Pensé en cuánta miseria le debí haber traído a Padre cuando mis hermanos y yo desaparecimos —. Tenemos que ayudarlo.

—Esta es tu única oportunidad de volver a casa. Para estar con tu amado señorito y tus hermanos. ¿No es eso por lo que has estado pidiendo toda esta semana?

Lo era. Y lamentaba el precioso, precioso tiempo que nunca recuperaría. Pero Raikama había sacrificado mucho más que tiempo



por mí. Yo haría lo correcto por ella.

—Vine aquí para encontrar al Espectro —respondí—. Si me voy, el viaje habrá sido en vano.

—Mi abuelo no va a decir…

—Elang sabe quién es el Espectro —dije, interrumpiéndolo.

La sorpresa apareció en la frente de Seryu, pero negó con la cabeza.

—Visitar a Elang está fuera de cuestión. Desprecia a los humanos. Nunca te daría la bienvenida.

—Si no vienes, me iré sola.

—¿Tú? —Seryu se rió—. Ni siquiera puedes nadar hasta la superficie por tu cuenta.

Una ballena picuda se cernía sobre nosotros, cubriendo la hierba marina en la sombra.

Seryu me empujó hasta quedar boca abajo.

—Silencio —susurró.

El agua onduló, y la forma de una doncella marina desembarcó de la ballena y comenzó a nadar hacia nosotros. Cuando vi quién era, me tensé reflexivamente.

Seryu, por otro lado, se enderezó.

—Se suponía que te quedarías en el palacio. ¿Qué estás haciendo aquí?

Nahma abrió las manos y Kiki estalló, volando hacia mi cara.

—Un pajarito me mostró el camino.

—¡Kiki! —lloré. Presioné mi pájaro contra mi mejilla y acaricié su pico. Lágrimas de alivio brotaron de mis ojos.

—Es un pájaro inteligente —admitió Nahma—. Se tragó el elixir, pero logró mantenerlo alojado en su garganta. No se iba a despertar hasta que se lo quitara.

Fue idea de Seryu, dijo Kiki. *Soy mejor guardando secretos de lo que crees.*

No entendía.

—¿Idea de Seryu? —El dragón no me miraba.

Apreté los labios con fuerza, sin saber qué decirle a él, o a Nahma. Primero miré a Nahma. —Pensé que me habías traicionado.

—Mi engaño fue necesario —respondió ella—. Me ha llevado siglos ganarme la confianza de Lady Solzaya. No podía arriesgarme a que descubriera que te estaba ayudando.

—¿Estás segura de que no te siguieron? —Seryu le preguntó.

—Me he estado escapando del palacio desde antes de que nacieras, Seryu —reprendió Nahma—. No olvides que soy mayor. Y como soy mayor, te sugiero que lleves a Shiori a Elang. Él puede salvar al niño. Más que eso, sabrá dónde encontrar al Espectro.

—Él no nos ayudará —se burló Seryu.

Nahma buscó en su capa lo que parecía un plato de peltre. No, una escama de dragón. —Muéstrale esto.

Los ojos de Seryu volaron con incredulidad.

—¿Tienes su token?

Ella simplemente asintió.

—Él no podrá negarse. Úsalo para ayudar al niño.

Después de algunas dudas, Seryu tomó la escama, luego cortó una de las suyas y colocó la escama esmeralda en las manos expectantes de Nahma.

—Tu token a cambio del mío en agradecimiento —dijo, pronunciando palabras que supuse que eran parte de una tradición de dragones. Sus labios se dibujaron delgados y apretados—. Un favor por un favor.

Nahma se guardó la escama en el bolsillo y llamó en voz baja a su ballena.

—Espera —dijo Seryu—. No lograrás regresar al palacio sin ser detectada. Las tormentas de búsqueda te encontrarán y mi abuelo te castigará.

—Ven con nosotros —le dije—. Ven conmigo de vuelta a la superficie.

—No puedo. —Nahma sonrió amablemente—. Yo no dejaría a mis hijos. Tengo dos, ambos dragones como su padre. Además, ahora pertenezco aquí. —Me tocó el brazo y luego me abotonó el cuello del vestido como lo haría una madre—. Los Mares del Oeste son fríos. Ve rápido y mantente a salvo.

Luego se volvió hacia Seryu.

—En cuanto a Nazayun, no creerá que te ayudé, *si* lo haces lo suficientemente convincente.

Seryu parecía saber exactamente lo que eso significaba.

—Retrocede, Shiori.

Mientras obedecía, envolvió su cola alrededor del cuello de su tía y le tocó la frente con una garra. Inmediatamente, Nahma se quedó sin fuerzas y cayó sobre la hierba marina con un ruido sordo.

Kiki jadeó. *¿La mataste?*

—¡Por supuesto que no! —dijo Seryu, claramente ofendido—. Es un simple hechizo para dormir. Un viejo truco de dragón: funciona mejor cuando no se prevé. —Me dedicó una sonrisa maliciosa—. Deberías probarlo con Kiki cuando se maree.

No te atrevas, advirtió Kiki.

—Te necesito despierta, tonta. —Levanté a Kiki por el ala, colocándola sobre mi hombro mientras saltaba sobre la espalda de Seryu. Presioné un beso en el pico de mi pájaro, luego toqué la cabeza de Seryu para llamar su atención.

—Siento no haber confiado en ti —dije.

—Un error que no volverás a cometer —respondió—. Lo sé.

Enganchó un brazo alrededor de la estatua de Gen.

—Sujétate a mis cuernos. —El color de sus escamas comenzó a cambiar, mezclándose con la hierba marina verde y amarilla de abajo —. Si vamos a nadar más rápido que los tiburones de mi abuelo, este no será un viaje fácil.

Agarré los cuernos de Seryu, y Kiki se zambulló en mi cabello, aferrándose con su vida.

Con un rugido bajo, el dragón atravesó el mar y se dirigió al castillo de Elang en el oeste.

Capítulo Diez

Los mares del oeste *eran* más fríos. Más grises también, cuanto más nos alejamos del palacio de Nazayun. Los extensos bosques de coral se reducían a lechos de esponjas esqueléticas, y todo lo que podía ver en cualquier dirección era un cementerio de roca y hueso. Era difícil creer que este todavía era el reino de los dragones. Dondequiera que miraba, un paño mortuorio se aferraba al agua, privándola de toda vida.

Finalmente, Seryu se zambulló en un abismo entre dos acantilados. Las paredes estaban tachonadas con piedras redondas tan poco llamativas que no les di una segunda mirada.

Hasta que empezaron a moverse.

Ojos redondos de mármol se asomaron, y lo que había tomado por piedras resultó ser… —Tortugas —dijo Seryu mientras las criaturas cobraban vida—. Guardias de Elang.

¡*Guardias*! En cuestión de segundos, las tortugas se agruparon y erigieron un alto muro para proteger la fortaleza que tenían delante. Las tortugas de batalla que Elang había traído al palacio habían nadado a una velocidad feroz, pero verlas apilarse rápidamente unas sobre otras y girar sus caparazones para enfrentarnos me dejó sin aliento. Ni siquiera el mejor regimiento de mi padre podía trabajar con tanta rapidez y precisión.

Mi asombro solo fue superado por mi angustia.

—Siempre pensé que eran gentiles y lentas.

—¿Gentiles y lentas? —Seryu soltó una carcajada—. Tal vez sean lentas en tierra, pero en el mar son más rápidas que los peces vela, y su temperamento es más caliente que los petardos de tu festival. Pisa el caparazón equivocado y girarás tan rápido que no necesitarás un elixir para olvidar quién eres.

Levantó la cola en alto y la golpeó contra la roca. Una vez… Dos veces…

En respuesta, una legión de lanzas salió volando de entre los caparazones de tortuga. Sus puntas afiladas se precipitaron hacia el corazón de Seryu y mi garganta, deteniéndose a un pelo de ensartarnos.

La irritación burbujeó en la voz de Seryu.

—Déjame pasar, Elang —Le tendió la escama de peltre que le había dado la dama Nahma—. Estoy aquí para pedir un favor.

Las lanzas, con las puntas aún en ángulo peligrosamente cerca de mi garganta, se deslizaron hacia adelante.

—Primo, sé que estás escuchando —Seryu cruzó los brazos sobre las lanzas, como si fueran la barandilla de un balcón—. Abre las puertas. Va en contra de tu honor renegar de un favor, y llamo a Lady Nahma.

Siguió el silencio, poniendo a prueba la paciencia de Seryu. Finalmente, las tortugas se movieron, creando la grieta más delgada en su formación. Detrás de ellos, cincelado en los bordes planos de un acantilado, estaba el castillo de Elang.

No había agujas relucientes, ni grandes pilares de mármol ni puertas de cristal negro. Sus techos estaban brillantemente camuflados en la montaña, y sus torres estaban talladas en piedra gris sin pretensiones, fácilmente transitables.

Me gustaba.

Elang estaba encaramado en una cornisa, su silueta envuelta en la oscuridad. Nos había estado observando todo este tiempo, y se lanzó hacia abajo cuando nos acercábamos.

Sus escamas plateadas resplandecieron y sus ojos desiguales se entrecerraron con disgusto.

La tensión en su voz insinuaba que no se había recuperado por completo de sus heridas.

—El castillo de Yonsar no da la bienvenida al krill.

—¿*Krill*? —repetí.

—Lo que comen las ballenas y los camarones —escupió Seryu—. También otro nombre que los dragones llaman a los mortales. Humanos, por lo general.

—Llévatela —ordenó Elang—. Su hedor ya se ha infiltrado en mi castillo. Pasarán días antes de que nos deshagamos de él.

—¿Hedor? —dije acaloradamente—. Tú mismo eres medio humano.

—Mi nariz es de dragón.

—Me parece humana.

Si el comportamiento de Elang había sido frío antes, ahora se volvió glacial.

—Los moluscos tienen mejores modales que tú. De todos los mortales de Lor'yan, pensé que mi primo habría elegido a alguien con mejor porte.

Levantó la barbilla y el mar me arrojó de vuelta a la puerta de las tortugas.

—¡Espera! —grité, pateando a Gen de la espalda de Seryu. La estatua rodó hasta que aterrizó justo ante el señor dragón.

El agua se calmó.

—¿Qué está haciendo *él* aquí? —exigió Elang.

—¿Lo conoces? —pregunté.

Por la forma en que la expresión del medio dragón se oscureció, lo conocía.

Curioso.

—Se ha convertido en piedra —continué—. Lady Nahma nos dijo que podrías ayudar. Por favor. Morirá si no haces algo.

—Es contra la ley de los dragones rechazar la invocación de un favor —le recordó Seryu a su primo—. Incluso si es para un humano.

—También va en contra de la ley de los dragones albergar a un criminal buscado —respondió Elang—. *Especialmente* si es un humano.

Mientras hablaba, un remolino de niebla gris se apiló en la lejanía, dando a conocer su presencia con un zumbido bajo.

—No la encontrarán si la dejas entrar —dijo Seryu—. Sé que te esfuerzas por vivir tu vida en aislamiento, primo. Pero estás tan lejos de nosotros que, ¿tienes miedo de una pequeña tormenta de búsqueda?

Elang hizo una mueca.

—Entren antes de que cambie de opinión.

El interior del castillo de Elang era más brillante y cálido de lo que esperaba. De las paredes colgaban ricos estandartes de color púrpura y candelabros de conchas flotantes iluminaban el vestíbulo de entrada, que estaba enmarcado por estructuras de coral verde y ricos paneles de madera hundida. Una sorprendente mezcla de tierra y mar.

Elang no dio un recorrido por su casa, pero un par de tortugas, más pequeñas y delicadas que los gigantescos guardias, aparecieron, cargando a Gen en sus espaldas.

Los seguimos mientras aceleraban por un laberinto de pasillos,

deteniéndonos finalmente para acostarlo en un banco de mármol en una habitación sin ventanas. Kiki se sentó en la frente del chico, su pico arrugado por la preocupación.

No está respirando.

Tragué.

—¿Está muerto?

—Todavía no —dijo Seryu—. Si lo estuviera, Elang no estaría defendiendo el favor de la tía Nahma.

Elang no se dignó responder. Se quitó la capa blanca, la misma que había usado para defenderse de Nazayun. Brillaba mientras cubría el cuerpo de Gen con él.

—La capa está hechizada, ¿no? —observé.

—La mayoría de las cosas en Ai'long lo están —respondió Seryu —. La seda de la capa es más fuerte que cualquier armadura, y el forro curará la mayor parte de la carne. Mantendrá vivo al niño mientras Elang prepara una poción curativa.

—Algo que no puedo hacer con una audiencia boquiabierta sobre mi hombro —dijo Elang.

—Lo siento.

—Si lo sientes, te irás.

Seryu miró a su primo, pero hizo caso a las instrucciones y nos fuimos al salón.

—Ciertamente tiene el temperamento de tu abuelo —dije una vez que estuvimos afuera—. Es difícil creer que es más joven que tú.

—¿Por qué?

—Es tan… —Iba a decir *enojado,* pero en su lugar salió otra palabra—. Amargado.

—¿Qué esperas? No tiene corazón.

Cierto. Toqué el mío, que dolía con nostalgia, y tragué.

No podía imaginar cómo era para Elang.

—¿Crees que salvará a Gen?

—Hará lo mejor que pueda. *Tiene* que.

—Debido al token de Lady Nahma. —Entendí.

—Pocas cosas son más valiosas que un favor en Ai'long — respondió Seryu.

—Nunca sabré cómo consiguió el de Elang, pero ahora tiene uno de los míos.

—Gracias —dije suavemente.

—Está bien. Ella fue amable contigo. Por eso, no me importará estar en deuda con ella. No tanto.

Logré sonreírle a Seryu. Todavía éramos amigos.

Seryu no le devolvió la sonrisa, pero tampoco frunció el ceño. Ninguno de los dos había hablado de lo abruptamente que habían terminado los ritos, de cómo casi nos obligaron a casarnos. Creó un aire tenso de incomodidad entre nosotros, uno que Seryu sabía exactamente cómo romper.

—Debes estar hambriento —dijo—. Ven, vamos a conseguirte algo de comer.

***

Los orbes resplandecientes que flotaban a lo largo de los techos empezaban a recordarme cebollas, y los triángulos dorados grabados en las paredes empezaban a parecerse a zanahorias. Seguía olfateando en busca de comida, el agudo vacío en mi estómago me deprimía profundamente, cuando Seryu me hizo pasar a lo que parecía ser el estudio de Elang.

Había libros por todas partes, apilados sobre una losa oblonga de mármol que servía de mesa. Las pinturas también cubrían las paredes, cada una encerrada en una burbuja protectora que mis traviesos dedos habrían tenido ganas de intentar reventar si no tuviera tanta hambre. En un rincón, un fuego azul ardía sobre un hogar de arena, pero ninguna olla se cocía sobre las llamas.

—Pensé que me ibas a llevar a la cocina —le dije.

—No hay cocina en el castillo de un dragón.

—¿No tienen que comer todos?

En respuesta, Seryu barrió la mesa despejando sus libros y pergaminos. Luego, con una floritura dramática, aplaudió.

Apareció un pequeño festín: una olla de barro humeante de arroz crujiente con repollo y champiñones, una olla de estofado de pescado con zanahorias y fideos de vidrio, y un tazón de frutas.

Salivando, me planté frente al estofado y comencé a meter bocados en mi boca, comiendo tan desesperadamente y tan rápido que los granos de arroz sueltos volaron hacia Kiki. El estofado fue un

consuelo, me recordó mi propia sopa de pescado, un plato especial que hacía para mis hermanos, Takkan y para mí cuando no nos sentíamos del todo bien.

Unos cuantos bocados después, me detuve.

—Seryu, no estás comiendo.

—Estoy como espectador por ahora. —Una pequeña sonrisa—. La Shiori que conocí consideraría esto solo como la primera ronda.

Me reí. Había olvidado cuánto lo extrañaba, nuestras bromas fáciles, nuestro amor mutuo por la comida. Comí de mi plato de nuevo.

—No tan rápido, princesa. —Una tetera se había materializado en la mesa, y Seryu vertió su contenido en una taza—. Toma, bebe un poco de té. Ayuda con la indigestión.

Se sirvió otra taza y tomó un sorbo.

—¿Los dragones tienen indigestión? —pregunté.

—No, pero Elang atesora las mejores cervezas en Ai'long. Es el único que viaja de un lado a otro de la tierra al mar con la frecuencia suficiente para mantenerse al día con lo que beben ustedes, los mortales.

—Tú también viajas.

—No tan a menudo como él. —Seryu bebió profundamente de su copa—. No se recomienda visitar el reino de los mortales. Pero estaba aburrido y tenía curiosidad sobre tu mundo, gracias a él. Todo lo que hacía Elang era quejarse de ustedes, los humanos, pero… me gustaba la comida que traía.

Con lo que estuve de acuerdo de todo corazón.

—Ustedes son amigos.

—Éramos. Antes de que su padre muriera y él se convirtiera en Gran Señor de los Mares del Oeste. —Una pausa—. Entonces Elang dejó de ver a todos, incluso a mí.

—¿Porque tu madre envió asesinos tras él?

—Eso tiene poco que ver con eso.

Dejé mi cuchara.

—¿Por qué lo quiere muerto?

Seryu se tomó un largo momento para responder, haciéndome pensar que estaba condensando una larga historia en una corta. Por

fin dijo:

—Su título es codiciado.

—Pero tu madre ya tiene su propio título.

—Los dragones como mi madre y mi abuelo ven la existencia misma de Elang como una amenaza. Todos los niños nacidos de compañeros sean dragones o no. No hay medios dragones a excepción de Elang y el Espectro. Son… aberraciones.

—Es por *eso* que no lo aceptan —murmuré—. Pero cuando encuentre su perla, puede convertirse en un dragón completo.

—*Si* la encuentra —respondió Seryu—. Hasta entonces, está atrapado entre dos mundos. Mitad humano, mitad dragón. No importa a dónde vaya, no pertenecerá del todo.

—Probaré eso pronto —dije, mirando cómo se hundían las hojas de té en mi taza—. Cuando regrese a Kiata, todos sabrán que tengo magia. Será difícil que las cosas vuelvan a ser como antes.

—Mi oferta sigue en pie, ya sabes —dijo Seryu con seriedad—. Podrías quedarte conmigo.

Me moví con inquietud, agarrando mi taza de té.

—Seryu…

—Si tan solo pudieras ver lo incómoda que te ves. Estaba bromeando. —Dejó escapar un suspiro por la nariz y su seriedad desapareció—. Hay tanto rechazo que un dragón puede soportar. Tienes suerte de que nuestros corazones sean más fuertes que los humanos.

Tomó un largo sorbo y luego sonrió.

—Además, nos aburriríamos el uno del otro en poco tiempo. Y la eternidad se sentiría aún más larga con alguien tan problemática como tú, Shiori.

Me reí. Así de simple, volvíamos a ser amigos.

—Ahora termina tu té —dijo, levantando mi taza a mis labios—. Es caro.

Mientras bebía, Seryu levantó la cabeza y aguzó el oído. Fue el único aviso que dio antes de que apareciera el propio Elang.

El medio dragón parecía cansado. Los anteojos con montura dorada se asentaron de manera desigual sobre su nariz, un toque que lo hacía parecer mucho más humano. Pero cuando me atrapó mirándolo, se los quitó y entrecerró los ojos.

—No dije que fueran bienvenidos a mi té —se quejó.

—Es el mejor de Ai'long —respondió Seryu, levantando su copa en agradecimiento—. ¿Dónde más encontraríamos té recién salido de Spice Road?

—¿Y mi comida?

—Shiori tenía hambre —dijo Seryu secamente—. Es intolerable cuando tiene hambre. Además, deberías haberte ofrecido. Pareces cansado, primo. Sigo olvidando que has heredado la inconveniente necesidad humana de dormir. —Elang parecía querer estrangular a Seryu.

Pero se enderezó, con los puños abiertos a los costados.

—El hechicero está despierto.

Me puse de pie de un salto cuando Gen entró arrastrando los pies en la habitación, con una sonrisa torcida. Sus movimientos seguían siendo rígidos y espasmódicos, pero su piel tenía un tinte rosado prometedor.

—Alabado sea el Sabio, estoy vivo —anunció—. El mundo casi sufre la pérdida de su mayor encantador del futuro.

—Si tan solo tu boca siguiera siendo de piedra —murmuró Elang —, el mundo se habría ahorrado otro encantador que habla demasiado. —Un tazón con tapa de té de hierbas apareció en la mano del medio dragón, y se lo ofreció a Gen—. Bebe.

Gen tomó el cuenco humeante pero no bebió. Su atención estaba en la pared de libros frente a la mesa, y rozó los lomos con los nudillos.

—¿No puedo quedarme, Elang? Tu biblioteca es más impresionante. Algunos de estos volúmenes nunca los he visto antes. Déjame leer…

Elang le quitó un libro a Gen y lo volvió a colocar obsesivamente en su lugar.

—Es *Lord* Elang para ti, y no. Te irás una vez que termines este té.

—Entonces beberé muy lentamente.

—Beberás mientras esté caliente —dijo Elang—. Hará que el sangi dure más. A menos que prefieras ahogarte.

Era extraño ver a los dos pelear. Elang actuaba como si fuera años mayor que Gen, pero tenían casi la misma edad.

—Considera mi deuda pagada —informó Elang a Seryu—. Tan pronto como el niño termine de beber, se va a casa. No tiene suficiente sangi para aguantar mucho tiempo en el agua, y ningún favor de Nahma me convencerá de hacer más.

—Pero la tormenta de mi abuelo…

—Mis tortugas lo escoltarán a la superficie —dijo Elang sobre Seryu—. Será lo suficientemente seguro. Nadie lo está buscando.

A diferencia de a ustedes dos, las palabras sin decir.

Me metí entre los primos.

—Mientras ambos discuten, me gustaría hablar con Gen antes de que se vaya.

Por privacidad, llevé a Gen a una antecámara detrás de la estantería, donde ardía un fuego azul entre dos sillas acolchadas.

—Supongo que Elang es el dragón que te atrajo a Ai'long.

—Muy perspicaz, Shiori —respondió Gen cuando nos sentamos. Estiró sus largas piernas cerca del fuego y luego dejó que sus miembros flotaran—. Irónico, ¿no? Veinte años desperdiciados, solo para terminar justo donde empecé.

—¿Veinte años? Pensé que solo estuviste aquí unas pocas semanas.

—Solzaya me puso a dormir durante todo un año de dragón: castigo por no revelar el nombre de Elang. —Gen hizo una mueca—. No me des esa mirada de lástima.

No pude evitarlo.

—Lo siento —susurré—. Tu familia, tu hogar…

—Mi hogar dejó de existir mucho antes de que yo llegara a Ai'long —respondió Gen—. Fue destruido durante la guerra. Mi padre y mis hermanos probablemente murieron poco después de que me vendieran. —Descartó mi preocupación con un encogimiento de hombros—. Está bien. Apenas los conocía de todos modos. Deja de disculparte como si fuera tu culpa.

—¿A dónde irás?

Gen inclinó la cabeza hacia un lado.

—Supongo que Kiata no tiene hechiceros residentes.

—Si estás pensando en visitar, no lo hagas. No serás bienvenido. —Gen dio un sorbo a su té—. Es trágico cuánto desprecia tu país la

magia.

—Deberían revisar esa opinión.

—¿Por qué dices eso?

—Me preguntaste cómo sabía sobre tu magia cuando estábamos en la cámara de tortura de Solzaya.

—Sí, así lo hice.

—Uno de mis maestros solía hablar sobre Kiata —explicó Gen—. Era horrible, malhumorado, posiblemente loco. Cuando bebía demasiado, divagaba sobre ir a tu país y matar a la sangre para desatar a los demonios atrapados dentro de las Montañas Sagradas. —Gen me miró de soslayo—. Como eso fue hace veinte años, ¿supongo que aún no habías nacido?

Un trago del té ahora tibio en mis manos no hizo nada para repeler los escalofríos que subían por mi columna.

—¿Por qué? —presioné—. ¿Por qué quería liberar a los demonios?

—Dijo que lo reverenciarían como su rey. Y planeaba ser un verdadero rey, convirtiéndose él mismo en un demonio.

Me estremecí, una ola de pavor me subió al estómago, pero Gen no se dio cuenta.

—Los demonios pueden vivir para siempre, ¿sabes? —continuó—. mientras que los encantadores pierden su inmortalidad después de mil años. El único problema era que estaría atado a un amuleto como un demonio. Aprendió que la forma de liberarse era adquirir una perla de dragón.

Mi pecho se hundió.

—Seryu me dijo una vez que los demonios y los Encantadores codician las perlas de dragón más que nada.

—Sí, porque solo una perla de dragón es lo suficientemente poderosa como para romper nuestros juramentos.

Eso no lo sabía. Observé las llamas azules que parpadeaban sobre el hogar acuoso, pensando en el lobo que había visto salir furtivamente de las Montañas Sagradas. El Rey de los Demonios, se había llamado a sí mismo. Bandur.

Dije, en mi voz más baja:

—Tu maestro fue el Lobo, ¿no es así? —Gen se quedó inmóvil, sus mejillas se tensaron tanto que casi parecía piedra otra vez.

—Si lo conoces —dijo lentamente—, entonces debe haber llegado a Kiata.

—Estaba ligado a uno de los señores de la guerra de mi padre —respondí, pensando en el antiguo Lord Yuji—. Él lo asesinó… y se convirtió en un demonio. Bandur.

—Por los sabios, en realidad rompió su juramento —susurró Gen.

La incredulidad tiñó sus palabras, y casi dejó caer su té.

—No puedes dejar que él sepa de la perla del Espectro —dijo, agarrando el brazo de mi silla—. Es diferente; está corrompido por la magia demoníaca. Si Bandur la obtiene, usará su poder para poner fin a su juramento. Al hacerlo, rompería la perla y eso…

—Destruye la perla —dije. De repente me dolía respirar. Bandur ya sabía de la perla.

—Debería viajar a Kiata en lugar de…

—Eso no es necesario —interrumpí. Necesitaba apagar la chispa en los ojos de Gen, necesitaba disuadirlo de caminar hacia su perdición—. Bandur está atrapado en las montañas. No hay nada de qué preocuparse.

Gen empezó a responder, pero Elang apareció por detrás y me interrumpió—: ¿Qué dije sobre terminar el té? El chico ya parloteó bastante. Es hora de que se vaya.

Echando la cabeza hacia atrás, Gen apuró el resto de su té y se puso en pie de un salto.

—No te preocupes —dijo, con una sonrisa despreocupada—. Escuché lo que dijiste, princesa. Si Bandur está encerrado en las montañas, como dices, mejor para todos. Para mí especialmente. Tengo veinte años de estudios para ponerme al día y, como ya he dicho, Kiata es el *último* lugar de Lor'yan que me gustaría visitar.

Una tortuga había aparecido en medio del estudio de Elang, lista para llevarse a Gen a la orilla.

Gen se subió a su lomo y tomó las riendas. Su sonrisa se volvió pícara.

—Siempre quise montar una tortuga gigante.

Me aventuré hacia el chico.

—Que nuestros hilos se crucen de nuevo. Que te vaya bien, general.

—¡Que nuestros hilos se crucen de nuevo! —gritó cuando la tortuga dobló sus patas para saltar hacia arriba—. Preferiblemente en un lugar con más aire —Inclinó su cabeza hacia Kiki—, ¡y pájaros!

Con un fuerte silbido, la tortuga saltó al mar y se llevó a Gen con ella. En un abrir y cerrar de ojos, se habían ido.

El estudio quedó en silencio una vez más, y sin perder un segundo, Elang se volvió hacia Seryu y hacia mí.

—Ahora, ¿qué se va a hacer con ustedes dos?

Capítulo Once

Levanté la perla del Espectro ante Elang.

—Lady Nahma dijo que sabes a quién pertenece esto.

—¡Aleja esa cosa de mí! —Elang retrocedió ante la perla—. Nazayun no te dirá quién es el Espectro, y yo tampoco. Ese es el final de la discusión.

—Lady Nahma dijo…

—No me importa lo que ella dijo. Seryu usó su favor para salvar al niño. Estás poniendo a prueba los límites de mi buena voluntad, y esa buena voluntad se está agotando rápidamente.

Contuve el aliento.

—Entonces déjame *proponerte* un favor.

—No hay nada que puedas ofrecerme.

—¿Seguro? —desafié—. Podría pensar en algo.

Desde que llegamos, me había estado preguntando cómo Elang había reconocido a Gen. Por qué se había tomado la molestia de enviar a Gen a casa, cuando el favor de Nahma solo requería que curara al niño.

—*Tú eres* el dragón que trajo a Gen a Ai'long —grité—. Le pediste que robara algo para ti. Algo que has estado codiciando durante años. Te ayudaré a conseguirlo.

—Acabas de abusar de tu bienvenida —dijo Elang con voz espesa.

—¿Qué es? Te ayudaré a conseguirlo.

—Tienes algo de valor, krill. Todo el ejército de mi abuelo te está buscando, ¿y quieres jugar a la ladrona? No tienes ninguna posibilidad. El chico falló, y su magia es mucho más fuerte que la tuya.

—Mi magia es Kiatan, como la del espejo. Puedo hacerlo.

Él aplaudió.

—Mis tortugas te mostrarán la puerta…

—Yo la ayudaré —interrumpió Seryu.

Elang se detuvo a mitad de un aplauso y se dio la vuelta para mirar a su primo.

—Yo no sería tan rápido en ofrecerme voluntario. ¿Sabes siquiera lo que necesito?

—Lo haré una vez que me digas.

La mirada de Elang se amplió para incluirnos a ambos.

—Un fragmento del espejo de la verdad —dijo—. Creo que ambos lo conocen. Tú especialmente, primo.

Seryu se erizó. —¿Quieres que robe el espejo de mi madre?

—¿Sigues comprometido a ayudar a la niña? Pienso que no. —Elang sonrió ante el silencio de Seryu y me rodeó—. Los estados de ánimo de la tía Solzaya son legendarios. El año pasado, una compañera se atrevió a insinuar que era vieja. Cangrejos, babosas y percebes salían de la boca de la pobre niña con cada palabra, hasta que finalmente murió ahogada. —Elang se detuvo frente a Seryu—. Imagina lo que le hará a Shiori por robar su espejo, especialmente después de rechazar a su precioso hijo frente a toda la corte…

—Shiori no me rechazó —se quejó Seryu, como si ese fuera el punto más importante—. Y sí, todavía la ayudaré.

Incluso mientras lo decía, no me miraba. Tragué.

—Está arreglado, entonces —dije, volviendo al asunto—. Un fragmento de espejo para la ubicación del Espectro. ¿Tenemos un trato?

Elang me frunció el ceño. Algo lo estaba reteniendo.

—Eres una tonta por seguir adelante con esto, krill. Mi abuelo y la tía Solzaya estarían encantados de quitarte la perla de las manos e incluso recompensarte si los manipulas con la suficiente astucia. En lugar de eso, has elegido hacerte enemiga de ellos. ¿Por qué te preocupas tanto por encontrar el Espectro?

—Tengo una promesa que cumplir —respondí.

—A tu madrastra. Escuché de ello. —Elang frunció el ceño—. Supongo que no te dijo por qué su perla es como es, oscura, rota y… ¿extraordinaria?

—¿Porque es mitad dragón, como tú?

—¿Como yo? —Elang se rió. Era un sonido amargo, y no pensé que él encontrara mi pregunta graciosa en absoluto—. El Espectro y yo somos los únicos de nuestra especie, ambos monstruos, ambos

malditos. Pero somos muy diferentes. Soy la vergüenza por ser medio humano, mientras que el Espectro es, bueno, el Espectro —Se inclinó para acercarse—, por ser medio demonio.

Fue bueno que mi té se hubiera terminado casi por completo, porque mis rodillas chocaron juntas por la sorpresa, y me habría salpicado por todas partes.

—¿Demonio?

Incluso Seryu parecía atónito.

—¿Estás seguro de esto, Elang?

—¿No te has preguntado por qué la perla del Espectro se ve así? ¿Oscura como una noche eclipsada, cuando la perla de un dragón debería ser radiante como la luna? Está corrompida por lo que es. Se está rompiendo por lo que es. Los dragones y los demonios son enemigos natos, y la existencia del Espectro es una abominación. Por eso el abuelo le teme y por eso nunca te dirá su verdadero nombre.

—¿Su verdadero nombre? —repetí.

—Ciertos nombres tienen poder. No tanto como un Golpe Estrella, pero lo suficiente como para desestabilizar a un dragón, a manos de un hechicero experimentado, de todos modos. —Elang frunció el ceño—. También es útil para romper maldiciones, como la que Solzaya le puso a Gen.

—Los lords y damas de los Cuatro Mares Supremos conocen los verdaderos nombres de los demás —explicó Seryu—. Elang conoce el de mi madre, y mi madre conoce el de él.

—Y una desafortunada consecuencia es que no puedo robar el espejo yo mismo —murmuró Elang.

Me quedé callada porque entendía. Para romper la maldición de Raikama sobre mis hermanos, necesitaba aprender su verdadero nombre. No Vanna, como creía el resto del mundo. Pero Chanari.

—¿Sabes el verdadero nombre del Espectro? —pregunté.

—Sí, y sé dónde encontrarlo. Ambos te los diré, *si* vuelves con el espejo.

No aprecié cómo enfatizó *sí.*

—Es un trato, entonces.

—Un arreglo —corrigió Seryu—. Sobre el Juramento de Ai'long, Elang, tu palabra es dada y no se puede deshacer. Igual que el juramento.

—Mi palabra es dada y no se puede deshacer —repitió Elang—. Igual que el juramento.

Mientras el agua ondeaba con el poder de la promesa, Elang sacudió la cabeza hacia Seryu.

—Realmente debes tenerle cariño a esta mortal. Espero que merezca la ira de tu madre.

—No es tanto cariño como el deseo de que se vaya a casa —dijo Seryu, todavía evitando mirarme a los ojos—. Ella trae problemas donde quiera que vaya.

—Estoy empezando a creer eso. —Elang convocó a sus tortugas con un aplauso—. Los acompañarán a sus habitaciones para pasar la noche.

—Espera —llamé. Este no era el momento de pedir un favor, pero no me importaba.

Indiqué de arriba abajo el vestido ceremonial que todavía llevaba puesto, pero Elang y Seryu me miraron fijamente. *Tontos.* Así que hice un espectáculo de levantarme la falda, adornada con tantas perlas que parecía que había robado un cardumen de ostras. Toda la prenda tintineaba.

—Necesito ropa nueva —le dije—. No puedo entrar en esto para robarle a Lady Solzaya. Ni siquiera puedo dormir en esto sin despertarme.

—No tengo magia para desperdiciar en conjurar ropa. —Elang claramente lamentó no haberme encerrado—. Te las arreglarás. Una poción de ocultamiento llegará para ti con las primeras luces, junto con tu red.

Se me cortó el aliento.

—¿Tienes la red?

Elang lo confirmó ignorando la pregunta.

—Tú y Seryu partirán por la mañana, cuando las mareas cambien al este. Si la fortuna está en tu lado, los encontraré a ambos en la superficie antes de que caiga la luna.

—¿Y si la fortuna no está de nuestro lado?

—Entonces estarás muerta, Shiori'anma. Y no habrá nada que pueda hacer.

Capítulo Doce

Un medio demonio.

¿Por qué no me lo había dicho Raikama?

Di vueltas en mi cama. No podía dormir. Cada vez que cerraba los ojos, mi mente conjuraba al Espectro. Un dragón nacido de la sombra y las pesadillas, su ojo rojo de demonio me perseguía incluso en la tranquila quietud de los Mares del Oeste.

Al menos Kiki dormía. Sus alas de papel ni siquiera se movieron mientras me retorcía ansiosamente en mi cama.

Pasaron las horas, y cuando los primeros destellos de luz tocaron el agua, abrí un ojo. En un rincón de la habitación, la perla del Espectro estaba suspendida, bañada en la sombra. Cuando me levanté, se deslizó hasta mi brazo y se apoyó en el pliegue de mi codo.

Lo acuné, rozando con los nudillos la profunda grieta de su centro.

—¿Por eso no me has llevado antes al Espectro? —le pregunté a la perla—. Estás perdido, como él. Atrapado entre dos mundos, e incapaz de encontrar la salida.

La perla estaba quieta.

—Sé que Raikama era más poderosa, y más capaz, y que la echas de menos —le dije—. Pero lleguemos a un entendimiento: Yo te necesito tanto como tú a mí. Si quieres volver a encontrar al Espectro, *tienes* que ayudarme cuando te lo pida. No más juegos, no más ignorarme. O si no, no confiaré en ti.

No hay respuesta. Por supuesto.

Con un suspiro, hice rodar la perla hasta un rincón de la habitación. ¿Por qué iba a confiar en una perla de dragón que era medio demonio? Dudaba que incluso Raikama hubiera sido tan tonta.

Había una bandeja flotando junto a mi puerta, y la cogí, esperando que Elang hubiera enviado ropa nueva.

No lo había hecho.

Tampoco había enviado la red de estrellas, pero mi poción prometida había llegado, burbujeando de los labios abiertos de una concha con pinchos. Debajo había una nota, escrita en Kiatan básico: *Bebe esto*.

Es curioso que no haya escuchado a ningún mensajero ir y venir, y eso que había estado despierta casi toda la noche.

Levanté la cáscara con cautela hasta los labios. La poción olía a azufre, y me punzó las fosas nasales.

Huele mal, comentó Kiki, revoloteando sobre mi hombro.

Su voz me sobresaltó. —Bueno, buenos días —dije—. Pensé que estabas dormida.

Dormir es un capricho, no una necesidad, respondió con un bostezo. Se pellizcó la nariz. *¿De verdad vas a beber una poción de ocultación sin preguntar de qué te va a ocultar?*

—Elang me dijo que lo hiciera.

¿Y si te conviertes en un tiburón duende o, peor aún, en un pez globo? La precaución es el credo de los sabios, Shiori. Incluso la perla está de acuerdo conmigo.

La perla latía, pero dudaba que tuviera algo que ver con la poción.

—Algo no está bien. —Con el ceño fruncido, dejé la concha, pero la perla seguía palpitando.

Por otra parte, tal vez no deberíamos confiar en ti, reflexionaba Kiki a la perla. *Ya es bastante malo que seas un corazón de dragón, pero resulta que también hay un demonio en ti. No me sorprendería que nos mataras mientras dormimos.*

La perla era silenciosa e ilegible, su lustrosa superficie negra reflejaba el ceño de mi pájaro.

—Es suficiente, Kiki. —Le hice un gesto para que se subiera a mi hombro—. Vamos a buscar a Seryu.

El problema era que Seryu no estaba en ninguna parte. De hecho, todo el castillo parecía vacío. Las tortugas que custodiaban los pasillos se habían desvanecido y las luces flotantes de los adornos estaban apagadas, arrojando una sensación de pesadumbre sobre los cavernosos pasillos.

Llamé a la puerta de Seryu por tercera vez. —¡Seryu!

—No está aquí —dijo Elang, saliendo de detrás de las sombras —. Se fue anoche.

Casi salté, asustada por la inesperada aparición del medio dragón.

Como siempre, tenía el ceño fruncido.

—Seryu no se iría sin decírmelo.

Elang ignoró mis palabras. —No eres muy buena siguiendo instrucciones. —Sus ojos desiguales se clavaron en mí—. Te dije que bebieras la poción.

—¿Dónde ha ido Seryu?

En lugar de responder, Elang se deslizó por el pasillo, haciéndome un gesto para que le siguiera. —Los planes han cambiado —decía—. Tengo buenas noticias para ti. Resulta que no tendrás que volver a palacio después de todo. Tenemos un invitado.

—¿Un invitado?

De la nada, una cuerda de algas tiró de mis tobillos, arrastrándome hacia una puerta de cristal negro detrás de un pilar. Con un impulso, un remolino me absorbió y me llevó al vestíbulo, donde, esperando ante las puertas, estaba Lady Solzaya.

Me tambaleé, reconociendo inmediatamente la traición. Pero no fui lo suficientemente rápida. Un pulpo rodeó mis extremidades y mi cuello con sus resbaladizos tentáculos. Mientras luchaba, Kiki se lanzó a los ojos de Elang con su pico.

¡Lagarto traicionero! gritó.

Elang la cogió. —Un dragón sólo mira por sus intereses.

—¡Pero lo juraste! —Tenía un montón de maldiciones para Elang, pero ninguna de ellas pasó de mis labios. El pulpo de Solzaya me estaba estrangulando.

—Esto dolerá menos si te callas —dijo Solzaya sedosamente. Sus dentadas uñas rozaron mi mejilla—. Menos mal que Elangui ha entrado en razón. Nos ahorró la molestia de enviar asesinos. Para los dos.

—Agradezco el indulto de tus asesinos, tía —dijo Elang con frialdad—. Has enviado tantos que me he quedado sin espacio para enterrarlos a todos adecuadamente. Quizás deberías esperar a que Seryu alcance su forma completa antes de intentar sentarlo en mi trono. Un dragón a medio crecer no impone mucho más respeto que uno de media sangre.

Las escamas de Solzaya se pusieron moradas de irritación. —¿Dónde está mi hijo?

—No soy su guardián. Tampoco lo soy de la chica. —El medio dragón comenzó a girar—. Nuestro negocio ha terminado. Tú pediste la chica y yo te la he dado. Ahora llévatela.

El pulpo me arrastró hacia la puerta, y Solzaya sacó su garra delante de su pecho, elaborando una jaula de coral y piedra, en la que dejó caer a Kiki.

—¡Déjala ir! —grité— ¡Kiki!

Dos veces me habían quitado a Kiki. Con rabia, extendí la mano y de las yemas de mis dedos brotaron rayos de magia plateados y dorados. Las conchas flotantes que iluminaban el techo de Elang cobraron vida.

—¡Ataquen! —grité, y los proyectiles salieron disparados hacia Solzaya.

El dragón ni siquiera se inmutó. Le bastó una simple mirada para disipar la embestida y congelar los proyectiles.

La madre de Seryu levantó la jaula de Kiki. Uno de los proyectiles había estado peligrosamente cerca de aplastar sus barrotes.

—Qué imprudencia, Shiori'anma —dijo Solzaya, chasqueando la lengua— ¿No te enseñó mi hijo a cuidar tu temperamento mientras usas la magia?

Los pequeños pelos de mi nuca se levantaron.

—Sí, el espejo me ha mostrado *todo* sobre tu amistad con mi hijo —dijo Solzaya—. Al igual que me ha mostrado que no eres digna de llevar la perla del Espectro.

Dio dos palmadas y gruesos mechones de algas surgieron del suelo, envolviendo mis extremidades hasta que no pude moverme. Todo el tiempo, la perla se cernía sobre mí como un espectador curioso, y mi resentimiento hacia ella crecía.

El pulpo de Solzaya me echó por encima de su hombro y me tapó la boca con un frío tentáculo. Un manto de tinta cayó sobre mis ojos y mi mundo se convirtió en niebla. Lo último que oí fue un torrente de agua y el atronador sonido de las puertas de Elang al cerrarse.

Capítulo Trece

¿Deben tener tanta prisa por matarte? refunfuñó Kiki mientras Solzaya y su pulpo nos llevaban de vuelta al palacio del Rey Dragón. Mi pájaro de papel rodeó con sus alas los barrotes de coral de su jaula, pareciendo mareada. *¿No podíamos ir un poco más despacio? Lo juro, nunca más me quejaré de la natación de Seryu.*

Le lancé a Kiki una mirada comprensiva, pero mi mente se agitaba. Desde que salimos del castillo de Elang, no dejaba de preguntarme por qué nos había traicionado. Si quería el espejo de Solzaya, no lo conseguiría entregándome sin luchar.

Un dragón sólo mira por sus intereses, había dicho. ¿Pero qué le interesaba a Elang?

Kiki gimió. *Vamos, Shiori. Usa tu ingenio. Usa la perla.*

Con la mente todavía agitada, miré a Solzaya. Los fragmentos del espejo brillaban contra sus escamas, reflejando el mar que pasaba a toda velocidad. Siete fragmentos, cada uno del tamaño de mi mano.

Todo lo que necesitaba era uno.

—Sabes, tenía el presentimiento de que no te daríamos la bienvenida a la familia —dijo Solzaya, como si percibiera mi mirada —. Ya que la perla del Espectro te protege de mi magia, tal vez las viejas formas sean las mejores. Una simple lanza en el pecho debería ser suficiente.

—O quizás deberías dejarme ir —respondí—. Ahorrarle a todo el mundo la molestia de disolverse en la arena. Entiendo que eso es lo que ocurrirá si me matas.

—¿Dije que te mataría? —Los ojos fundidos del dragón no parpadeaban—. No, dije que te apuñalaría en el pecho.

Y dejarme al borde de la muerte, entendí, para que la perla me abandonara.

—La perla del Espectro no pertenece a alguien como tú —dijo Solzaya—. Una hechicera a medias. —Se burló—. Una sombra de tu madrastra.

Bajo la burla, el tono de Solzaya era agrio. Lo cual me sorprendió. En la ceremonia, había querido reclamar la perla del Espectro para sí misma.

Un dragón sólo mira por sus intereses.

—¿Quién debería tenerlo, entonces? —dije lentamente— ¿El Rey Nazayun? Tu padre es el Rey Dragón. Él no necesita la perla. —Expresé mis siguientes palabras— ¿No lo quieres para *ti*?

La risa de Solzaya se cortó, y los nudos de las algas se tensaron, apretando mis articulaciones. Necesité toda mi fuerza de voluntad para no soltar un grito de dolor.

—No te atrevas a tentarme, chica.

—Podría dártela —insistí, tratando de no hacer una mueca de dolor—. La perla está ligada a mí, pero yo... podría transferírtela.

Kiki volaba inquieta en su jaula. *Shiori, ¿qué estás haciendo?*

—O simplemente podría clavarte una lanza en el pecho. —Los bigotes de Solzaya se movieron levemente, ocultando su sonrisa—. Y dejarte sangrar hasta que la perla decida venir a mí.

—Si fuera tan fácil, tu padre ya lo habría hecho —respondí. Mi vida dependía de cómo vendiera mis siguientes palabras: —Además, no hay garantía de que la perla te elija a ti.

Los bigotes de Solzaya se curvaron ligeramente.

—Pero si te ofreciera la perla voluntariamente… como resultado de una apuesta, entonces...

—¿Una apuesta?

Esto era todo. Tenía su atención.

—Sí. —Me abalancé—. Un fragmento de tu espejo si gano, y la perla del Espectro si pierdo.

Las pupilas de Solzaya se contrajeron. —¿Un fragmento por la perla rota? ¿Sabes el poder de lo que llevas?

—Tengo alguna idea.

—¿Por qué el cambio de opinión? No se lo darías a mi padre durante la ceremonia.

—Tiene suficiente poder sin él. —Me lamí los labios—. Y no me ayudará a encontrar al Espectro. El espejo lo haría.

—¿Lo haría, verdad? —La mueca de Solzaya se hizo más profunda—. Di tus condiciones.

Hablé rápidamente, antes de perder los nervios. —Escondes los fragmentos del espejo de la verdad entre otros mil. Si puedo encontrar uno, entonces me permitirás conservarlo y nos liberarás. Si no lo

consigo, te daré la perla del Espectro.

Hice rodar la perla hasta la vista de Solzaya. Incluso en su estado más apagado, su poder era imposible de ignorar. Los hombros de Solzaya se tensaron y un brillo de deseo impregnó sus escamas de fuego.

Ella dijo—: Si me das la perla del Espectro, tus protecciones en Ai'long llegarán a su fin. ¿Te das cuenta de lo que será de ti cuando eso ocurra?

No vacilé. —Tendrás que ganar para que te dé la perla.

—¿No te advertí que nunca jugaras con dragones? Siempre ganamos.

—Nunca he sido una buena oyente.

Dejó escapar una carcajada. —Acepto tu apuesta. *Pero* con la condición de que encuentres los *siete* fragmentos, antes de que las arenas se agoten. —Un fino reloj de arena apareció en su palma—. Hazlo y te liberaré.

¿Los siete fragmentos? Si había creído que era inteligente por idear este concurso, desde luego ya no lo creía. —Estoy de acuerdo, pero sólo si liberas a Kiki antes del juicio. Y promete las condiciones. La palabra de un dragón no es nada sin una promesa.

—La promesa está hecha —juró Solzaya. Sopló en el reloj de arena, y los granos de arena blanca y fina se canalizaron a través de un cuello estrecho—. Comenzamos.

Apenas las palabras salieron de sus labios, las ataduras de las algas me soltaron.

Fiel a su promesa, Solzaya liberó a Kiki de la jaula. Luego estiró la boca y sopló.

De sus labios brotaron miles y miles de fragmentos de espejo, que se precipitaron sobre mí y quedaron suspendidos en el agua como una tormenta de gotas de lluvia en suspensión. Cada fragmento brillaba como un diamante y, mientras me abría paso, me encontraba con mi propio reflejo a cada paso, multiplicado por mil. En cada uno de ellos podía ver mi creciente pánico.

Tribunales Eternos de la Luz, ¿en qué te has metido? Kiki lloró. *Todos tienen el mismo aspecto.*

En efecto, lo hicieron, pero acallé mi pánico. No habría apostado la perla del Espectro sin haberlo previsto. Pero había asumido que sólo tendría que encontrar un fragmento, no los siete.

Ingenio, Shiori, me dije. *El miedo es sólo un juego; se gana jugando. Piénsalo bien.*

Sabía que el espejo de la verdad había sido creado con magia Kiatan, igual que la mía. Contaba con ese hecho, y con mi capacidad única como sangre sucia, para ayudarme a elegir los siete fragmentos. Todo lo que tenía que hacer era impartir un trozo de mi alma en cada uno de los fragmentos y encontrar los que resonaban con la magia Kiatan.

Pero había miles de trozos de espejo. No podía dividir mi alma en suficientes trozos para inspeccionarlos todos. Eso me mataría. Y abordar la tarea en lotes más pequeños me llevaría más tiempo del que tenía.

¡Empieza a buscar! gritó Kiki. *¡Deprisa! ¡Las arenas se están derramando rápidamente!*

De mis manos brotaron destellos de magia, que rodearon los fragmentos flotantes, buscando rastros de magia Kiatan en los trozos de espejo. Mientras lo intentaba y fallaba, y volvía a fallar, mi estómago se hundió de decepción. Las volutas se disolvieron y tuve que volver a empezar.

Piensa en cosas felices, instó Kiki. *Tu magia siempre es más fuerte cuando estás feliz. ¡Concéntrate! Almohadas de seda con borlas suaves, ramas de árboles con gusanos elásticos—*

—No estás ayudando, Kiki —murmuré—. En todo caso, me estás poniendo más ansiosa. —El pico del pájaro de papel se abrió, pero aparté su voz de mi cabeza y cerré los ojos, tratando de concentrarme.

Invocar mi magia era como intentar encender un fuego, y en Ai'long lo único que había podido encender eran chispas. Necesitaba más yesca. Si tuviera suficientes hilos para formar una red que pudiera barrer todos los fragmentos a la vez.

La perla empezó a zumbar, palpitando salvajemente en contrapunto con mi propio corazón acelerado. Por una vez, deseé que se callara y, al meterla en mi mochila, mis dedos rozaron el lomo de un libro que había dentro.

El cuaderno de bocetos de Takkan.

Él me lo había dado en las costas de Kiata, justo antes de que me fuera a Ai'long. Para que no lo olvidara.

Lo abrí distraídamente, como si pudiera contener respuestas.

¿Cómo van a ayudarte las pinturas de Takkan? preguntó Kiki.

Buena pregunta. Unos pocos días en Ai'long, y había estado peligrosamente cerca de perder todos mis recuerdos de casa. Necesitaba un recordatorio de por qué estaba luchando. Por quién estaba luchando.

La primera página: un dibujo de la hermana de Takkan, Megari, y yo lanzándonos nieve en la Montaña del Conejo. A continuación: yo, con ese maldito cuenco de madera sobre mi cabeza, contemplando las flores de ciruelo.

Seguí pasando páginas, dejando atrás bocetos de mis hermanos como grullas, de mí doblando pájaros de papel o removiendo una olla de sopa de pescado. Entonces me detuve en la última página…

El dibujo no estaba terminado, pero reconocí el río, la colina suavemente inclinada, las dos siluetas inclinadas sobre el agua con linternas en la mano. Éramos Takkan y yo, con las muñecas unidas por un hilo rojo que llegaba hasta la luna.

Mi corazón se apretó. Había tantas cosas sin decir entre nosotros, tantas cosas que aún teníamos que resolver. Pero cualquier oportunidad que tuviéramos desaparecería si no encontraba los fragmentos.

Cerré el libro. Me estaban esperando: mis hermanos, mi padre, Takkan. No podía defraudarlos.

Juntando las manos, me aferré al recuerdo de Takkan, de mi familia, de todo lo que amaba y apreciaba de mi hogar. Hice acopio de todas mis fuerzas y contuve la respiración hasta que estuve preparada, hasta que la presión de mi interior estuvo a punto de estallar. Entonces la solté.

Como el fuego, hilos de oro plateado emanaban de cada punto de mi cuerpo.

Eran hebras de mi alma, entendí, gracias a Lady Solzaya, pero nunca las había visto cuando había usado mi magia. Por otra parte, tal vez nunca había sabido qué buscar.

Mientras salían, susurré mi intención: *Encuentra a los siete.*

Con un movimiento de mi brazo, lancé las hebras a través del campo de fragmentos de espejo. Podía sentir el encanto, como una brisa que me hacía cosquillas en los poros de la piel. La brisa recorrió el mar, haciendo que los fragmentos tintinearan con una suave canción de percusión.

Siete fragmentos empezaron a brillar, con sus bordes luminosos, como si hubieran sido tocados por la luna. Los seguí uno a uno,

cogiéndolos en la mano, hasta llegar a la última pieza….

Estaba más lejos que el resto. Casi al borde del campo. Mientras nadaba hacia ella, unas agudas ondulaciones me cortaban el paso, manteniéndome a raya.

¡La arena está casi fuera! gritó Kiki. *¡Deprisa, Shiori!*

Eché un vistazo por encima del hombro al reloj de arena. Kiki tenía razón: solo quedaba una fina capa de granos.

Tenía que darme prisa. El séptimo trozo de espejo seguía brillando, pero sabía que mi concentración se rompería en cualquier momento. Pateé furiosamente, estirando los brazos y buscando mi presa.

Mis uñas rasparon su esquina, y cuando estaba a punto de doblar los dedos alrededor del último trozo, todos los fragmentos se estremecieron y comenzaron a inclinarse.

De un solo golpe, la corriente cambió de dirección. Volé hacia atrás, agarrando a Kiki por el ala y metiéndola en la manga.

Demasiado tarde, giré para salvar el cuaderno de dibujo de Takkan. Pero los fragmentos lo atravesaron, haciendo trizas sus preciosas páginas.

Ni siquiera pude salvar los restos. El último grano de arena se deslizó por el reloj de arena, y la prueba de Solzaya se desvaneció, desintegrándose todo lo que había dentro de sus límites en el mar. El dragón reapareció con una sonrisa, y mi corazón se hundió.

—Seis de los siete —dijo—. Un esfuerzo mejor de lo que esperaba de una hechicera tan escasa. Desafortunadamente, has fallado.

No podía hablar. Lo había perdido todo.

Todo.

Me temblaban las manos y empecé a buscar la perla en mi mochila cuando Kiki se me escapó de la manga.

¡Para! gritó. Había algo entre sus alas, y lo arrojó sobre mi palma.

El séptimo fragmento.

Lo levanté, una sonrisa se extendió por mi cara mientras la sonrisa de Solzaya desaparecía.

—Bien hecho, sangre sucia de Kiata —dijo, aunque su voz temblaba de la ira apenas contenida—. Una promesa es una promesa.

Puedes quedarte con el último fragmento.

Abracé a mi pájaro. —Podría besarte.

Prefiero que nos saques de aquí, dijo Kiki. *Tan pronto como sea posible, idealmente.*

Tenía razón, y me volví hacia Solzaya. —¿Cómo puedo dejar Ai'long?

—¿Ves eso? —Solzaya señaló hacia la superficie, hacia los espirales brillantes de suave color rosa y amarillo que se reflejan en las olas—. El lugar donde los rayos atraviesan el mar marca la frontera occidental de Ai'long. Más allá está el reino de los mortales. Te recomiendo que lo alcances antes de que llegue mi padre.

El miedo me quitó la emoción. —Pero pensé…

—¿Que te dejaría ir? —Solzaya habló por encima de mí—. Lo he hecho. —Una nueva sonrisa torció sus labios—. Pero nunca prometí protegerte contra mi padre. Y parece que está aquí.

Miré detrás de mí, donde se había reunido un ejército de tiburones y medusas, dirigido por el Rey Dragón.

Estúpida, estúpida, estúpida, maldije. Debería haber sabido que no debía confiar en un dragón.

La adrenalina se me subió a la cabeza, agarré a Kiki y nadé hacia la superficie. Casi podía tocar las vetas de color violeta que se refractaban hacia abajo, podía distinguir los pliegues cambiantes de la superficie, donde los bordes de Ai'long se disolvían en el reino mortal. La promesa de la sal me hizo cosquillas en los labios.

Estuve cerca.

Entonces el agua se espesó. Se retorció y se agitó. Su temperatura cayó en picado y el frío se disparó a través de mis músculos, convirtiendo mis piernas en plomo. Por cada patada, subía un paso y bajaba diez.

Kiki me mordió el pelo, tratando de levantarme. *Vamos, Shiori. ¡Lucha!*

Lo intentaba, pero bien podría haber estado nadando en el alquitrán. No sirvió de nada remar y patalear. El agua luchaba contra mí, tirando de mí hacia abajo, de vuelta a Ai'long.

Nazayun me levantó entre dos garras. Un rayo crepitó en sus ojos y en su pelo. —Corta tus lazos con la perla, Shiori'anma, o yo lo haré por ti.

Apreté la mandíbula. —La. Perla. No. Es. Tuya.

—Muy bien. —El Rey Dragón suspiró. Sus ojos y su pelo se llenaron de relámpagos—. Entonces, como la perla que llevas, te romperás.

Capítulo Catorce

Todo pasó tan rápido que apenas me di cuenta que me habían golpeado.

Sin embargo, cuando volaba de regreso, una ola de calor me quemó la piel. Pensaba que me volvería polvo, roca espuma marina, pero todo estaba inundado de verde. Mi corazón todavía latía. Presioné mi mejilla contra el pasto marino espinoso y escupí la arena que cubría mis dientes.

Parecía que una anguila había venido a mi rescate.

Al menos parecía ser una anguila. No podía estar segura. Mi visión estaba aguada y mi corazón seguía resonando en mis oídos. Todo lo que veía era esa larga mancha verde con dos ojos rojos.

¡Seryu!

¡Seryu había regresado con un batallón de tortugas y mi red de Golpe Estrella!

Venía desde la izquierda y las tortugas de la derecha. Juntos, al mismo tiempo, chocaron con el Rey Dragón, los duros caparazones de las tortugas absorbían el impacto de los ataques de Nazayun.

Me arrastré sobre mis antebrazos, presionando mi frente contra el pasto marino mientras mi respiración se calmaba. Una tortuga del tamaño de un burro se había detenido a mi lado y me llevó a su espalda. Con prisa, subimos en espiral y giré mi cuello para ver por qué la criatura tenía tanto apuro.

Seryu estaba peleando con su abuelo. Y estaba perdiendo.

Nazayun tenía sus garras alrededor de la garganta de Seryu, mi amigo se tambaleaba, como pez en un anzuelo. Su cola se había aflojado, sus garras hacían un último golpe en las escamas de hierro de su abuelo antes de caer a sus costados. La red de Golpe Estrella en sus manos.

No podía simplemente mirar y no hacer nada. Me incliné hacia adelante, pidiéndole a la tortuga que nadara más rápido.

—Tenemos que ayudar.

—No debemos intervenir —dijo una voz desde atrás. Un tentáculo se enganchó en mis tobillos, bajándome de la tortuga y llevando mi rostro hacia el de Solzaya.

—¿Qué estás haciendo? —le grité—, ¡Nazayun lo está matando!

—Nazayun no lastimará a Seryu —dijo Solzaya.

—Mira sus ojos —lloré—, mira a sus *dos* ojos.

Los ojos del Rey Dragón brillaban blancos, salvajes y sin pupila. Mientras Seryu se retorcía en las garras de su abuelo, sus escamas se empalagaron. La chispa en sus ojos rejos se desvanecía rápidamente…

—¡Lo está matando!

—¡Suficiente! —ladró Solzaya. Su pulpo cubrió mi boca con un brazo, callando mis sollozos. Aún así, podía sentir la indecisión consumiéndola. Un músculo se movió en su mandíbula y sus cuernos dorados se oscurecieron por la tensión.

Pero si ella quería actuar, había perdido su oportunidad.

La cola de Seryu se quedó terriblemente inmóvil y sus bigotes cayeron al igual que su cabeza. Celebrando, Nazayun lo tiró.

Mordí uno de los tentáculos del pulpo y grité—: ¡Seryu!

Con un golpe resonante, aterrizó en el lecho de la roca.

Su cola se enroscó involuntariamente, pero no se movió. La red de ataque estaba arrugada en su garra, sus extremos asomándose a través de su puño cerrado. Los lacayos de Nazayun descendieron sobre él, tratando de quitárselo pero no pudieron abrir sus dedos.

También hice puños con mis manos, no me atrevía a moverme.

La red estaba ardiendo y la frente de Seryu hizo un movimiento temible antes de aflojarse.

—¡Seryu! —grité de nuevo, mi voz haciendo eco a la de Lady Solzaya.

Un gruñido resonó desde donde había aterrizado. Entonces apareció un destello de luz, tan brillante que incluso Solzaya tuvo que alejar la vista. De Seryu emanaba un aura del verde más oscuro.

Y de repente comenzó a crecer.

Sus ojos se hincharon como lunas llenas, sus cuernos triplicaron su largo, creando una corona sobre su cabello. Las escamas en su espalda se abultaron en placas de armadura esmeralda. En un arrebato de verde, creció y creció hasta que su abuelo no podía estrangularlo con una sola mano. Hasta que rivalizó con el mismo Rey Dragón en tamaño y magnificencia.

Seryu abrió su puño, blandiendo la red de Golpe Estrella.

Nazayun rio.

—No puedes lastimarme. Va en contra de tu juramento.

—Sé que no puedo lastimarte. Pero Shiori puede.

Con un rugido, Seryu arremetió con su gran cola, cogiendo a su abuelo por el cuello. Su fuerza tomó al Rey Dragón con sorpresa y ambos dragones giraron hacia Lady Solzaya.

—¡Madre! —gritó Seryu—, libera a Shiori.

—¡Controla a tu hijo! —Nazayun gritó al mismo tiempo.

Solzaya dudó y sus ojos dorados se volvieron invernales.

—Mi hijo ha llegado a su transformación completa, Padre. Él ya no es mío para contener —Los fragmentos de vidrio restantes volaron de su collar y aterrizaron en la cola del Rey Dragón, inmovilizándolo —, al igual que ya no soy tuya.

Chorros de tinta nublaron el agua cuando el pulpo de Solzaya me liberó y corrí hacia Seryu. Kiki tomó uno de los extremos de la red de ataque y yo el otro. Juntos, mientras Seryu mantenía al Rey Dragón abajo, lo lanzamos hacía el pecho de Nazayun.

—Ahora, Abuelo, vamos a intentarlo una vez más —dijo Seryu a través de sus dientes—, la palabra de un dragón es su honor. Su honor es su perla. Vas a prometer que ningún dragón, incluyéndote, podrá lastimar a Shiori y su familia el tiempo que vivan.

—¿Cómo te atreves? —Nazayun raspó mientras la magia de la red de Golpe Estrella se apoderaba de los contornos de su corazón—. Soy un dios de dragones. No me inclinaré ante ningún mortal.

De sus ojos salió una chispa de magia y el agua se volvió cataclísmica.

Una ola monstruosa se aproximó y Seryu me agarró de mi tobillo y me colocó sobre su espalda mientras soportaba el peor golpe. Corrientes feroces nos condujeron, arrancando el pasto marino, los bosques de coral y todo a su camino.

Seryu y yo éramos los siguientes.

Mientras Seryu me protegía con su cuerpo, la perla del Espectros salió volando de mi brazo. Se levantó como una luna oscura, sus mitades rompiéndose y extendiéndose más que nunca.

Una luz deslumbrante estalló desde su centro. Las olas de Nazayun chocaban contra una pared invisible. No podían alcanzarnos.

La luz de la perla se encontró con el escudo defensivo de

Nazayun y avanzó, llegando al Rey Dragón.

Lo busqué, ofreciendo la fuerza que me quedaba. Fue como abrazar una estrella rota a punto de explotar. No estaba segura si se podía controlar a sí misma.

—No te rompas —le dije a la perla—, usa toda la fuerza que necesites, pero no te rompas. Por favor.

La perla se estremeció. Se estaba esforzando contra Nazayun y nuevas fracturas aparecieron en la superficie oscura y reluciente. Sus miradas se abrieron más, ventilando la luz en todas direcciones.

No te rompas, repetí antes de dejarlo otra vez.

Mientras el Rey Dragón estaba distraído por la perla, tomé la red de Golpe Estrella y la jalé con todas mis fuerzas.

El corazón de Nazayun emergió, de dorado brillante. Ahueque mis palmas alrededor de su superficie curvosa, acunándola. Estaba caliente y frío al mismo tiempo y ardía como un vidrio recién forjado. Con un tirón de brazos, la saqué.

Tenía su perla. ¡La perla del Rey Dragón!

Ambas perlas eran tan diferentes como podrían serlo. Una era oscura y rota, la otra brillaba y era clara. Bueno, la perla de Nazayun ya no brillaba. Su luz se volvió tenue, las corrientes montañosas que había invocado se alejaron y desaparecieron.

Una vez el océano se tranquilizó, Seryu cerró su puño alrededor del corazón de su abuelo.

—Vas a jurar ahora —dijo fríamente.

Nazayun gruñó, retorciéndose de ira. Su cola azotó en diferentes lados, quitándose los fragmentos del espejo y aplastando las rocas en polvo. Pero no tenía otra opción.

—Haré honor a la promesa —dijo con vehemencia—, ni yo ni cualquier otro dragón de mi reino te lastimará. Shiori’anma, o a tu familia. Estarás segura con nosotros, ya sea en cielo, océano y tierra. Yo juro, como el Rey de Ai’long y el Gobernante de los Cuatro Océanos Supremos.

El poder de su juramento hizo temblar a los océanos y una fría brisa recorrió mi piel.

—Gracias —dije, sin saber qué más responder.

Seryu no dijo nada. Apenas y sostenía el corazón de su abuelo.

Nazayun se lo arrebató. Trató de llevarse también la red, pero

Seryu lanzó su hechizo y se desvaneció en espuma.

—Un arma contra un dragón es un arma contra todos nosotros —dijo mi amigo—, no debería ser usada de nuevo.

Antes de que el Rey Dragón pudiera demostrar su descontento, Seryu alargó su cuerpo, un sutil recordatorio de que su poder rivalizaba con el de Nazayun.

—Dile a la chica que cierre la perla maldita —gruñó Nazayun—, antes de que nos destruya a todos.

La luz se derramó desde el centro de la perla rota y ninguna mitad de mi fuerza podía empujar las mitades cerradas.

—Suficiente —dije nuevamente—, ya ganaste.

¡Ciérralo! trinó Kiki, moviendo sus alas hacia la perla. *Vamos, pequeña perla quisquillosa. Ciérralo, o nunca volverás a casa.*

Kiki parpadeó de nuevo, finalmente obediente. Con un chasquido y un siseó, las mitades se cerraron y se oscureció.

El caos que había caído en Ai'long finalmente se calmó, dejando las aguas tranquilas y silenciosas. Peces y cangrejos aparecieron de los arrecifes destrozados, el pulpo de Solzaya se desenredó a sí mismo de un coágulo de algas y una tripulación de tortugas avanzaban hacia la superficie.

Exhausta, tomé la perla y la coloqué en mi cartera. Cuando levanté la vista, el Rey Dragón ya había desaparecido.

Solo Seryu y Lady Solzaya quedaban.

Ninguna sonrisa apareció en los labios de Solzaya, ninguna malicia acumulada en sus ojos. Incluso, parecía satisfecha.

—Mamá… —comenzó Seryu.

—Has alcanzado tu forma completa —dijo Solzaya, deteniéndolo —. Has llegado a la edad, la última. Aprovecha tu victoria y lleva a la chica a casa. Ve.

No necesitábamos que nos lo dijeran de nuevo. Mientras Solzaya se retiraba, sus seis fragmentos del espejo restantes se reorganizaron en el collar de su garganta y me agarré a los cuernos de Seryu.

Por última vez, navegamos las aguas de Ai'long y ascendimos hacia la superficie.

A *casa*.

Capítulo Quince

Por los dioses, ¡qué bien se sentía respirar! ¿Había sido siempre el aire tan fresco y dulce? Inhalé con avidez, abrazando el rocío salobre que picaba mi nariz y el viento que azotaba mi cara.

Lo mejor de todo era el sol. Arqueé mi cuello hacia atrás para disfrutar de su calor. Parecía que ya estuviera en casa, sentada demasiado cerca del fuego hasta que mis mejillas estuvieran tostadas como pasteles a la plancha. Mi estómago hizo un gruñido, soñando con pasteles. Pasteles de arroz azucarado, pasteles de mono, pasteles de frijoles rojos y fresas. Me los comería hasta colapsar.

Pero me estaba adelantando. Todavía no era hora de dejar el agua.

Seguí a Seryu hacia una figura distante en una isla rocosa envuelta en niebla. Era Elang, mirando el amanecer, largos dedos humanos rozando el agua. Cuando nos acercamos, se giró para mirarnos, sus ojos desiguales se entrecerraron al ver a Seryu.

—Veo que finalmente alcanzaste tu forma completa, primo. Felicidades. —El tono de Elang era neutro. No había nada de felicitaciones en él—. ¿Tienes el fragmento?

Había metido el precioso fragmento de espejo en mi faja para mantenerlo seguro. Mientras lo sacaba, Seryu me lo arrebató de las manos y lo agitó enojado hacia su primo.

—¿Crees que te vamos a dar el espejo de la verdad luego de que intentaras drogarme y encerrarme en ese lamentable sótano al que llamas calabozo? Casi asesinan a Shiori por tu culpa.

—Estás siendo demasiado dramático —respondió Elang sin emoción—. Te equipé con mis tortugas, ¿no? ¿Y la red? Difícilmente rompí mi promesa.

—No pienso igual. —Antes de que pudiera detenerlo, Seryu había levantado el espejo sobre su cabeza y lo partió a la mitad. Le arrojó la mitad del fragmento a su primo—. Esta mitad es para ti, la otra para Shiori.

Elang atrapó con una mano el pedazo de espejo. Una pausa. —La mitad del fragmento es aceptable. El trato es respetado.

Sostuve mi mitad del fragmento. El cristal reflejaba las olas brillantes.

—No sé qué hacer con esto.

—Quédatelo —dijo Seryu—. Te ayudará a encontrar el Espectro.

Elang no estuvo de acuerdo. — No, no lo hará. El fragmento te dirá muchas cosas sobre el pasado y el presente, pero no revelará al Espectro. No mientras viva en Lapzur.

—¿Lapzur? —pregunté—. Nunca he oído hablar del lugar.

—La mayoría no lo ha hecho. Es un reino inmerso en la oscuridad e invadido por fantasmas y demonios. Ni siquiera el espejo puede ver lo que se desarrolla allí.

—Entonces, ¿cómo voy a encontrarlo?

—En eso no puedo ayudarte. —Elang tomó las riendas de su tortuga y se preparó para descender al mar.

—Espera —llamé—. Prometiste su nombre.

Elang estaba de espaldas a mí, pero se detuvo. Después de una larga pausa, respondió—: Su nombre es Khramelan.

Khramelan. Mi cartera se estremeció contra mi cadera, la perla dentro se calentó repentinamente.

—No descuentes el valor del espejo —dijo Elang, todavía de espaldas a mí—. No te llevará al Espectro, pero aún tiene un gran poder.

—Gracias.

Por una vez, no descartó mi gratitud. Se subió a su tortuga y sacó a Kiki de su caparazón. Estaba a punto de zambullirse en el mar cuando solté una última pregunta—: ¿Por qué tortugas?

Para mi sorpresa, Elang respondió—: Son criaturas solitarias, aunque viven en grandes grupos. Encuentro que tengo más en común con ellos que con los humanos… o los dragones.

—Sus caparazones son duros —reflexioné—, y sus corazones son suaves.

Eso me ganó un ceño fruncido. —No tengo corazón.

—No estás sin corazón. No me habrías ayudado si ese fuera el caso.

—Te ayudé a conseguir mi espejo —dijo Elang bruscamente. Sus ojos desiguales se entrecerraron—. Solo por el milagro de los dioses lograste tener éxito.

—Así lo hice —dije—. Espero que te muestre lo que necesitas

ver. Ten fe, Lord Elang. Tu perla está por ahí en alguna parte. Lo encontrarás.

—Lo haré —me aseguró—, y celebraré el día en que nunca más tenga que poner un pie en tu tierra baldía para buscarla.

Reprimí el impulso de poner los ojos en blanco. Viniendo del medio dragón, esta fue la mejor despedida que podría recibir. —Esa tierra baldía es mi hogar.

Elang tiró de las riendas de su tortuga. —Harías bien en recordar esto: tu corazón es tu hogar. Hasta que entiendas eso, no perteneces a ninguna parte.

Y antes de que pudiera decir otra palabra, se lanzó al mar.

Observé hasta que las ondas de la partida de Elang se desvanecieron y el agua quedó tan quieta como antes. *Tu corazón es tu hogar*. Deje que las palabras se hundan en mi memoria. *Hasta que entiendas eso, no perteneces a ninguna parte*.

Me volví hacia Seryu. —Tu primo no es tan malo, para no tener corazón. Me da esperanzas acerca del Espectro.

—Entonces estás engañada, Shiori'anma. El Espectro es medio demonio. Él es una…

—¿Una abominación? —Mis hombros cayeron—. También solían decir eso sobre Raikama. Toda su vida, ella fue un monstruo. Primero al mundo humano, que pensó que era una serpiente, luego a sí misma, cuando fue maldecida para usar la cara de su hermana.

Tragué, segura de que había mucha gente en casa que pensaba que ahora era un monstruo.

Una nube se deslizó sobre el sol, proyectando una larga sombra sobre el mar. Dije—: Sea lo que sea el Espectro, dragón, demonio o monstruo, se merece que le devuelvan la perla. Igual que Elang —Tragué saliva de nuevo—. ¿Me ayudarás a encontrarlo, Seryu?

Seryu no dijo nada. Su rostro era completamente inescrutable, lo cual era inusual en mí siempre expresivo amigo. Cuando me atrapó mirándolo, se dio la vuelta abruptamente.

—Súbete a mi espalda —dijo secamente—. Vamos a llevarte a la orilla antes de que nos vean los pescadores. Con todo este sol están empezando a dolerme los ojos.

Seryu se zambulló, pero no antes de que yo mirara al cielo, solo para confirmar.

Un mar de nubes aún sepultaba el amanecer. No había sol.

***

No fue hasta que estaba vadeando hacia la orilla, levantando los pliegues de mi vestido mientras pisoteaba hacia la playa, que noté la arena en mi cabello.

Kiki aterrizó en mi cabeza. *Acabamos de llegar a casa. ¿Cómo es que tu cabello ya está tan sucio?*

Dejé caer mi falda y me agaché junto al agua para mirar mi reflejo.

—No es arena —me di cuenta. Era un mechón de cabello blanco plateado en mi sien, no diferente al de Raikama.

Con una profunda exhalación, lo soplé de mi cara y palmeé mis mejillas.

Mejor unos mechones de pelo blanco que una cola de pez o unos cuernos. Papá todavía reconocería a su única hija. Solo esperaba que el resto de Kiata también lo hiciera.

Cuando me fui de casa, mi país estaba en la cúspide de la primavera. Ahora el calor se aferraba al aire, y mi piel estaba pegajosa por la humedad, una señal de que estábamos bien entrados en el verano.

Me había ido por medio año.

Mis rodillas se doblaron al darme cuenta. Seis meses, perdidos.

Fácilmente podrían haber sido seis años, o sesenta, me recordé. Cuando lo vi de esa manera, una risa burbujeó en mi garganta. Estaba en casa. yo había ganado

El viento arrojó a Kiki hacia arriba y ella chilló, agitando las alas. Se sentía como magia. Rebosaba en el aire, débil pero más fuerte que antes. Mientras mis mejillas hormigueaban, Kiki y yo nos disolvimos en un ataque de risa.

Seryu negó con la cabeza. Había cambiado a su forma humana, pero su cabello aún era verde, más oscuro bajo el sol que bajo el agua. —Estoy empezando a pensar que debería haber dejado que te ahogaras en el Lago Sagrado.

Todavía riéndome, me senté, clavando mis talones en la arena. —Entonces te habrías perdido una gran aventura, Seryu. Y una amistad maravillosa.

—Tu amistad no me ha causado más que problemas. —Seryu pateó la arena—. ¿Quién sabe lo que me hará el abuelo cuando

regrese? Podría cortarme los cuernos. O exíliame de Ai'long.

—Tu madre no permitiría eso —respondí—. Puede que disfrute atormentarme, pero se preocupa por ti. Cuando alcanzaste tu forma completa, juro que ella se pavoneó. —Le ofrecí una sonrisa sesgada—. Debe ser un importante rito de iniciación para los dragones.

—Lo es —dijo Seryu—. ¿Quedaste impresionada?

—Bastante. Ya no pareces una anguila.

Su pecho se hinchó, solo un poco, con orgullo. —Entonces supongo que todo valió la pena.

Dejé de sonreír. —Podrías quedarte aquí, lo sabes. En tierra, con mis hermanos y conmigo. Te recibiríamos.

—Prefiero que el abuelo me convierta en un calamar que vivir entre los de tu especie por el resto de mi vida inmortal —resopló Seryu—. Y prefiero atragantarme con algas que verte a ti y al chico del abrevadero de caballos hacer ojos de pez.

—Nosotros no hacemos ojos de…

Seryu cubrió mi boca con una manga, silenciándome. Su expresión sarcástica había desaparecido y bajó el brazo. —Tengo que saberlo —dijo en voz baja—. Si no fuera por él, ¿alguna vez tuve una oportunidad?

Un nudo se hinchó en mi garganta. No quería lastimarlo. —Takkan y yo estamos conectados por los hilos del destino.

Esperaba que estuviera celoso, pero las comisuras de su boca se levantaron. —Entonces tendré que encontrarte cuando renazcas, antes de que tus hilos tengan tiempo de volver a anudarse con los suyos. —Sus ojos rojos brillaron—. Solo rezo para que no vuelvas a ser humana en la próxima vida. Ahora que he alcanzado mi forma completa, soy demasiado majestuoso para soportar tu mundo de nuevo.

No sabía si darle un puñetazo o reírme. O llorar. Mis hombros se suavizaron y hablé—: ¿Así que esto es un adiós?

El brillo abandonó sus ojos. —Dudo que se me permita visitar tu reino durante muchos años. Tal vez no hasta que seas una mujer mayor. Toda enjuta y arrugada, con diecisiete bisnietos. —Resopló con disgusto—. Mira, tu cabello ya está empezando a encanecer.

Solté una carcajada. —Emblanquecer —corregí, peinando los mechones tocados por la nieve con mis dedos—. Se volvió blanco por usar la perla del Espectro, no por la edad.

—La misma diferencia. —Seryu agitó una mano desdeñosamente. Sus mangas y túnicas ya estaban secas, a diferencia de las mías. Un encantamiento útil.

Estaba de un humor voluble, sus verdaderos pensamientos eran imposibles de descifrar.

Pero cuando volvió a hablar, sonaba extrañamente amable. —Si terminas casándote con ese Lord, espero que se parezcan a ti, no a él.

—¿Quién?

—Esos bisnietos —respondió, ahora con aspereza—. Dios no permita que sean aburridos y testarudos.

No pude evitar defender a Takkan. —Él no es aburrido ni testarudo. ¡Apenas hablaste con él!

—Algo de lo que me arrepiento profundamente —respondió Seryu—. Debería saber que no te salvaré de nuevo, así que será mejor que esté preparado para la tarea.

Puse mis manos en mis caderas. —¿Te das cuenta de que soy capaz de salvarme a mí misma de vez en cuando?

—Aún así. Con todos los problemas en los que te metes, Shiori... todos los problemas en los que te vas a meter... necesitas toda la ayuda que puedas conseguir. Asegúrate de que lo sepa. —Después de una pausa, dijo—: Asegúrate de que te merece.

Hubo una punzada en mi corazón, y mis manos cayeron a mis costados. No hace mucho, podría haber imaginado enamorarme de Seryu. Si Raikama nunca me hubiera maldecido, si nunca hubiera pasado ese invierno en Iro, podría haber sido él a quien anhelaba, no a Takkan.

Pero eso hubiera sido una historia diferente. No ésta.

—Él me merece. —dije en voz baja.

—Confío en tu palabra —gruñó Seryu—. Estaré visitando a esos bisnietos, ya sabes, y les contaré historias sobre ti. Historias poco halagadoras, para pagar todo el dolor que me ha dado tu amistad.

Escondí una sonrisa. A pesar de todos sus comentarios groseros, Seryu se esforzaba por ser impasible y como un dragón. Pero lo conocía mejor que eso.

—Diles algunas cosas buenas también —dije a la ligera.

Volvió a gruñir. —Supongo que tendré tiempo para pensar en algunas.

Seryu se levantó y se volvió hacia el mar. Sus cuernos estaban creciendo, la primera señal de que estaba comenzando a transformarse de nuevo en un dragón.

—¡Espera! —grité detrás de él—. No olvides esto.

Saqué el collar que me había dado hace lo que parecía una vida y lo presioné en su palma.

—No te atrevas a decirlo —murmuró, clavando sus garras en el collar.

—¿Decir qué?

—Todas esas despedidas idiotas de Kiatan: 'Que nuestros hilos se crucen de nuevo' y, peor aún, 'Que la suerte de los dragones te acompañe'. Si dices esas cosas, no tendré más remedio que arrastrarte de vuelta al mar.

Quería reírme, pero no podía. —Adiós, amigo mío —susurré.

Te extrañaré, quise decir, pero las palabras se me atascaron en la garganta.

En cambio, lo abracé.

El dragón fue tomado por sorpresa e inmediatamente se puso rígido, pero no me apartó. Antes de que dijera algo que pudiera arruinar el momento, presioné mis labios en su mejilla. Un beso, como el que le había dado hacía tantos meses junto al Lago Sagrado la primera vez que nos despedimos.

—Gracias por todo.

La respiración de Seryu se entrecortó y su piel se sentía demasiado caliente para él, un dragón de sangre fría. Se echó hacia atrás y, adoptando un tono altivo, dijo—: Nunca hubiera funcionado entre nosotros, siendo compañeros y todo. Los dos somos demasiado orgullosos, y yo soy demasiado magnífico.

Incliné la cabeza, pero no hablé. Sabía que no había terminado.

Su voz se volvió solemne. —De todos modos, me alegro de haberte conocido, Shiori. Eres interesante, para un ser humano. Cuando mires al mar, piensa en mí a veces.

—Lo haré —dije en voz baja.

Mientras giraba, una fuerte ráfaga de viento me hizo caer de nuevo en la arena. Cuando volví a levantarme, todo lo que vi fue un chapoteo en el agua, seguido de un fuerte destello de luz solar. Me protegí los ojos, tratando de mirar a través de la luz para vislumbrar la

cola del dragón.

Pero Seryu se había ido.

Durante mucho tiempo observé el agua, casi deseando que volviera a burbujear.

Kiki aterrizó en mi hombro. *Echaré de menos a ese dragón, con cuernos y todo.* Ella miró hacia arriba cuando no dije nada. *¿Estás bien, Shiori?*

No, no lo estaba.

El hilo de Seryu y el mío habían estado anudados una vez, tan estrechamente unidos por el destino que casi habíamos estado unidos para siempre. Ahora no estaba segura de sí volverían a cruzarse alguna vez.

El sabor en mi boca era agridulce, tragué saliva y finalmente respondí—: Lo estaré.

Lo estaré. Me puse en pie y me escurrí la falda con agua de mar.

—Ven, Kiki, es hora de ir a casa.

Capítulo Dieciséis

Amasaba la arena con los dedos de mis pies mientras caminaba por la playa, persiguiendo las onduladas colinas en la distancia, los techos rojos curvos que se asomaban tras una pared de pinos en expansión.

Gindara. El palacio. Mi hogar.

En unas cuantas horas, estaría de regreso. Tal vez a tiempo para almorzar con mis hermanos, y Padre, a quien no había visto en más de un año.

—¡Mira! —gritó Kiki, espiando los barcos—. ¡Tu padre ha enviado a la marina a saludarte!

Una flota completa se reunió detrás de los acantilados marinos, llenando la costa de Kiata con velas y estandartes de color rojo brillante.

Se me hizo un nudo en la garganta. Respondí en voz baja—: Esos son barcos de A'landan.

Trepé por las dunas a un terreno más alto y protegí mis ojos del sol, entrecerrándolos para averiguar por qué los barcos de A'landan estaban atracados en las costas de Kiata. Pero era imposible ver desde tan lejos.

—Nueve Infiernos —pronunció Kiki—. ¿Kiata ha sido conquistada?

Hace seis meses, cuando me fui, las relaciones con A'landi se habían vuelto cada vez más volátiles. ¿Se había intensificado la situación mientras estaba en el reino de los dragones?

—Es muy pronto para hacer suposiciones —respondí tan tranquilamente como pude, pero mis puños estaban cerrados a mis costados. Las respuestas vendrían una vez que llegase a Gindara.

O antes.

A media distancia, un grupo de hombres gritaba mi nombre—: ¡Princesa Shiori!

Los fuertes vientos de la costa distorsionaban sus voces, pero reconocí sus cascos de plumas carmesí. Había crecido rodeada de ellos.

Los Centinelas de mi padre.

El alivio se apoderó de mí. Enderecé la espalda y cuadré los hombros, intentando convocar un aire de realeza. Poco podía hacer con la arena pegada a mis mejillas o las algas besándome el cabello, pero al menos podía pararme como una princesa.

—¿Princesa Shiori'anma? —preguntó el capitán. Él y sus hombres se mantuvieron a distancia, y sus manos no estaban lejos de sus espadas.

Honestamente, no podía culparlo por cuestionar quién era yo. Parecía que me habían escupido del mar, y todavía vestía las túnicas de la corte del dragón. Aunque manchadas y arrugadas, sus finas capas eran innegablemente de otro mundo, brillando como perlas. Y estaba aquel mechón blanco en mi cabello.

—Soy yo —confirmé—. Shiori'anma.

Ante el sonido familiar de mi voz, los centinelas se inclinaron como uno solo, y el capitán relajó su postura ligeramente.

—Perdónenos por preguntar, Su Alteza —dijo en un tono cuidadoso—. Hemos estado estacionados aquí durante meses esperando su regreso. Nos dijeron que la esperáramos, pero no sabíamos dónde ni cuándo ni…

Su voz se desvaneció, pero un *cómo* tácito permaneció en el aire.

¿Cómo había vuelto, se preguntarían seguramente los centinelas, sin barco ni montura?

¿Y dónde había estado? Los hombres se esforzaban por no mirar mi vestido, pero pude leer su desconcierto fácilmente.

Esbocé una sonrisa.

—No tuve que esperar demasiado. Gracias.

El capitán se aclaró la garganta.

—Deberíamos haberla encontrado antes, pero con la llegada de los A'landanos…

—Sí, vi los barcos en los acantilados —interrumpí—. ¿Estamos en guerra?

—No si la boda del Príncipe Reiji se lleva a cabo sin problemas.

La sonrisa huyó de mis labios.

—¿Boda?

—Supuse que por eso había regresado.

No tenía ni idea de qué boda hablaba. Sabía que debía

quedarme callada, pero no pude evitarlo.

—¿Cuándo es?

El capitán no logró ocultar su sorpresa a tiempo y yo quería patearme a mí misma. Por supuesto que asumía que yo lo sabría. Era la princesa de Kiata—¿cómo podría no estar al tanto de la boda de mi propio hermano?

—Es hoy —respondió, mientras sus hombres intercambiaban miradas incómodas que pensaron que yo no vería—. Ahora mismo, de hecho.

***

Los centinelas me aconsejaron que me cambiara el vestido antes de irrumpir en el Templo de la Grulla Sagrada para la boda de Reiji. Su sugerencia era perfectamente sensata, y yo tenía la intención de aceptarla.

Pero una vez que regresé al palacio, mi mente cambió como el viento. Había estado fuera demasiado tiempo y me había perdido demasiados momentos importantes. No me perdería la boda de Reiji.

Uno de los centinelas me había dado su capa, y esta se ensanchó sobre mis hombros mientras corría hacia el templo. Este era mi hogar: los patios de arena blanca, los pabellones con aleros inclinados y faroles de bronce colgantes. Arrendajos y zorzales silbaban en los jardines, y podía oler los huertos de cítricos más allá.

Pero no todo era igual.

Coloridos estandartes se arremolinaban desde los pilares bermellones del palacio, dando la bienvenida a nuestros visitantes de A'landan. Alrededor del templo, cientos se habían reunido para observar la alianza de mi hermano con la princesa extranjera.

Naturalmente, los A'landanos sobresalían en la multitud, su ostentación rivalizaba con la de los dragones en Ai'long.

Ataviados con los tonos más audaces de rojo, azul y dorado, nuestros visitantes se pavoneaban con la intención de eclipsar a todos. Me pregunté si los funcionarios de la corte, con sus tocados de martín pescador y sus elaborados abrigos con bordados, tropezaban unos con otros durante el camino hacia aquí, dado lo largas que llevaban las mangas.

—*¿Siempre se visten así?* —preguntó Kiki.

—¿Como una manada de pavos reales? —me burlé—. Solo cuando vienen a Kiata.

La rivalidad entre A'landi y Kiata era tan antigua como nuestras naciones. Por nuestros árboles recién podados, por el brillo de los bancos lacados fuera de los pasillos y los uniformes de los sirvientes planchados con rigidez, me di cuenta de que habíamos jugado nuestro propio papel en esta pequeña competencia.

Qué espectáculo tan desagradable debía ser yo, con una capa de centinela sobre los hombros, arena salpicando mis zapatillas y algas pegadas en mi cabello.

Mi regreso dejó atónitos a todos los que me reconocieron: los señores y damas arrodillados fuera del templo, los sacerdotes pululando por las escaleras. Hasta los guardias sacudieron la cabeza para mirarme por segunda vez cuando pasé.

—¡Princesa Shiori! —exclamó uno de los sacerdotes a las puertas del templo, nervioso por mi llegada—. No nos dijeron que había regresado.

—Lo he hecho —dije con mi voz más autoritaria—. Ahora abre las puertas.

—Me temo que eso no está permitido, ni siquiera para usted, Shiori'anma —respondió—. La ceremonia ya ha comenzado, y ellos están en mitad de sus oraciones…

—Seré silenciosa —dije—. Nadie se dará cuenta de que entré.

—Pero, Su Alteza…

Nunca fui asidua a prestar atención a los sacerdotes, y no iba a empezar ahora. Con un levantamiento de mis brazos y un susurro a los árboles, convoqué una calamidad de hojas a la gran entrada del templo.

Las hojas volaron, pegándose a los rostros de los capellanes como máscaras de papel. Mientras llamaban a gritos a los guardias, subí los escalones del templo, me descalcé y entré.

Fui silenciosa, como prometí, cerrando las puertas con cuidado. Aún así, todos notaron que entré.

El templo no albergaba la multitud de cientos que esperaba. La reunión en el interior era íntima; pude distinguir las espaldas de mi padre, mis seis hermanos y una dama junto a Andahai, el sumo sacerdote, dos monjes y algunos funcionarios de A'landi.

Takkan no estaba por ningún lado. Y ni siquiera veía a la novia de Reiji.

Gruñidos y resoplidos marcaron el silencio ceremonial y

comencé a arrepentirme de haber entrado a la fuerza, hasta que mis hermanos se dieron la vuelta.

Qué extraño y maravilloso fue verlos a todos, sentados junto a Padre y vestidos con sus galas de la corte, como si nada hubiera cambiado. Me dio la esperanza de que podría volver a mi antigua vida.

Los seis me sonrieron, la sorpresa y la alegría deshaciendo su formalidad ceremonial. Incluso Reiji, arrodillado en el centro del templo junto a una pintura de la Princesa Sina Anan, su futura esposa, asentía.

Me arriesgué a mirar a Padre, atreviéndome a esperar que él también me reconociera. Pero el emperador hizo lo que hicieron los A'landanos. Con un movimiento corto, se volvió hacia el sumo sacerdote.

La decepción escaló a mis ojos en una ola hirviente, y me mordí el interior de la mejilla, encogiéndome en un rincón para aguardar hasta que terminara la ceremonia. Desafortunadamente, la medida de las emociones humanas de Kiki era muy deficiente, y no sintió que debía dejarme en paz.

—*Pensé que tu hermano se iba a casar con una princesa de A'landan* —se rio mi ave—. *Todo lo que veo es un trozo de pergamino.*

Me encogí de hombros.

—¿Quién es aquella chica junto a Andahai? Parecía nerviosa de verte.

¿Lo parecía? Yo había estado tan feliz de ver a mi familia que apenas la había notado. Con ojos ovalados y labios del color de las bayas, se veía tan delicada como las lilas bordadas en su chaqueta lavanda. Sus manos estaban recatadamente apoyadas en su regazo, y si sus ornamentadas túnicas le causaban alguna incomodidad, era una maestra en ocultarlo. Poseía el aplomo que mis tutores habían dejado de intentar inculcarme hacía mucho tiempo.

—Yihei'an Qinnia —dije—. La prometida de Andahai.

Se suponía que Andahai se había casado con ella el otoño pasado, pocas semanas después de que Raikama convirtiera a mis hermanos en grullas y nos enviara lejos a todos. Obviamente, esa boda había sido pospuesta.

Observé a mi hermano y su prometida. Sus cabezas estaban inclinadas cerca, los hombros tocándose. Este lado tierno de Andahai era nuevo para mí. Por otra parte, había estado fuera durante medio

año.

Mucho había cambiado.

Incluyendo a Padre.

Había envejecido durante el tiempo que había estado fuera. Había nuevas líneas en su frente, grabadas con una melancolía que no estaba allí antes.

Ansiaba verlo, hablarle y hacerlo sonreír, pero no me miró ni una sola vez. Con cada minuto que pasaba, mi corazón se hundía un poco más. Esperaba que no estuviera furioso porque me había ido, o decepcionado.

Finalmente, un gong resonó en el pasillo, y mis hermanos se apresuraron a unirse a mí, bombardeándome con una seguidilla de abrazos y preguntas nada principescas.

Wandei, el preocupado—: ¿Cuándo regresaste, hermana?

Andahai, el mayor—: Deberías habernos dicho que ibas a volver.

Benkai, el pensativo—: Te ves bien.

Hasho, el sincero—: Te ves diferente.

Yotan, ya centrado en lo irrelevante—: Pero ¿qué llevas puesto?

También había otras dudas en los ojos de mis hermanos, preguntas secretas relacionadas con la magia y Ai'long. Pero nadie las dijo en voz alta. Habría tiempo para esas preguntas más tarde.

Miré hacia atrás a los A'landanos y los ministros en la sala. Sonrisas educadas forzaban sus expresiones, similares a las de los centinelas en la playa cuando me vieron por primera vez.

—¿Me brotaron cuernos en la cabeza mientras estaba en Ai'long? —murmuré a Benkai—. ¿Por qué todos están mirando?

El hermoso rostro de Benkai se estiró para adaptarse a una sonrisa.

—Acabas de irrumpir en una boda estatal, ya sabes… después de que les dijimos a los habitantes de Aland que estabas en Gaijha, estudiando las Canciones del Dolor y las Epopeyas de la Guerra y el Deber.

Me resistí.

—Deberías haberles dicho que estaba estudiando cocina. Al menos eso sería algo creíble.

Benkai se rio entre dientes, y mis otros hermanos simplemente

sonrieron. Hasho, que siempre había sido el peor con los secretos, cambió su peso de un pie a otro, luciendo incómodo. ¿Qué no me estaban diciendo?

—Tarde como siempre, Shiori —reprendió Andahai, pero sus ojos severos sonreían por fin—. Te esperábamos de regreso hace meses. Te perdiste mi boda, pero al menos no te perdiste la de Reiji.

Debería haber adivinado que Andahai se había casado mientras yo estaba fuera, pero aún así mi boca se abrió por la sorpresa.

—¿Estás casado?

—Fue una ceremonia pequeña, dentro de los cien días de la muerte de Raikama. —Frunció los labios—. Quería esperar, pero… pero no sabíamos cuándo regresarías.

Incluso sin la explicación, lo hubiese entendido. Yo tampoco sabía cuándo volvería. Y por lo que parecía, Padre necesitaba todas las alianzas que pudiera conseguir para proteger Kiata.

—Permíteme volver a presentarte a mi esposa, la Princesa Qinnia.

Qinnia se adelantó tímidamente. De cerca, era muy pálida y las sombras se aferraban a sus mejillas. Pacería haber perdido peso recientemente. Hice una rápida reverencia antes de que notase que la estaba mirando y antes de hacer contacto visual. Era lo correcto: como princesa heredera, ahora me superaba en rango.

—Por favor, Shiori'anma, la reverencia no es necesaria…

—Es un honor para mí —dije, inclinándome aún más profundamente. Me levanté con una sonrisa—. Y llámame Shiori, por favor, agradezco que ya no seré la única princesa de Kiata. ¿Supongo que esto significa que puedes tomar mi lugar en las oraciones de la mañana?

—Está bromeando —aseguró Andahai a su esposa.

Aclaré mi expresión de picardía.

—Siempre he querido una hermana mayor. Bienvenida a la familia. ¿Ya puedes distinguir a los gemelos?

Aquello la hizo sonreír.

—Desde la semana pasada. Yotan tiene un lunar en la barbilla… y, a diferencia de Wandei, está sonriendo constantemente.

—Wandei también tiende a entrecerrar los ojos cuando mira a lo lejos —agregó Reiji, finalmente uniéndose a nosotros—. Pasaba

demasiado tiempo leyendo a la luz de las velas cuando era joven.

Abracé a Reiji. Cuando lo dejé ir, sacudí la arena que dejé en sus túnicas ceremoniales.

—¿Dónde está tu novia? —pregunté.

—Todavía en A'landi. Es un matrimonio por poder.

—¿Quieres decir que no vendrá?

Con un ojo sobre los A'landanos que aún quedaban en el templo, Reiji explicó en voz baja—: Iré a Jappor y me casaré con la hija del khagan para que podamos establecer la paz.

—¡Serás un rehén allí!

—Quiero ir —dijo Reiji—. Andahai y Benkai siempre han cumplido con sus deberes. Es hora de que yo también haga algo útil.

No había amargura en la voz de mi hermano. El tono de Reiji era ligero y me di cuenta de que estaba siendo sincero. Entonces, ¿por qué sus palabras hacían que mi corazón se sintiera pesado?

—¿Cuándo te irás? —pregunté.

Reiji no tuvo la oportunidad de responder.

Los seis príncipes inmediatamente retrocedieron en una línea, inclinándose. Padre estaba justo detrás de mí.

Necesité toda mi moderación para inclinarme también y no mirar hacia arriba. No lo había visto desde que mis hermanos y yo habíamos sido maldecidos. Más que nada, quería abrazarlo como había hecho con ellos y responder los cientos de preguntas que debía tener. Pero fue bueno que me contuviera.

—Después de meses sin tener ni una palabra —reprochó el emperador—, entonces, a tu regreso, interrumpís insolentemente una ceremonia sagrada. ¡Avergonzando a Kiata ante los enviados de A'landi!

Mi ánimo se desinfló.

—Padre…

—Regresaras a tus aposentos de inmediato —dijo, girándose hacia la salida del santuario—. Viste con algo digno de una princesa imperial y espera mi visita. Tienes mucho por lo que responder, *hija*.

Capítulo Diecisiete

El escozor de la reprimenda de Padre me siguió todo el camino hasta mi habitación, y estuve en silencio en compañía de Qinnia. Mi nueva cuñada había insistido en caminar conmigo y amablemente llenó el silencio con anécdotas sobre lo que habían estado haciendo Andahai y mis hermanos mientras yo estaba fuera. Fue un gesto amable, y me encariñé con ella por eso.

—*Deberías hacerte amiga de ella* —instó Kiki desde dentro de mi manga—. *Parece agradable.*

Hoy no. No estaba de humor.

—Aquí estamos —anunció Qinnia, abriendo mis puertas.

Entré. En mi memoria, solo había estado fuera una semana; recordaba con precisión cómo había dejado mi habitación. Un desastre, con torres de almohadas de seda junto a mi cama, y ropa y platos medio vacíos esparcidos por el suelo. Pero todo había sido ordenado y guardado, incluso el pequeño rincón de cojines que había hecho para Kiki. Sábanas de luto de color marfil colgaban sobre mis ventanas, y pergaminos y placas de oración rodeaban mi cama, deseándome un paso seguro al más allá.

—Enviaré a alguien para que se lleve todo esto —dijo Qinnia, luciendo más afectada que yo por todos los arreglos de duelo—. El emperador hizo que los pusieran de nuevo cuando te fuiste.

—Está bien —dije—. No me molesta.

Me dirigí directamente a la cámara de lavado. Podía sentir el agua salada entre los dedos de mis pies y el peso de la arena aún en mi cabello. Sería bueno darse un baño. Apuesto a que olía horrible.

Qinnia me siguió.

—Necesitarás ayuda con eso.

Estaba apuntando los cientos de botones en el vestido rosa que me regalaron los dragones. Serían imposibles de desabrochar por mi cuenta.

—Oh —dije tímidamente—. Gracias.

Con cuidado, desabrochó los bucles de los botones.

—Este material es exquisito —murmuró—. La costura es más fina que cualquier cosa que haya visto.

Aparte de algunos comentarios discretos, Qinnia no hizo preguntas sobre dónde había estado, sobre las cicatrices en mis dedos o el mechón blanco en mi cabello. Me pregunté si acosaría a Andahai en busca de respuestas más tarde. O tal vez ella ya lo sabía.

—Listo —dijo cuando soltó el último botón—. ¿Quieres que envíe a mis doncellas para que lo limpien y reparen?

—No hay necesidad —Eché un último vistazo al vestido y el recuerdo de la despedida de Seryu me dio una punzada en el corazón —. Gracias por la oferta, pero lo mantendré como está.

Desaparecí sola en el baño. Cuando salí, vestida con una sencilla túnica morada con mariposas bordadas, el sol de verano inundaba mis habitaciones.

Qinnia estaba quitando las sábanas de luto una por una. Respiraba con dificultad.

—Permíteme ayudar —ofrecí, pero ella ya estaba en la última capa—. Eres la princesa heredera, no deberías estar…

—Ninguna tarea está por debajo de una princesa —dijo con una sonrisa—. Mi madre me enseñó eso. Te hace más fuerte.

Le di una pequeña sonrisa a cambio. Era algo que Raikama habría dicho.

Qinnia parecía cansada y le ofrecí una silla, pero negó con la cabeza.

—Ya debería despedirme. Tu padre estará aquí pronto —Me tocó el brazo, anticipándose a cualquier respuesta—. Andahai no querría que te dijera esto, pero debes saber que cuando Su Majestad despertó del sueño invernal, la primera persona por la que preguntó fuiste tú, Shiori.

Alcé la cabeza.

—¿Yo?

—El emperador estuvo afligido por ti todos los meses que estuviste fuera —Qinnia dobló las sábanas de luto sobre sus brazos—. Creyó que habías muerto junto con tu madrastra, y nada de lo que dijeron tus hermanos podría convencerlo de que aún estabas viva.

El calor pinchó las esquinas de mis ojos. No sabía qué decir.

—Me alegro de que me lo hayas dicho.

Ella apretó mi brazo.

—Y yo me alegro de que hayas vuelto. Te veré en la cena

familiar.

Cuando se fue, Kiki revoloteó fuera de mi manga. Siempre ajena a las emociones humanas más finas, no pensó nada al verme parada en una esquina parpadeando para contener las lágrimas.

—*¡Eso estuvo cerca!* —exclamó—. *Qinnia casi vio la perla en tu bolso. Será mejor que la guardes antes de que llegue tu padre.*

Aquello llamó mi atención. Casi me había olvidado de la perla. También de mi fragmento del espejo de la verdad.

Padre aún no había llegado, así que rápidamente deslicé el fragmento en la caja donde guardaba las cartas de Takkan y abrí mi bolso. Su exterior de paja estaba rayado y empapado, pero el revestimiento de madera del interior no había sido tocado por mi aventura en el mar.

Saqué la perla, temiendo tener que explicarles a mis hermanos que todavía estaba en mi poder y que necesitaba ir a las Islas Olvidadas de Lapzur.

Con un toque, sus mitades se distanciaron ligeramente. Verlo me inquietó, porque la fractura era más larga y profunda que nunca.

—Una vez que todo este asunto del demonio esté resuelto, encontraré mi camino a Lapzur —Le prometí a la perla—. Te llevaré a casa.

En el fondo, temía que cumplir mi promesa a Raikama fuera solo el primer paso para regresar a casa. Que realmente faltara una parte de mí misma, y que incluso después de recuperarla, aún me sentiría como la cometa que alguna vez perdí, volando atada a una cuerda sin fin.

No obstante, al menos tenía una dirección a seguir. Raikama contaba conmigo.

Tan cuidadosamente como pude, envolví la perla en una sábana marfil y la guardé en el fondo de mi armario.

—Quédate ahí por ahora —le dije—. No te hará ningún bien seguirme por el palacio. La gente hará preguntas.

—*Supongo que yo también debería quedarme en tu habitación* —decía Kiki mientras holgazaneaba sobre un montón de almohadas de seda—. *Por mi parte, no hay problema. Estoy feliz de estar de vuelta. Aunque tú serás la próxima, ¿no?*

—¿La próxima en qué?

—*En casarse. Con el Chico Rábano.*

Ese era el apodo de Kiki para Takkan, que se remontaba a los días en que yo trabajaba como cocinera en su fortaleza.

Escuchar el nombre casi me hizo sonreír, pero casarme con Takkan era lo último que tenía en mente. Me había ido por seis meses. No me atrevía a suponer que podríamos continuar donde lo habíamos dejado.

—Probablemente ha vuelto a Iro —dije.

Kiki se recostó en la almohada y escondió la cabeza bajo las borlas plateadas.

—Conociéndolo como lo hago, lo dudo.

—No importa. Tengo que irme pronto. La perla está casi partida por la mitad.

—Tu padre no estará feliz de escuchar eso. Está lo suficientemente molesto porque te fuiste.

—No estoy preocupada por mi padre —mentí. Tan pronto como lo dije, las puertas se abrieron.

Inmediatamente me enderecé, inclinándome profundamente cuando el Emperador de Kiata entró en mi habitación. Después de todo lo que había enfrentado en Ai'long, una reunión a solas con Padre no debería ponerme nerviosa. Sin embargo, cuando se bajó las mangas, me armé de valor. La peor clase de reprimenda era la que sabía que merecía.

—Diecisiete años, y todavía tan descarada como una chiquilla —dijo Padre—. Qué escena hiciste frente a los A'landans.

—Perdóname, padre —le dije, mi voz un contrapunto manso a su ira.

—¿Perdonarte? Tus acciones han traído profunda vergüenza para mí y para tus hermanos. ¡Reiji, sobre todo! Es un milagro que no se haya cancelado todo el matrimonio.

Me arrodillé a sus pies, preparándome para más reproches.

—No debí ser tan impulsiva, lo sé… pero no quería perderme la boda de Reiji. Ya me he perdido demasiado.

Miré el suelo, la anticipación creciendo en mi pecho.

—Me deshonras —dijo Padre. Luego, para mi sorpresa, dejó escapar un largo suspiro—. Y, sin embargo, no hubiera esperado menos de mi hija menor.

Las palabras fueron duras, aunque cuando levanté la vista, mi

padre sonreía. Solo un atisbo de sonrisa, pero aun así era cálida.

—Me alegro de que hayas venido a vernos de inmediato, Shiori.

Abrió sus brazos para mí, y yo prácticamente volé a su abrazo, como lo hacía cuando era niña.

—Te extrañé, Padre —susurré.

—Y yo a ti, hija mía —dijo él—. Oré todos los días por tu regreso. Al parecer los dioses me escucharon.

Me levanté de sus brazos y me arrastré de vuelta a mi lugar.

—No inicié una guerra irrumpiendo en la ceremonia, ¿verdad? Sé que los A'landans son testarudos con sus tradiciones…

—No iniciaste una guerra —dijo Padre—. En el peor de los casos, los embajadores correrán la voz sobre cómo la princesa más joven de Kiata es irrespetuosa y descarada, pero poco me importa lo que piensen los A'landans.

—Es la verdad de todos modos —admití astutamente.

—¿Lo es ahora? Te encuentro muy cambiada, hija. A ti y a tus hermanos —Tocó las placas de oración que Qinnia había apilado en la mesa de la esquina y su semblante se volvió grave—. Una parte de mi espíritu murió cuando todos ustedes desaparecieron. Solo está empezando a regresar.

Ojalá supiera cómo consolarlo. El padre con el que había crecido nunca necesitó consuelo. Siempre había tenido a Raikama a su lado.

Habló solemnemente:

—Cuando te fuiste, tu madrastra contó que a menudo soñaba que estabas viva. Aquello me consoló más de lo que puedes imaginar.

¿Raikama le había dicho que estábamos vivos? Irónico, dado que ella había sido la que nos maldijo.

Sentí una pequeña punzada en mi pecho.

—Estuve con ella cuando falleció —dije suavemente—. Me pidió que te dijera que lo sentía. Ella se preocupaba mucho por ti.

El rostro de Padre se alargó; los fantasmas ocultos en sus ojos asomaron a la superficie.

—Tus hermanos dijeron que habías ido en un viaje a instancias de ella —dijo—. Un viaje que te llevó mucho más allá de nuestro reino.

—Hacia Ai'long —confirmé.

—El reino de los dragones… —murmuró—. No les creí, pero parecías como salida del mar cuando llegaste. Nadie me decía por qué te habías ido, o por qué sus últimos deseos te habían enviado a ese lugar.

—Ellos no sabían.

Padre asintió lentamente, comprensivo.

—Tu madrastra era buena guardando secretos. Juré nunca preguntarle, incluso si a veces era difícil.

—Una promesa cumplida vale más que mil secretos —dije, recitando el proverbio que solía contarnos a mis hermanos y a mí.

—Una lección fácil de enseñar a mis hijos. No fue tan fácil aprenderla yo mismo —suspiró—. Supongo que tu curiosidad proviene más de mí de lo que me gustaría admitir.

Le ofrecí una sonrisa pálida. Mis hermanos y yo habíamos jurado nunca contarle a Padre sobre la maldición que Raikama nos había lanzado, ni que se había casado con una hechicera. Lo que él creía era que Lord Yuji había ordenado que sus hijos se convirtieran en grullas y que su hija fuese desechada, y que Raikama había sido asesinada por demonios. Anhelaba contarle la verdad, pero aquella verdad solo traería dolor.

—Un secreto la agobiaba más que cualquier otro —prosiguió Padre—. A menudo me preguntaba si tenía que ver contigo, hija.

Se quedó observando el pájaro de papel posado en mi ventana. Kiki estaba ingeniosamente quieta, lo que debía ser una tortura para ella. Si Padre recordaba lo que realmente era, no lo mencionó.

Dijo las siguientes palabras en voz baja.

—He aprendido, mientras no estabas, que tienes talento para la magia —No me dio la oportunidad de confirmarlo—. Por tu seguridad, he hecho lo necesario para evitar que se corra la voz.

Bajé la mirada a mi falda, tirando de un hilo suelto en una de las mariposas bordadas.

—Eso lo explicaría. Los centinelas que me encontraron… parecían asustados.

Padre se puso tenso, como si estuviera decidiendo si consolarme o contarme la verdad.

—La gente tiene miedo de que la magia regrese —dijo—. Gindara estuvo bajo un sueño profundo durante más de un mes, y hasta el día de hoy no sabemos cómo sucedió. Cuando todos

despertamos, tus hermanos habían regresado, tu madrastra estaba muerta y tú… tú estabas desaparecida. Peor aún, dijeron que eras una Sangre Sucia de Kiata.

Dijo *Sangre Sucia* como si fuese una maldición.

—No creerás eso —dije.

—Lo que yo crea no importa. La inmolación de un Sangre Sucia es un ritual bárbaro que finalizó al comienzo de mi reinado. Mi propio abuelo permitió la muerte del último para apaciguar a las sacerdotisas de las Montañas Sagradas. No permitiré que esos herejes se lleven a mi única hija, sin importar lo que suceda.

Guardé silencio, recordando lo que había visto en el espejo de la verdad.

—¿Qué hay con el demonio Bandur? Ha escapado de las montañas y está atacando Kiata.

Mi padre se estremeció, sorprendido de que lo supiera.

—Kiata está a salvo. Tú también lo estarás.

—Pero…

—Hay informes de que las tierras de cultivo atraviesan una estación seca, mientras que fuertes lluvias azotan nuestros cielos, algo inusual para esta época del año en Gindara. Si me llaman a más reuniones de lo habitual, es por eso. Esta charla sobre demonios es una tontería, nada más que la pesadilla de un niño.

—No es…

—Es una pesadilla —repitió Padre—. Acabas de regresar. No te preocupes por asuntos de estado.

Fijé mi mirada en la sábana ocre extendida en el suelo. Trataba de protegerme, eso lo sabía. Nunca supe que mintiera, ni a mí, ni mucho menos a sí mismo.

—Sí, Padre —dije, solo para que pudiéramos cambiar de tema—. ¿Pero qué hay con Reiji? ¿De verdad se irá la semana que viene?

—Fue su decisión ir —respondió Padre, no sin cierto orgullo —. Todos tus hermanos compitieron para salvarlo de tal destino… Hasta Benkai se ofreció a casarse con la sobrina del khagan en su lugar.

—Pero como futuro alto comandante, Benkai es demasiado importante como para abandonar Kiata —murmuré, entendiendo el razonamiento de Reiji. Y si Padre enviase a alguno de mis hermanos menores, el khagan se sentiría insultado sin medida.

Tenía que ser Reiji, el tercero en la fila.

—El país se encuentra en un estado frágil, Shiori —dijo Padre—, y las relaciones entre los señores de la guerra son, en el mejor de los casos, tensas. El matrimonio de Reiji con la hija del khagan cimentará una alianza muy necesaria con A'landi, y la unión de Andahai con Lady Qinnia ha traído un gran apoyo del Sur. Ahora que has regresado… también hay que discutir tu propio compromiso.

Mi corazón dio un brinco.

—¿Mi propio compromiso?

—Sí, tus hermanos insinuaron que puedes ver a tu pretendiente más favorablemente que antes —Padre se acarició la barba—. Si eso es cierto, sería una buena noticia —La forma en que mi cara se sonrojó fue suficiente respuesta—. Lo discutiremos más esta noche —dijo—. La cena será en mis aposentos, para celebrar tu regreso y el matrimonio de Reiji.

Una última cena familiar, o algo así, antes de que Reiji tuviera que irse.

—Sí, Padre.

Una sonrisa jugó en sus labios.

—Me sorprende que no preguntes por él. Ha estado esperando verte, es posible que incluso con más entusiasmo que yo.

¿Takkan? Contuve la respiración.

—Creí que se habría ido a casa. No pensé que todavía estuviera aquí…

—Lord Bushian regresó a Iro hace algunos meses —dijo Padre.

Mi espíritu se hundió.

—Ya veo.

La sonrisa del emperador se amplió solo un poco.

—Pero… su hijo se ha quedado.

Ahora mis ojos volaron hacia arriba. De pronto, mi mundo estaba flotando, y fue una lucha tratar de parecer tranquila.

—¿Dónde está?

—No fue invitado a la ceremonia. A esta hora del día, imagino que estará sentado en una reunión del consejo. Se ha mostrado bastante interesado en…

Eso era todo lo que necesitaba saber.

—¡Gracias, Padre! —exclamé—. Te veré pronto.

Yo ya estaba corriendo.

Capítulo Dieciocho

Únicamente por Takkan me aventuraría al Nido de Avispones, mi nada cariñoso apodo para el lugar donde el concejo de Padre se reunía. Pero fui bien recompensada por mi sacrificio.

Ahí se encontraba, sentado en la primera fila de la asamblea, su columna tan recta como la pila de libros frente a él. Al verlo, dejé escapar una pequeña risa. De todos los lugares a donde ir en esta gloriosa tarde veraniega, Takkan estaría *adentro*, escuchando una tediosa reunión del concejo. Cualquier otro hombre joven de su edad estaría pavoneándose por Gindara o ganándose favores con otros nobles a través de juegos de cartas.

No Takkan. A este momento él probablemente habrá leído cada pergamino en los archivos. Y reconocido todos los ministros por su nombre, y a sus hijos también.

El Ministro Jefe Hawar estaba hablando monótonamente, y Takkan realmente estaba prestando atención. No nos veía a Kiki y a mi viéndolo a través de la ventana enrejada.

Mi corazón dio un vuelco nervioso.

—Parece que no ha escuchado que he vuelto.

—*¿Qué?* —dijo Kiki—. *¿Estás nerviosa de que te haya olvidado?* —Si pudiera voltear sus ojos entintados, lo hubiera hecho—. *Han sido seis meses, no seis décadas. Apresúrate y entra antes de que arruines la sorpresa. Quiero ver al Chico Rábano cayéndose de su asiento cuando te vea.*

Eso me hizo sonreír. Antes de que perdiera el impulso, irrumpí pasando los guardias y dentro del Nido de Avispones.

Debería haberme impresionado con qué vivacidad los ministros ancianos se lanzaron a sus pies, pero no podría importarme menos. Apenas escuché sus gritos de “¡Shiori’anma, ha vuelto” o “Shiori’anma, ¿qué significa esta intrusión?”

Tenía ojos solo para Takkan. Kiki tenía razón; al verme, casi derriba su banco de palisandro. Se apresuró a ponerse de pie y unirse a los ministros en una reverencia uniforme.

—Tú no —le dije, levantándolo por el brazo.

Consideré a los oficiales de mi padre, ignorando sus ceños

fruncidos y mandíbulas abiertas.

—Tomaré prestado a Bushi'an Takkan por el resto de esta tarde —declaré—. Continúen sin él.

Sólo el Ministro Jefe se atrevió a demostrar su desaprobación. Sentí una punzada de irritación cuando elevó su nariz de hongo y cloqueo a mi dirección.

Tomé a Takkan de la mano, sacándolo de la cámara.

—¡Corre! —le susurré una vez estuvimos fuera de la puerta.

Corrimos a través de los jardines imperiales, las libélulas zumbaban. Los milanos cantaban y el abrumador perfume de lirios y crisantemos inundaba mis fosas nasales. Pero no disminuí la velocidad hasta que estuvimos lejos de miradas indiscretas.

Después de que pasamos el primer puente peatonal, Takkan preguntó, con mucha razón.

—¿Por qué estamos corriendo?

—Porque podemos —respondí entre respiraciones—. Porque he estado a mil brazas[2] bajo el mar durante la última semana. Porque mi Padre me dijo que actuara como si nada hubiera sucedido, y esta es la primer cosa que la antigua Shiori habría hecho.

—Ya veo —replicó. Luego me guiñó—. ¡Te reto!

Aceleró por delante, y yo corrí también, gritando tras él:

—¡Ni siquiera sabes a donde nos dirigimos!

—Tengo una idea.

No se detuvo, y maldición, iba en la dirección correcta.

Rápido como era, solo había tenido seis meses para explorar los vastos jardines del palacio. Yo había tenido diecisiete años. Me desvíe del camino de guijarros, corriendo a través de arbustos a lo largo de una parcela de piedras calizas planas, y pasando por la galería del reflejo. Gracias a mi atajo, llegué al Pabellón Nube, un retiro escondido ubicado entre dos árboles de begonia, tres segundos antes que Takkan.

Fruncí mis labios, disfrutando la mirada atónita en su rostro cuando se dio cuenta que lo había vencido. Se inclinó, en parte para reconocer mi victoria y en parte para estirarse hacia adelante y recuperar el aliento.

—Toda esa holgazanería con los ministros lo tiene fuera de forma, joven Señor Bushi'an —bromeé—. ¿Qué ha pasado con las

carreras a las que ibas todas las mañanas en Iro?

Una sonrisa se extendió sobre el rostro de Takkan, y sabía que no me estaba imaginando la niebla que de repente tocaba sus ojos.

—Sólo me encuentro sin aliento por verte de nuevo, Shiori.

Shiori. La manera en que dijo mi nombre no había cambiado, como las primeras notas de una canción que amaba cantar. De pronto estaba agradecida de haberme bañado y cambiado.

Un rubor se deslizó por mis mejillas.

—Los ministros ciertamente no te enseñaron a hablar de esa manera —dije rápidamente—. Suenas como si estuvieras recitando uno de esos tontos poemas de amor que mis tutores solían hacerme leer. Deberías saber que siempre me hacen reír. Nadie es *tan* romántico.

Takkan continuaba sonriendo:

—Entonces ríete —dijo con seriedad—. He extrañado el sonido de tu voz.

He extrañado el sonido de tu voz. Solo Takkan podía hacer que algo tan ridículo pareciera un hecho. Apenas podía conjurar una respiración, mucho menos una risa, y antes de que pudiera detenerme, me lancé a sus brazos y dije:

—Yo he extrañado *todo* de ti.

Me abrazó fuerte, y permití que el latido de su corazón ahogara el ruido del verano. Incluso en esta veranda aislada, las cigarras cantaban estridentemente, y Kiki, quien hacía mucho se había alejado revoloteando, estaba intercambiando cantos roncos con los demás pájaros. No había otro lugar en el mundo donde preferiría estar.

—¿Cómo conoces este lugar?

—Hasho dijo que solías esconderte aquí cuando te saltabas las lecciones.

Hice una mueca.

—Traidor.

Takkan se rio.

—Dijo que era tu pabellón favorito. Se ha vuelto el mío también.

Tal vez no era tan traidor, mi hermano más joven. Me gustaba la idea de Takkan pasando sus mañanas aquí, leyendo bajo los árboles o pintando o solo pensando… en mí.

—¿Cuándo volviste? —preguntó.

—Al amanecer. Pero solo he estado en el palacio por unas pocas horas. ¿No llegó la noticia al Nido de Avispones?

Takkan levantó una ceja al escuchar el nombre, pero no lo cuestionó.

—Hemos estado en reuniones todo el día.

—Entonces deberías agradecerme por salvarte —dije descaradamente—. ¿No prefieres estar aquí conmigo que con todos esos viejos y malhumorados ministros?

—Yo *soy* malhumorado, *y* más viejo que tú.

—Sólo por un año —Sonreí por la cara que puso—. ¿Aun extrañas el sonido de mi voz?

Takkan trazó el hoyuelo que había aparecido en mi mejilla izquierda.

—Siempre.

Así de fácil, mi rostro entero se calentó. Me volví muy consciente de lo cerca que estábamos, lado a lado, nuestros codos rozándose, y cuan impulsiva había sido al conducirlo solo a los jardines. No había planeado que esto fuera una cita, pero nadie más sabría eso.

El chisme sería escandaloso si nos descubrían. No era como que me importara.

Por un invierno completo había vivido en el hogar de Takkan, el Castillo Bushian. Gracias a la maldición de Raikama, mi rostro había permanecido escondido bajo un cuenco de madera encantado y no había sido capaz de hablar. Pero incluso entonces, Takkan y yo habíamos llegado a preocuparnos el uno por el otro.

Me había tomado demasiado tiempo darme cuenta de que lo amaba, y podía contar con una sola mano el número de veces que habíamos estado tan cerca y solos. Ni siquiera nos habíamos besado antes.

Deseaba tener el coraje para darle ese beso. El solo acercar mi mano para tocar las puntas de su cabello hacía latir desenfrenadamente mi corazón. Pero no me alejé. Más que unos cuantos mechones negros se encontraban fuera de lugar, gracias a nuestra carrera, y mientras los colocaba detrás de su oreja, le permití a mis dedos permanecer ahí.

Él había ganado un poco de color por los abrasadores veranos de

Gindara, y en mi cabeza, tracé el contorno de su rostro, la recta e inclinada nariz, la mandíbula cónica y un pequeño hoyuelo en su barbilla, los ojos más honestos que conocía.

Dioses, lo había extrañado.

—¿En qué piensas? —preguntó.

En besarte, pensé con mortificante claridad, pero por una vez mi mente se apresuró a controlar mis labios de producir las palabras en voz alta.

—Estar en la corte no te ha cambiado —dije en su lugar, bromeando—. No has renunciado a las telas de Iro por los brocados de Gindara. Es incluso ese tono apagado de azul que usabas todos los días en casa.

—Te vez… te vez igual, también. En su mayoría.

—¿En su mayoría? —Pretendí sonar herida—. Mi cabello no se ha vuelto verde y mis ojos no son rojos.

—Tus ojos son los mismos —concedió—. Llenos de travesura y risa. Pero esto —Las yemas de sus dedos rozaron el mechón blanco plateado en mi cabello—, esto es nuevo.

A su roce, mi corazón se aceleró y se detuvo al mismo tiempo. Era tentador dejarse llevar por el momento, hacer algún comentario tímido y plantarle un beso en la mejilla e ignorar las preguntas en sus ojos. Pero no podía mentirle a Takkan. No quería.

—Es por usar la perla —confesé—. Me… Me encontré en problemas con los dragones.

—¿Con tu amigo el príncipe dragón? —Takkan arqueó una ceja.

—No, no con Seryu —dudé, la aventura completa todavía tan fresca en mi mente que podía saborear el agua de mar en mis labios—. Resulta que el Rey Dragón quería la perla para sí mismo —expliqué—. Fue desastroso, pero Seryu me ayudó a salir de Ai'long.

—Entonces todavía tienes la perla.

Astuto como siempre, Takkan. Pensé.

—Sí, la tengo —respondí—, y tendré que irme pronto de nuevo, para cumplir mi promesa.

—Entonces iré contigo. No permitiré que te enfrentes con más dragones sola.

—No estaba sola. Tenía a…

—Seryu —Takkan se encogió—. Lo sé.

Ladeé la cabeza. Esa no era una reacción que hubiera visto antes de Takkan.

—Tenía a Kiki también —Insistí—. No me digas que estabas celoso de Seryu.

Takkan se movió con inquietud y no pude evitarlo, el diablillo en mí disfrutaba ver lo incómodo que se veía.

—¡*Estabas* celoso!

—Él es un príncipe dragón —admitió Takkan con una exhalación—. Un príncipe dragón que te llevó a su reino bajo el agua. Y que claramente estaba apegado a ti.

—¿Apegado? —repetí—. ¿Cómo lo sabrías si ni siquiera hablaste con él?

—Lo habría hecho si hubiera tenido la oportunidad —El tono de Takkan era calmado, lo que me hizo ocultar una sonrisa—. Cualquiera podía ver que se preocupaba por ti. Tus hermanos ciertamente lo hicieron.

Oh, podía verlo. Reiji y Yotan aprovechándose del pobre Takkan, dándole ideas de que me quedaría en Ai'long para siempre y me convertiría en una princesa dragón. Mis hermanos podían ser demonios en ese sentido, como yo. Requirió mucho esfuerzo contener mi sonrisa mientras Takkan continuaba:

—En un sentido, me tranquilizaba saber que él estaría contigo cuando yo no podía.

—¿Pero?

—Pero la idea de que te podrías quedar en Ai'long me mantuvo despierto por más noches de las que me gustaría admitir —respondió Takkan—. Dicen que las aguas de Ai'long tienen una manera de entorpecer la mente, inclusive borrar el pasado. Me preocupaba que pudieras haberte olvidado de mí.

Pensé en el elixir que casi había bebido.

—Resulta que todas las leyendas tienen una chispa de verdad —dije suavemente—. Pero estoy de vuelta ahora, y no me olvidé de ti. Aunque mayormente es porque adoro mucho a tu hermana.

La tensión en los hombros de Takkan se disipó y se rio.

—Le escribiré a Megari avisándole que estás de vuelta. Sigue acosándome sobre ti en sus cartas.

—Espero que no se encuentre molesta de que sigas aquí. Pensé que irías a casa a Iro con tu padre.

—Quería estar aquí cuando volvieras —dijo Takkan—. Esperé en la playa cada mañana, pero hoy de todos los días, el Concejo quería reunirse para discutir… —Él se detuvo.

—Discutir, ¿qué?

El brillo en su rostro se nubló, y sospechaba que conocía la respuesta.

Demonios. Magia. Yo.

—Debería volver —dijo—. El Nido de Avispones estará zumbando y no quiero perderme nada importante.

—¿Qué están diciendo sobre mí? —pregunté. Mi padre había tratado de protegerme, pero confiaba en Takkan para decirme la verdad.

Él dudó.

—Los ministros han estado cautelosos desde que desapareciste para ir a Ai'long. Tus hermanos y yo tratamos de inventar excusas, pero cuando el rumor de que eras una hechicera se esparció, y la Sangre Sucia, ya había muy poco que pudiéramos hacer.

Me incliné contra la veranda, la mitad de mi rostro en la sombra y la otra mitad en el sol.

—Ellos me odian. No lo demuestran en mi rostro por mi Padre.

—Shiori…

No le di oportunidad.

—Cuando estaba en Ai'long, me concedieron un vistazo de casa —Mi garganta se cerró—. Vi los bosques ardiendo… Vi a Bandur saliendo de las montañas —Cuando dije el nombre del demonio, un tentáculo helado se arrastró sobre mi corazón—. Era libre.

—Ahora lo sabes. Tu padre no quería que lo hicieras.

—Cuéntamelo todo.

Takkan inhaló.

—Gindara durmió por semanas incluso después de que te fuiste —dijo al fin—. Pero cuando llegó la primavera y todos despertaron, estaba claro que la magia había retornado a Kiata. La gente entró en pánico y algunos de los aldeanos comenzaron a informar que los árboles en el bosque estaban muriendo. Escuchaban lamentos y risas

en lo profundo de su interior durante la noche. Tus hermanos y yo fuimos a investigar y encontramos un desgarro a lo largo de la parte frontal del pico central.

El mismo desgarro que Raikama había hecho para liberarme de las garras de Bandur. No habría escapado de las montañas sin ella.

—Lo llamamos la brecha —dijo Takkan—. Brilla todo el día y la noche. Pero hasta donde tenemos conocimiento, solo Bandur tiene la habilidad de pasar por él. Los otros demonios permanecen dentro.

La magia que hice en las montañas no durará para siempre, me advirtió Raikama.

Si sólo hubiera escuchado. Usar la perla le había costado la vida, y ¿para qué? Medio año más tarde, Bandur ya había encontrado una manera de salir.

Desearía que ella estuviera aquí. Ella hubiera sabido que hacer.

—Ha sido visto merodeando las aldeas que bordean las Montañas Sagradas —dijo Takkan—. Ha habido reportes de ataques a los habitantes, pero parece debilitado, y no puede permanecer fuera de las montañas por mucho. Hasta el momento no hay indicios de él en Gindara.

—Eso cambiará ahora que estoy de vuelta —dije entre dientes—. Ha estado esperando por mí.

No dije nada más, pero Takkan podía leer la guerra de emociones en mi rostro: *No debí haber regresado. Debí haberme quedado en Ai'long.*

—En lo que sea que estés pensando, no —dijo en voz baja—. Esta es tu casa. Aquí es donde perteneces.

Esas eran palabras a las que me había aferrado durante los largos meses que había estado bajo la maldición de Raikama, sola sin una voz y sin un hogar, y durante mi estadía en Ai'long, deseando ver a mi familia de nuevo. Quería creerle desesperadamente, pero en el fondo lo sabía: hasta que la magia tuviera un lugar en Kiata, yo nunca lo tendría.

No servía de nada deprimirse. Lo hecho, hecho estaba. Había vuelto y necesitaría enfrentar las consecuencias. *Primero lo primero, tenemos que mandar a Bandur de vuelta a las montañas,* pensé. *Entre más pronto, mejor.*

—¿Podrías llevarme ahí? —le pregunté a Takkan—. Quiero ver la brecha por mí misma.

—¿Cuándo?

—Hoy no —dije, pensando—. Pronto anochecerá y me esperan en la cena con mi padre. Iré mañana —dudé—. ¿Nos acompañarás, cierto? En la cena, me refiero.

Takkan parpadeó.

—Nunca me han invitado.

Desde luego no lo habían hecho. Cenar con el emperador era un gran honor, y la última interacción que recordaba entre Padre y Takkan me involucraba a mí saltando de una ventana para escapar de nuestro compromiso.

—Lo estás ahora —dije—. Ven a comer con nosotros. Reiji partirá hacia A'landi al terminar la semana, así que tendremos poco tiempo para comer en familia.

Me sonrojé, dándome cuenta de que accidentalmente lo había llamado familia.

Incluso si no lo hubiera hecho, era una invitación cargada con significado. Todos asumirían que retomaríamos nuestro compromiso.

Takkan debió haber notado el momento en que me di cuenta. Comenzó a hablar, soltando cortésmente un revoltijo de tonterías sobre cómo no necesitaba invitarlo, pero lo interrumpí con un gesto.

Hablé sobre él, firmemente.

—Te veo en la cena.

Capítulo Diecinueve

Había subestimado lo encantada que estaría mi familia de ver a Takkan en la cena. Desde el momento en que fue anunciado en la puerta del emperador, mis hermanos comenzaron a sonreír de oreja a oreja.

Estaba claro que Takkan había llegado a conocer a mi familia mientras yo estaba en Ai'long. Cuando Padre no estaba viendo, Reiji lo saludó con una palmada en la espalda, y Yotan colocó una copa de madera llena de vino de arroz en su palma.

—Bebe —dijo Yotan—. Aunque no tan rápido. No te querríamos tambaleando borracho en tu primera cena *familiar*, ¿verdad?

Takkan se ahogó con su respiración, y yo levanté mi manga para esconder una risa. Podía contar con Yotan para aligerar el ambiente.

Vas a estar bien, articulé a Takkan. Necesité todo mi autocontrol para no tomar su mano y apretarla.

Él estaba vistiendo de azul, el color de su familia y el color que más amaba en él. Una simple chaqueta de lino abrazaba sus anchos hombros, y yo no sabía cómo, pero el cinturón de cordón negro alrededor de su cintura lo hacía ver rudo y erudito al mismo tiempo. El "conjunto rústico", como Yotan lo hubiera descrito, confirmaba que Takkan no pasaba tiempo observando la moda de la corte. Cualquier otro lord se habría ataviado con seda, jade y oro para la cena con el emperador, pero dudaba que se le hubiera ocurrido a Takkan. Probablemente estaba más preocupado por las manchas de tinta que cubrían las yemas de sus dedos. Siempre estaban presentes, incluso cuando lo conocí en Iro, aunque más tenues de lo que jamás las había visto esta noche. Me preguntaba cuánto tiempo las había fregado antes de la cena.

—Bienvenido, Takkan —dijo Padre, dirigiéndose al joven lord arrodillado.

—Gracias, Su Majestad.

—Por la primera vez que puedo recordar, Shiori no llega tarde. Confío en que tengo que agradecerte a ti por eso.

—Es correcto, Padre —respondí por Takkan. Esperaba que mi respuesta descarada escondiera lo nerviosa que estaba—. Y también debes de agradecer a los chefs. Escuché que estarían sirviendo huevos

al vapor y pato.

De hecho, lo hicieron.

Después de mi viaje a Ai'long, hubiera estado satisfecha con un simple plato de arroz y sopa. Pero llegó una asombrosa variedad de platos: tofu que se derretía en la lengua como seda líquida, huevos al vapor tan fragantes y amarillos como flores de loto en verano, y pato asado que estaba tierno y crujiente, con una salsa sabrosa que rocié sobre mi arroz.

Si tan solo pudiera disfrutar la cena sin todos molestándome sobre la presencia de Takkan. Incluso Wandei, quien usualmente se enfocaba en sus propios asuntos, movía sus cejas en mi dirección en cada oportunidad que conseguía.

A regañadientes, bajé mi tazón y me aclaré la garganta.

—Padre me preguntó esta mañana si me gustaría tener una ceremonia de compromiso de nuevo con Bushi'an Takkan —Mi voz tembló—. Me gustaría, mucho… Antes de que Reiji tenga que partir a A'landi —Observé a Takkan—. Pero entiendo si él desease esperar, dado que su familia está en Iro.

Una sonrisa se posó en los labios de Takkan.

—Contigo, Shiori, he aprendido que es mejor no esperar.

Mis hermanos escondieron sus risas detrás de copas alzadas, pero por una vez no los miré mal. Yo también sonreí.

—Está decidido, entonces —dijo Padre—. Ya le he pedido al Sumo Sacerdote Voan que seleccione una fecha. El nueve de este mes parece el más auspicioso.

¡Eso estaba a solo tres días! Me acomodé en mi asiento, la sonrisa en mi rostro rápidamente perdió brillo. Debería estar feliz. Quería estarlo.

Pero continuaba viendo al espacio vacío al lado de Padre, donde Raikama se hubiese sentado, y mi promesa incumplida me carcomía. Takkan sabía que aun tenía la perla, pero no le había dicho a él, o a nadie, que tendría que partir hacia Lapzur.

—Por Lord Bushi'an y Shiori —estaba diciendo Andahai, alzando su copa—. Que sus hilos se anuden desde esta vida hacia la siguiente. Les deseo toda felicidad.

Reiji secundó el brindis.

—Y qué alivio que la atención no esté puesta en mí —agregó—. Toda la semana hemos estado celebrando mi matrimonio con una

princesa de papel.

—Sí, y esperando por tu bien que sea tan hermosa como se ve en la pintura —bromeó Hasho.

Reiji resopló; sin embargo, se bebió su copa en un trago.

Llevé la copa de vino a mis labios y bebí despacio. Nunca había amado el vino de arroz y este estaba particularmente amargo, como masticar un puñado simple de hojas de té.

Luego comenzó a arder.

Escupí mi vino en la copa, pero el veneno trabajaba más rápido. Un dolor atroz me atravesó el pecho y comencé a ahogarme, la sangre escapaba de mi cara. La copa de vino se resbaló de mi mano y repiqueteó contra el suelo de baldosas.

La siguiente cosa que supe era que estaba en el suelo, mi mejilla presionada contra la baldosa fría.

El mundo se tambaleó mientras unos pasos se apresuraban hacia mí. Mis hermanos, los seis de ellos, se encontraban a mi lado, sus rostros mezclándose en uno.

—¡Veneno! —estaba gritando Hasho.

—¡Alguien traiga ayuda!

Sus gritos se desvanecieron en el fondo, y todo lo que pude ver fue a Qinnia, tratando de aflojarme el cuello para poder respirar. Humo negro se arremolinaba en mis ojos, y mientras el aliento abandonaba mis pulmones, una sombra la cubrió. Su piel se volvió ceniza, sus pupilas rojo-sangre.

—Bienvenida de vuelta, Shiori —habló Bandur a través de los labios rosados de Qinnia—. No te has olvidado de mí, ¿cierto?

—¿Cómo… cómo te encuentras aquí? —Me ahogué—. ¿En… en Qinnia?

—¿No lo recuerdas? —Qinnia recogió un puñado de dátiles rojos. El movimiento fue lánguido, y mi corazón dio un vuelco cuando ella los aplastó con su puño.

Jugo se deslizó por sus dedos como sangre, en arroyos serpenteantes.

—Tu sangre me liberó. No estoy encadenado a las montañas, como otros lo están. He estado aquí. Observándote.

Mis ojos se abrieron con terror.

El rostro de Qinnia se deformó en una horrible sonrisa burlona.

—¿Por qué tan molesta? Deberías agradecerme por mi ayuda mientras estabas lejos. Nueve sacerdotisas de las Montañas Sagradas se comprometieron con el Señor Sharima'en, gracias a mí. Tres caminaron hacia el fuego, dos hacia el mar, y las otras cuatro… Bueno, sintieron la urgencia de probar la punta de una daga —Lamió sus labios—. No podía permitir que te quemaran hasta las cenizas. Tu sangre es demasiado preciosa para eso.

—Sal de Qinnia —susurré—. Déjala en paz.

—¿Su rostro te molesta? —Bandur pretendió hacer pucheros—. ¿A quién prefieres que habite? Podría ser cualquiera que conoces. Uno de tus sirvientes, tu padre. Incluso tu amado Takkan.

Ya era suficiente. Me lancé hacia Qinnia, apuntando a sus ojos.

Gracias a los grandes dioses, ella gritó. Andahai la empujó lejos de mí en un instante antes de que la pudiera apuñalar.

Sombras apagaron las luces de las linternas, y la risa de Bandur rebotó de las paredes.

—*Guarda tu energía, Shiori. ¿Pretendes asesinar a la esposa del príncipe heredero? Es ella quien morirá, no yo.*

Con horror, retrocedí tambaleándome y mi mundo se inclinó. Estaba en el suelo. Hasho trataba de forzar algo en mi boca. Mordí mi labio, negándome a beber. No confiaba en nadie, ni siquiera él.

—*Deja de resistirte* —dijo Bandur—. *Tu hermano está tratando de salvarte.*

Su consejo solo me hizo morder con más fuerza.

—*¿Crees que yo te envenené?* —Él rio—. *Solo un tonto te mataría mientras estás unida a la perla del Espectro. Aunque debo decirte que estoy aliviado de que la hayas conservado del Rey Dragón* —La sombra de Bandur voló sobre mí, soplando el mechón blanco de mi cabello mientras ronroneaba—. *Estaba preocupado de no tener mi oportunidad con ella.*

—*Nunca* —dije entre dientes.

—*Nazayun fracasó porque no te brindó los incentivos… correctos* —La voz de Bandur encontró mi oído—. *No cometeré ese error. La paciencia es la virtud de un demonio, no la de un dragón.*

Uno de mis hermanos estaba pellizcando mi nariz, y mientras me resistía, un líquido cálido goteó por mi garganta. Casi al instante, la amargura en mi boca se disolvió.

—Sí, eso es… Respira —Bandur inhaló, burlándose de mis jadeos —. *Así, así.*

El mundo comenzó a aclararse, y mis hermanos y Takkan se cernían preocupados sobre mí. Qinnia se había retirado a la pared del fondo.

Espirales de humo salían de sus ojos, humo que al parecer sólo yo podía ver.

Mientras se evaporaba a la distancia, todavía podía escuchar a Bandur.

—Disfruta tu tiempo en casa, Shiori. No dejes que nadie te mate antes de que yo lo haga.

En un soplo, se esfumó, y Qinnia dejó escapar un violento estremecimiento antes de colapsar en su silla.

—Estoy bien —dijo ella cuando Andahai se apresuró a su lado. Sus ojos estaban nublados y por la manera vidriosa en que sonrió, dudaba que supiera lo que había pasado—. Estoy bien —repitió—. Ayuda a Shiori.

Takkan presionó sus dedos sobre mi pulso, y me sentó sobre mi silla.

—Eso es, Shiori. Respira. Lentamente.

Mientras inhalaba, Hasho presionó una botella pequeña en mi mano.

—Es de Raikama —me dijo—. Bebe más si todavía te sientes mal.

¿Raikama?

—La dejó para nosotros —explicó mi hermano, notando que me reconfortaba escuchar de ella—. Es un antídoto para la mayoría de los venenos. Debió haber esperado que lo necesitáramos.

Finalmente dejé de morder mi labio. Incluso en la muerte, mi madrastra me había salvado.

Levantándome, tomé la manga de Hasho.

—Estaba aquí —susurré roncamente—. Bandur…

Mi hermano y Takkan intercambiaron miradas.

—¿Estás segura? —preguntó Hasho.

—No tengo ninguna duda. Él… estaba en Qinnia —Miré en su dirección—. ¿Ella está bien?

La princesa heredera se veía tan confundida como yo de agitada. Ella dejó caer los dátiles de sus manos, temblando visiblemente mientras limpiaba las manchas en sus dedos en un paño. No me miraba, lo cual era comprensible. Al menos sus ojos estaban claros.

Bandur se había ido. Por ahora.

—¿Estás herida? —preguntó Andahai a su esposa. Su voz estaba tensa. No había escuchado lo que le había dicho a Takkan y Hasho, y tenía que estar molesto.

Cuando Qinnia asintió dócilmente, algunos de los sirvientes fruncieron el ceño. Podía imaginar lo que estaban pensando. Que yo estaba celosa de la nueva princesa, que durante mi ausencia me había vuelto loca. Que yo *era* realmente una hechicera peligrosa.

Mi boca se resecó. Quería explicarlo todo, pero ahora no era el momento.

—Me gustaría excusarme —le dije a Padre en mi voz más suave y quieta—. ¿Puede Takkan acompañarme a mi habitación?

Usualmente ese era el rol de Hasho, o incluso Benkai, pero mi padre observó a Takkan, luego asintió.

—Ve. Y no abandones tu habitación hasta que te llame.

Antes de irme, intercambié una mirada con Hasho, sabiendo que podía confiar en él para liderar la investigación. Él les explicaría a mis hermanos, especialmente a Andahai, lo que había ocurrido.

—¿Qué viste? —preguntó Takkan suavemente una vez estuvimos solos en el pasillo.

—Bandur —Me estremecí, todavía aterrada—. Me habló, por medio de Qinnia.

—¿Qué dijo?

—Estaba de humor para hablar. Se jactó de que podía tomar el cuerpo de cualquiera si lo deseaba. Dijo que no fue él quien me envenenó, pero que mató nueve sacerdotisas de las Montañas Sagradas.

Takkan se detuvo en su andar.

—Tal vez no deberíamos ir a la brecha mañana.

—¿No deberíamos? —exclamé—. Bandur sabe que estoy de regreso. No tiene sentido esconderse.

—Shiori, trató de matarte.

—No fue él.

—¿Cómo lo sabes?

Él me lo dijo, casi dije antes de darme cuenta de lo ridículo que sonaba.

—Tiene que haber un ritual, para romper mi vínculo con la perla.

—Te quiere en las Montañas Sagradas. Sólo estarías cayendo en sus manos.

—Necesito ver la brecha —insistí—. Puedo encontrar una manera de sellarlo de nuevo adentro.

Takkan no se opuso, aunque podía notar que no lo había convencido.

—Vamos a discutir esto mañana. Necesitas descansar —Dio un paso atrás—. Montaré guardia afuera.

—No eres mi guardaespaldas.

—No lo soy —concedió—. Pero soy tu prometido. Oficialmente de nuevo, a partir de esta noche, lo que significa que no puedes echarme —Se acomodó en un rincón—. Ve a dormir.

Todavía me encontraba de pie en mi puerta.

—Eres imposible, Bushi'an Takkan —murmuré lo suficientemente fuerte para que él lo escuchara—. Me gustabas más cuando tenía el cuenco en la cabeza y tú no tenías idea de quién era.

Era una mentira, y ambos lo sabíamos.

Hizo una reverencia, completamente imperturbable.

—Te veré mañana, Shiori.

De alguna manera, en medio del peligro que nos esperaba, esas fueron las palabras más dulces que había escuchado en meses.

Capítulo Veinte

Era apenas pasado el amanecer, y Hasho todavía estaba roncando cuando entré en su habitación. Mis hermanos y yo habíamos compartido habitaciones conectadas desde que nací, y no era la primera vez que les robaba la ropa para escabullirme del palacio sin previo aviso. La ropa de Hasho, normalmente, ya que su habitación estaba junto a la mía. Suertudo.

Ya me había puesto mi túnica más sencilla, pero necesitaba un sombrero para ocultar mi cabello y cara. Hasho tenía muchos y escogí uno azul que hacía juego con la túnica de algodón a rayas que vestía. En el último momento, tomé dos dagas de su estante de armas y las até a mi cinturón.

Takkan ya estaba despierto y esperando por mí. Realmente *había* pasado la noche fuera de mi puerta.

—¿Dónde están los guardias? —le pregunté en lugar de un saludo. Al menos dos se encontraban estacionados fuera de cada una de las habitaciones de mis hermanos.

—Despedidos. Tus doncellas también. Tu padre no está confiando en nadie para que te atienda hasta que el asesino sea encontrado —Takkan pausó, reconociendo mi disfraz con el más leve levantamiento de una ceja—. Supongo que no has cambiado de opinión sobre las Montañas Sagradas.

—¿Parezco como que he cambiado de opinión? —Jugueteaba con el sombrero de Hasho, metiendo un mechón suelto de cabello plateado. Luego palmeé mi morral. Dentro se encontraban la perla y el espejo de la verdad—. Vamos.

Takkan se hizo a un lado, bloqueando mi camino.

—Tu padre te ha prohibido abandonar tu habitación.

—Si él quería que lo escuchara, no debería haberme mentido sobre los demonios.

—Tus hermanos también me pidieron que me asegurara de que te quedaras.

—Entonces ellos deberían ser los que cuiden mi habitación, no tú. No necesito de sus permisos para salir, o el tuyo.

Pasé esquivándolo y la mandíbula de Takkan se tensó, una clara

señal de que no aprobaba lo que estaba haciendo. Kiki tampoco, aunque ella era mucho más verbal en su disgusto,

—*¿Tienes la cabeza llena de agua de mar, Shiori? Alguien trató de asesinarte anoche. Deberías quedarte en casa, donde es seguro.*

—¿Seguro? —le repetí—. Bandur estuvo en el palacio. Poseyó a Qinnia… —Apreté mis puños—. No volví de Ai'long para no hacer nada. Voy a encontrarlo.

—*Pero…*

—Quien fuera quien trató de asesinarme está en el palacio. No van a dejar de intentarlo solo porque estoy encerrada en mi habitación. Estaré más segura afuera.

Mi pájaro de papel tiró del cabello de Takkan, un pedido por su apoyo.

Antes de que él pudiera hablar, le advertí:

—No vas a hacerme cambiar de opinión. Puedes venir también o puedo ir yo sola.

No se movería. ¡Por las hebras de Emuri'en! Había olvidado lo testarudo que podía ser Takkan.

—Shiori, por favor quédate en tu habitación.

—Apártate —le ordené con altivez. Llevé mi mano hacia su frente—. Seryu me enseñó un hechizo para dormir, y no tengo miedo de usarlo en ti.

Un músculo en la barbilla de Takkan se tensó e intentó de nuevo, gentilmente.

—Piensa en lo que sucedió anoche…

—*Estoy* pensando en anoche. Hay un demonio suelto y soy la única que lo puede detener.

Metí a Kiki en mi sombrero antes de que también se quejara.

—Ahora, puedes venir conmigo como mi guardaespaldas o puedes tomar una siesta y recibirme cuando regrese.

—Las puertas estarán cerradas…

Las puertas eran la menor de mis preocupaciones.

—Conozco un atajo.

…

Aunque Takkan no dijo nada, podía sentir su confusión cuando

en lugar de dirigirme hacia las puertas principales, lo llevé a lo más profundo del palacio. Evitamos los corredores y caminos más transcurridos, acortando a través de la huerta de cítricos y los jardines rocosos hacia el lugar que una vez había amado y odiado.

—Los apartamentos del Portal de la Luna —murmuré, deslizando las puertas de madera.

La residencia de Raikama siempre había sido tranquila, pero me desconcertaba no ver guardias estacionados en cada esquina o sirvientes pululando por las habitaciones. En el interior, ramos de crisantemos e incienso rancio inundaron mis fosas nasales, los olores de oración y luto.

Las puertas hacia su sala de audiencias se encontraban completamente abiertas, algo que nunca hubiera pasado cuando Raikama estaba viva. Ella no aceptaba muchos visitantes.

Di un paso tentativo hacia adentro.

—Cuando era pequeña, solíamos perseguirnos por esta habitación —dije, señalando las paredes doradas—. Después, cuando estábamos mareadas, nos dábamos un festín con pasteles y duraznos y pretendíamos que vivíamos en la luna —Extrañaba tanto esos momentos que me dolía respirar—. Un día, me colé en su jardín y rompí su confianza. La última vez que vine aquí, pensé que Padre me había llamado para disculparme con ella, pero en cambio fue para hacer un anuncio de mi compromiso, contigo.

Para su crédito, Takkan no se inmutó. Por otra parte, él sabía cuánto no había querido casarme con él.

—Imagino que no te lo tomaste bien —dijo.

—Hubiera preferido una sentencia de muerte —respondí secamente—. Lloré tan desconsoladamente que Padre casi anulaba nuestro compromiso justo ahí, pero Raikama no lo permitiría.

Incluso después de todos estos años, el recuerdo era vívido.

Me había tirado al suelo, prácticamente besando la madera mientras hacia una reverencia. Esperaba que la escena provocara simpatía en Padre, pero estaba equivocada.

—¿Has terminado de hacer tu espectáculo? —preguntó.

Tenía solo nueve años, pero estaba lo suficiente familiarizada con la ira del emperador para saber que era mucho más serio cuando no sonaba enojado. Su voz era tranquila, solo una leve nota de disgusto pintaba sus palabras.

El comportamiento de Raikama solo contribuía a mi agitación. No se había movido para nada. No había dicho nada.

—Madrastra —Le rogué, tirándome a su dirección—. Por favor, no me envíe lejos porque la he ofendido —Presioné mi frente al suelo, todo mi orgullo disuelto—. Seré buena, lo prometo.

Raikama levantó su abanico, bordado con serpientes y orquídeas blancas. Lo abrió con un chasquido que acentuó sus siguientes palabras:

—Una promesa no es un beso al viento, para ser lanzada sin cuidado —Un destello de oro brillaba en sus ojos—. Esa lección debe ser aprendida, Shiori, por tu propio bien.

Comencé a protestar, pero de repente mi cabeza se sintió ligera. El gran discurso que había ensayado abandonó mi lengua, y mi cuerpo se derritió atontadamente en una reverencia. Repetí:

—Sí, Madrastra. Me iré de Kiata, si es lo que deseas. No me verás de nuevo.

El abanico de Raikama se relajó y cuando vi hacia arriba, había la más mínima humedad en sus ojos. Por un instante, me atreví a esperar que cambiaria de opinión. Que me tomaría en un abrazo y declararía su perdón.

Pero sus ojos se volvieron fríos una vez más, y cerró su abanico con un chasquido tan brutal que pensé que se rompería en dos. Sin ninguna otra palabra, se puso de pie y abandonó la habitación.

Ese fue el día que aprendí a endurecer mi corazón. Ese fue el día que perdí a una madre.

Takkan tocó mi hombro.

—¿Shiori?

Había esperado enfrentar demonios hoy, no mi propio pasado. Tragué el nudo en mi garganta y continué por el pasillo.

—Ella estaría en su sala de bordado a esta hora del día —dije—. Bordando una escena de orquídeas lunares o lirios. Siempre estaba cosiendo, aunque no era muy talentosa en ello. Dos doncellas estarían a su lado, aunque rara vez hablara con ellas. Probablemente se volvían locas de aburrimiento.

Su bastidor para bordar todavía estaba en la habitación, pero los hilos y agujas habían sido guardados, las ventanas cerradas y las lámparas removidas.

Señalé al rincón de la habitación cerca de la ventana.

—Ahí es donde me sentaba —le dije a Takkan, mi voz suave—. Acurrucada en ese rincón, trabajé en un tapiz de disculpa para ti y tu familia. Me tomó casi un mes, y Raikama vendría cada dos horas para asegurarse de que mis puntadas no estuvieran torcidas —Una sonrisa melancólica tocó mis labios—. Cómo la odiaba entonces, y a ti, por hacerme desperdiciar mi verano.

Takkan sonrió de regreso.

—Estoy aliviado de que tus sentimientos cambiaran, hacia ambos.

—Yo también lo estoy.

Me agaché junto a su cofre de bordado, nerviosa de abrirlo. Anoche había buscado en mi habitación por el ovillo de hilo rojo que Raikama había tenido. Podría jurar que lo había dejado en mi armario para mantenerlo seguro, pero no estaba ahí.

Por las Cortes Eternas, esperaba que de alguna manera hubiera encontrado su camino de vuelta aquí, junto a las pertenencias de Raikama.

Con dedos temblorosos, abrí el cofre y busqué dentro. Acomodado bajo un tesoro de hilos y sedas estaba un puñado de hilo rojo tan ordinario y sencillo que nadie nunca pensaría que era especial.

Yo definitivamente no lo había hecho.

—¿Qué es eso? —preguntó Takkan mientras yo sacaba el hilo rojo del cofre, tomándolo con el mismo cuidado que un huevo de un cisne.

Tomé su mano, jalándolo hacia el Jardín Lunar.

—Ya verás.

El estanque aún rebosaba de carpas, lechos de flores de loto flotando pacíficamente. Las copas de las glicinias moradas se habían alargado y cubrían los altos árboles que daban sombra al jardín. Pero una cosa era diferente, no había serpientes.

—Este era el santuario de Raikama —dije al final—. Ella solía venir aquí cada día a sentarse cerca del agua y hablar con sus serpientes. Traería a mis hermanos aquí, pero nunca a mí. Nunca supe por qué y me molestaba. Éramos cercanas entonces, tan cercanas como madre e hija. Había querido venir por años, así que un día me atreví por un reto. Se suponía que robara una de sus serpientes, pero Raikama me atrapó.

—Eso fue lo que rompió su confianza —dijo Takkan, uniendo las piezas.

—Ella estaba furiosa. Nunca fuimos las mismas después de eso —Mi voz se volvió gruesa—. Por años asumí que era por lo que había hecho, pero no. Las serpientes son sensibles a la magia. Ellas sintieron la mía y le dijeron a Raikama. Hizo todo lo que pudo para esconder mis poderes y hacer que no se manifestaran, incluso si eso significaba distanciarse de mí.

—Ella sabía lo que pasaría si las personas equivocadas descubrían que eres la Sangre Sucia —dijo Takkan—. Te estaba protegiendo.

—Lo hacía —Me hundí en un lecho de hierba plateada y me arrodillé junto al sauce llorón que había cobijado a mi madrastra en los últimos momentos de su vida—. Siempre me estuvo protegiendo.

Macetas de orquídeas lunares habían sido colocadas en el jardín sobre las rocas planas para honrar a la consorte imperial, pero algunas de las flores habían comenzado a secarse con el calor del verano. Toqué sus pétalos caídos, liberando el más pequeño hilo de magia para llevarlos al cielo brillante.

Por un momento, pude verla en las nubes. Sus ojos opalescentes, el largo cabello negro que brillaba incluso en la oscuridad, la misteriosa cicatriz que cruzaba su mejilla. Demasiado pronto se desvaneció, viva solo en mi memoria.

Tragué, encontrando lentamente mi voz otra vez.

—No era perfecta, cometió errores, errores egoístas. Pero se preocupaba por mí más de lo que nunca supe —Sostuve el hilo rojo—. Antes de morir, usó este hilo para ayudarme a escapar de las Montañas Sagradas.

Takkan tocó el extremo suelto del hilo, metiéndolo de nuevo dentro del ovillo.

—Está encantado.

—Con magia de Emuri'en —confirmé. *El poder del destino.*

Enrollé el ovillo en mis manos.

—Estoy comenzando a pensar que la magia nunca se fue de Kiata. No completamente. Los dioses la enterraron en lo profundo del corazón de nuestra tierra, donde permaneció dormida.

Me imaginé un jardín bajo una nevada permanente, raíces y bulbos esperando el deshielo.

La magia estaba despertando lentamente. Lo podía sentir en el hilo de mi madrastra, en Kiki cada día que crecía más viva. Incluso podía sentirlo mientras me inclinaba hacia el estanque, buscando en sus profundidades por el pasaje secreto que se escondía debajo.

Sostuve el ovillo sobre el estanque y sus aguas ondularon muy sutilmente, como si lo estuviera anticipando.

—Llévame a las Montañas Sagradas.

Capítulo Veintiuno

Seguimos el hilo rojo y nos adentramos en la profundidad del bosque, no muy lejos de las Montañas Sagradas. Un viaje que, según me informó Takkan, normalmente tomaba una mañana entera a caballo.

La brecha estaba a poca distancia, pero Takkan quería explorar el área antes de acercarse demasiado.

—Los demonios saben que has vuelto —explicó sombríamente—. No podemos ser más cuidadosos.

Me condujo por un camino que descendía hacia el paso de la montaña, y subimos lenta y silenciosamente. Cuando por fin apareció el resplandor de la brecha, contuve el aliento. La había visto antes en el espejo de la verdad, pero de cerca se veía diferente.

Ha crecido, me percaté.

La brecha ahora se extendía hasta la mitad del pico más alto, tan alta y ancha como un sauce. Una luz escarlata brotaba de su costura torcida, como una herida sangrante. O un río de ojos de demonio.

Me agarré a la rama baja de un árbol y subí para ver mejor. En la base de la brecha había un campamento de centinelas y soldados, formando un cordón alrededor de la montaña.

—¿Es prudente tener a todos estos hombres aquí protegiendo contra Bandur? —le pregunté a Takkan—. Si puede poseer a Qinnia…

—Él no es invencible —dijo Takkan—, y no puede permanecer lejos de la brecha por mucho tiempo. Después de unas horas, siempre regresa. Los soldados envían un mensaje a Benkai cada vez que hay movimiento y cada vez que vuelve. Es más difícil ver cuándo se va, ya que suele ser de noche.

—Está dentro ahora —dije.

Un movimiento de cabeza.

Aquello era un alivio, pero aun así fruncí el ceño.

—Entiendo las patrullas, pero no necesitamos tantos soldados para hacer de vigilantes.

—Resulta que los demonios no son nuestra única preocupación —Takkan dirigió mi atención de nuevo al bosque—. ¿Ves esos parches de madera chamuscada?

Me acerqué en busca de un mejor punto de vista, pero ya sabía de lo que hablaba. El espejo de la verdad me lo había mostrado, y noté las arboledas carbonizadas cuando llegamos por primera vez.

—¿Eso no fue Bandur?

—No. Fueron los Kiatanos locales —Takkan bajó la voz—. Se está corriendo la voz de que hay un demonio en Gindara. Tu padre y tus hermanos han hecho todo lo posible por contenerlo, pero el miedo se propaga más rápido que el fuego. Desde que te fuiste, muchos han venido a la brecha y han tratado de quemar el mal y sacarlo del bosque.

Tragué saliva. Era solo cuestión de tiempo antes de que toda la nación supiera sobre Bandur. En el fondo, eso me preocupaba más que el mismo Rey Demonio.

—Los soldados son refuerzos necesarios hasta que encontremos una manera de sellar la brecha —dijo Takkan—. Tu padre ha permitido que un par de encantadores vengan a investigar las montañas. Esperamos que puedan hallar una solución.

Ahora sí que estaba sorprendida. Ningún encantador había visitado Kiata en siglos.

—¿Están en la brecha? —pregunté, saltando del árbol—. Me gustaría conocer…

Me detuve a mitad de la frase. El aire había cambiado. Atrás quedaba el calor, la capa pegajosa de humedad. El frío pinchaba mi piel desnuda.

—Shiori… —susurró el viento—. Shiori.

El suelo comenzó a temblar. Al principio, solo una vibración, el susurro de los árboles cercanos. Entonces un feroz temblor sacudió la tierra. Los pájaros chillaron y las rocas se derramaron desde la ladera de la montaña, lo que obligó a los soldados a dispersarse de sus puestos.

Doblé las rodillas para recuperar el equilibrio y Kiki se deslizó bajo el sombrero de Hasho. En la distancia, la brecha brilló de color rojo.

—*¡SHIORI!* —susurró el viento de nuevo, esta vez con más urgencia—. *¡SHIORI!*

Aquello no era viento. Eran los demonios. ¡Sabían que estaba aquí!

—Ha venido la Sangre Sucia —clamaron.

—Ha venido a liberarnos.

—Debemos despertar al rey…

—No he venido a liberarlos —siseé. Me atreví a dar un paso adelante—. He venido para asegurarme de que jamás salgan.

—Eso lo veremos.

La ira de los demonios palpitó bajo mis pies, y agarré a Takkan de la mano. Juntos retrocedimos un paso a trompicones, luego otro y otro hasta que la tierra volvió a estar quieta y el frío se disipó.

—¿Qué fue eso? —preguntó Takkan.

Nunca llegué a responder. Porque de los árboles voló el halcón más grande y de aspecto más salvaje que había visto jamás, con rayas de tigre en sus plumas bruñidas y orejas puntiagudas como las de un gato. Kiki dejó escapar un chillido espantoso cuando sus garras la esquivaron por poco, quitándome el sombrero de la cabeza en su lugar.

—¡Heedi! —gritó una voz invisible—. ¿Qué te enseñé acerca de lanzarte a nuestros amigos? Pide disculpas de inmediato.

El halcón inclinó la cabeza hacia Kiki y luego se abalanzó sobre el brazo de un niño. Un chico con una sonrisa torcida que reconocería en cualquier parte.

—¡Gen! —grité.

El hechicero se inclinó en una reverencia.

—Mis disculpas por la Hechicera Heedi. Se emociona cuando hay actividad demoniaca. Y gracias a Dios por aquello, de lo contrario, ¡te habría extrañado a ti y a Kiki! Qué bien se ven las dos, recién exiliadas del reino de los dragones —Le lanzó un beso a mi ave—. *Especialmente tú, Kiki.*

—*¡Tú* puedes *escucharme!* —exclamó el pájaro de papel, perdonando instantáneamente a Gen por el incidente del halcón—. *Me lo había estado preguntando.*

—Siempre he tenido afinidad por las aves —confesó Gen—. A menudo son más inteligentes que los humanos.

Kiki se pavoneó, y suspiré por la facilidad con la que mi pájaro de papel era complacido.

—*Tú también te ves bien* —dijo ella.

Eso era cierto. Las mejillas de Gen rebosaban de salud, sus rizos estaban cuidadosamente peinados e incluso se había puesto túnicas

Kiatan. De no ser por sus ojos azules, podría haber pasado por uno de nosotros.

—Ven —dijo Gen—, hablemos un poco más lejos de la brecha. Los demonios han estado irritables todo el día.

—¿Todos ustedes se conocen? —dijo Takkan, más consciente que nunca de que no podía escuchar el lado de la conversación con Kiki.

—¿Conocernos? —preguntó Gen—. Compartimos una mazmorra en Ai'long. Después de todo lo que hemos pasado juntos, Shiori es prácticamente mi tía.

—¿Tía? —me burlé—. Pasaste veinte años de tu vida como una estatua. El hecho de que no hayas envejecido no significa que seas más joven que yo.

—Pero me veo más joven. Especialmente cuando tú llevas eso —Gen examinó mi ropa—. Estabas mucho mejor vestida en Ai'long, incluso con dragones intentando matarte.

—Es la ropa de mi hermano —respondí, arrebatándole el sombrero al halcón—. No es fácil escabullirse cuando eres una princesa. Pensé que me vería convincente.

Gen arrugó la nariz.

—Tal vez para los soldados. Pero no para mí —Demostró su punto señalando mi cartera, casualmente escondida bajo mi capa—. Todavía tienes la perla. ¿Estás segura de que es prudente llevarla contigo?

—Más prudente que dejarla en mi habitación sin vigilancia —dije, malhumorada. Mis manos se posaron en mis caderas—. ¿No dijiste que Kiata era el último sitio que querrías visitar?

—Lo hice, pero tú mentiste sobre tu problema con los demonios —dijo Gen—. Vine tan pronto como pude conseguir una invitación.

Me costaba creer que mi padre y sus ministros siguieran el consejo de este hombre-niño demasiado confiado.

—¿Mi padre te invitó a Kiata?

—Invitó a mi maestra —Gen acarició al halcón en su hombro—. La Hechicera Heedi.

—¿Esa es la Hechicera Heedi?

Gen rio.

—No, la verdadera Hechicera Heedi murió hace unos doscientos

años. Pero ustedes, los Kiatanos, están tan fuera de contacto con la magia que elegí el nombre más famoso que se me ocurrió —guiñó un ojo—. Un pequeño engaño no hace mal a nadie.

—Un pequeño engaño podría llevarte a la mazmorra si el emperador se entera —dijo Takkan con severidad—. Invitamos a una gran hechicera, no a su aprendiz novato.

Gen le lanzó una mirada.

—Sin embargo, todo este tiempo ha guardado mi secreto, Lord Takkan. Creo que eso te convertiría en cómplice.

—¿Cómo es que *ustedes dos* se conocen? —pregunté.

—Tu prometido es quien persuadió a tu padre para que me diera una oportunidad —Gen sonrió con picardía—. Es un chico inteligente. Ahora veo por qué rechazaste la propuesta de Seryu.

—¿Qué quieres decir con la propuesta de Seryu? —preguntó Takkan.

Le lancé a Gen una mirada de disgusto.

—¿No te lo contó? —sonrió Gen—. Es toda una historia.

Takkan *no* sonreía.

—Estoy ansioso por escucharla.

De pronto, deseé que apareciera uno de los remolinos de Ai'long y me tragara.

—Es… es como te dije —tartamudeé—. El Rey Dragón iba a matarme porque me negué a entregar la perla de Raikama. Seryu lo convenció de que me perdonara, pero solo había una forma de hacerlo.

—¿Casándote? —preguntó Takkan.

No se le pasaba nada. Asentí nerviosa.

—Los dragones tienen la tradición de tomar compañía humana. Yo… tuve que fingir que iba a ser la suya.

—No te preocupes —interrumpió Gen antes de que Takkan pudiese reaccionar—. Fue una actuación por parte de ambos, aunque personalmente habría aceptado la oferta de inmortalidad del dragón —Se tocó la barbilla, como si acariciara una barba imaginaria—. Y ahora que lo pienso, Shiori nunca te mencionó.

Mi disgusto con el joven hechicero se multiplicó por diez.

—Apenas hubo tiempo para mencionar a *alguien*, dado que eras

una estatua —le dije con frialdad—. De haber sabido que serías tan chismoso, te hubiera dejado en Ai'long.

Gen sonrió, maldito chico.

Me volví hacia Takkan, tratando de ordenar mis palabras antes de hablar. Él no era de los que se obsesionaban con el rango o la posición, pero sabía que era un misterio para todos por qué Padre nos había comprometido a estar juntos. Podía imaginar los chismes del palacio durante los meses que había esperado mi regreso: ¿Por qué la única princesa de Kiata estaba comprometida con un humilde señor del norte, cuando podía haber elegido entre todos los príncipes elegibles de Lor'yan?

Hasta un príncipe dragón.

—Consideré la oferta de Seryu —admití en voz baja—. Pero solo porque creí que Kiata estaría más segura si yo no regresaba. Pero cada instante que estuve en Ai'long, extrañé mi hogar. Te extrañé.

La mano de Takkan se levantó de su costado y despeinó las puntas de mi cabello plateado.

—Me hace feliz el que hayas cambiado de opinión —dijo en voz baja—. Más feliz de lo que puedes imaginar.

Mi estómago se agitó. Así de sencilla era su comprensión.

—Yo también me alegro —dijo Gen—. Ahora que estás de vuelta, finalmente podré visitar el palacio.

—¿Lo harás, ahora? —Miré al chico—. Acabo de entender la sabiduría de prohibir a los hechiceros en Kiata.

La sonrisa de Gen se volvió triste.

—Kiata es el único lugar del mundo donde no somos bienvenidos. Los burócratas de tu padre no me dejarán quedarme en el pueblo más cercano, y mucho menos en el palacio —Hizo un espectáculo frotándose el cuello—. He estado acampando aquí con los soldados durante semanas. Estoy convencido de que mi catre está lleno de piedras, tiene un montón de bultos.

Kiki rebotó en mi hombro.

—¿Puedes conseguir una villa en el palacio, no? Al pobre chico le vendría bien una buena noche de sueño, después de haberse convertido en piedra y todo eso.

—Veré qué puedo hacer —cedí, alzando las manos—. No te animes demasiado, Gen. No es una promesa. Para ser honesta, preferiría que te quedaras aquí. Takkan dice que los ministros de

Padre están provocando problemas y…

El halcón de Gen me calló con un chillido, la única advertencia antes de que una gran piedra saliera volando de entre los árboles y golpeara al joven hechicero de lleno en la nariz.

Con los ojos enormes, se tocó la nariz y dejó escapar un gemido. Luego se derrumbó en el suelo, inconsciente.

Capítulo Veintidós

—¡Gen! —grité.

La sangre corría por su rostro, vívida y llamativa, y su nariz estaba de un alarmante color púrpura. Era casi seguro que estaba rota.

Me agaché para despertarlo, pero otra piedra voló hacia mi cabeza.

—¡Hechicera! —Docenas de hombres y mujeres salieron de detrás de los árboles, empuñando cuchillos y lanzas de pesca.

Puse a Gen en pie y Takkan lo tiró sobre su hombro. No podíamos quedarnos.

Mientras Takkan y yo nos apresurábamos para ponernos a salvo, los aldeanos nos siguieron y las lanzas que arrojaron aterrizaron con sorprendente precisión.

—Por las pesadillas de Sharima'en —murmuré—. Aquí estaba yo, preocupada por los demonios —Empujé a Takkan hacia adelante —. Lleva a Gen al campamento.

El obstinado Takkan no escuchó. Agarró mi mano, prácticamente arrastrándome. Los aldeanos se acercaban.

Kiki golpeó mis mejillas con sus alas.

—¡Haz algo!

—¿Como qué?

Todo lo que podía hacer era correr, rezando para que los árboles siguieran protegiéndonos hasta que llegáramos al campamento junto a la brecha.

Otra lanza pasó volando, perforando una rama sobre mí. Me agaché justo antes de que me quitara el sombrero de Hasho de la cabeza. Mi cabello se soltó.

—¡Atrápenla! —gritó una mujer entre los aldeanos—. ¡Es la princesa demonio!

Takkan estuvo a mi lado en un instante, su espada en alto.

—¡Los centinelas de Su Majestad están en camino! —dijo a los aldeanos. Era la primera mentira que le oía decir, los hombres de mi Padre no se veían por ninguna parte ni tampoco venían—. ¡Vayan a casa, regresen a sus poblaciones!

La mujer que habló antes se abrió paso a empujones hacia el frente. Profundos surcos estaban grabados en sus mejillas y su cabello blanco estaba atado en un moño simple. Con su sencilla túnica de algodón y su bastón, parecía una abuela bondadosa. Sin embargo, había algo en la suciedad gris esparcida por su rostro que me dejaba helada.

—Hazte a un lado, centinela. Deshonras tus votos a Kiata defendiendo a la traidora Shiori'anma.

—No veo el problema —respondió Takkan—. Juré proteger a mi país, a mi rey, a mi princesa.

—La princesa es una Sangre Sucia. Por el bien de Kiata, debe morir. El hechicero también —Apuntó con su bastón a la forma inconsciente de Gen—. Su magia es la razón por la que los demonios han despertado. Es antinatural. ¡Prohibida por los dioses! Solo sus muertes podrán sellar las montañas una vez más.

Su fervor alentó a los aldeanos, quienes se aglomeraron más cerca.

Esta anciana no es del pueblo, observó Kiki con cautela. *¿Crees que podría ser una… una…?*

¿Una sacerdotisa de las Montañas Sagradas?. Asentí sombríamente, de acuerdo. *No está sola,* respondí. De entre la multitud, observé al menos a tres compañeras de culto, todas con la misma pasta cenicienta en las mejillas.

Fijé mi atención en los aldeanos.

—No la escuchen —dije, extendiendo mis palmas en un gesto de paz—. No tienen nada que temer de mí.

—¿Nada que temer? —gritó la sacerdotisa, haciéndose eco de mis palabras con una mueca—. El mal aflige a estas montañas, que habían estado selladas por mil años hasta que ella comenzó a entrometerse. Si Shiori'anma libera su ejército de demonios, matarán a nuestros hermanos y hermanas, nuestras madres y padres, ¡nuestros hijos! Los hombres de Kiata estarán condenados a una batalla sin fin, porque ¿cómo podremos vencer a enemigos que no pueden morir? Dime, ¿cómo no podríamos tener nada que temer?

La multitud rugió en aprobación.

—¡Tráiganmela! —gritó la sacerdotisa—. ¡Solo su muerte puede librarnos de este mal!

Era la orden que los aldeanos habían estado esperando. Cargaron hacia adelante, apresurando a Takkan para que me

alcanzara.

—¡Corre, Shiori! —gritó Takkan mientras se defendía de los ataques desde todas las direcciones. No quería lastimar a los aldeanos, un sentimiento que no era mutuo—. ¡Corre!

Hice lo contrario de correr. Saqué las dagas de Hasho de mi cinturón y golpeé la cabeza de alguien con las empuñadoras. Me preparaba para otro ataque cuando Kiki jaló mi cabello, salvándome por poco de una flecha con la punta en llamas.

No pude agradecerle. Las sacerdotisas estaban colocando nuevas flechas en sus arcos, y mi corazón saltó alarmado cuando otra descarga cortó el aire.

—Deténganlas —dije, convocando mi magia. Las dagas en mis manos volaron, tomaron altura y desviaron las flechas entrantes.

Las sacerdotisas avanzaron tranquilamente y volvieron a armar sus arcos.

Su especie había tratado de quemarme viva una vez, y sabía que no se darían por vencidas fácilmente. Sabían que usar mi magia me cansaría y que Takkan solo no podría defendernos de tantas.

¿Qué íbamos a hacer?

La siguiente ola de flechas ardientes se arqueó en altura, y justo cuando me preparaba para lo peor, la perla dentro de mi morral empezó a zumbar y temblar. El ruido se hizo más fuerte, amplificado a causa de un repentino gemido que emanó de las montañas.

—¡*DEJEN A SHIORI'ANMA EN PAZ*! —rugió el viento, llevando el mensaje de los demonios a través del bosque—. *ELLA ES NUESTRA*.

Un temblor comenzó en las montañas y resonó hasta donde yo estaba. Los árboles se balanceaban. Uno se derrumbó frente a mí, y cuando retrocedí tambaleándome, los aldeanos gritaron aterrorizados.

Las flechas en el cielo se detuvieron y cayeron en espiral sobre las sacerdotisas. Mientras se revolcaban, tomé a Takkan de la mano.

—¿Estás herido?

La rapidez con la que levantó a Gen por encima de su hombro respondió mi pregunta. Tomó mi brazo, enlazándolo con el suyo. Entonces huimos.

***

Corrimos hasta que estuvimos en lo profundo del bosque, lejos de la vista de la brecha. Una vez que nos aseguramos de que nadie nos

había seguido, nos refugiamos en una arboleda marcada por dos pinos caídos. Había una piscina cerca, y Takkan colocó a Gen junto al agua, enjuagando la sangre en la cara del chico mientras yo me hundía en el tocón de un árbol.

¡De todos los campeones que podían abalanzarse a salvarnos, fueron los demonios quienes acudieron en nuestra ayuda!

Solo porque quieren tener el placer de matarme ellos mismos, pensé. Me sentía como un pez en Ai'long, salvado de los tiburones únicamente para ser asesinado por dragones.

—¿Estás bien? —preguntó Takkan—. Estás temblando.

Lo estaba.

—Las sacerdotisas… y los aldeanos. Casi matan a Gen… y a ti.

—Y *a ti* —dijo Takkan en voz baja.

Estaba agradecida de que mi prometido no fuera del tipo que se jactaba de que debía haberme quedado en el palacio. Debí haberlo hecho.

Clavé mis talones en el suelo.

—Tienen razón, sabes —dije al fin—. La gente está muriendo por mi culpa.

—La gente está muriendo a causa de Bandur.

—Yo soy quien lo liberó —respondí—. Es mi responsabilidad encontrar la forma de sellarlo en las montañas.

O podrías dejar Kiata para siempre, sugirió Kiki. *El Chico Rábano iría contigo, estoy segura. Te seguiría a cualquier parte del mundo.*

Mi rostro se acaloró, pese a que Takkan no podía oír al pájaro de papel.

Jamás le pediría eso a Takkan, la regañé. *Y además, si quisiera esconderme, me hubiese quedado en Ai'long.*

Bueno, ya no puedes hacer eso, bromeó mi ave. *Dudo que seas bienvenida de regreso, puede que ni en diez vidas más.*

Kiki no estaba ayudando.

—Aún tengo la perla —dije en voz alta, abriendo mi morral—. Su poder es lo que selló las montañas la primera vez. Tal vez podría usarlo para atrapar a Bandur dentro.

—Improbable —dijo Gen débilmente. Estaba recién despertando, gimiendo mientras se sentaba—. Malditos sean los Sabios, mi nariz no

está rota, ¿o sí? Duele como el fuego de un demonio.

Deja de llorar como si tus huesos estuvieran hechos añicos, reprendió Kiki, saltando al hombro de Gen. *Es solo una fractura. Takkan ya ha limpiado lo peor.*

Gen se recostó contra el tronco, pellizcándose la nariz con un pañuelo para restañar la sangre. Dejó escapar un fuerte suspiro de alivio.

—Es solo el puente —dijo, rechazando la oferta de ayuda de Takkan—. Nada que unas cuantas noches de sueño reparador no solucionen. Ojalá pudiera decir lo mismo de esa perla.

La perla del Espectro había emergido de mi morral y flotaba temblorosa sobre mi regazo como una luna rota.

—Está cerca de su punto de ruptura. ¿No lo ves? —Gen señaló la grieta en su centro—. Eso era apenas un rasguño la última vez que la vi.

Shiori la usó contra el Rey Dragón, dijo Kiki. *Casi los mata a los dos.*

—Trágico —dijo Gen en voz baja—. No tendrá la fuerza para sellar a Bandur en las montañas. No es que pudieras lograrlo, de todos modos. Te habría arrastrado dentro para alimentar a sus hermanos demonios en el momento en que te acercases —sonrió—. A menos que tus leales súbditos te hubiesen matado primero.

Hice una mueca.

—No todos me odian.

—La mayoría sí —dijo Gen. El chico no se andaba con rodeos—. La Hechicera Heedi solía decir que los humanos eran sus peores enemigos. Estoy empezando a entender lo que quiso decir.

—¿Qué quiso decir?

—Que los humanos son tontos, débiles e inconstantes. Mira a sus sacerdotisas de las Montañas Sagradas. Durante generaciones, habían sido rechazadas como herejes celosas. Pero son heroínas del pueblo ahora que te has convertido en el mayor enemigo.

—El miedo une a los enemigos más dispares —murmuró Takkan en asentimiento.

Fruncí el ceño.

—¿Estás diciendo que debería preocuparme más por los aldeanos que por los demonios?

—Depende del demonio —respondió Gen—. La mayoría son peligrosos pero predecibles. Son como bestias salvajes, solo que con magia. Con las protecciones adecuadas, protecciones mágicas que ya no existen en su nación, la mayoría de los daños se pueden prevenir.

—¿Qué pasa con un demonio como Bandur? —pregunté.

—Bandur pertenece a una clase diferente de demonio —respondió Gen sombríamente—. La clase más peligrosa y poderosa, capaz de robar el alma de uno con un solo toque, deslizarse en tu mente y poseer tus pensamientos, hechizar a demonios bajo su mando. Bandur eligió Kiata precisamente porque sabe que tu gente no está preparada contra la magia. Ahora lidera un ejército de demonios que han estado anhelando la libertad durante mil años. Si los libera, será una fuerza imparable.

—Entonces me aseguraré de que no lo haga —dije. Mi mente daba vueltas, improvisando un plan con las piezas del rompecabezas que Gen me había presentado—. Atraeré a Bandur fuera de Kiata.

—¿A dónde lo llevarías? —preguntó Takkan.

Dudé, sabiendo que no iba a gustarle la respuesta.

—A las islas olvidadas de Lapzur —respondí—. Tengo que ir allá de todos modos para encontrar al Espectro. Estaba pensando que él es el guardián de Lapzur… y si no podemos atrapar a Bandur en Kiata, tal vez podamos intentarlo en Lapzur. Es una isla que casi nadie conoce, lejos de todos los demás lugares. Podemos atraparlo allí, con la ayuda del Espectro.

La voz de Takkan sonó tensa.

—Ni siquiera conoces a ese Espectro, Shiori. Podría ser peor que Bandur.

—Entonces usaremos su perla como ventaja. Haremos que nos ayude.

Takkan parecía convencido a medias.

—Gen, ¿qué piensas?

El joven hechicero había estado callado y golpeó la tierra con una rama larga y retorcida antes de responder.

—Creo que es la idea más loca que he oído. Pero… si no te matan primero, podría funcionar —La rama se rompió de pronto—. Siempre y cuando consigas el amuleto de Bandur.

—¿Su amuleto? —repetí.

—Todos los antiguos encantadores, como Bandur, tienen uno. Es su debilidad. Inclusive podrías llamarlo su corazón. No podrás atraerlo fuera de Kiata sin eso.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Porque el amuleto es la fuente de su poder y el ancla de su cuerpo físico. Adonde vaya, allá irá él.

Recordé cómo Bandur había venido hacia mí en el palacio, retorciéndose en sombra y humo y tomando prestado el cuerpo de Qinnia en lugar del suyo. Gen tenía razón.

—Así que estás diciendo que está atrapado.

—Su amuleto lo está —corrigió Gen—. Se encuentra alojado dentro de las Montañas Sagradas, que a su vez atan a Bandur.

—¿Qué pasa si lo conseguimos? —preguntó Takkan—. ¿Nos permitiría controlarlo?

—Ayudaría a someterlo —dijo Gen con cuidado—, en cierta medida. Lo que deberías preguntar es cómo extraer el amuleto. Quitarlo de las montañas tendrá un precio, uno que no es sostenible por mucho tiempo —No dio más detalles—. Eventualmente, tendrán que devolverlo.

—O atarlo a otro lugar —dije, volviendo a mi idea original—. Como Lapzur.

—Se necesitaría un poder enorme para hacer eso —dijo Gen—. Pero tal vez el Espectro pueda, con su perla.

—Entonces tenemos nuestro plan —dije, dejando escapar un suspiro vertiginoso—, o al menos un comienzo. Gen, supongo que te mereces una habitación en el palacio.

El chico se encogió de hombros.

—Sé un par de cosas sobre los demonios —Hizo una pausa—. Es buena idea, Shiori, pero no sin un gran riesgo. Debes saber que las Islas Olvidadas están plagadas de fantasmas y demonios, allí prosperan. Los fantasmas de Lapzur pueden convertirte en uno de ellos con un solo toque, y los demonios… jugarán contigo lentamente. Se aprovecharán de tus miedos y distorsionarán tus recuerdos hasta que ni siquiera puedas recordar tu nombre. Entonces te matarán.

—Suena como el lugar perfecto para dejar a Bandur —respondí —. Se sentirá como en casa.

Gen frunció el ceño, como si mi respuesta impertinente lo preocupara.

—Ya he tenido suficiente experiencia con demonios —le aseguré—. No caeré en sus trucos.

—Con tanto poder demoniaco concentrado en las islas, la fuerza de Bandur será mayor allí —advirtió—. Lo primero que tratará de hacer será recuperar el amuleto. Procura que no lo haga.

—Lo haré.

Takkan también asintió. Había estado callado, considerando el plan desde todos los ángulos, supuse. Confirmó esto preguntando:

—¿Sabemos cómo llegar a Lapzur?

—Tengo mapas que aluden a su ubicación —respondió Gen—, pero Lapzur es un sitio que los encantadores mantienen en secreto —Hizo una mueca—. Si tan solo hubiera podido robar ese espejo para Elang. Hubiese…

—¿El espejo de la verdad? —Metí la mano en mi morral y levanté el fragmento que le había ganado a Lady Solzaya.

—¿Tienes un pedazo de eso? —exclamó Gen, arrebatándome el fragmento—. ¿Por qué no me lo dijiste? Así, *así* es como hallarás Lapzur.

—Lady Nahma dijo que no me mostraría las Islas Olvidadas.

—Por sí solo, no lo hará —Gen estuvo de acuerdo, y antes de que pudiese detenerlo, dejó caer el fragmento en el estanque detrás de nosotros—, pero lo hará con un poco de ayuda.

—¡Gen!

El chico se llevó el dedo a los labios.

—Observa. El agua está encantada. ¿Puedes negarlo? Incluso con la nariz rota, lo percibo.

Giré, por fin observando nuestro entorno. Había algo familiar en este lugar, en esta piscina… Mi mente volvió al día en que Raikama nos había echado a mis hermanos y a mí del palacio. ¡La había seguido hasta aquí! No lo sabía entonces, pero ella había venido a preguntarle a las aguas si yo estaba en peligro.

—Son las Lágrimas de Emuri'en —dije, finalmente recordando—. Las aguas revelan las posibilidades del destino —Algo que desearía haber sabido hace mucho tiempo. Quizás así no habría asumido que Raikama trataba de matarme. Quizá todavía estaría viva.

—La magia de Emuri'en debería aumentar la habilidad del espejo —dijo Gen—. Adelante, inténtalo.

A medida que me acercaba a la piscina, mi propio poder se manifestó, pálidos filamentos de oro plateado brotaron de las yemas de mis dedos.

—Hebras de mi alma —murmuré, fascinada—. Las vi por primera vez en Ai'long.

—Tu magia es tu ser —respondió Gen con simpleza—. Siempre ha estado ahí para que la veas, pero probablemente no estabas buscando lo suficiente.

No podía dejar de verlo ahora. Pasé mis dedos por el agua y las hebras brillaron, como si me hicieran señas para que avanzara. Lentamente, me subí los pantalones hasta las rodillas y me acerqué a las Lágrimas de Emuri'en. La perla del Espectro siguió mi sombra. Una vez que entré al agua, el fragmento de espejo burbujeó en la superficie.

Metí la mano en el estanque para recuperarlo, pero cuando mis dedos agarraron sus bordes suaves, mi reflejo desapareció. En su lugar estaba la perla del Espectro, y las aguas se oscurecieron para igualar su superficie negra y brillante.

Entonces, por destellos, las vi.

Las Islas Olvidadas, con forma de largos dedos esqueléticos arañando el océano. Una torre donde cayó la sangre de las estrellas. Una tormenta que asoló los océanos.

Aquí era donde encontraría a Khramelan. El Espectro.

Empecé a alejarme, pero las Lágrimas de Emuri'en no habían terminado. Las aguas todavía estaban tan negras como la perla, y turbulentas. Se arremolinaron a mi alrededor, arrojándome hacia el estanque y hacia el futuro.

Seis grullas me hacían volar sobre un mar de fuego demoniaco rojo y furioso. Nos dirigíamos a una torre oscura recortada contra una luna rota, y cientos de pájaros de papel nos seguían, aleteando salvajemente mientras las llamas chamuscaban sus alas.

Allí, en las murallas, asediado por demonios, estaba Takkan. La sangre le manchaba el cabello y el rostro, y estaba flotando en el aire, suspendido por hilos invisibles.

—¡Takkan! —grité.

Bandur apareció a la vista, sus ojos rubicundos envueltos en oscuridad. Su sonrisa se curvó como una guadaña, y no dijo nada, no dio ninguna advertencia. Con un terrible golpe, atravesó a Takkan en el pecho.

Y, como si mi propio corazón hubiese sido golpeado, grité.

Capítulo Veintitrés

El sonido de mi propio grito me devolvió al presente, donde todavía estaba sumergida en la piscina. El agua se precipitó en mi boca, quemando mi garganta con un calor crudo y abrasador. Empecé a golpear el agua, con una necesidad desesperada de aire.

—¡Shiori! —Takkan me agarró del brazo y me llevó a la superficie—. Shiori, abre los ojos.

Kiki tocó mi mejilla con su ala. *¿Shiori?*

Mi pájaro de papel trató de deslizarse en mi mente, pero no la dejé entrar. Una fortaleza invisible amuralló mis pensamientos de sus ojos curiosos.

Me está excluyendo, le dijo Kiki a Gen angustiada. *No puedo leer sus pensamientos.*

—Se está recuperando de su visión —respondió el hechicero, sacando el fragmento del espejo del agua—. Dale un minuto.

Todavía estaba tosiendo y escupiendo mientras rodaba sobre mi costado. La luz del sol me picaba en los ojos, la mancha verde del bosque se enfocaba lentamente. El estanque era cristalino y me pregunté si había alucinado con sus aguas oscuras y el terrible futuro que me habían mostrado.

Si tan solo fuera así.

Gen me tocó el hombro.

—¿Qué viste?

Mis ojos encontraron a Takkan y no lo dejaron. *Te vi morir,* casi dije, pero las palabras se secaron en mi garganta.

No podía decirle. Sabía que diría algo odiosamente razonable, como que había más de una manera de adivinar un caparazón de tortuga. O que las aguas mostraban solo un arreglo de las hojas de la fortuna.

Él insistiría en venir. Entonces moriría.

—Dibuja un mapa —dije, con mi tono apagado—. Sé dónde está Lapzur.

Mi propia compostura me sorprendió. En el interior, mis emociones estaban alborotadas. Ya no quería ir a Lapzur. Quería

abandonar mi promesa y arrojar el corazón de Khramelan al fondo del mar, para no volver a verlo.

Pero la perla dentro de mi cartera me pesaba más que nunca. Su tiempo se estaba acabando.

Mientras tanto, Takkan sacó su pincel de escritura y preparó la piedra de tinta. A su lado, Gen estaba arrancando páginas del cuaderno de Takkan y colocándolas sobre la superficie plana del tocón del árbol. Después de que Takkan dibujó un mapa de Lor'yan, señalé un lugar en la parte inferior izquierda del océano Cuiyan.

—Las Islas Olvidadas están aquí.

—¿Aquí? —Un ceño arrugó la frente de Takkan mientras marcaba la ubicación—. Están tan cerca de Tambu. Eso no puede ser una coincidencia.

Gen dejó escapar un silbido bajo.

—Impresionante, Lord Takkan. Conoces tu tradición. De hecho, los primeros demonios nacieron en Tambu.

Reprimí un escalofrío. *Lo que las aguas mostraron es solo una posibilidad,* me recordé a mí misma. *Si Takkan no va a Lapzur, estará a salvo de Bandur.*

Takkan y Gen estaban tan preocupados con sus conocimientos sobre demonios que ninguno de los dos notó que me encogía y ceñía mi túnica alrededor de mí.

Pero Kiki se dio cuenta.

Eso fue grosero, dejarme fuera, me amonestó mientras aterrizaba en mi regazo. *Tu alma es mi alma, Shiori. Puedes mentirles a ellos, pero no a mí. ¿Qué estás escondiendo?*

Volvió a sumergirse en mis pensamientos, rompiendo los muros que había construido torpemente. Con un grito ahogado, vislumbró lo que las aguas me habían mostrado: mis hermanos como grullas una vez más, llevándome a través de tormentas y mares a Lapzur.

Mis paredes se dispararon antes de que pudiera llegar más lejos.

¡Shiori!, lloró.

La ignoré. En voz alta, dije:

—Tendremos que volar a Lapzur.

El cepillo de Takkan cayó.

—¿Volar?

—Lapzur se encuentra al otro lado del mar, y la isla está protegida por las aguas encantadas del lago Paduan —expliqué—. Hundirán cualquier barco. Tenemos que volar.

—¿Cómo? —Takkan sopló la tinta para secar el mapa—. ¿Cómo es que nosotros vamos a volar a Lapzur?

Me estremecí ante el *nosotros.*

—Hay muchas opciones —dijo Gen, elevando su tono. Claramente, este era un tema que lo emocionaba—. Podríamos conjurar alas para hacer un caballo volador… encantar una alfombra… invocar pájaros para que nos lleven —Frunció el ceño—. Pero eso requeriría una gran magia, una magia incluso mayor que la que está disponible aquí en las Lágrimas de Emuri'en.

Kiki me empujó. En su tono más seco, dijo: Ya sabes la respuesta, Shiori. ¿No vas a decir algo?

No respondí. La inquietud se agitó en mi pecho mientras la imagen de seis grullas voladoras brillaba una vez más en mi mente.

—¿Qué hay de un hechizo que la perla ha lanzado antes? —susurré.

—Eso podría funcionar —permitió Gen—. Si la perla ya está familiarizada con él, y los objetos anteriormente encantados todavía están en tu posesión… Piensa en ello como si estuvieras releyendo un libro —Se rio de la metáfora, luego levantó una ceja—. Por favor, dime, ¿qué estás pensando?

Mordí mi labio inferior. Tenía que haber otra manera. No podía involucrar a mis hermanos de nuevo. No podía ponerlos en peligro de nuevo. Pero no parecía que tuviera otra opción.

—Gen —dije, mi voz tan pequeña que apenas la reconocí—, descansa un poco. Déjame hablar con mis hermanos.

***

Los encontré congregados en las cámaras de Benkai. Desde la maldición de Raikama, los príncipes estaban juntos la mayoría de las veces. Ese fue el regalo de nuestra madrastra para nosotros. A través de nuestras pruebas y de todo lo que habíamos soportado, estábamos más unidos que nunca. Incluso Qinnia estaba aquí, comprometida en un juego de ajedrez con Yotan.

—¿No soy mucho más agradable que Reiji? —le estaba preguntando Yotan—. Creo que la hija del khagan me habría querido más.

Reiji resopló.

—Sí, eres tan encantador que revelarías todos los secretos de Kiata después de una semana en A'landi.

—Mejor que empezar una guerra con esa mueca perpetua.

—¡Shiori! —dijo Qinnia, luciendo angustiada porque había llegado. No habíamos hablado desde el incidente de la cena.

Al verme, mis hermanos se levantaron y todos comenzaron a hablar a la vez: —Oímos lo que pasó en las montañas, ¡cómo casi te matan! ¿Estás herida?

—¡Cómo pudiste irte así, y después de lo que pasó anoche! Padre está fuera de sí por la preocupación.

—Deberías haberle dicho al menos a alguien.

—Ella *sí* se lo *dijo* a alguien —observó Wandei—. Mira quién está afuera de la puerta.

Le pedí a Takkan que esperara afuera, pero poco se le escapaba a Wandei. Mientras conducía a mi prometido adentro, hablé.

—Necesitaba ver la brecha.

—Eso fue impulsivo, hermana. Tú…

—No me digas que debo quedarme en mi habitación —le advertí a Andahai—, o que no hay nada de qué preocuparse. No vencerán a Bandur sin mi ayuda.

Ante la mención de Bandur, todo el cuerpo de Qinnia se tensó. Tocó la manga de Andahai, susurrándole algo al oído.

—Takkan, mi esposa se siente enferma —dijo Andahai con rigidez—. ¿Serías tan amable de acompañarla a nuestros aposentos? La última puerta del pasillo.

Takkan asintió con una reverencia y siguió a la princesa. Qinnia estaba agarrando su faja incluso cuando se fue, y miré a Andahai con

preocupación.

—Ella está…

—Está bien —intervino—. Nada de qué preocuparse. ¿Aprendiste algo en la brecha, o la visita fue en vano?

Lo fulminé con la mirada, pero de hecho *tenía* noticias que compartir.

—Creo que he encontrado una manera de derrotar a Bandur y necesito su ayuda.

—La tienes —dijo Benkai sin dudarlo. Mis otros hermanos asintieron—. ¿Qué podemos hacer?

Tragué saliva. Si sólo fuera así de simple.

—Necesito ir a Lapzur —dije—. Es una isla al oeste de Tambu, olvidada por todos menos hechiceros y demonios. Allí hay un medio dragón preso como guardián de la ciudad. Él es el verdadero dueño de la perla de Raikama.

Andahai frunció el ceño.

—¿Qué tiene esto que ver con Bandur?

—Todavía tengo la perla —admití finalmente—. Voy a devolvérsela al guardián y liberarlo de Lapzur —Hice una pausa—. Entonces atraparemos a Bandur para que tome su lugar.

Ahora tenía su atención.

—Una idea inteligente, hermana —dijo Wandei—, pero ¿cómo lo harás?

Yotan estuvo de acuerdo.

—Bandur no es exactamente alguien a quien puedas atraer a un barco.

—Los barcos no me llevarán a donde necesito ir —dije evasivamente. Bajé las pestañas, mirándome los pies y deseando no haber mirado nunca las Lágrimas de Emuri'en—. Necesito volar.

—¿Volar? —repitió Reiji.

—Deja de decir tonterías, Shiori —reprendió Andahai, sin entender—. Dijiste que necesitabas ayuda. Benkai nos prestará su barco más veloz.

—Ella sabe exactamente lo que está diciendo —dijo Hasho, con sus ojos oscuros fijos en mí. Siempre habíamos sido cercanos, y él podía leer lo que había detrás de mi angustia—. La respuesta es sí, Shiori. Hazlo. Conviértenos en grullas de nuevo.

Maldición, Hasho. Mi cabeza se levantó de golpe, al igual que la de mis hermanos, y un sentimiento de terrible inevitabilidad se agitó en mis entrañas. Sabía que era la única forma y, sin embargo, no podía soportar que mis hermanos pasaran por semejante maldición

otra vez.

—No…

—Donde sea que tengas que ir, te llevaremos —dijo con firmeza —. ¿No es así, hermanos?

Uno por uno, mis hermanos asintieron. Incluso Andahai, aunque fue el último.

—Pero convertirlos en grullas de nuevo… —Inhalé. Los miré, expresando lo que más me preocupaba—. ¿Qué pasa si no puedo hacer que todos regresen?

Hasho sonrió débilmente.

—La vida como una grulla no sería el peor destino. He echado de menos poder hablar con los pájaros.

—Yo disfrutaba bastante volar —agregó Yotan—. Aunque no comer gusanos y ratones.

—Raikama no te habría dado la perla si no creyera en ti —me dijo Benkai—. También tenemos fe en ti. Ahora deja de morderte el labio. Déjanos ayudarte.

Miré a mi hermano mayor, quien asintió sombríamente.

—Te vamos a llevar —confirmó Andahai—, una semana de gusanos y todo. Solo respóndeme esto: ¿Cómo llevamos a Bandur? Ya lo *has* pensado, ¿verdad?

—Necesitaremos su amuleto para sacarlo de Kiata —respondí—. Gen dice que está dentro de las Montañas Sagradas.

—¿Ahora escuchas al niño hechicero? —dijo Reiji—. ¿Cuántos años tiene, doce?

—Trece —corregí—. Él sabe más sobre demonios que cualquiera de nosotros. Puede ayudar.

Una pizca de escepticismo nubló la expresión de Andahai, pero asintió.

—Si confías en él, nosotros también lo haremos —dijo—. Mañana, Benkai hará que sus hombres investiguen. Hasho y yo iremos también. Reiji se ocupará de los A'landans, y Yotan y Wandei idearán una forma de llevar a Shiori y Takkan a Lapzur.

Reprimí un estremecimiento ante la mención de Takkan. Yo no lo había invitado exactamente.

—¿Cuándo partirán hacia la brecha? —pregunté—. Gen todavía está allí, y puedo…

—¿Tú? —Benkai se rio—. *No vas* a venir, hermana, ¿o has olvidado que tu ceremonia de compromiso es dentro de dos días? Tendrás mucho que preparar mañana. A menos que planees perdértela por segunda vez.

Por los nueve infiernos de Sharima'en, me *había* olvidado de mi ceremonia de compromiso.

Me mordí el labio de nuevo.

—Tal vez podría pedirle a Padre que lo posponga.

—¿Y romperle el corazón a Takkan? —bromeó Yotan—. Lleva meses esperándote. Probablemente habría esperado años si hubiera tenido que hacerlo.

—Podría esperar un poco más —dije débilmente—. Distraer a Padre y al Consejo, tal vez. Hasta que volvamos.

Andahai frunció el ceño.

—¿No viene a Lapzur? No tendrás dudas sobre él, ¿verdad?

Mis mejillas se calentaron.

—No es eso. Es solo que... Takkan no puede venir. Los seis no pueden llevarnos a *ambos* de todos modos.

—Estoy seguro de que a los gemelos se les ocurrirá algo lo suficientemente resistente para los dos —dijo Hasho irónicamente—. No te vamos a poner sobre una manta otra vez, ya sabes.

Le lancé una mirada sucia. Por lo general, podía contar con Hasho para estar de mi lado, pero durante mis meses fuera, mis hermanos y Takkan habían formado una amistad duradera. No se pondrían de mi lado contra él.

Kiki tampoco estaba ayudando.

Puedo reclutar otras aves para que ayuden, ofreció, *si es el peso de Takkan lo que te preocupa.*

—No es eso… —dije.

—*¿Entonces?* —preguntaron Kiki y mis hermanos a la vez.

Salté de mi silla con frustración.

—Él no puede venir con nosotros —repetí con vehemencia—. Las Lágrimas de Emuri'en me mostraron el futuro. Si viene Takkan, Bandur lo matará.

Pasó un segundo antes de que mis hermanos reaccionaran. Benkai, el segundo hermano mayor y más gentil, al menos hacia mí, llegó primero a mi lado.

—Así que por eso estás molesta —dijo—. Todo tiene sentido ahora. Déjame adivinar, ¿no le has dicho?

—Por supuesto que no. Es un tonto valiente. Insistiría en ser un héroe.

—Ese tonto valiente puede defenderse en batalla —dijo Benkai —. No digo eso de muchos hombres.

Era cierto que Benkai rara vez elogiaba la habilidad de lucha de otro, pero no me convencía. Bandur no era como los otros demonios.

—No comiencen su vida juntos con una mentira —dijo Hasho en voz baja—. Dile lo que viste. Que venga o no debe ser su decisión.

—Hasho tiene razón —dijo Andahai—. Dile la verdad, Shiori.

—Tú eres el que lo dice —contrarresté—. Tú lo enviaste lejos con Qinnia.

—Mi esposa no tiene cabida en esta conversación —dijo Andahai—. Está en un estado delicado.

—¿Un estado delicado? ¿Qué le pasa?

—Nada —dijo mi hermano mayor demasiado brusco—. El bienestar de mi esposa es un asunto privado. La participación de Takkan nos concierne a todos.

Empecé a discutir, pero Wandei interrumpió la conversación.

—Amas a Takkan —dijo con naturalidad, como si acabara de informarme que todos estábamos respirando aire—. No siempre podemos proteger a los que amamos dejándolos fuera. Ese fue el error de Raikama.

Sus palabras me hicieron callar. Estaba acostumbrada a que mi hermano más callado apelara a la lógica y a la razón, no al corazón. Me tomó por sorpresa, y mis hombros se hundieron en derrota.

—Se lo diré —dije débilmente.

No era una mentira. Sin embargo, las palabras se alojaron en mi garganta como tres espinas afiladas, clavadas hasta que la verdad las liberara.

Capítulo Veinticuatro

Tal como prometí, mandé llamar a Gen al día siguiente, desafiando el descontento de mi padre por haberme escabullido para demostrar que el joven hechicero me había salvado de la emboscada en las montañas. Una verdad a medias, pero pareció apaciguar un poco a Padre, y la alegría en el rostro de Gen cuando llegó valió la pena.

—¡Finalmente, el palacio imperial! —exclamó, su voz alta por la emoción—. Es tan grandioso como lo imaginaba. Limpio también.

No pude evitar sonreír. La compañía del chico era una bienvenida distracción de los pensamientos oscuros que me perseguían.

—Hubiera adivinado que con tus experiencias mundanas habrías estado en docenas —Ladeé la cabeza—. Haces que suene como si esta fuera tu primera vez.

Gen intentó sonreír, pero el esfuerzo lo hizo estremecerse.

—Lo es, si no cuentas al Rey Dragón. Apenas vi nada aparte de la mazmorra... y la morada de Elang se parece más a una cueva que a un palacio.

—Tales estándares —bromeé—. Confía en mí, la vida en el palacio no es tan emocionante como parece. Estarás deseando estar de regreso en el campamento para el final de la semana.

—Lo dudo. Espero con ansias la corte —Se sacudió las mangas, luego se enderezó para ser casi tan alto como yo—. ¿Hay fiestas a las que pueda asistir? ¿Algún festival o banquete?

—Realmente no. Este año no habrá Festival de Verano.

—¿Ni siquiera un banquete para la boda de tu hermano?

—Solo hubo una pequeña ceremonia privada. Mi madrastra falleció no hace mucho. Todavía estamos de luto.

—Ah —concedió Gen—. Entonces, ¿por qué todas estas bodas en rápida sucesión? Andahai, Reiji, luego la tuya…

—Padre no tiene más remedio que casarnos. Kiata todavía se está recuperando de la rebelión de Lord Yuji.

—Ya veo… para asegurar alianzas y tal. Es la misma historia en todos los reinos —Gen reprimió un bostezo, como si la sola idea le

aburriera—. No los envidio, miembros de la realeza, pero al menos tienen a Takkan, ¿dónde está?

—En una reunión con los ministros —Rápidamente cambié de tema—. ¿Cómo está tu nariz? ¿Aún no quieres ver al médico?

Gen jadeó.

—Haré un mejor trabajo para curarla que tus médicos.

—Como quieras —Hice un gesto hacia el camino empedrado por delante—. Tu villa está en el patio sur. He hecho saber que eres mi invitado, así que nadie debería molestarte. Trata de no meterte en problemas.

Que los demonios me lleven, estaba empezando a sonar como Andahai. Normalmente *yo* estaba en el extremo receptor de tales advertencias.

—¿No me vas a dar un tour? —me engatusó Gen—. Al menos muéstrame dónde está la biblioteca. Encontraré materiales para ti. Te vendrían bien algunas lecciones de magia, ¿sabes?

Pensé en Seryu y nuestras lecciones junto al lago. Cómo una vez hizo una bandada de pájaros del agua y me enseñó a resucitar a Kiki después de que Raikama la hiciera pedazos.

—Me gustaría eso, pero tendrá que esperar —dije con un movimiento de disculpa con la cabeza—. Tengo un día completo por delante, mi recompensa por escabullirme ayer. Una mañana llena de más ceremonias para la boda de Reiji, luego una prueba con las costureras imperiales para mi propio compromiso —Traté de no hacer una mueca sobre la prueba—. Luego tengo que ver a Qinnia.

—¿La princesa heredera?

Me impresionó que lo supiera.

—Wandei me pidió que le diera mis túnicas más resistentes. Para qué, no lo dirá. Puede ser reservado cuando está tramando algo.

—No tienes ganas de verla.

No lo estaba. Había visto a la esposa de Andahai con mis hermanos y en las oraciones de la mañana, pero desde mi primera noche en casa, cuando casi la apuñalé con mis palillos para comer, la había estado evitando y sentía que el esfuerzo era mutuo.

Ella está en un estado delicado, había dicho Andahai.

Podía leer entre las palabras de mi hermano: debe haber sido traumatizada por Bandur, gracias a mí. Ella debe odiarme. No la

culpó.

—¿Qué ocurre? —dijo Gen—. Pareces enferma.

—Solo espero no tener que coser —dije. Un desvío, pero no era falso.

—Comprensible —respondió Gen—. Es un oficio tedioso.

Con una despedida alegre, desapareció en el vasto patio y solté un suspiro. Dioses, recé para que no atrajera demasiada atención. Al menos no había traído ese enorme halcón.

—Vigílalo, ¿quieres? —le pedí a Kiki.

Para el mediodía, Kiki había informado que el joven hechicero estaba realizando juegos de manos para los niños de la corte y había logrado varias invitaciones a cenar de sus padres. Incluso se había puesto una ilusión para parecer mayor y se acercó a un puñado de ministros, ganándolos con cumplidos oportunos y encanto plateado. Iba a deslumbrarlos para que apreciaran la magia, dijo.

—¡Ha! —dije—. Realmente no ha pasado mucho tiempo con burócratas, ¿verdad?

Está jugando un juego peligroso, murmuró Kiki. *Podría ser más imprudente y audaz incluso que tú.*

—Se le pasará conforme crezca.

¿Como lo has hecho tú?

Miré a mi pájaro y arrojé un conjunto de túnicas rojas pesadas sobre mi hombro. Mi cuello instintivamente se inclinó para acariciar el forro de seda, suave como la crema.

¿Segura que quieres donarlas?, preguntó Kiki.

Eran las túnicas de invierno que había recibido para mi decimosexto cumpleaños, forradas con lana y seda resistente color arena. Prendas que deseé haber tenido durante mis largos meses en Iro el año pasado.

—Wandei me pidió las más resistentes —respondí—. Estas lo son. También son de color rojo, con un patrón de grullas. Todos son buenos augurios.

Los pequeños hombros de Kiki se levantaron. *Supongo que necesitaremos toda la suerte que podamos.*

Asentí en silencio. Luego cerré la puerta de mi armario y caminé hacia mi última reunión de la tarde, la que más temía.

***

La propia Qinnia abrió la puerta y me dio la bienvenida a los apartamentos que compartía con Andahai.

—Las criadas han sido despedidas por la tarde —dijo, aunque no se lo había preguntado—. Pensé que sería mejor si nos reuníamos a solas.

Sus facciones estaban asentadas en la máscara educada que todas las damas de la corte habían dominado. Aun así, me di cuenta de que estaba nerviosa de verme. Tenía las manos cruzadas rígidamente sobre la faja morada de su vestido, como para evitar que sus dedos se movieran, y cada vez que sus aretes hacían un tintineo audible, se aclaraba la garganta. Tenía una bondadosa seriedad en ella que no era fácil de conseguir en Gindara. Con razón Andahai la amaba.

Tomó las túnicas que le había traído y las colocó junto a su cesto de costura. Había una pila ordenada de chaquetas y túnicas, una para cada uno de mis seis hermanos.

—Supongo que Wandei no te dijo para qué son —dije.

—Ni siquiera Yotan daría una pista —respondió con un movimiento de cabeza—. Esperaban que preguntaras, así que no me dijeron nada. Solo que todo sería revelado en el Lago Sagrado.

—¿El Lago Sagrado?

Qinnia se encogió de hombros y yo torcí los labios, irritada. Takkan sabría de qué se trataba, pero lo evitaba en cada oportunidad desde que el plan se había puesto en marcha. Temía verlo incluso más que a Qinnia.

Me giré para irme, pero Qinnia me indicó que me sentara. Me había estado esperando, lista con dos platos de melocotones, las rodajas amarillas bellamente dispuestas en forma de flor, en su mesa.

—Estos llegaron del huerto de mi familia esta mañana —dijo, ofreciéndome un plato—. Come un poco antes de que Andahai regrese y se los coma todos. No seré humilde, son tan dulces que las abejas piensan que son miel.

Mi estómago fue conquistado fácilmente y, al ver el postre, olvidé mis nervios y mis modales. Sin hacer la necesaria insistencia en que Qinnia comiera primero, que me superaba en rango, devoré un trozo, luego otro y otro.

—Así es como esperaría que supieran los melocotones de la

inmortalidad —Chasqueé mis labios—. Ahora sé por qué Andahai realmente se casó contigo. Por los huertos de tu familia.

—Haré que te envíen una caja a ti y a Takkan —respondió Qinnia. ¿Fue mi imaginación o su sonrisa se había ensanchado un poco?—. Un regalo de compromiso anticipado.

—Tal vez deberías esperar hasta *después* de la ceremonia —murmuré con la boca llena—. Cuando te hayas asegurado de que me presente esta vez.

La sonrisa de Qinnia se convirtió en una carcajada, que ocultó apresuradamente detrás de la manga. Se enderezó un poco y volvió a su tono formal.

—Quería hablar contigo sobre lo que pasó la otra noche.

Tragué saliva y dejé mi plato. Este era el momento. Era la hora.

Estar lejos de casa había desgastado mi orgullo, junté mis manos manchadas de melocotón y me arrodillé ante ella.

—Te pido perdón, princesa Qinnia. Te he causado una gran angustia y ofensa, y solo busco...

—Shiori, ¿qué estás haciendo? —Qinnia me levantó de mis rodillas—. ¿Andahai te dijo que lo hicieras? Por favor, levántate. Levántate.

Me senté en el diván y me apoyé en las rígidas almohadas detrás de mi espalda, de repente agradeciendo su apoyo.

—¿No me convocaste aquí para disculparme?

—Te convoqué aquí porque Wandei me necesita para ayudar a coser esas túnicas —Hizo un gesto hacia el área alrededor de su canasta de costura—. Y porque yo… *yo* quería disculparme.

—¿Tú? —Mis cejas se juntaron—. Pero yo… yo te ataqué. Podría haberte lastimado. Soy la que liberó a Bandur de las montañas. Es por mi culpa que él… —Giré mis manos, sin saber cómo articular que él había poseído su mente.

—Podría haber sido *yo* quien te envenenó —Ella se mordió el labio—. Cuatro sacerdotisas fueron capturadas en las Montañas Sagradas. Andahai cree que ellas suministraron el veneno que casi te mata... y alguien en el palacio lo administró. Alguien en quien todos confiábamos.

Escondí una mueca. El espejo de la verdad lo había confirmado, pero no me mostró caras.

—Con la habilidad de Bandur para cambiar de cuerpo, podría haber sido cualquiera —dijo Qinnia—. Me preocupa… poder haber sido yo. Ruego que no haya sido yo.

—No lo hiciste —dije con certeza—. Bandur tiene sus propios planes para mí.

Qinnia arrugó la tela rosa de su túnica en su puño.

—¿Estás segura? Podía sentir su ira hacia ti.

—¿Qué más recuerdas?

—Tenía tanto frío —Se estremeció—. Y… entumecida. Era como estar atrapada en una pesadilla.

—Yo también sentí el frío —dije suavemente. Fue así como supe que Bandur estaba cerca.

Qinnia se levantó la manga y me mostró un brazalete de cuentas de madera.

—He usado esto desde que era una niña. Mi madre lo hizo bendecir por el Sumo Sacerdote Voan para protegerme del mal. Muchos en el palacio han estado usando tales baratijas para protegerse de los demonios. Pero no ayudan, ¿verdad?

—No contra Bandur.

—Eso pensé —Qinnia desabrochó el brazalete, las cuentas tintinearon mientras lo hacía—. Crecí tan supersticiosa que contaba mis pasos para asegurarme de nunca dar cuatro a la vez. Ni siquiera comería cuatro rebanadas de durazno ni usaría flores blancas en mi cabello, para no invitar a la desgracia a la puerta de mi familia. Sin embargo, nunca creí en la magia ni en los dragones ni en la hechicería, y mucho menos en los demonios.

Ella se bajó la manga.

—Pero luego tú y los príncipes desaparecieron durante meses. Andahai me dijo que lo convirtieron en una grulla y que tenías que romper su maldición. Al principio no le creí, pero a veces por la noche, su espíritu de grulla todavía lo persigue —Se mordió el labio—. En las viejas leyendas, dicen que una vez que has sido tocado por la magia, nunca te abandona por completo.

Me quedé callada. Seryu me había dicho casi lo mismo sobre Kiata, que los dioses no podían borrar todo rastro de magia de la tierra. Que mi misma existencia lo demostraba. ¿Significaba eso que necesitaba ser erradicada y desenterrada como una mala hierba? ¿O era una semilla, una señal de que era hora de que la magia regresara?

Torcí mis manos. ¿Magia o no magia? ¿Cuál era mejor para Kiata?

Era un problema que no sabía cómo resolver, así que lo dejé de lado por el momento.

—¿Andahai te contó sobre la maldición?

—Me contó todo —respondió—. Sobre el cuenco en tu cabeza, la perla que te dejó Raikama, tu viaje a Ai'long. Pero desde esa horrible cena, ha estado retraído. Sé que está tratando de protegerme, sobre todo porque… —Su voz se desvaneció y se tocó el vientre con las manos.

De repente lo entendí y me tapé la boca con la mano.

—¡Por las hebras de Emuri'en! Esa es una noticia maravillosa.

—Todavía es pronto —dijo Qinnia tímidamente—. Le dije a Andahai el día antes de que regresaras. Pero casi desearía haber esperado. Una vez le mencioné que me sentía cansada, y desde entonces he tenido una visita del médico todos los días. Se ha vuelto…

—¿Dominante? —sugerí—. ¿Sobreprotector e imposible?

Compartimos una risa.

—Sí. Exactamente.

—Ese es el Andahai que he tolerado toda mi vida —dije—. Solo a tu alrededor es tierno y dulce.

—Tengo suerte —admitió Qinnia—. Pero tú también. Todos nos hemos encariñado con Takkan.

Me sonrojé y una oleada de calidez se apoderó de mi corazón. Realmente se había ganado a mi familia, como sabía que lo haría. Otra razón por la que tenía que mantenerlo a salvo.

—¿Te sientes mejor ahora? —le pregunté a Qinnia.

—La comida ayuda con las náuseas. El cansancio viene en oleadas.

—La comida también tiene una forma mágica de hacerme sentir mejor —respondí—. Juro que cualquier cosa dulce tiene poderes mágicos —Mientras ambas mordíamos nuestro melocotón en rebanadas al mismo tiempo, intercambiamos sonrisas tímidas. No había forma de explicar por qué, pero se sentía como si hubiéramos sido amigas durante años. Amigas que hacían excursiones semanales a Gindara para mirar escaparates y chismorrear mientras desayunábamos buñuelos fritos y congee.

—Si Andahai alguna vez se vuelve grosero al responder tus

preguntas, pregúntame —ofrecí—. Te diré lo que pueda.

Qinnia se deslizó hasta el borde de su silla, aceptando la invitación a mi círculo íntimo con un asentimiento agradecido. Yo también me incliné hacia adelante. Sabía lo que quería preguntar.

—Creo que se nos ocurrió una manera de derrotar a Bandur —divulgué. No podía compartir mucho en caso de que la comprometiera, pero quería su permiso—. Necesitaré la ayuda de Andahai. Los siete tendremos que irnos de nuevo. Pronto.

Qinnia parecía pensativa.

—Todo lo que pido es que traigas a Andahai de vuelta con vida —dijo—. Esa es una orden, hermana.

Ella nunca antes me había llamado *hermana*, y sonreí, reconfortada por nuestra nueva amistad.

—Lo haré.

Estaba de buen humor cuando salí de sus aposentos, pero ese estado de ánimo se desvaneció rápidamente.

Allí, al final del pasillo, estaba Takkan.

Capítulo Veinticinco

Hui, poniendo tanta distancia como pude entre Takkan y yo, hasta que estuve casi en el Templo Sagrado. Irónicamente, aquí era donde se suponía que Takkan y yo tendríamos nuestra ceremonia mañana.

A él no se le ocurriría buscarme en esta parte del palacio.

Me quité la chaqueta, una monstruosidad brillantemente bordada que seguramente llamaría la atención, y la metí debajo de un arbusto de begonias. Luego me desvié del templo hacia la cocina más cercana.

Era la más pequeña de las tres cocinas del palacio, y el verme entrar a escondidas hizo que los sirvientes se congelaran en sus lugares, hasta que se acordaron de hacer una reverencia. A la primera oportunidad, se dispersaron fuera del edificio. Fingí no escucharlos murmurar *bruja.*

Como estaba más lejos de los salones de banquetes reales, esta cocina apenas se usaba y los productos de la despensa eran antiguos. Honestamente, algunas de las verduras parecían haber existido desde antes de que me fuera a Ai'long. Las papas tenían brotes nudosos, el repollo estaba marchito y las zanahorias se doblaron cuando las sostuve.

Una oportunidad perfecta para practicar mi magia.

—Revivan —les dije a las zanahorias.

Crecieron más gordas y su color, blanqueado por la edad, se volvió púrpura y naranja. Hilos de magia plateada y dorada tejieron mi hechizo en su lugar, y me volví hacia los rábanos, las papas y el repollo para inspirarlos también. Cuando terminé, el agua estaba hirviendo.

Había hecho sopa de pescado tantas veces que podía hacer todos los pasos sin pensar. La había hecho para mis hermanos cuando estaban enfermos, para Takkan cuando estaba herido, para los pescadores de Sparrow Inn cuando me obligaron a trabajar allí. Ni una sola vez la había hecho para mí.

Estaba consciente de cada zanahoria que pelé, cada tofu que corté, cada rábano que herví, y en mi olla, evoqué el sabor de tiempos más felices, cuando solo era una niña de puntillas para ver cocinar a mi madre. El olor trajo un dolor feroz a mi corazón, y por un momento, volví a ser la antigua Shiori. Corriendo por los jardines con cometas robadas, saltando en los charcos y llegando tarde a mis lecciones, encantada y exasperando a todos los que conocía. Era una niña sin secretos, sin sombras que invadían mis sueños. Una chica que no tenía que preguntarse si su casa volvería a sentirse como un hogar.

Cómo extrañaba a esa chica.

Estaba tan absorta en mi trabajo que no escuché la puerta abrirse.

—Eres difícil de rastrear, Shiori. Si no te conociera mejor, pensaría que me estás evitando.

Se me cortó la respiración.

Cuando Takkan entró en la cocina, solté mi cucharón.

¿Me había visto salir corriendo de los apartamentos de Qinnia antes? ¿O lo habían enviado mis hermanos? ¿Le habían hablado de mi visión?

Sin darse cuenta de la tormenta que había desatado en mis pensamientos, Takkan habló:

—Los mensajeros dijeron que no leíste mis invitaciones para almorzar. O tomar el té, o cenar.

Esos soplones. Solían estar de *mí* lado.

—He estado ocupada. Apenas he tenido un momento para mí hasta ahora.

—Oh… —Takkan parpadeó para alejar su confusión y pasó una mano por su cabello oscuro—. ¿Debería irme?

Sí, dijo mi mente.

—No —pronunciaron mis labios traicioneros en su lugar. Quería golpearme la cara con el cucharón.

Pero los ojos de Takkan se suavizaron y el consuelo alivió la profunda arruga de su frente.

—Te busqué. Tenía la sensación de que podría encontrarte en una cocina —Se inclinó sobre mi olla y se iluminó con el olor—. ¿Haciendo sopa de pescado otra vez?

Casi me río de lo esperanzado que parecía.

—No es para beber —dije, sacando mi cucharón—. ¿Ves?

Con un suspiro, rompí mi concentración y liberé los hilos de magia que había estado sosteniendo. Las zanahorias se volvieron grises, las papas volvieron a brotar y la cabeza de pescado flotó hasta la superficie.

Takkan se quedó mirando.

—Estaba practicando magia —le expliqué, arrugando la nariz ante la sopa estropeada—. Mis habilidades están oxidadas. Hacer rábanos frescos de nuevo no es mucho, pero es un comienzo…

Mi voz se desvaneció. Necesitaba más que un comienzo para enfrentarme a Bandur. La visión de Takkan desangrándose hasta morir burbujeó en mi memoria y se me cerró la garganta.

—Debería ir a mis aposentos —dije, exagerando un bostezo—. La magia siempre me da sueño.

—Es apenas la puesta de sol. ¿No vas a cenar?

—No tengo hambre —mentí, tres palabras que nunca antes había dicho en mi vida.

Takkan ladeó la cabeza con sospecha, y no ayudó que mi estómago emitiera un gruñido incriminatorio.

—¿Qué está pasando, Shiori? ¿Me mirarás?

—Tengo que volver —murmuré—. Wandei ha estado en su taller todo el día, y debería ir a ver cómo está…

—Wandei fue quien me dijo que te encontrara —respondió Takkan—. Él y Yotan dijeron que podrías estar así.

—¿Cómo... cómo así? —tartamudeé.

—Evitándome. No quisieron decir por qué.

Primero los mensajeros, ahora los gemelos. ¿No había nadie en quien pudiera confiar?

Takkan me pasó una toalla cuando derramé un poco de sopa en la mesa, pero aun así no lo miré. Tocó mi brazo.

—Shiori, no te pongas así.

Su voz era tensa. Tenía derecho a estar enojado conmigo por evitarlo sin explicación después de tanto tiempo separados. Por muy paciente que fuera, me di cuenta de que estaba frustrado.

—¿Recuerdas lo que te dije —dijo, más suavemente—, hace muchos meses, cuando todavía estabas atrapada debajo de ese cuenco de madera? Si algo te preocupa, no te escondas de mí.

—Nada me preocupa —mentí, arrepintiéndome de inmediato—. He estado ocupada.

—No me mientas. Por favor —Parecía preocupado—. ¿Al menos me dejarás adivinar?

—No hay nada que a…

—¿Es lo que pasó con los aldeanos?

No dije nada. Con mi mano libre, apagué el fuego debajo de la olla con un chorro de agua.

—¿Es la ceremonia de compromiso? —Su tono bailaba en la estrecha línea entre la cautela y el humor—. Si tú y Kiki planean tomar otro baño de verano mañana por la tarde…

Maldito Takkan. Levanté la vista y al ver la preocupación grabada en su frente, la alegría brillando en sus ojos, no pude evitar ablandarme.

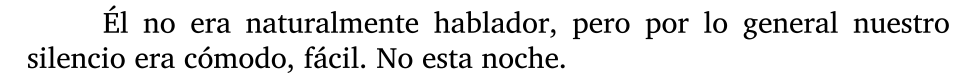
—No iré a nadar —Eso era todo lo que diría. Me serví la sopa y me sacudí el polvo de las manos.

—Qué desperdicio de sopa —Miró tristemente la olla vacía. Parecía tan genuinamente decepcionado que no pude sofocar mi risa a tiempo, y mientras sonreía, como por arte de magia, lo último de mi determinación de evitarlo se desvaneció.

—Te haré otra olla —le prometí—. De verduras frescas y sin encantar —Todavía riéndome de él, entrelacé mi brazo con el suyo—. Ven, acompáñame a casa.

***

El palacio era hermoso por la noche. Las linternas se balanceaban en los aleros y las luciérnagas revoloteaban sobre los estanques del jardín. Takkan y yo caminamos uno al lado del otro, nuestros pasos siguiendo un ritmo natural. Hubiera sido una velada perfecta si no fuera por los secretos que tenía. Sentí que Takkan también estaba ocultando algo.



Él no era naturalmente hablador, pero por lo general nuestro silencio era cómodo, fácil. No esta noche.

—Takkan… —Me arrodillé—. ¿Qué tienes en mente?

—La reunión con los ministros esta mañana —confesó Takkan—. No salió tan bien. Creo que deberíamos irnos a Lapzur antes de lo planeado. No estás a salvo aquí.

Casi me río. Hawar y su nido de burócratas eran el menor de mis problemas.

—No me digas que estás preocupado por los avispones —dije con una risa desdeñosa—. Qué preocupado eres. Padre haría que los desollaran por fruncirme el ceño.

—Eso podría ser, pero no descartaría su influencia, Shiori. De Hawar, especialmente. Después de lo que pasó en las montañas, tu padre prometió que no volverás a salir del palacio.

Eso *era* una noticia, y puse los ojos en blanco.

—¿Lo hizo, ahora? ¿Qué le dijo esa rata Hawar? —Rebusqué en mi bolso el espejo de la verdad—. No, no me digas, lo buscaré yo misma. Ya es hora de que aprenda a usar esto, de todos modos.

Froté el cristal y lo sostuve en alto.

—Espejo, muéstrame lo que dijeron los ministros.

El espejo se empañó y luego se zambulló dentro del Nido de Avispones, mostrando a los ministros sentados a lo largo de las paredes revestidas de paneles y a Padre de pie en el centro, con una faja de luto sobre su túnica real.

—¡No puede ignorarlo, Su Majestad! —gritó el ministro Pahan en vociferante protesta—. Justo ayer, Shiori'anma visitó las Montañas Sagradas. Mientras ella estaba allí, la tierra tembló.

—La tierra tiembla a menudo, a pesar de la presencia de mi hija —dijo Padre con aspereza.

—Los demonios reaccionaron a su influencia —insistió el Ministro Caina—. Ella es un peligro, ¡su magia plaga nuestra tierra! Debemos enviarla lejos.

—¡Envíe al hechicero lejos también! —clamaron los ministros.

—¿Qué pasa si enviarla lejos no es suficiente? Hay miles de demonios en las Montañas Sagradas, señor. Si uno puede escapar, seguramente es solo cuestión de tiempo antes de que los demás también lo hagan. Quizás deberíamos escuchar a las sacerdotisas. Ha habido Sangre Sucias durante siglos. Cada uno ha sido sacrificado para mantener a Kiata a salvo, y Kiata ha estado a salvo, ¡hasta Shiori'anma!

Takkan, sentado en la primera fila, ya había tenido suficiente. Se puso de pie.

—La muerte de la princesa solo continuará con el ciclo temerario de los Sangre Sucias muriendo cada generación. Ella tiene el poder de luchar contra los demonios. Lo he visto yo mismo. Tenemos que darle esa oportunidad.

Los ministros no estuvieron de acuerdo.

—Una muerte cada generación es un pequeño precio a pagar por la seguridad de nuestra gran nación.

—¿Lo es? —argumentó Takkan—. Otras naciones tratan con demonios y magia diariamente…

—Y el caos es su gobernante. Kiata es la luz principal de Lor'yan precisamente porque nos hacemos cargo de nuestro propio destino. Pero ¿qué sabría usted, Lord Takkan? Casi no ha pasado tiempo en el corazón de Kiata.

—Te apresuras a llamar bárbaros a otros —dijo Takkan con frialdad—. Pero mírense a ustedes mismos. Listo para derramar sangre inocente sin considerar otras opciones.

Siguieron resoplidos y bufidos. Takkan fue ignorado mientras los ministros volvían su atención al emperador.

—Su Majestad, escuche razones. Entregue a su hija a las sacerdotisas antes de que sea demasiado…

—Es suficiente —Padre se esforzó por sonar tranquilo, pero un trasfondo de ira palpitó a través de sus palabras—. No colaboraré con esas cultistas. La próxima persona que lo sugiera despertará mañana en el reino del Señor Sharima'en.

Los ministros se quedaron en silencio.

—Tampoco Shiori'anma se convertirá en un arma contra los demonios —dijo el emperador, volviéndose hacia Takkan—. Incluso si ella quiere.

El Ministro Principal Hawar había guardado silencio hasta ahora. Cuando la habitación se quedó en silencio, habló:

—Entonces deberíamos mantener a la princesa confinada en el palacio, Su Majestad. Al menos hasta que tengamos la oportunidad de interrogar por completo a las sacerdotisas capturadas y ejecutarlas por su traición. Estoy feliz de unirme al comandante imperial en el interrogatorio, una vez que se complete la ceremonia de compromiso de Su Alteza, por supuesto. Esto sería por su seguridad.

—Su Majestad —protestó Takkan—. No creo…

—Sí —interrumpió el emperador—. Esa es una buena idea, Ministro Hawar. Lord Takkan, le ruego que se asegure de que mi hija no abandone el palacio.

Tiré el espejo. Ya había visto suficiente.

—No puedo creer que Padre escuchara a Hawar. Es un mentiroso de dos caras —Dejé escapar un largo suspiro, desinflándome cuando el aire me dejó. Lo mismo podría decirse de mí, solo que Takkan no lo sabía.

—No creo que tu padre confíe en Hawar —dijo Takkan, siempre leal—. Pero él te quiere a salvo. Por eso me nombró como tu…

—¿Guardaespaldas? Debes estar encantado ahora que tu papel es oficial —Me hundí y clavé mis uñas en la tierra—. Gracias por votar para que al menos no me maten.

—Tengo razones egoístas para querer mantenerte con vida.

Eso me hizo sonreír a pesar de mí misma.

—Creo en tu magia, Shiori. Y en ti —dijo—. La magia se ha ido durante tantos siglos que nuestra gente no recuerda el bien que puede hacer.

—¿Como hacer que los rábanos mohosos vuelvan a ser nuevos?

—Como eso —dijo Takkan, señalando las flores silvestres que habían florecido donde mi mano tocó la tierra. Gen tenía razón acerca de que necesitaba practicar mi magia, ni siquiera me había dado cuenta.

—Las flores no van a conquistar a Kiata —dije, pensando en cómo los sirvientes del palacio me evitaban ahora, como si mi magia fuera una enfermedad—. La gente me tiene más miedo a mí que a Bandur. Ese miedo no cambiará incluso si lo derrotamos —Las flores se marchitaron y desaparecieron cuando retiré los hilos de mi magia —. Demasiadas personas han resultado heridas por mi culpa —Tragué saliva—. Tal vez yo *soy* la amenaza para Kiata.

—Por la forma en que dices eso, sé que hay más en tu mente — Takkan se acercó y sus mangas rozaron las mías—. ¿Me estás alejando porque crees que me pondrás en peligro?

¿Cómo me conocía tan bien?

Miré al suelo hasta que me levantó la barbilla.

—Ahí está, esa mueca de disgusto. Eres una hábil mentirosa, Shiori, pero tu boca te delata.

Estuve a punto de protestar, pero Takkan no había terminado:

—Olvidas que pasé un invierno entero viéndola. Observando cada sonrisa, cada mueca, cada giro y tirón en busca de una ventana a tus pensamientos. Ahora que puedo ver tus ojos, no hay mucho que puedas ocultarme. Siempre te preocupas por la seguridad de los demás —continuó—. Déjame preocuparme por una vez. ¿Me dirás qué te ha estado preocupando?

La culpa se reunió bajo mi piel. Esta noche era la última oportunidad que tendría para contarle sobre mi visión antes de nuestra ceremonia de compromiso. Separé mis labios, preparando una admisión, pero mis costillas se tensaron y mi boca se secó. Las palabras no vendrían.

Ya había perdido a Raikama, y la posibilidad de perder a Takkan me dolía más que nada. Mejor me odie a que muera. Será mejor que interrumpamos la ceremonia por completo.

Cerré los ojos con fuerza.

—Tal vez deberías volver a Iro. Tal vez deberíamos anular nuestro compromiso.

Ahí. Lo había dicho.

Esperé a que Takkan se enfadara, a que su orgullo abrumara sus sentidos, como sucedió cuando lo había dejado plantado el año anterior.

Pero estaba callado, y aunque sus hombros se habían puesto rígidos, no se movió de mi lado.

—Si vas a decir algo así —dijo al fin—, yo creo que merezco una mejor explicación.

Nunca había sido una cobarde, pero ahora me sentía como una. Estaba de espaldas a Takkan. Ni siquiera pude reunir el coraje para enfrentarlo adecuadamente.

¿No solías decir que el miedo es un juego?, me había regañado Kiki esta mañana. *Se gana jugando, no huyendo. Que es lo que estarías haciendo si no se lo dices.*

Ella tenía razón.

Miré mis manos llenas de cicatrices.

—Te vi morir —admití al fin, con mi voz más baja—. Las Lágrimas de Emuri'en mostraron a Bandur matándote en Lapzur.

Takkan me giró lentamente por los hombros.

—Por eso quieres romper el compromiso. Por eso quieres que me vaya.

—Sí —Una pausa—. ¿Lo harás?

—No —dijo Takkan, como si no pudiera creer que le preguntara tal cosa.

—Tienes que irte —le dije—. Bandur sabe que eres mi debilidad. ¡Él te matará!

—No —volvió a decir Takkan en un tono acerado. Tomó aire—. ¿Sabes lo que fue para mí quedarme atrás cuando te fuiste a Ai'long? Todos los días preguntándome si alguna vez te volvería a ver. Después de todo un invierno de no escuchar tu voz y no poder ver tu rostro, quería escucharte reír. Quería…

—¿Qué?

Muy tiernamente, apartó el cabello de mi sien y colocó los mechones plateados detrás de mis orejas. Sus ojos estuvieron en los míos todo el tiempo, causando que mis mejillas ardieran y mis nervios hormiguearan. Si me besaba en este momento, nos haría volar junto con todo el patio, y luego los ministros realmente me arrestarían. Pero me soltó y posó su mano en el suelo, tan cerca de la mía que pude sentir la electricidad entre nuestros dedos.

—No eres un pájaro en una jaula, Shiori. Yo tampoco. Voy contigo.

—Yo no dije que tú…

—Aprecio que tengas miedo por mí, porque ahora sé que debo

tomar todas las precauciones —Redujo el espacio entre nosotros, solo una pulgada—. Así que, ¿cuándo nos vamos?

Le di una mirada arqueada.

—Todavía no dije que podías venir. De todos modos, serías demasiado pesado para que te llevaran mis hermanos.

—Podrías convertirme en una grulla.

—¡Absolutamente no! —Lo miré boquiabierta—. No sabes lo que estás pidiendo.

—Lo sé. Tendrás que atarme si quieres que me quede en Gindara. No me quedaré de brazos cruzados viendo cómo te pones en peligro, Shiori, nunca más. Ya sea tu esposo, tu prometido o simplemente tu amigo.

—Eres imposible —dije, carraspeando—. Bien. Si quieres venir, no te detendré. Pero no te voy a convertir en una grulla.

—Muy bien —admitió Takkan. Él había ganado, y estaba tratando de no sonreír.

—No debes ser temerariamente valiente —continué—. Si consigues que te maten, nunca te lo perdonaré. ¿Lo entiendes?

—¿Se aplica la misma regla a ti?

Resoplé

—Soy naturalmente imprudente.

—Y yo soy valiente por naturaleza.

—¡Takkan!

—Lo prometo —dijo, ahora serio—. Pero es bastante egoísta, ¿no crees, hacerme prometerlo cuando tú no lo harás? Yo también te necesito, Shiori.

Te necesito. Me invadió un mar de calor, quemando cualquier réplica que pudiera haber encontrado. Dioses, él iba a ser mi perdición.

—Está bien, lo prometo.

—Bien —dijo Takkan. Sacó de su capa un pequeño paquete que cabía perfectamente en su palma—. Hay otra razón por la que quería verte hoy.

¿Un regalo? Estaba envuelto en tela con estampado de peonías y atado con un cordón dorado que reconocí de una de las tiendas más famosas de Gindara.

—¿Me compraste esto? —pregunté.

—No. Quiero decir… no —Se aclaró la garganta mientras lo miraba con curiosidad. ¿Estaba nervioso?—. El envoltorio es de Qinnia. Yo no tenía ninguno propio.

Estaba cada vez más desconcertada por segundo. ¿Qinnia lo había ayudado?

—¿Qué es?

—Ábrelo.

Por lo general, habría rasgado la tela, pero levanté cada pliegue con tanto cuidado como si fuera el ala de una mariposa. Dentro había un sencillo peine, exquisitamente tallado y pulido. Lo llevé a mi nariz, inhalando el olor a pino.

—La madera es de Iro.

—¿Cómo lo supiste?

Sonreí tímidamente.

—Huele a ti.

Por lo general, Takkan era bueno para ocultar sus sentimientos, pero capté el leve rubor que subía por su cuello, asomándose por su cuello alto.

—Voltéalo.

Pintado en el otro lado del peine había un conejo que sostenía una cometa de cuerdas rojas grabada con grullas voladoras. La misma cometa que Takkan y yo casi habíamos hecho juntos cuando éramos niños.

—En la leyenda —habló Takkan—, los pretendientes de Imurinya le trajeron joyas y oro, riquezas de todo Lor'yan. Pero el cazador le dio una sencilla peineta para que le recogiera el cabello y así poder verle los ojos e iluminarlos de alegría.

Mi rostro se calentó. No había pensado en cómo esa parte de la historia de Imurinya era como la mía. Durante todo un invierno, Takkan no pudo verme la cara y trató valientemente de levantarme el ánimo, incluso cuando no sabía quién era yo. Ahora, meses después, darme una peineta como lo había hecho el cazador era una promesa. De devoción. De amor.

Apenas podía respirar cuando Takkan tomó el peineta y la colocó con ternura en mi cabello.

—Sé que han pasado años —dijo, acelerando nerviosamente el

ritmo de sus palabras—, y nunca tuviste nada que decir cuando éramos niños, pero quería preguntarte ahora, antes de que…

—Deja de divagar, Takkan —solté—. ¿Me estás preguntando si me casaré contigo?

Lo había dejado sin palabras, al menos por un segundo. Se recuperó admirablemente, y yo quería patearme por ser una tonta impulsiva. Pero tonta o no, todavía tenía curiosidad.

—Iba a preguntarte más formalmente —dijo lentamente—, si tú… si tú te comprometes conmigo —Mostró una sonrisa irónica—. Supongo que, al final, el significado es el mismo.

Necesité todo mi control para mantener mi nivel de voz uniforme.

—En la leyenda, el cazador le dio a Imurinya una peineta para tratar de ganar su corazón —Mis manos temblaban mientras hablaba—. Pero el mío ya ha sido ganado. Así que la respuesta es sí, Takkan —Lo miré, tratando de contener la alegría que estallaba dentro de mí. Luego volé a sus brazos, toda yo radiante de felicidad—. Sí.

Se levantó y me levantó con ambos brazos, sosteniéndome cerca para que nuestras narices se tocaran, y su aliento me hizo cosquillas en los labios.

—¿Finalmente vas a besarme? —murmuré descaradamente.

Takkan me tocó la barbilla y entrecerré los ojos, lista para que él se inclinara y me dejara sin aliento.

Sólo se rio suavemente.

—Lo sabrás mañana —respondió, con igual descaro. En mi nariz, colocó un beso sobre mi piel, luego me bajó—. Un incentivo para aparecer esta vez.

Era un incentivo. No tomaba a Takkan como el tipo astuto y descarado, pero debió haber aprendido esa lección de mí.

Me gustaba.

—Allí estaré.

Capítulo Veintiséis

Por fin, era la mañana de mi ceremonia de compromiso. Ya estaba despierta cuando llegaron mis doncellas para vestirme, y estaba de muy buen humor. Sin quejarme, me senté en un taburete acolchado, permitiendo pacientemente que me envolvieran en una docena de capas de seda y me peinaran el cabello hasta que brillara.

—Por favor, envuélvanme esto en mi cabello —les dije, pasándoles el hilo rojo que había tomado del costurero de Raikama. Si ella no podía estar aquí hoy, aún la honraría.

Vestirme tomó toda la mañana. Tenía muchos defectos, y aunque la vanidad nunca había sido uno de ellos, últimamente me había sentido cohibida por el mechón blanco que se enroscaba sobre mis sienes. Mis doncellas trataron desesperadamente de teñirlo de negro, incluso pulverizándole carbón y tratando de pintarlo con laca, pero nada funcionó.

Incliné mi cabeza hacia el espejo y miré mi cabello. De una manera extraña, me convenía.

—Vamos a dejarlo —dije finalmente.

—Pero, Su Alteza…

No tengo nada que ocultar, quería decirles. Todos ya sabían que era una hechicera. Pero sabiamente me mordí la lengua y en su lugar les entregué la peineta de Takkan.

—Déjenlo así.

Las doncellas se inclinaron en silenciosa aquiescencia. Al final, aseguraron el mechón y lo escondieron detrás de mi tocado. Sonreí, preguntándome si Takkan notaría su peineta detrás de todas las plumas.

Mi cara estaba pintada de un blanco ritual, mis labios y mejillas teñidos de rubor, y mis pestañas cubiertas con kohl. Cadenas de rubíes, ópalos y esmeraldas colgaban de mi cabello, y discos de jade tintineaban en mis oídos y muñecas. Luego vinieron las prendas finales: la túnica y el abrigo ceremoniales.

Hacia un año, había usado estas mismas túnicas: la misma chaqueta bordada, la misma falda laboriosa con una cola que barría el suelo detrás de mis talones, el mismo cuello y puños con adornos dorados. Sin embargo, las túnicas no se sentían tan pesadas como antes. Tal vez porque ahora era más fuerte. O tal vez porque estaba ansiosa por la ceremonia.

—Te ves hermosa, Shiori'anma —dijeron efusivamente mis doncellas una vez que estuve vestida—. Una verdadera princesa.

Una sonrisa tiró de mis labios, y mientras asentía con la cabeza en señal de agradecimiento, Kiki salió volando de su escondite detrás de un jarrón.

Están mintiendo, dijo, sentándose en mi hombro para inspeccionar mi apariencia. *Tu rostro está más blanco que una cáscara de huevo, y pareces más un montón de ropa sucia que una novia.*

—Me alegra poder contar contigo para aumentar mi confianza —respondí.

No te mentiría, resopló Kiki. *Estoy asombrada de que pudieras caminar con toda esa seda, y mucho menos escapar al Lago Sagrado el año pasado.* Se apoyó en mi cuello como si yo fuera un árbol. *No planeas hacer eso de nuevo, ¿verdad?*

—Por supuesto que no. Anoche le dije a Takkan la verdad.

¿En serio?. La incredulidad en su rostro de papel era casi humana.

—Es verdad —me regodeé—. Puedes preguntarle tú misma.

Hasho llegó para acompañarme al templo. Cuando vio que estaba vestida y lista para irme, inclinó la cabeza.

—Milagros de Ashmiyu'en, ¿vas a llegar temprano?

—Tienes suerte de que este tocado oculte mis ojos, hermano. Están rodando hacia ti.

Hasho se rio.

—¿Kiki en tu manga esta vez?

—En mi cuello hoy —Doblé mi cuello para que el pájaro de papel pudiera regresar a su lugar. Mientras mi tocado tintineaba, Hasho le guiñó un ojo a Kiki.

—Espera —dije, alcanzando la almohada redonda en mi diván. Detrás había escondido mi bolso—. Hazme un favor y cuida la perla durante la ceremonia.

Hasho se acobardó.

—¿No puedes esconderla debajo de tu cama?

Lo había intentado. Traté de esconderla en mi armario, metiéndola debajo de mi cama, incluso enterrándola debajo de los arbustos de crisantemo afuera de mi ventana. Pero nunca me sentí segura a menos que estuviera cerca, especialmente ahora que sabía que Bandur la quería.

—No es un guisante, Hasho. Es una perla de dragón.

—Me sentiría más cómodo cuidando a Kiki. Tal vez deberías darle la perla a Gen.

—No puedo —Presioné la correa de la cartera en las manos de mi hermano, confiando en que él encontraría una manera de esconder la bolsa debajo de sus propias túnicas—. Lo envíe lejos.

—¿Lejos?

—Por su propio bien.

No diría más. Eso *fue* por el bien de Gen. Después de la reunión del consejo que había observado en el espejo, busqué al joven hechicero tan pronto como pude.

—Quiero que investigues dónde está escondido el amuleto —le había dicho—. Benkai estará en las Montañas Sagradas. Ayúdalo mientras todos los demás están en mi ceremonia de compromiso.

—¿Significa esto que no estoy invitado?

—Eres un hechicero, el general Hawar y sus ministros no se atreverían a lastimarme, pero ciertamente no es lo mismo para ti. Mantente fuera del palacio hasta que alguien pueda vigilarte.

Gen olfateó.

—¿Quién te va a vigilar a ti?

—No te preocupes por mí. Solo encuentra el amuleto —Le di el

espejo de la verdad como soborno—. Utiliza esto.

Sus ojos azules se iluminaron.

—¿Me das la perla también?

—No.

Un gruñido salió de los labios del chico, pero para mi alivio, obedeció.

Cuando llegué al templo, estaba segura de que enviar lejos a Gen había sido la decisión correcta. Todos los ministros y señores de primer rango habían venido. Se estaban abanicando al unísono para combatir el calor. Me recordaron a los dragones, sedientos de espectáculo. El peor era el Ministro Principal Hawar. Aquí estaba él, zumbando alegremente con sus otros avispones, como si no hubiera pedido mi muerte ayer.

Cuando la procesión me llevó al cojín rojo frente a Takkan, me desplomé en mi lugar como si hubiera viajado durante horas, no minutos.

Él me dio una sonrisa antes de que asumiéramos nuestras posiciones habituales. Qué tontos nos veíamos los dos. Takkan con borlas de plata y oro colgando frente a sus ojos, yo con mi pesado tocado y velo. ¡Y nuestras batas! Parecíamos caravanas.

Era adorable, y extrañamente apropiado que sufriéramos juntos las galimatías ceremoniales. Ojalá pudiera alcanzar su mano y decírselo.

—En este noveno día del mes de las luciérnagas —comenzó el Sumo Sacerdote Voan—, nos reunimos para unir los destinos de Shiori'anma, amada princesa de Kiata y única hija de Su Majestad Imperial, el Emperador Hanriyu, y Lord Bushi'an Takkan, hijo y heredero de la prefectura de Iro.

Los sacerdotes y sacerdotisas del palacio nos rodearon a Takkan y a mí, llevando una larga cinta roja y cantando oraciones en el Viejo Kiatan. Quería escuchar lo que decían, pero era imposible con los tambores.

Los sacerdotes y las sacerdotisas daban vueltas y vueltas, haciendo girar la cinta sobre nuestras cabezas. Nueve veces caminarían a nuestro alrededor, el número de la eternidad. Durante nuestra ceremonia de matrimonio, esa misma cinta se anudaría para sellar nuestra promesa mutua.

Las vueltas comenzaban a marearme, así que concentré mi atención en la ventana detrás de Takkan. Una nube cubrió el sol y la

oscuridad se deslizó dentro del templo, acompañada de un rítmico murmullo que hizo temblar el techo.

Nadie más pareció escucharlo. O sentirlo. Pero el sudor que me perlaba el cuello pronto se evaporó, reemplazado por el mismo escalofrío que había sentido en las Montañas Sagradas.

¿Kiki?. Extendí mi mente. Mi pájaro había decidido en el último minuto sentarse con Hasho en lugar de conmigo. *Dime que sientes eso. El frío.*

¿Frío?, zumbó ella. *Mi pico se está empapando de toda esta humedad.*

Ya no estaba escuchando. La oscuridad se desplegó a través del templo, negra como la tinta y pesada como un sudario. Demasiado pronto envolvió a Padre, al sumo sacerdote, incluso a Takkan.

Yo era la siguiente. Tenía las manos entrelazadas remilgadamente sobre la falda y, mientras miraba hacia mi regazo, una marea de sombras se deslizó sobre de mí, cubriendo las grullas bordadas y tiñendo de negro las flores de cuentas.

Felicitaciones, Shiori'anma.

La voz procedía de la dirección de Padre. Miré hacia arriba con miedo. El humo de los braseros del exterior entraba en espiral por las ventanas y sus zarcillos se enroscaban en la garganta del emperador hasta que sus ojos se pusieron rojos.

Miré con horror. Comencé a levantarme de mis rodillas, pero los sacerdotes todavía estaban realizando el ritual de envolver la cinta. Mi tocado tintineó, sus hebras enjoyadas repicaron como campanas de alarma.

Con un parpadeo, los ojos de Padre volvieron a ser suyos. Pero mi corazón estaba acelerado e instintivamente me llevé la mano a la cadera, olvidando que le había dado mi mochila a Hasho.

¿Qué pasa?, articuló Takkan. Sus ojos se arremolinaron con preocupación.

Necesitaba mantener la calma. Todo el mundo estaba mirando. No podía hacer una escena.

Nada, articulé de vuelta.

Incliné la cabeza hacia abajo, tratando de convencerme de que lo había imaginado. Decidida a concentrarme en la ceremonia.

Seis, conté, marcando las veces que la cinta nos había cruzado a Takkan y a mí. *Siete.*

Durante el noveno y último giro, un latigazo de frío acarició mi mejilla, y músculo a músculo mi cuerpo se puso rígido.

¿Sin perlas el día de tu compromiso?, ronroneó Bandur. Su voz envió escalofríos por mi cuello, como una cuchilla fría presionada contra mi piel. *Una pena; se convierten en ti. Una en particular.*

Mis ojos volaron en todas direcciones, pero no pude encontrarlo. ¿Dónde estaba? ¿*Quién* era?

Apreté el borde de mi falda. *Eres descarado al venir aquí. Esta es tierra sagrada. El sumo sacerdote y…*

Sus lastimosas oraciones podrían ahuyentar a un demonio común, pero yo soy un rey.

Difícilmente un rey cuando estás atado a las montañas, repliqué. *Incluso si te diera la perla, no serías capaz de retenerla.*

Bandur gruñó, finalmente manifestándose detrás del trono de Padre en una columna de humo. *Aprendería algo de respeto si fuera tú.* Pasó una pata por encima del hombro del emperador. *O esta ceremonia de compromiso puede convertirse en un funeral.*

No te atreverías.

¿No me atrevería? No sería la primera vez que mato a un rey.

Requirió todo mi control no saltar y atacar al demonio. Pero él era sólo una sombra. Nadie, ni siquiera mi padre, se fijaba en él. Mientras que el Ministro Principal Hawar estaba grabando en silencio cada movimiento que *yo* hacía con sus ojos encapuchados.

Todo eso servía para que Bandur me torturara aún más.

Podría arreglarlo para que pareciera que tú asesinaste al emperador, Shiori, reflexionó el demonio. *Serías puesta en prisión, fácil de tomar y llevar a las montañas.*

El odio inundó mis pensamientos. *Nadie creería jamás que maté a mi padre.*

Te sorprendería lo que unos cuantos cuchillos bien colocados pueden hacer para cambiar la opinión de las personas. Especialmente con tu *reputación,* cacareó Bandur. *Los ministros aprovecharían la oportunidad de encadenarte.*

Odiaba que tuviera razón. Sobre todo, odiaba no poder hacer nada.

Bandur se alejó flotando del trono de Padre hacia Takkan. *Pero ¿por qué molestarse, cuando conozco tu mayor debilidad?*

La ira y el miedo convergieron en mi garganta. *Deja a Takkan en paz.*

Qué emoción tan peculiar, el amor humano, dijo Bandur, rodeando a Takkan por detrás. *Nunca lo sentí cuando fui uno.*

Ante esto comencé a levantarme, ignorando el ceño fruncido de

los sacerdotes. *Te lo advierto*….

No, yo te lo advierto, Shiori. Viste tu destino en las aguas. Niégame lo que quiero, y mataré a quien más amas. Unas uñas afiladas como hoces salieron disparadas de las patas de Bandur, arañando la línea de la mandíbula de Takkan. *Al final, todavía sangrarás.*

Luego, con un movimiento hábil, Bandur cortó la garganta de Takkan.

—¡No! —grité—. ¡Takkan!

—¡Shiori! —gritó el padre—. Qué estás…

Con el corazón rugiendo, me volví hacia Takkan. Él estaba arrodillado, con la cabeza ligeramente inclinada en oración, como se suponía que debía estar la mía. Sin sangre, sin corte en el cuello. Me miró a los ojos, con el ceño fruncido por la confusión.

En algún lugar en el fondo, Bandur aullaba de risa, sabiendo que me había engañado. Mi horror huyó, disolviéndose en un pánico helado.

—Shiori, siéntate —espetó Padre—. ¡Enseguida!

Apenas lo escuché. La habitación daba vueltas y todos susurraban, los chismes comenzaban a extenderse. Podía leer sus labios fácilmente.

—¿Por qué gritó? —se decían las señoras—. Mira sus ojos, todos salvajes.

Los señores murmuraban:

—Muy impropio. Hawar tenía razón, hay algo raro en ella.

Y el propio Hawar estaba hablando alegremente a los que estaban a su lado:

—¿Qué les dije? Ella es peligrosa.

Era demasiado tarde para volver a sentarme. Tuve que desviar la atención de cualquier conversación sobre magia o demonios. Tuve que actuar como la Shiori que alguna vez conocieron, impulsiva, imprudente y completamente impredecible.

Sin otro pensamiento, tiré mi tocado y pateé las cintas rojas que rodeaban mis pies.

—No me casaré con Bushi'an Takkan —declaré en mi tono más descarado.

Mis palabras sorprendieron a la habitación en silencio. Supuse que era una victoria. La confusión en el rostro de Takkan se había transformado en una comprensión consternada. *Shiori, no lo hagas.*

Tomé un respiro en busca de coraje.

—No completaré esta ceremonia —dije, pisoteando para enfatizar—. No seré atada a un páramo yermo, enviada tan al norte que el sol no sea más que un guijarro en el cielo. Lord Bushi'an Takkan regresará a Iro de inmediato. El compromiso ya no existe.

Me subí la falda, lista para huir. Nadie estaba más sorprendido que Takkan cuando lo agarré por el brazo, arrastrándolo para que se pusiera de pie.

—¡Corre! —ordené, y él me lanzó una mirada de total desconcierto. Pero gracias a las Cortes Eternas, no perdió el tiempo. Corrió.

Capítulo Veintisiete

Oí que enviaban a mis hermanos tras nosotros, así que atravesé los jardines, me desvié de los caminos y me perdí en el huerto. No sabía a dónde íbamos, solo que necesitábamos alejarnos lo más posible del templo.

Habíamos llegado a los melocotoneros cuando sentí un tirón al final de mi faja. Llamé a mi magia, pensando en hacer que los frutos volaran de las ramas y apedrear a quienquiera que estuviera detrás de mí. Entonces vi quién había venido.

Los melocotones cayeron al suelo.

Era Hasho. Estaba sin aliento, pero eso no le impidió sermonearme:

—No arrojes tu magia sobre mí, hermanita. No lo permitiré.

—No voy a volver —dije, tirando de mi faja libre.

—Entonces explícate.

¿Qué estabas pensando?, chilló Kiki. *Honestamente, Shiori, pensé que habías dejado de ser tan estúpida desde que te rompiste ese cuenco en la cabeza. Pero claramente me equivoqué.*

—Suficiente —dijo Takkan, de pie entre mi hermano, Kiki y yo —. Eso es suficiente.

—¿Bandur te poseyó? —exigió Hasho—. Porque esa es la única razón que se me ocurre para explicar lo que has hecho.

El sudor hizo que la pintura blanca de mi rostro resbalara por mi frente y mejillas, escociéndome los ojos y cubriendo mis labios con una capa amarga. Me sequé los ojos con el dorso de la mano.

—Eso no está lejos de la verdad.

Sobresaltado, las manos de Hasho cayeron a sus costados. Dejó escapar un suspiro que se convirtió en una risa triste.

—Debería haber dejado que uno de los otros te atrapara. Cancelar la ceremonia, pero salir corriendo *con* tu prometido, ¿cómo voy a explicarle eso a la corte? Eso es nuevo, incluso para ti.

Desprecié tanto a Kiki como a Hasho por reírse.

—Vayan y encuentren un lugar para esconderse —dijo Hasho, señalándonos a Takkan y a mí que nos alejáramos—. Arreglaré las

cosas con Padre.

Y tú arregla las cosas con Takkan, agregó Kiki antes de irse con mi hermano.

Me giré hacia Takkan, que se había quedado tan callado que me puso nerviosa.

—Supongo que otro tapiz no será suficiente para servir como disculpa —murmuré, sin saber qué más decir.

—Es mejor gastar tu tiempo lejos de una aguja e hilo —respondió. Dobló mi chaqueta sobre su brazo—. ¿Estás bien?

—¿*Yo* estoy bien? —Lo miré con incredulidad—. ¿*Tú* estás bien? Acabo de humillarte mortalmente frente a toda la corte. *Otra vez*. ¿No deberías estar furioso conmigo?

—No —dijo Takkan sencillamente—. No me abandonaste. Saliste corriendo conmigo. Es muy diferente.

—¿No quieres saber qué pasó?

Levantó mi barbilla para poder limpiar la pintura que corría por mi cara. Me hizo cosquillas.

—Ya me has dicho suficiente —dijo—. Deja que todos los demás se desconcierten. Es un hermoso día y debemos disfrutarlo. Como él… —Takkan saludó torpemente a alguien detrás de mí—. Buenos días, Sr. Ji.

Resultó que el Sr. Ji era un jardinero que había estado recogiendo fruta caída en el huerto y ahora nos miraba boquiabierto. Ante el saludo de Takkan, rápidamente se derrumbó en una reverencia sin palabras.

Estaba horrorizada. Agarré a Takkan por el brazo y lo arrastré a través de un puente de madera que se adentraba más en los jardines. Los pájaros milanos cantaban y las cigarras eran tan ruidosas como chillonas, pero al menos estábamos lejos de miradas indiscretas.

Takkan se estaba riendo.

—No es divertido —le dije, sinceramente angustiada—. Los chismes en Gindara se propagan más rápido que el fuego demoníaco. Todos en toda la ciudad probablemente saben lo que he hecho. ¡Y tu familia! —Quería enterrar mi cara en mis manos—. Tu familia me va a despreciar.

—Iro está bastante lejos de Gindara —me recordó Takkan—. No se enterarán hasta dentro de unos días por lo menos. Además, no hay nada que puedas hacer que haga que Megari te desprecie.

—Tu madre será una historia diferente.

—Mi madre se tranquilizará si alguna vez hay niños. Y mi padre se apaciguará cuando ella se aplaque.

Sus ojos brillaban, y no pude decir si estaba hablando en serio o en broma.

—¿Niños? —repetí mientras mi estómago daba un vuelco—. Dije que el compromiso había terminado.

—Bueno, si ese es el caso, tal vez *deberías* hacer otro tapiz de disculpa.

Le di mi ceño fruncido más feroz, pero no pude luchar contra el tic en mis labios.

—¿Cómo puedes tomar esto a la ligera?

Takkan dejó mi chaqueta en la barandilla del puente.

—Lo hago a la ligera porque no me importa lo que los demás piensen de ti o de nosotros. Incluso si nunca descubren la verdad, no me importa. Habrá muchas pruebas y malentendidos en nuestro futuro, Shiori. Estamos obligados a pelear y, a veces, puedo estar demasiado enojado para correr detrás de ti. Y mucho menos contigo —Él se rio—. Pero tengo fe en que al final siempre nos reiremos juntos. Tengo la sensación de que nos reiremos de hoy dentro de unos años.

Hoy dentro de unos años. La forma en que lo dijo hizo que mis ojos se nublaran.

Entrelazando mis manos con las suyas, lo arrastré más adentro de los jardines, lejos del templo, hasta que encontramos refugio bajo un árbol de glicina olvidado. Allí, tomé su peineta de mi cabello y lo cepillé hacia abajo para aflojar uno de los hilos de cuentas que colgaban contra mis mejillas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Takkan.

—Quitando las cuentas —dije, mis dedos trabajando hábilmente —. Ellos habrán limpiado el templo, así que no podemos volver. Pero eso no significa que no podamos terminar la ceremonia —Quité la última cuenta y mostré el hilo rojo desnudo en mi palma. Luego, al darme cuenta de lo que había dicho, me sonrojé—. Yo… preferiría aquí, de todos modos, que ese templo sofocante con todos los chismosos en la corte mirando.

Takkan sonrió ante mi lenguaje blasfemo.

—¿Estás segura de que quieres vincular tu destino al mío? —

cuestionó—. ¿Un lord de tercer rango de un páramo tan al norte que el sol no es más que un guijarro en el cielo?

Mis mejillas se calentaron de vergüenza. Esas fueron mis palabras.

—No quise decir eso.

La diversión bordeaba su voz.

—Lo sé.

—Takkan…

—Tus hermanos me advirtieron que una vida contigo significaría muchos golpes a mi orgullo. Pero mi amor por ti es mucho más grande que el orgullo, Shiori. Mucho más grande que cualquier cosa —Inclinó la cabeza y me sostuvo con una mirada tierna—. Ahora, ¿qué dijiste sobre terminar la ceremonia?

Era la magia más profunda cómo Takkan podía alejar toda la oscuridad que plagaba mi mente. Cómo convertía la vergüenza que calentaba mis mejillas en alegría, y cómo esa alegría irradiaba por todo mi cuerpo, filtrándose por los poros y el cabello hasta que podría haber rivalizado con el sol en mi brillo. Incluso mi interior estaba radiante.

Desenrollé el hilo rojo en mi mano y lo miré a los ojos.

—Rodéate de aquellos que te amarán siempre —comencé—, a través de tus errores y tus faltas. Haz una familia que te encuentre más bella cada día, incluso cuando tu cabello se vuelva blanco con la edad. Sé la luz que hace brillar la linterna de alguien.

Esas habían sido las palabras de Raikama para mí, un último deseo para mi felicidad.

Con mucho cuidado, comencé a enrollar el hilo alrededor de su muñeca.

—Así es como Imurinya se unió al cazador para que pudieran viajar a la luna juntos, ¿lo sabías?

Una pregunta tonta. Por supuesto que lo sabía, Takkan era un estudioso de los cuentos.

Enrollé el hilo alrededor de él una, dos, tres veces.

—Te ato a mí, Bushi'an Takkan. No porque me lo pida mi padre o mi madrastra o mi país, sino porque *yo* deseo hacerlo. Siempre te elegiría a ti. Eres la luz que hace brillar mi linterna.

Hice un nudo. Entonces Takkan tomó el hilo y anudó el otro

extremo alrededor de mi muñeca.

—Te ato a mí, Shiori'anma —dijo—. Que nuestros hilos estén siempre anudados mientras sobrellevamos la alegría y la tristeza, la fortuna y la desgracia, y pasemos nuestros años desde la juventud hasta la vejez. Somos de un solo corazón, unidos por el honor y un solo espíritu, ya sea en la tierra o en el cielo. Desde ahora hasta diez mil años en adelante.

Incliné su barbilla hacia mí.

—Y ahora, ¿no tienes una promesa que cumplir?

Con un paso, eliminó la brecha entre nosotros, y luego sus labios cayeron sobre los míos en un beso. No un beso rápido y tímido en la mejilla o la frente, como le había dado en el pasado. Ni siquiera el tierno beso que había puesto en mi nariz la noche anterior. Un beso real, de labios a labios y aliento a aliento, que hizo que mis rodillas chocaran y el mundo se tambaleara, tal como sabía que sucedería.

Me puse de puntillas inconscientemente mientras Takkan me acercaba, nuestros brazos enredados y los dedos entrelazados, todavía atados por la ceremonia. Nos besamos una y otra vez, hasta que nos emborrachamos el uno con el otro y los dedos de nuestros pies dejaron profundas huellas en la tierra y pétalos de glicina púrpura coronaron cada centímetro de nuestras cabezas.

—Tu destino está ligado al mío ahora —susurré, mis labios contra los suyos—. Tu corazón es mío, y donde estés es mi hogar. Lo que sea que enfrentemos, lo enfrentamos juntos.

—Juntos —repitió con firmeza—. Siempre.

Takkan era el final de mi hilo. No importaba lo lejos que vagara mi cometa, siempre encontraría el camino de regreso a él. Y aunque lo imposible aún nos esperaba, mi corazón descansó un poco más tranquilo sabiendo que nunca lo dejaría ir.

Capítulo Veintiocho

A pesar de lo que deseaba, Takkan y yo no podíamos escondernos en los jardines para siempre. Tarde o temprano tendríamos que hacer frente al palacio. Por una vez, elegí ir primero, y Takkan fue a buscar a Gen, quien aún no había enviado noticias desde las montañas.

¡Ahí estás!, dijo Kiki, revoloteando sobre mi cabeza cuando salí a los senderos de los jardines. *Tus hermanos te están esperando en la Corte de las Libélulas. Han preparado una explicación que… ¡Shiori! ¡Ese es el camino equivocado! ¿A dónde vas?*

—A ver a mi padre.

¿No está enojado contigo?

Vacilé.

—Voy a averiguarlo —Toqué el ala de mi pájaro—. Tú te quedas. Es algo que tengo que hacer sola.

El santuario de mi madre estaba en la esquina noreste de los jardines imperiales, rodeado de sauces. Esta era la parte más tranquila de los terrenos del palacio, y muchos asumían que no respetaba a mi madre porque no la visitaba a menudo, pero no era eso. Llegar a este lugar era como reabrir una vieja herida.

Padre ya estaba allí, subiendo las escaleras de madera. Pálidos rayos de sol brillaban sobre su espalda, y cuando nuestras sombras se superpusieron, él no me reconoció.

—¿Puedo unirme a ti? —pregunté.

Levantó la vista, con su expresión de cautela. Confiaba en que Hasho le hubiera ofrecido alguna explicación por mi abrupta partida en la ceremonia, pero aún parecía disgustado. Y con razón.

—¿Por favor, padre? —dije suavemente.

Finalmente, él asintió.

Lo seguí hasta el santuario. Hacía fresco adentro, a pesar de la puerta abierta y el calor de la tarde. Estandartes color marfil colgaban de las vigas, deseando a mi madre un viaje seguro al cielo. Había tres sacerdotisas cuidando el fuego del santuario, un pozo en llamas que ardería para siempre en la memoria de la emperatriz. Cuando nos vieron, hicieron una reverencia y obedientemente arrastraron los pies

afuera.

Detrás de la ofrenda de arroz, oro y vino en el altar, había una estatua de madera de mi madre. Mi padre me decía a menudo que me parecía a ella, pero yo veía poco parecido, excepto por nuestro largo cabello color ébano y nuestras barbillas puntiagudas. Sus ojos eran redondos y amables. Los míos eran agudos, desafiantes.

Mi padre se inclinó profundamente ante la estatua y murmuró sus oraciones.

Yo también hice una reverencia, pero no importaba lo mucho que lo intentara, no podía pensar en ninguna palabra para mi madre. Los pocos recuerdos que tenía de ella ni siquiera eran reales. Raikama los había plantado en mi mente para traerme paz y felicidad, pero ahora que sabía la verdad, solo sentía remordimiento.

—¿Cómo era ella? —pregunté cuando se levantó mi padre.

Era una pregunta que siempre había desviado diciendo algo vago, como, “Era muy amable. Muy hermosa”.

Esperaba lo mismo hoy, pero Padre hizo una última reverencia ante el altar. Luego respondió, impreciso:

—Ella odiaba el incienso porque le daba sueño. Una vez, se quedó dormida durante la ceremonia de nombramiento de Andahai.

—¿En serio?

—Sí —Padre se giró hacia las escaleras—. Se parecía más a ti de lo que crees.

El reproche trajo una punzada a mi pecho.

—Lamento lo que pasó esta mañana. Mi comportamiento fue… imperdonable.

Él se detuvo abruptamente.

—Es una suerte que Bushi'an Takkan sea un hombre paciente. Un buen hombre. Porque no puedo nombrar a ningún otro que te tomaría, princesa o no, después de haber deshonrado a su familia de esta manera.

Bajé la cabeza, soportando la reprimenda. Quería argumentar que no había deshonrado a su familia tanto como antes. Después de todo, había salido *con* él. Sabiamente, guardé mis pensamientos para mí.

—Me decepcionaste, hija. Esperaba que tuvieras un mayor sentido del deber. Sobre todo después de todo lo que ha pasado contigo y tus hermanos.

Su pausa fue deliberada, dándome un momento para estremecerme.

—No te reprenderé más en el santuario de tu madre —Padre cruzó los brazos, las mangas largas dobladas para no barrer el suelo sagrado—. Todo lo que diré es que planeaba enviarte lejos como castigo, pero tus hermanos me rogaron que lo reconsiderara. En cualquier caso, no es mi perdón el que debes buscar, sino el de Lord Takkan.

Miré hacia arriba, tal vez un poco demasiado ansiosamente.

—Sí, Padre. Por supuesto que tienes razón.

Mi amabilidad lo hizo fruncir el ceño.

—Palabras raras de mi única hija. ¿Deduzco de tu anterior... huida, que ya hablaste con él?

Cuando asentí con cuidado, dejó escapar un carraspeo.

—Que los dioses recompensen al joven Takkan por su paciencia —Un suspiro—. Vamos. Camina conmigo por los jardines antes de que el resto del palacio descubra que estamos aquí.

El sol poniente iluminaba las copas de los árboles, pintándolas de un rojo salvaje. Saboreé la vista, sabiendo que desaparecería en cuestión de minutos. Luego tragué, preguntándome si mi padre solía caminar por este camino con mi madre.

—¿La extrañas? A mi madre.

—Tu madre estaba ligada a mí por Emuri'en. Si los dioses son amables, la encontraré de nuevo cuando ascienda a los cielos.

—Ojalá la hubiera conocido mejor.

Padre siguió caminando, y pensé que sería el final del tema, hasta que se detuvo en el puente de madera sobre un estanque de carpas.

—Tu madre era terca, como tú, y muchas veces impertinente, como tú. Pero ella siempre consideraba a los demás antes que a sí misma. Cuando enfermó, juré no volver a casarme nunca más. Ella no quiso oírlo. Quería que crecieras con una madre. Incluso si eso significaba que la olvidarías.

Un nudo se hinchó en mi garganta, haciéndome difícil hablar.

—Por eso te volviste a casar.

—Mi matrimonio con tu madrastra no fue un matrimonio por amor, pero éramos amigos. Ver que mis hijos se apegaban a ella, y ella a ellos, alivió un poco el dolor de perder a tu madre. También ayudó a tu madrastra.

—Ella también estaba de duelo —murmuré—. Por su hermana.

—¿Ella te dijo eso?

—Sí, antes de que muriera —dije con voz espesa—. ¿No te pareció extraño que nunca hablara de su pasado, que ni siquiera tuviera un nombre?

—Tenía un nombre cuando la conocí, pero ella quería olvidarlo. Su vida en casa no fue feliz. La conocí solo porque su padre estaba tratando de casarla en una…

—Una ceremonia de selección —murmuré.

—Sí —Mi padre pareció sorprendido de que lo supiera, y desvié la mirada mientras él continuaba—. Reyes y príncipes que habían oído hablar de su belleza se reunieron en Tambu con ofrendas de joyas y oro. Al principio, yo también fui. Escuché que era amable y compasiva, y esperaba encontrar una nueva madre para ti. Pero el concurso me inquietó, así que me fui.

—Entonces, ¿cómo llegó ella a casarse contigo? —pregunté.

—Es una larga historia —respondió Padre—. El concurso duró muchos meses, provocando discordia entre los pretendientes. Uno de los grandes reyes de Tambu temía que estallara una guerra. Me pidió que volviera para ayudarla a tomar una decisión. Cuando la volví a ver, estaba de luto por su hermana. La pobre niña murió poco después de que comenzara la selección.

Levanté la cabeza, mi respiración se volvió superficial.

—¿Alguna vez la conociste?

—Una vez —dijo el padre—. Pero no lo recuerdo bien. A tu madrastra nunca le gustó hablar del pasado. Especialmente no sobre su hermana.

Me aleje, sintiendo que Raikama tenía algo que ver con los vacíos en la memoria de mi Padre. Pero luego volvió a hablar.

—Lo que sí recuerdo es que tenía los ojos más solitarios que jamás había visto —La voz de Padre se desvaneció, como si estuviera borrando recuerdos—. Y tenía una serpiente a su lado. Siempre supuse que por eso tu madrastra encontraba consuelo en las serpientes. Porque le recordaban a su hermana.

Me dolía el pecho y tuve que apartar la mirada, fingiendo estar obsesionada con una abeja melífera que revoloteaba de flor en flor. Había tantas cosas sobre Raikama que Padre no sabía. Un día, tal vez, le diría que ella había sido una hechicera poderosa, que ella había sido la que nos envió a mis hermanos y a mí para protegernos del Señor Yuji y Bandur, pero nunca le diría toda la verdad. El último de los secretos de mi madrastra moriría conmigo.

Que era la hermana perdida con quien se había casado Padre. Y su nombre había sido Channari.

—Nuestro dolor nos unió —dijo en voz baja, continuando con la historia—, y nos hicimos cercanos. Una noche, la noche anterior a la elección de su marido, me hizo una pregunta peculiar: si realmente no había magia en Kiata.

A pesar del dolor en mi pecho, me incliné hacia adelante. Papá nunca me había dicho esto.

—Cuando dije que era cierto, me explicó que había sido la magia lo que había matado a su hermana y que deseaba alejarse lo más posible de ella. Me dijo que había decidido elegirme a mí, si consideraría renovar mi cortejo —Inhaló—. Era lo último que esperaba.

—¿Qué dijiste?

—Le dije que cien de los soberanos de Lor'yan habían pasado meses declarándole su amor eterno —Se rio en silencio—. Le dije que debía elegir a uno de ellos, porque mi corazón pertenecía a la madre de mis hijos. Pero su mente estaba decidida. ‘Las fracturas en nuestros corazones nunca sanarán’ —dijo—. ‘Pero busco hacer el mío completo de nuevo. No es un amante o incluso un esposo quien puede hacer eso, sino una familia. Seamos familia el uno para el otro’. Cumplió su palabra —dijo Padre—. ¿Recuerdas que cuando la conociste la llamaste Imurinya?

—Porque brillaba —dije—. Como la dama de la luna.

—Eso fue lo más feliz que la había visto —El fantasma de una sonrisa tocó su boca antes de volverse solemne una vez más—. La ruptura que se produjo entre ustedes dos la hirió profundamente, Shiori. Ella te amaba. Mucho.

El calor inundó mi nariz y mis ojos.

—La extraño, Baba —dije a través del dolor en mi pecho.

Pocas veces lo llamaba Baba. Siempre se había sentido extraño, sabiendo que él era el Emperador de Kiata, un hombre venerado, amado y temido, incluso por sus hijos. Pero en este momento, él primero era mi padre y segundo el emperador.

En mi voz más baja, dije:

—¿Es terrible que extrañe más a Raikama que a mi mamá? Mamá tenía seis hijos que la conocían y la amaban. En mi corazón, yo también la amo, pero era demasiado joven para conocerla. Raikama... ella no tenía a nadie. Excepto a mí.

—Ella te amaba como si fueras suya. Eras la hija de su corazón.

Mi padre no podía saber que esas fueron las mismas palabras de Raikama para mí antes de que muriera. Mi autocontrol colapsó, y las lágrimas inundaron mis mejillas antes de que pudiera detenerlas.

Padre se inclinó sobre el puente, contemplando una carpa que mordisqueaba algas. Su voz sonaba lejana, pensativa.

—Ella lo eligió para ti, ¿lo sabías?

—¿Quién? —Parpadeé—. ¿Takkan?

—Yo había planeado casarte con un rey en el extranjero, o con uno de los hijos del Señor Yuji para fortalecer el apoyo de los señores de la guerra al trono. Tu madrastra luchó para que eligieras a tu pareja, pero el Consejo no lo permitió. Así que juró que tu matrimonio al menos te traería felicidad.

—Pensé que tenía la intención de enviarme lo más lejos posible de Kiata.

Mi padre me dio una sonrisa pálida.

—Me parece recordar que pensabas que Iro era el rincón más oscuro del mundo. ¿No fue hace solo unas horas que lo llamaste un páramo?

Me encogí hacia atrás con vergüenza.

—Supongo que *es* bastante lejos. Pero ¿por qué Takkan? Nunca vino a la Corte.

—Lo hizo, una vez. Ya te dije antes que Bushi'an Takkan no es el tipo de chico al que le iría bien en la Corte. Supongo que nunca expliqué lo que quise decir.

No lo había hecho, y había asumido que Takkan era un bárbaro sin tacto, un humilde lord de tercer rango. Qué equivocada había estado.

—A su padre nunca le ha importado el poder —explicó el emperador—. Algo que he llegado a valorar cuanto más tiempo reino. Lo mismo ocurre con Takkan. Incluso de niño, carecía del artificio necesario para encantar a la nobleza.

—Es demasiado honesto —dije secamente.

—Ciertamente —dijo Padre—. Un rasgo que me gustaría que compartieras.

Hice una mueca.

—Durante su visita, logró impresionar a tu madrastra.

—¿Raikama? —Fruncí el ceño, la mecha de mi curiosidad se encendió. Raikama había sido infamemente fría con los cortesanos—. ¿Cómo?

—Fue involuntario, estoy seguro. Una noche, los niños de la corte se reunieron a su alrededor. Sus padres les habían dicho que adularan su belleza, y así lo hicieron, pero ya sabes cómo eso irritaba a tu madrastra. Así que preguntó qué pensaban de la cicatriz en su rostro. Todos los niños mintieron que apenas la habían notado.

—Excepto Takkan —susurré. Takkan no mentiría, y la cicatriz de Raikama era lo primero que alguien notaba cuando la veías. Larga y llamativa, le había atravesado la cara en diagonal, pero ni una sola vez la ocultó ni bajó la cabeza avergonzada.

Padre asintió.

—No había dicho una palabra hasta ese momento, pero nunca olvidaré su respuesta. 'Si quisieras que te dijeran que eres hermosa, esconderías tu cicatriz. Pero no lo haces. Cuenta tu historia, una historia destinada solo a aquellos que son dignos de escucharla’.

—Oh, Takkan —murmuré. Traté de imaginarme el encuentro, de Takkan casi insultando a la consorte imperial, y Raikama sin dar ninguna pista de sus pensamientos—. Sus padres deben haber estado mortificados. Su madre, especialmente.

—Lo estaba —Padre se rio entre dientes—. Durante meses nos envió tapices de disculpas y una cantidad alarmante de conejos tallados en pino. Tu madrastra hizo que los tiraran todos. Así que imagina mi sorpresa cuando lo eligió para ti. Hasta el día de hoy, no sé por qué esas palabras le ganaron el cariño de ella.

Yo tampoco. La cicatriz de Raikama seguía siendo un misterio para mí.

—¿Por qué lo aceptaste?

—Confiaba en su juicio. Siempre estaba llena de secretos, pero con respecto a Takkan, hizo un caso convincente para él. Una vez que accedí a considerar al chico, me hizo prometer que no te lo diría. Ella sabía que no le darías una oportunidad.

—Tenía razón —susurré. Pero el destino había encontrado una manera de unirnos de todos modos. Me pregunté si Raikama sabía que sería así.

—La tenía —Padre caminó hasta el final del puente—. A menudo tenía una gran previsión. Cuando tú y tus hermanos estaban fuera, ella sintió que algún oscuro encantamiento había caído sobre ti, pero nunca perdió la fe en que regresarías a casa algún día.

La ironía de sus palabras debería haberme hecho estremecer, pero las creí. Raikama nos había maldecido a mis hermanos y a mí, exiliándonos a las afueras más lejanas del país, pero lo había hecho para protegernos. Cómo debió haberle dolido.

La voz de Padre se hizo baja.

—No deseo que te vayas de nuevo, pero no estás a salvo en Gindara —Hice ademán de hablar, pero me hizo callar con una mano —. No discutas conmigo, y ni siquiera hables de volver a las Montañas Sagradas.

Me mordí la lengua. Padre me conocía demasiado bien.

—Los soldados allí conocen los planes del Rey Demonio para ti. Si te ven cerca de la brecha, asumirán que ha invadido tu mente y te ha hecho prisionera.

Mis ojos volaron hacia arriba.

—¿Es eso necesario?

—Todas las precauciones son necesarias, Shiori. La gente te culpa por los ataques del demonio y el Concejo me presiona para que te expulse de Kiata.

Demasiado como para decirle a Padre que íbamos a robar el amuleto de Bandur y llevarlo a Lapzur. Mis hermanos tenían razón: no había ninguna posibilidad de que lo aprobara.

—Algo bueno puede salir de tu arrebato de hoy —dijo Padre—. La gente está confundida por lo que pasó, incluso los que estaban sentados más cerca de ti y de Lord Takkan. Asumirán que te estoy enviando a un templo para reflexionar sobre tu comportamiento.

—En realidad, iré a Iro —dije. Era una mentira que había practicado, pero mientras la decía ahora, mi voz se volvió ronca por la emoción—. El Castillo Bushian está bien protegido, y lo condené lo suficiente durante la ceremonia como para que nadie espere que vaya allí. Ni siquiera Hawar.

Padre consideró.

—Llévate a uno de tus hermanos por lo menos. Me sentiría más a gusto si uno te acompañara al norte. Hay muchos que te desean el mal, hija —Su voz se volvió tensa y supe que estaba pensando en Hawar y sus avispones amotinados—. Vete tan pronto como puedas.

Asentí con la cabeza y dije:

—Nos iremos mañana.

Era una mentira, por supuesto, y me odié por ello. Por hacerle pensar que me estaba enviando a Iro, a un lugar de santuario, cuando en realidad no podría estar más lejos de la verdad.

Yo *iba* a irme mañana. Solo que no estaba huyendo del peligro, estaba yendo directamente hacia él.

***

Fue un poco más tarde del anochecer cuando regresé a los terrenos residenciales. Mi estómago gruñó y estaba más que lista para comer. Irrumpí en el salón que mis hermanos y yo compartíamos, lista para gritar en sus habitaciones y convocarlos a todos para la cena, cuando vi a Takkan frente a mi puerta.

—Shiori —Me tomó del brazo—. Deprisa.

Mis labios se abrieron con sorpresa. Empecé a preguntar qué estaba pasando, pero Kiki salió volando salvajemente de mi habitación, mordiéndome el cabello y arrastrándome adentro.

¡Tenemos que darnos prisa!, lloró. *¡Hawar se lo llevó!*

—¿A quién? —dije, parpadeando con confusión—. ¡Kiki! ¿A quién se llevó Hawar?

Sin explicación, mi pájaro de papel se zambulló entre las grietas de mis puertas, todavía frenética.

Takkan y yo la seguimos, y mi corazón casi se detuvo.

El halcón de Gen acechaba afuera de mi ventana enrejada, un fragmento de espejo brillaba en sus garras arqueadas. Sus redondos ojos amarillos parpadearon y lanzó un fuerte grito cuando dejó caer el fragmento en mis manos.

El cristal estaba manchado de sangre y un fuerte presentimiento retorció mis entrañas.

—Gen —respiré—. Han arrestado a Gen.

Capítulo Veintinueve

El halcón se elevó hacia las nubes, donde se habían reunido una multitud de pájaros. Se agolpaban sobre la puerta suroeste, cerca de las mazmorras imperiales.

Gen realmente tiene afinidad por mi especie, comentó Kiki con aprobación.

—Sí, y por la forma en que están gritando, parece que está en problemas —dije mientras la arrojaba por la ventana.

—Trae a mis hermanos —le instruí—. Encuentra a Benkai primero —Mi segundo hermano pronto sería alto comandante, y todos los centinelas, soldados y guardias estaban bajo su autoridad—. Takkan, ven conmigo.

Una gran tropa custodiaba las mazmorras. Un músculo irritado hizo tic en mi mandíbula cuando vi al Ministro Principal Hawar, rodeado por un puñado de centinelas de mi padre.

—Libera al niño —exigí.

—Mis disculpas, Princesa Shiori —dijo Hawar con una breve reverencia—. ¿Supongo que te refieres al hechicero? Lamentablemente, está detenido.

—¿Bajo qué cargo?

—El niño fue encontrado lanzando magia oscura sobre la brecha —respondió Hawar—. Por lo que sabemos, podría estar en convivencia con los demonios de las Montañas Sagradas para hacerle daño, Su Alteza.

Mis fosas nasales se ensancharon.

—Sabes que eso es mentira. Gen vino aquí, fue *invitado* aquí, para ayudar. Yo soy la que lo envió a la brecha.

—Entonces eso es muy desafortunado —dijo Hawar—. Su padre *y* el Príncipe Benkai han dejado en claro que el área está restringida. Si desea impugnar sus órdenes...

—Mi hermano ya está en camino —dije, enojada.

—Espero que se dé prisa. Lamentablemente, no puedo garantizar el bienestar del joven hechicero.

Cerré los puños.

—Si lo has lastimado…

—Nos esforzamos por tratarlo con la mayor amabilidad, Su Alteza, pero el niño dio una gran pelea.

Otra mentira.

—¿Qué pelea podría oponer un niño de trece años contra un regimiento de guardias imperiales entrenados?

—Mira por encima de ti —dijo Hawar sedosamente—. Incluso ahora, él hace magia poderosa.

—¡Son solo pájaros! —escupí. Me enfrenté a los centinelas esparcidos entre la multitud—. ¿Hawar los tiene a todos en su bolso? ¿Qué pasó con su lealtad a la familia imperial?

—Los centinelas están bajo juramento de proteger a Kiata ante todo —respondió Hawar—. Kiata está bajo amenaza.

Takkan agarró al primer ministro por el cuello.

—Deja que la princesa entre en la mazmorra. Ahora.

Tomado por sorpresa, Hawar se agitó y golpeó con su abanico la cabeza de Takkan.

—¡Suéltenme de una vez! ¡De inmediato, Bushi'an Takkan! ¿Cómo te atreves? ¡Tu padre se enterará de esto! Haré que toda la corte denuncie a tu familia…

Takkan había tenido suficiente. Agarró el abanico del ministro y lo partió por la mitad con una mano.

—Ya has dejado claro lo que piensas de mi familia —dijo con frialdad—. ¿Dices que el norte está lleno de brutos y bárbaros? —Dejó caer el abanico roto para poder desenvainar su daga, y empujó su hoja contra el bulto que se tambaleaba en la garganta del ministro—. Estoy

feliz de probar tu punto. ¡Ahora deja que Shiori entre!

Fue lo más inteligente que jamás había visto hacer a Hawar: sacudir los dedos para pedirles a los guardias que se hicieran a un lado. Entré en la mazmorra.

—¿Dónde está el hechicero? —exigí. Uno de los guardias señaló las escaleras. Bajé corriendo y encontré a Gen en la primera celda a mi izquierda.

El rostro del niño estaba magullado y ensangrentado, su nariz rota nuevamente. Yacía en un lecho de paja, su cabello negro era un desastre. Cuando me vio, levantó una mano y me saludó, un saludo y una confirmación de que estaba vivo.

—Y todo el mundo dice que *yo* tengo un don para meterme en problemas —dije, ayudándolo a levantarse—. Tú no eres mucho mejor yo.

—Los problemas siguen al poder —murmuró, tocándose la nariz para evaluar el daño. Gimió—. Maldita sea, no pude terminar de curarme, y ahora el puente va a estar torcido para siempre.

—Este no es el momento de ser vanidoso. ¿Puedes caminar?

Dejó escapar un gemido, pero asintió.

—Eso fue inteligente, invocar a los pájaros —Traté de animarlo con una sonrisa—. Kiki quedó impresionada.

—Sabía que lo estaría —Fue todo lo que dijo Gen.

Afuera era un pandemónium. Mientras yo estaba en la mazmorra, Kiki había liderado el ejército de pájaros contra Hawar y sus hombres. Las águilas y los halcones golpeaban a los soldados, y los cuervos picoteaban la nariz y las orejas de Hawar. El primer ministro recurrió a recoger un balde de madera del suelo para protegerse la cara mientras corría en busca de un escape.

Son solo pájaros, dijo Kiki, imitando lo que le había dicho a Hawar. Su pecho de papel se hinchó con orgullo. *No creo que puedas usar esa excusa nunca más.*

—Espero no tener que hacerlo —respondí, pero le di unas palmaditas en la cabeza con cariño—. Bien hecho.

Me gustó bastante dirigir un ejército, dijo Kiki. *Podría hacerlo de nuevo. Podríamos usar más alas.*

Se fue volando justo antes de que llegaran Benkai y sus hombres. Deseaba poder quedarme y escuchar a mi hermano regañar a los guardias de la mazmorra, pero Gen necesitaba ayuda. Ignorando las

protestas del chico, Takkan y yo lo llevamos a la enfermería por vendajes, luego a las cámaras de Takkan para ropas nuevas y algo de descanso.

Pilas de libros, pergaminos y papeles estaban esparcidos por el piso de madera, y pinceles de escribir sin lavar estaban esparcidos por todo su escritorio. Le envié a mi prometido una mirada curiosa. Sus habitaciones en Iro habían estado obsesivamente limpias.

—He estado investigando —Fue la tímida explicación de Takkan.

—¿Demonios? —preguntó Gen. Levantó uno de los pergaminos y hojeó su contenido—. El conocimiento de Kiata sobre el tema está lamentablemente desactualizado.

—Afortunadamente, te tenemos a ti —le dije, dejándome caer sobre un cojín.

Gen dejó el pergamino.

—No pude conseguir el amuleto —dijo finalmente—. Me acerqué, pero luego… —Vaciló. El fracaso era obviamente un golpe a su orgullo—. Luego me dio miedo.

—¿De los centinelas? —preguntó Takkan.

Gen se burló.

—Ellos apenas me notaron —Su voz se hundió—. Pero Bandur lo hizo.

—¿Está dentro de la brecha? —pregunté.

—No te preocupes, no le dije nada —dijo Gen rápidamente—. Estaba bien alejado de la brecha antes de que pudiera alcanzarme. Supuse que tus centinelas eran un mal mucho menor. No sabía que su primer ministro los tenía en el bolsillo.

Me estremecí.

—No creo que Padre lo supiera, tampoco. Lo siento, Gen. No debería haberte pedido que fueras.

—Mejor enfrentarme *yo* a Bandur que uno de tus hermanos —dijo—. Además, ahora sé exactamente dónde está el amuleto. Recuperaste el espejo, ¿no?

—Tu halcón lo entregó —respondí, sacando el fragmento de mi bolso. Tenía tanta prisa por salvar a Gen que ni siquiera me había tomado el tiempo de limpiar la sangre del cristal. Ahora veía que no era sangre en absoluto, sino un extraño polvo cobrizo que brillaba

débilmente en mis dedos mientras lo frotaba.

—Hay un pequeño hueco en la brecha que es diferente al resto —explicó Gen con cansancio—. La roca allí es más oscura, casi carmesí. Parece la pupila de un ojo. Según el espejo, el amuleto de Bandur está encajado bajo la capa de roca.

Ninguna simple roca podría impedirme derrotar a Bandur.

—Lo encontraré.

—No deberías ser tú quien lo haga —dijo Gen—. Eso es lo que él quiere. Te atraerá a las montañas y tomará tu perla.

Takkan había estado en silencio todo este tiempo, pero en el momento en que abrió la boca, supe exactamente lo que iba a decir.

—Qué pasa si yo… —Se detuvo abruptamente cuando vio mi rostro.

No te acercarás al amuleto, le informó mi mirada. *Ni siquiera pienses en ello.*

Takkan se retiró, pero sus labios estaban apretados en una línea delgada e inflexible. Esto no era el final de nuestra disputa.

—Quienquiera que tome el amuleto debe tener cuidado —continuó Gen, con los párpados caídos por el agotamiento—. Estar tan cerca de Bandur será una carga terrible. Masticará tu alma y te pesará.

—Gracias, Gen —dije, comenzando a sacar a Takkan de la habitación—. Mis hermanos y yo discutiremos esto mañana. Descansa un poco.

Antes de que el joven hechicero pudiera protestar, le cerré la puerta. Takkan y yo nos acomodamos en la habitación contigua. Suspiré.

—Así debe ser como se siente mi padre cuando se preocupa por mí.

—Yo lo vigilaré —dijo Takkan—. Me temo que no se puede confiar en los guardias de los príncipes. Ni en los tuyos.

—Gracias —Mis hombros cayeron, como si hubiera estado soportando el peso del mundo, y miré dentro a Gen. Estaba profundamente dormido, el pecho temblando mientras inhalaba y exhalaba.

—Ya no es seguro para él aquí —le dije a Takkan—. Voy a enviarlo a casa. Mañana a primera hora.

—No le gustará.

—No me importa —dije. Mi decisión estaba tomada—. Le pediré a Andahai que le alquile un barco. Saldrá desde el Lago Sagrado. En silencio —Se me ocurrió una idea—. Le diré a Padre que yo también estoy en el barco, en camino a Iro para mi exilio.

—En realidad, nos dirigiremos a las Montañas Sagradas —dijo Takkan, entendiendo mi plan.

—El momento es perfecto.

Estuvo de acuerdo.

—Dos pájaros de un tiro. Inteligente, Shiori.

Eso *era* inteligente. Pero la astucia no solía hacerme sentir tan culpable. Ojalá no tuviera que mentirle a Gen ni a mi padre.

Me sacudí el cargo de conciencia.

—Deberíamos hablar sobre el amuleto —dije, sintiendo que todavía estaba en la mente de Takkan.

Takkan se animó, asumiendo ingenuamente que había cambiado mi decisión.

—Debería ser yo quien lo consiga.

—Absolutamente no —dije en un tono que no admitía desacuerdo—. Te dije lo que vi en las aguas, y me prometiste que no serías temerariamente valiente.

—Esto no tiene nada que ver con ser temerario o valiente. Soy el único que puede hacerlo.

—Tengo seis hermanos —dije con firmeza—. Si yo no puedo ir, uno de ellos lo hará.

—Serán grullas —argumentó Takkan—. ¿Cómo pueden proteger el amuleto de Bandur?

—Tienen experiencia con la magia. Tú no.

—No veo cómo eso es relevante.

—Es extremadamente relevante —dije con más convicción de la que podía explicar. Dioses, había olvidado lo tercos que podíamos ser los dos.

Extendí la mano para tocar su brazo.

—Confía en mí.

Soltó una exhalación tranquila.

—Confío en ti —dijo—. Aunque la última vez que alguien pidió mi confianza, me lanzaron una bola de nieve en la cara.

Lo dijo tan inexpresivo que parpadeé.

—¿Megari?

—¿Quién más?

Me reí, imaginando a su hermana llevándose uno de sus estados de ánimo severos con una bola de nieve certera. Megari y yo éramos de la misma clase, almas sabias pero maleadas.

—No es de extrañar que seamos tus personas favoritas.

—Así es —respondió con una sonrisa—, aunque mi hermana a menudo hace que me arrepienta.

—No lo haré —juré—. No tengo bolas de nieve bajo la manga. Solo…

—¿Pájaros de papel?

Sonreí.

—Solo pájaros de papel.

Mi mano todavía estaba en su brazo, y Takkan la tomó, entrelazando mis dedos con los suyos. En ese simple gesto, nos reconciliamos. Y aunque el silencio entre nosotros crecía, encontré fuerza en las palabras que dejamos sin decir.

***

Gen se veía mucho mejor al día siguiente. Paseó junto a Takkan y a mí, el viento alborotando sus rizos, un toque de quemadura de sol en sus mejillas. Si tenía alguna idea de que yo estaba tramando algo, no dijo nada. Lo cual me preocupaba. Me había acostumbrado a su charla incesante.

—¡Shiori! —gritó Hasho mientras nos acercábamos al Lago Sagrado—. ¿Todas esas galletas en el desayuno convirtieron tus piernas en gelatina? ¡Te hemos estado esperando!

Mis hermanos estaban reunidos en fila. En cada uno de sus rostros había una variación de la misma sonrisa orgullosa, y cuando me acerqué, se separaron para revelar su creación.

—Mira —declaró Yotan, señalando detrás de él—. ¡Está terminado!

¡Era una canasta voladora!

En su mayor parte redonda y con la forma de una gran cesta de pesca, parecía mucho más resistente que la vieja canasta que habíamos llevado al Monte Rayuna: sus lados estaban construidos con un simple tejido de tiras delgadas de bambú, mientras que la base estaba reforzada con tablones de cedro.

—Es hermosa —suspiré—. Parece dura, también.

—Aún no has visto la mejor parte —dijo Yotan—. ¡Gen!

Justo en el momento, el joven hechicero gritó:

—¡Vuela!

Seis cuerdas ricamente tejidas salieron disparadas desde el interior de la canasta, sus extremos se elevaban hacia el cielo y se doblaron con el viento.

Aplaudí, maravillada. Entonces eso era lo que Qinnia había hecho con todas esas túnicas de seda.

—¡Es una cometa!

Gen sonrió.

—Me recuerda al pulpo de Solzaya.

Veía el parecido, ahora que lo mencionaba, y me hizo reír.

—Nos imaginamos que este año no habría Festival de Verano —dijo Hasho—, y *es* tradición para nosotros hacer una cometa juntos. Te hemos esperado para hacer el último nudo —Me pasó una cuerda de seda. El séptimo y último en ser atado a la canasta.

La solicitud fue un guiño a mi nombre, que literalmente significa “nudo”. Mi madre me había llamado así, sabiendo que yo era su séptima y última hija, la que uniría a mis hermanos sin importar cómo el destino nos separara.

Pasé mis manos por la tela roja tejida de la cuerda, reconociendo mi vieja túnica de invierno. Un par de ojos de grulla bordados se asomaron desde la seda, lo que me hizo sonreír mientras ataba el último nudo a la canasta. Entonces, después de una respiración, lo solté.

Como si tuviera alas, la séptima cuerda voló para unirse a las demás. Sabía que era la magia de Gen la que los transportaba, pero la vista aún me llenaba de asombro.

Levanté mis brazos al cielo, imitando las cuerdas y alcanzándola lo más alto que pude.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Hasho.

—Estirándome —dije—. Tomándome un momento para respirar y escuchar el canto del viento. Recordar lo que es estar en casa y disfrutar bajo un sol familiar.

Coloqué mis brazos a mis costados. Cerca de mis pies había una caja de suministros que había traído Wandei, y me agaché, recogiendo un puñado de pinceles. Lancé un pincel a cada uno de mis hermanos.

—La canasta se ve un poco simple —dije con un guiño—. ¿Qué tal si pintamos un poco, como en los viejos tiempos?

El resto de la tarde decoramos la canasta con diseños de cometas que habíamos construido juntos a lo largo de los años: una tortuga, un bagre, un zorro y un conejo. Y en el fondo de la canasta, Takkan escribió, con elegante caligrafía: *Siete nudos fuertes.*

Nadie dijo nada sobre demonios, sacerdotisas o perlas; realmente fue como un día en el Festival de Verano, excepto que sin toda la comida. No me importó. Simplemente estar de nuevo con mis hermanos, como habíamos estado antes de la maldición, era precioso.

En algún momento, Gen se retiró solo hacia el Lago Sagrado. Me disculpé con mis hermanos y lo seguí. Si Gen se dio cuenta, no se volvió. Siguió caminando a lo largo del lago, y bordeé la orilla para mirar debajo del agua.

¿Trajiste pasteles de arroz?. Casi podía escuchar a Seryu preguntando. *¿No? Entonces tendrás que esperar un poco más para verme, princesa.*

Su voz, su sonrisa, su habitual desdén, todo estaba en mi imaginación. Ningún cuerno de plata atravesaba el agua, ninguna cola serpentina brillaba con escamas esmeralda. No Seryu.

Apenas había estado de vuelta una semana, y ya mis días en Ai'long parecían toda una vida. Lady Solzaya, el Rey Nazayun y Elang eran poco más que un sueño. La amistad de Seryu, un recuerdo lejano. Me preguntaba si el de Gen también lo sería.

El niño había reclamado un lugar en la orilla y estaba arrojando guijarros al lago. Una, dos, tres veces saltaban.

Me acerqué a él.

—¿Buscando dragones?

El lago se onduló ante el sonido de mi voz, y Gen encontró mi mirada a través de nuestro reflejo.

—Aquí es donde conociste a Seryu, ¿no? —preguntó.

—Donde me salvó de ahogarme, sí. Después, nos reuníamos aquí

para recibir lecciones de magia.

—No parece que te haya enseñado mucho —Fruncí el ceño y Gen levantó las manos—. ¡Bromeo! Principalmente —Suspiró, jugueteando con el nuevo vendaje en su nariz.

—¿Qué pasa?

—Probablemente sea mejor que no me lleves a Lapzur. Para ser un gran hechicero, parece que necesito que me salven mucho.

Fue mi turno de suspirar, y tiré de él para que se pusiera de pie.

—Vamos, no sirve de nada deprimirse. Es una gloriosa tarde de verano, ni demasiado calurosa ni demasiado húmeda. Deberíamos disfrutarla.

Pateé suavemente sus espinillas, obligándolo a caminar a lo largo del lago.

—¿Por qué buscaste el reino de los dragones? Nunca terminaste tu historia, después de la parte en la que Elang te pidió que robaras el espejo de Solzaya.

Mi pregunta ganó una pequeña sonrisa de él.

—Empezó con un desafío —respondió Gen—. Nadie ha visto un dragón en siglos. Mis amigos en la escuela dijeron que ya no existían. Yo no estaba de acuerdo. Así que me desafiaron a sumergirme en el mar y traer pruebas de uno.

—¿Buscaste a Ai'long por un desafío?

—¡Por honor! —dijo Gen con garbo.

—Y una perla de dragón, si no mal recuerdo.

Gen hizo crujir los nudillos.

—Es una de las únicas formas de obtener poder sin hacer el juramento de un hechicero. Ningún hechicero ha sido capaz de adquirir una.

Bandur lo hizo, pensé. *Al menos por un rato.*

—Me tomó más de un mes planearlo —continuó—. Leí todos los libros que pude tener en mis manos, pero la mayor parte de lo que aprendí fue información errónea. Leí que comer algas blancas moldeadas bajo la luna llena te permite respirar bajo el agua.

—¿No es así?

—No lo suficiente para llegar a Ai'long, —dijo Gen—. Solo sangi puede hacer eso, y yo no sabía cómo hacerla. Así que até mis brazos a

los pies de una tortuga. Son lentas en la tierra, pero notablemente rápidas bajo el agua. Así fue como me encontré a Elang. El resto ya lo sabes.

Lo hacía.

—Se suponía que me enseñaría magia de dragón a cambio de ese maldito espejo —Una larga pausa—. ¿Seryu te enseñó algo útil?

—Solo un hechizo para dormir —respondí, mis ojos gravitando hacia el lago. Una flor de algas flotaba en la superficie, y yo seguía pensando que era el cabello de cierto dragón—. Todavía no lo he usado.

Gen miró hacia atrás, notando la distancia que habíamos recorrido respecto a los demás. Cogió otro guijarro y lo arrojó al agua, observándolo saltar tres, cuatro, cinco veces.

—Deberías haberlo usado conmigo anoche —dijo. Luego me miró con nueva intensidad—. ¿Cuándo viene el barco?

Me estremecí, delatándome.

—¿Qué barco?

—No le mientas a un hechicero, Shiori.

—Todavía no eres un hechicero.

—Te escuché a ti y a Takkan hablando anoche a través de la puerta.

Por supuesto que lo hizo. Quería patearme a mí misma. En qué horrible mentirosa me había convertido.

Gen se cruzó de brazos.

—Déjame quedarme, al menos hasta que tengas el amuleto de Bandur. Ninguno de *ellos* tiene magia —Hizo un gesto hacia Takkan y mis hermanos junto a la canasta—. Necesitarás mi ayuda.

No me dejaría influir.

—Ya has hecho suficiente por nosotros, Gen. Más que suficiente. Nunca me perdonaría si Bandur te lastimara.

No dijo nada y se giró hacia el lago. Un barco con velas de color naranja brillante patinaba sobre el agua, su cabeza de dragón de madera nos miraba con una sonrisa tallada.

—Al menos es un barco impresionante.

—Mi padre cree que el barco es para mí —confesé—. Se supone que me llevará a través del lago hacia el mar de Taijin, a Iro.

—¿No debería la hija del emperador tener más de un séquito para despedirla?

—Es una despedida secreta —dije, pateando mis faldas. Eran demasiado largas, destinadas a usarse con sandalias de tacón en lugar de botas, pero su dobladillo abundante cubría mis pantalones muy bien.

—No estaba segura de tener la oportunidad de volver al palacio antes de esta noche —expliqué, palmeando la cartera redonda en mi cadera, del tamaño justo para transportar mi fragmento de espejo y la perla—. No te preocupes, no voy a enfrentarme a demonios con un vestido con mangas de farol.

—Me lo *estaba* preguntando —reflexionó Gen—. Bueno, espero que este barco realmente se dirija a algún lugar más cálido que Iro. Aunque supongo que un clima gélido es preferible al de un desierto.

—Mis hermanos lo alquilaron para llevarte a casa —vacilé al recordar que Gen no tenía casa, que su familia había muerto hacía mucho tiempo—, o donde quieras ir. Tus pertenencias ya están a bordo.

No me dio las gracias.

—Parece difícil de hundir —dijo en su lugar—. Tuve que encantar un bote camaronero para llegar a Gindara. Este será mucho mejor.

—¿No vas a dar pelea?

—Sé cuándo estoy vencido —respondió—. Eres más astuta de lo

que pensé, Shiori. Si peleara contigo ahora, lanzarías el hechizo para dormir de Seryu sobre mí.

Hice mi característico giro de labios, pero no lo negué.

—Supongo que *es* útil.

Gen gruñó con una nota de respeto a regañadientes.

—Tu magia es más grande de lo que parece.

—Gracias —dije sarcásticamente.

—La animación de Kiki es particularmente impresionante, y supongo que podrías realizar algo de telequinesis con facilidad, tal vez incluso resucitar una flor muerta o un árbol. Pero podrías hacer mucho más... Podrías estudiar con los maestros y beber la sangre de las estrellas, convertirte en una verdadera hechicera. Kiata necesitará encantadores ahora que la magia está volviendo a despertar. Podrías ser la primera.

Odié el destello de tentación que se encendió en mi interior, un aleteo en mi estómago por querer algo que sabía que no debía. Había probado la magia muchas veces. Podía ver cómo sería fácil anhelar más, creer que me habían dado un regalo para hacer algo bueno por el mundo. Ahora deseaba tener más, lo suficiente para sellar las montañas y enviar a Bandur tan lejos que ni siquiera *recordara* Kiata.

Negué con vehemencia con la cabeza.

—Si me hubieras preguntado hace un año, habría dicho que sí. Habría huido para convertirme en una hechicera para poder ver el mundo y vivir lo suficiente como para presenciar el paso y la llegada de nuevas eras. Pero tengo a mi padre y a mis hermanos, mi patria. Quiero pasar mis días aquí, con ellos —Mi voz se suavizó—. Me gustaría vivir una vida tranquila. En algún lugar del norte con mucha nieve.

—¿Como Iro? —Gen sonrió a sabiendas—. Yo nunca sería feliz con una vida así. Nací para convertirme en un hechicero, para ayudar a los grandes líderes y hacer grandes cosas. Voy a ser una leyenda.

—Pero en mil años, todos los que conoces se habrán ido. Verás morir a todos tus seres queridos.

—No tengo a nadie querido para mí.

—Es posible que algún día lo tengas.

Gen se burló.

—Los hechiceros no se enamoran.

No había nada que pudiera decir que lo convenciera. Reconocía el brillo obstinado en sus ojos, el movimiento de su mandíbula. Él cometería sus propios errores, al igual que yo.

Todas las leyendas tienen una chispa de verdad —Fue todo lo que pude decir—. A veces más que una chispa. No olvides quién eres

en el camino a convertirte en una.

—Gracias, *Tía* Shiori. No lo haré.

A pesar de su tono frívolo, Gen se dirigió hacia el bote.

—¿Qué es? —pregunté.

Su largo flequillo negro cayó sobre sus ojos, y de repente se puso pensativo.

—El precio del juramento de un hechicero es uno que solo unos pocos están dispuestos a pagar. Yo también tuve seis hermanos, como tú, una vez. Ellos no se preocupaban por mí ni la mitad de lo que los tuyos se preocupan por ti, pero si todavía estuvieran vivos... me pregunto si yo también buscaría una vida tranquila.

Sonaba tan viejo. Por otra parte, ya había visto más de lo que la mayoría vería en diez vidas.

Le di un codazo.

—Vamos, vamos a llevarte al barco.

Gen no había terminado.

—La guerra es algo terrible —murmuró—. Tal vez incluso peor que los demonios. Rezo para que encuentres una manera de salvar a Kiata de ambos.

—Yo también rezo.

Juntos, nos acercamos a la orilla del lago donde esperaban mis hermanos y Takkan. Gen se despidió de cada uno de ellos, luego hizo una pausa antes de despedirse de mí.

—Enséñame ese hechizo para dormir antes de irme. Lánzalo sobre mí.

—¿Ahora?

—Si no puedo probar que estuve en Ai'long, alguna magia de dragón tendré que hacer —Se encogió de hombros—. Además, detesto los barcos y no sé nadar mucho. Prefiero estar dormido de todos modos.

—Es fácil —dije, recordando las instrucciones de Seryu—. Todo lo que haces es tocar a alguien en la frente y tener pensamientos somnolientos.

—¿Eso es todo?

—Bueno, el dragón dijo que también ayuda si no se espera el hechizo.

Gen resopló.

—Supongo que no va a funcionar conmigo, entonces. Tal vez deberías probar más tar…

No llegó a terminar su frase. Mi mano salió disparada para tocar su frente. Cuando sus talones se balancearon hacia atrás, Takkan lo atrapó limpiamente y lo llevó a bordo del barco.

No lo seguí. Mis pies estaban enraizados en su lugar, anclados por la repentina pesadez en mi pecho. Primero Raikama, luego Seryu, ahora Gen. Me había despedido demasiado últimamente, y cada uno de ellos era un peso en mi fibra sensible.

—Te ves más triste que el chico —observó Takkan mientras regresaba del barco.

Si tan solo hubiera esperado un momento más, me habría recuperado. Pero cuando me volví hacia él, mis ojos estaban hinchados por contener las lágrimas.

Mis palabras salieron crudas, sin sonido. *Quédate conmigo.*

Takkan entendió de inmediato. Deslizó un brazo alrededor de mis hombros y me abrazó.

—No te voy a dejar. Lo prometo.

Sabía que él lo creía. Después de todo, las hebras del destino de Emuri'en nos unían. Hilos que trascendían tiempo y lugar, anudándonos de una vida a otra.

Pero los hilos se pueden cortar, y los hilos del destino no eran una excepción.

¿Qué era el caos sino un cuchillo que cortaba el tejido del destino?

Capítulo Treinta

El crepúsculo se deslizó sobre las Montañas Sagradas. La luna era una corona débil contra el cielo negro como el carbón, pero la brecha brillaba con un rojo profundo y visceral. Un claro recordatorio de que el Rey Demonio estaba adentro, esperándome.

Mi padre había difundido el rumor de que me iban a exiliar en secreto a Iro y dejé el palacio sin avisar, con todos mis hermanos fingiendo despedirme. Hasta ahora, nadie con quien nos encontráramos había preguntado dónde íbamos *realmente*. Pero alguien debió haber notado que nunca llegamos a los caminos y en cambio nos desviamos hacia los bosques.

Me agaché frente a un pino, mis dedos presionando ansiosamente la tierra húmeda mientras mis hermanos repasaban nuestro plan por última vez. Como el más rápido, Benkai subiría al ojo de la brecha y extraería el amuleto. Convocaría a Bandur, luego convertiría a mis hermanos en grullas y volaríamos a Lapzur.

Mis hermanos sonaban tan prácticos como los cocineros que cocinaban al vapor el barril de arroz diario. Como si nada pudiera salir mal.

Seryu me había advertido una vez que mis emociones afectaban mis habilidades, pero nunca había sido tan evidente como ahora. La magia chisporroteaba salvajemente bajo mis manos y pies, haciendo que hojas y briznas de hierba brotaran de la nada, luego se marchitaban al momento siguiente, como si no pudieran decidir si vivir o morir.

Cálmate, reprendió Kiki. *Nos vas a delatar ante los demonios.*

Escarmentada, junté mis manos en mi regazo. Todo lo que yo apreciaba estaba en juego esta noche.

—Debemos estar alerta —estaba diciendo Benkai—. Nos hemos convertido en enemigos del primer ministro, y sospecho que no cree que Shiori se haya ido a Iro esta tarde. Se convertirá en una molestia si nos encuentra aquí.

—Estaremos en guardia, comandante —dijo Wandei—. Shiori no pondrá un pie cerca de la brecha, ¿verdad, hermana?

Sacudí mi cabeza, entumecida.

—Bien —dijo Benkai—. ¿Entonces comenzamos?

Uno por uno, mis hermanos juntaron sus manos e inclinaron sus cabezas para mostrar su asentimiento. Pero cuando llegó el turno de Takkan, dejó su linterna.

—¡Takkan! —susurré, agarrando su manga mientras se levantaba—. Qué vas a…

—Déjame ir en tu lugar —dijo Takkan a Benkai—. Eres necesario para volar como una grulla. Si te pasa algo, Shiori nunca llegará a Lapzur.

Benkai miró mi mano en la chaqueta de Takkan.

—Hablas como si fueras prescindible —respondió—. No lo eres. Especialmente no para mi hermana.

Takkan no se daría por vencido.

—Bandur te atacará en cuanto sienta que vas tras el amuleto.

—Entonces seré rápido —dijo Benkai—. No se vea tan tenso, Lord Takkan. Mis hermanos y yo no somos ajenos a la magia oscura. Todo lo que te pedimos es que protejas a nuestra hermana.

Dicho esto, Benkai montó su caballo y se dirigió hacia la brecha. Kiki también había ido a reunir refuerzos emplumados para el viaje que tenían por delante.

Fui al lado de Takkan. Su mandíbula estaba tensa, y prácticamente podía sentir la frustración rodando por sus hombros. Pero no se quejó.

Mientras él y mis hermanos hacían ajustes de última hora a la cesta, me apoyé en el árbol y saqué el fragmento de espejo de mi cartera.

—Muéstrame a Benkai.

Fiel a su palabra, Benkai había sido rápido. Ya estaba escalando la montaña, manteniéndose en las sombras y moviéndose tan silenciosamente que ni siquiera sus soldados de abajo notaron su presencia. Recé para que el Rey Demonio tampoco lo hiciera.

—Date prisa —susurré mientras subía, usando su daga como un pico cuando no podía encontrar una grieta o punto de apoyo. Se mantuvo a un brazo de distancia de la brecha; su encantamiento arrojó un resplandor escarlata sobre él.

Con un gruñido, Benkai se acomodó en una cornisa a la mitad de la montaña y comenzó a buscar el amuleto. Contuve la respiración hasta que encontró la pequeña mancha de roca carmesí oscura: la pupila, como había dicho Gen. Allí, con todas sus fuerzas, clavó su daga en una fisura, y la tierra soltó un gemido.

Benkai trabajó rápidamente, tallando alrededor y dentro del ojo, buscando. Agarré el espejo, mis hombros se tensaron, hasta que finalmente, su hoja chocó contra el metal.

Mi hermano sacó su daga y metió todo su brazo dentro. Tiró. Una cadena tintineó y una astilla negra atravesó la roca carmesí.

Jadeé. ¡Eso era! El amuleto.

Recortó la brecha y tiró con más fuerza, pero el amuleto quedó enganchado en algo. A medida que cortaba más profundamente, un humo negro siseaba por la brecha.

Con un gruñido, el humo tomó la forma de un lobo. *¿Qué crees que estás haciendo, mortal?*

Para su crédito, mi hermano mantuvo la compostura. Tiró una y otra vez, pero el amuleto no cedió. Bandur se rio. *Atrapado, ¿verdad? Quizás necesites cortar más profundo.*

Antes de que Benkai tuviera la oportunidad, el demonio agarró la cadena oxidada de su amuleto. En el momento en que lo tocó, su cuerpo se solidificó en carne y hueso… y agarró a mi hermano por el cuello. *Ahora, ¿dónde está tu hermana?,* dijo con voz áspera.

Me puse rígida. Un escalofrío me recorrió la nuca y no me atreví a responder.

Shiori, sé que estás escuchando, se burló Bandur mientras Benkai luchaba contra él. Cada vez que mi hermano clavaba su daga en la carne del demonio, la niebla y la sombra curaban la herida en cuestión de segundos.

Ven a buscarme, princesa. Antes de que solo te queden cinco hermanos. El demonio presionó una garra afilada contra el pecho de mi hermano. *A ver si recuerdas cómo volar.*

Luego empujó a Benkai de la montaña.

El espejo se oscureció.

Me sentía demasiado enferma para gritar. Impulsivamente, salté para ayudarlo, pero Andahai dejó caer una mano pesada sobre mi hombro.

—No vayas a ninguna parte —dijo—. Reiji y yo lo encontraremos. Lo traeremos de vuelta. Prepárate para nuestra señal de lanzar la maldición.

Tuve que luchar contra cada instinto de discutir.

—Dense prisa —fue todo lo que dije.

Mientras Andahai y Reiji se dirigían a la brecha, abrí mi bolso, solo un poco, para devolver el espejo. Un fuerte zumbido salió de la perla y empujó el bolso con fuerza.

—¡Para! —dije, golpeando mi bolso y advirtiendo a la perla que se quedara quieta. Rayos desafiantes de luz salieron a través de las costuras y mis dedos—. Detente. Nos delatarás.

La perla no escuchó. Se retorció contra mi agarre y salió del bolso. Wandei trató de agarrarla, Hasho también. Takkan arrojó su capa sobre ella, pero la perla no se detuvo. Golpeó a Takkan y se disparó hacia los árboles.

Corrí tras ella, siguiendo su brillo mercurial hasta que se sumergió en la oscuridad. ¿Adónde iba? Había perdido el rastro, y me arrastré por el bosque hasta que me deslicé por una loma hacia un claro, prácticamente chocando contra ella.

—Te tengo —siseé, volviendo a meter la perla en la bolsa. Raikama tenía razón acerca de que tenía mente propia; mejor mantenerla bajo llave antes de que me metiera en problemas.

Tan pronto como cerré la bolsa, escuché el chasquido de una ramita detrás de mí.

Sucedió tan rápido que ni siquiera tuve tiempo de cerrar mis manos en puños. El brazo de un centinela se balanceó hacia mí, sus

guanteletes de metal silbando en el aire, y un momento después mi espalda crujía contra el pomo de su espada.

Caí al suelo.

***

Cuando abrí los ojos, era una prisionera. Cuerdas aseguraban mis muñecas y tobillos, y una docena de centinelas levantaban sus espadas, cercándome con sus hojas de acero. Por las muecas que tenían, parecían inquietos por sus órdenes, pero nadie se atrevió a hablar.

¡Estúpida, estúpida, Shiori! Apreté los dientes y pateé la tierra. Mi bolso no estaba, por supuesto. ¿Dónde había ido?

La única buena noticia era que Benkai estaba vivo.

Me habían plantado frente a él, a no más de diez pasos de distancia. Sus mangas negras estaban rasgadas y había nuevos rasguños en su orgulloso rostro, junto con hojas en su cabello. Un árbol debió haber amortiguado su caída.

Benkai *comandaba* el ejército. ¿Por qué sus propios hombres lo retendrían? ¿A quién había poseído Bandur esta vez?

Desenrollé mis dedos, deseando el más pequeño hilo de magia en mis cuerdas. Pero mi cabeza todavía rugía por el golpe en mi espalda, y el mundo giraba. No podía concentrarme.

—Me temo que tu liberación estaría en contra de la ley de Su Majestad, Lord Comandante —estaba diciendo alguien detrás de mí—. La única forma en que puedo explicar la presencia de tu hermana es que el Rey Demonio se ha apoderado de su mente. La tuya también, al parecer, ya que eres su cómplice.

Forcé mi cuello para encontrar al Ministro Principal Hawar de pie detrás de mí. Tenía las mangas largas dobladas hacia atrás para que la suciedad no manchara la seda prístina, y mi bolso colgaba de su muñeca. Lo sostenía lejos de él, como si contuviera langostas y huesos en lugar de una perla mágica.

Sus ojos eran claros. Bandur no residía en él. Aun así, deseaba poder quitarle la expresión de suficiencia de su rostro.

—Libéranos, Hawar —dijo Benkai—. ¿No temes la ira de mi padre?

—¿Debería? —respondió Hawar—. Tal vez podamos hablar con Su Majestad juntos.

En ese mismo momento, llegó un palanquín dorado y el emperador salió, su túnica blanca de luto contrastaba con la luz escarlata de la brecha. Los soldados se separaron para él mientras caminaba en mi dirección, la preocupación y la ira arrugando su frente.

—Padre —apelé—. Puedo explicarlo…

Mis palabras murieron en mi garganta. El aire se enfrió con un chasquido invisible y el humo salió silbando del bosque. Se posó sobre Padre y se deslizó alrededor de su cuello.

—¡No! —susurré. El pavor y el horror se enconaron en mis entrañas cuando Bandur se fusionó con la carne del emperador. *¡Bandur, no!*

Entonces mi padre parpadeó, y ya no era mi padre.

Bandur se rio de una forma en que mi padre nunca lo haría, la risa salió de su garganta en un lento y perverso redoble.

Ese no es el emperador Hanriyu, quería gritar. *¡Ese es el Rey Demonio!* Pero me mordí la lengua. Decisiones precipitadas me habían traído hasta aquí, y nadie me creería si decía que el demonio había poseído a mi padre. Ellos creían que *yo* era la poseída.

—Te advertí que no vinieras a las Montañas Sagradas —pronunció Bandur con la boca de Padre—. Los demonios quieren tu sangre, y vienes aquí, prácticamente ofreciéndosela. ¿Qué locura se ha apoderado de ti, hija? ¿Y hechizar a tu propio hermano para que se una a tu traición? —Miró a Benkai, todavía encadenado—. Debes aprender una lección.

La mirada del Rey Demonio me perforó, pero solo yo pude ver el rojo en sus ojos, burlándose de mí. *No parezcas tan afligida, Shiori. Te dije que no era tu único enemigo. Hawar hizo la mayor parte del trabajo.*

Sal de él, dije, hirviendo de ira. *Vete.*

Tengo que decir que me gusta bastante ser un emperador. El poder, el respeto… el efecto en ti. Obligó a los labios de mi padre a hacer una mueca. *Deberías haber visto su rostro cuando Hawar le dijo adónde habías ido. Él mismo condujo un carruaje aquí, preocupado de que pudiera salir y morderte.*

La rabia hervía en mi pecho, elevándose al rojo vivo. Me dolió contenerla, y apreté los dientes. Dejar que Bandur se burlara de mí no iba a hacer que me rindiera. Quería que hiciera un espectáculo frente a los centinelas. No volvería a caer en ese truco.

En cambio, me acerqué a mi padre directamente.

¡Padre!, grité en la mente de Bandur. *Padre, sé que estás ahí. Lucha contra él. No dejes que gane.*

La barbilla del emperador se levantó. Se enderezó y cuadró los hombros, sus ojos rodando perezosamente en mi dirección. No sirvió. Bandur era demasiado fuerte.

Pero no estaba dispuesta a rendirme.

—¡Padre! —grité, lanzándome hacia él—. ¡Detente!

Mientras me movía, el suelo tembló. Pequeñas rocas y guijarros se derramaron por la brecha, que brillaba más que antes. Los centinelas me alejaron del emperador, sus espadas ahora apuntaban a mi garganta.

Ya, ya, Su Alteza, se burló Bandur. *Debes controlar ese temperamento. Estás excitando a los demonios.*

—¿Ve cómo reaccionan las montañas ante su presencia? —gritó Hawar—. Es como le advertí, Su Majestad. ¡Está llamando a los demonios!

Bandur fingió estar conmocionado por mi ataque. Se tambaleó hacia atrás y cruzó sus largas mangas bordadas.

—Tiene razón, Ministro Hawar. Es hora de que le dé una lección a mi hija —Bandur imitó la sonrisa de Padre, dándole un sesgo travieso—. Es hora de regresar a casa, Shiori.

Todos los demás pensaron que el emperador me iba a llevar a casa, pero yo sabía lo que realmente quería decir Bandur. Los demonios esperaban adentro, su magia inquieta hacía temblar la tierra.

¡Shiori!, gritaban. *Shiori, has venido. Libéranos.*

Sonaban diferentes a como lo habían hecho en el pasado, casi como si estuvieran rogando. Pero no me conmoví; estas criaturas eran tan manipuladoras como su rey.

Y por las Cortes Eternas, Bandur *no* estaba llevándome de vuelta a la montaña.

Me preparé. El brillo rojo de los ojos de Padre ya se estaba

desvaneciendo, como dos ascuas en ceniza, y bocanadas de humo salían de sus fosas nasales. Bandur salió volando del cuerpo de mi padre en un torrente de sombras y humo, pero yo estaba lista. Mientras me agachaba, las cuerdas en mis muñecas cobraron vida, lanzándose hacia el primer ministro para arrebatarle la cartera de vuelta a mis brazos.

Abrí la bolsa y solté la perla. Flotó frente a mí, las fracturas irregulares a lo largo de su superficie oscura brillaron.

Bandur se rio. *Bien jugado, Su Alteza. Pero si usas esa perla conmigo, no te quedarán fuerzas para cambiar a tus hermanos.*

Soy más fuerte de lo que parezco, dije.

Quizás. ¿Pero lo es la perla?

Un grito de indignación vino del Ministro Principal Hawar. Bandur era invisible para él, así que todo lo que veía era a mí sosteniendo la perla en alto sobre el cuerpo inconsciente del emperador.

—¡Shiori'anma ha atacado al emperador! —gritó Hawar histéricamente—. ¡Mátenla! ¡Mátenla!

—¡Suficiente! —gritó Benkai, saltando. Andahai y Reiji lo sostenían a sus lados—. Arresten al Primer Ministro.

La mitad de los centinelas obedecieron a su comandante, pero la otra mitad siguió a Hawar. Sus espadas volaron, solo para chocar contra las cadenas de Benkai y aquellos leales a él.

Nunca había visto a mi segundo hermano en combate, y de repente entendí por qué los soldados peleaban para unirse a su mando. Las cadenas que lo ataban se convirtieron en un borrón de plata, derribando a todos los hombres en su camino. Ni siquiera el centinela más experimentado tenía una oportunidad.

Mientras todos están distraídos, tú vendrás conmigo, dijo Bandur, enroscando sus garras alrededor de mi muñeca.

Le lancé la perla, lista para invocar su poder. Entonces su cuerpo se estremeció, el humo chisporroteó de sus extremidades y cola. Bandur gruñó, pero siguió temblando.

—¡No la tocarás! —llegó un grito desde lo alto de la brecha—. Regresa aquí.

Tuve que entrecerrar los ojos para ver quién era, y mi corazón saltó alarmado.

Takkan.

Todo este tiempo había estado escalando la brecha, ¡y tenía el amuleto!

—¡Vuelve a mí! —gritó Takkan de nuevo.

Los ojos de Bandur se humedecieron de ira, pero no tenía elección. Se disipó en humo, y cuando el amuleto lo succionó hacia adentro, la montaña tembló una vez más.

—¡Tenemos que irnos! —gritó Andahai, arrastrándome por el brazo mientras las réplicas sacudían el bosque—. Volvamos a la canasta. Lanza la maldición.

—Pero Takkan…

—Benkai y yo lo ayudaremos. Él está en camino. ¡Vamos!

Mi corazón rugía en mis oídos, pero corrí, tropezando mientras la tierra temblaba. Mis pulmones ardían cuando vi un trozo de seda brillante entre los árboles.

—¡Lanza la maldición! —gritó Hasho mientras me ayudaba a subir a la canasta—. Deprisa.

Metiéndome en la canasta, abrí mi cartera. La perla brilló con mi toque.

La última vez que había ejercido su poder, apenas había sobrevivido. Solo los dioses sabían lo que sucedería esta vez.

Flotó sobre mi palma, oscura y brillante al mismo tiempo, como si estuviera ansiosa por ir a trabajar. Antes de perder los nervios, pronuncié las palabras que había ensayado y temido: Protege a mis hermanos como lo hiciste una vez antes. Conviértelos en grullas para que podamos devolverte al Espectro.

Lo dije una sola vez, imbuyendo cada palabra de significado, como si fuera un voto sagrado. A su vez, la perla escuchó. Y milagros de Ashmiyu'en, obedeció.

Su luz inundó a mis hermanos, alcanzando incluso a los más alejados de mí, Andahai y Benkai, que aún corrían hacia el bosque con Takkan.

Las lágrimas pincharon mis ojos cuando los vi comenzar su transformación. Sus espadas golpearon el suelo, sus gritos y llantos humanos se interrumpieron cuando sus cuellos y extremidades se estiraron, las plumas negras brotaron a lo largo de sus gargantas y alas afiladas estallaron en sus dedos. Entonces, por fin, seis familiares coronas carmesí pintaron sus cabezas. Completamente transformados ahora, aletearon frenéticamente hacia mí, y en un destello brillante, toda la luz de la perla volvió rápidamente al interior. Sus mitades se cerraron de golpe, emitiendo una onda de choque que me envió volando hacia atrás contra la canasta.

Mientras me levantaba, una legión de águilas, gavilanes y halcones atravesaron las nubes. Fiel a su palabra, Kiki había reclutado decenas de pájaros para que volaran con nosotros. Junto con mis hermanos, agarraron los extremos de las cuerdas de la canasta con sus picos.

—¡Esperen! —grité—. ¡Esperen a Takkan!

Estaba cerca y saltó hacia la cesta, atrapando los bordes entretejidos con los dedos.

Me estiré y lo agarré por el brazo.

—Te tengo —respiré, tirando de él hacia arriba.

Aterrizó encima de mí, y el impacto nos tiró a ambos al suelo. Lo habíamos logrado.

¡Todos están a bordo!, gritó Kiki a mis hermanos. Batieron sus alas y aceleraron hacia arriba hasta que nos elevamos sobre las copas de los árboles. Sus alas cubiertas de plumas de nieve eran una vista familiar, y la emoción de pasar rozando las nubes una sensación familiar. Mis costillas se tensaron mientras veía volar a mis hermanos. Era como si hubiéramos retrocedido en el tiempo. Esperaba que no se arrepintieran de haber depositado su fe en mí una vez más.

Cuando las Sagradas Montañas de la Fortaleza se desvanecieron detrás de nosotros, dejé escapar un largo suspiro. Usar la perla me había agotado, y mi cuerpo pedía descanso.

Me arrastré hacia Takkan.

—Esa fue la cosa más imprudente, más tonta…

—¿Más valiente que hayas visto? —terminó Takkan por mí.

Tocó mi mejilla. Respiraba con dificultad, y me tragué cualquier reproche adicional.

—Eso *fue* valiente —dije.

Lo ayudé a deslizar la cadena de Bandur sobre su cuello y observé cómo el amuleto se balanceaba sobre su pecho. Era tan negro como la obsidiana, con una grieta en el centro no muy diferente a la perla del Espectro. El instrumento de un demonio.

—Duerme —dije, deslizando mis dedos sobre la frente de Takkan. Y no podía decir si fue mi encantamiento o su agotamiento lo que lo hizo, pero su respiración y su pulso se estabilizaron. Su mano no soltó la mía.

Apoyé la cabeza en su hombro, puse mis pies junto a los suyos y

extendí una manta sobre nosotros para calentarnos. Lo último que vi antes de quedarme dormida también fue el destello del amuleto, y mientras mis hermanos nos llevaban por tierra y mar, la risa de un demonio resonaba en mis sueños.

Capítulo Treinta y Uno

Me desperté con el gemido del cielo nocturno al romperse.

Los truenos sacudieron las nubes y pronto siguieron los relámpagos. Estábamos montados en las alas de una tormenta que se avecinaba. Los vientos se hicieron más violentos y nos perseguían sobre el océano Cuiyan.

Protegiéndome de la lluvia, me puse de rodillas y miré por encima del borde de la canasta. Liderados por Kiki, veinte pájaros volaban junto a mis hermanos, imperturbables por la tormenta.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

Kiki no miró hacia atrás. *No muy lejos de las Islas Tambu.*

—¿Tan rápido?

Los vientos están ayudando. Lo único bueno que puedo decir de esta tormenta.

Apoyé el codo en el borde de la cesta y agarré una de las cuerdas de seda mientras miraba hacia abajo. Las nubes oscuras cubrían mi vista, pero si miraba a través de los huecos, podía distinguir los cientos de islotes que salpicaban el mar iluminado por la tormenta. La patria de Raikama.

Se me hizo un nudo en la garganta y me lo tragué, enfocándome en el horizonte distante. Tendríamos que aterrizar antes del amanecer, o mis hermanos perderían sus alas mientras todavía volaban sobre el agua.

La lluvia era cada vez más fuerte y el viento golpeaba la canasta, haciendo vibrar las cuerdas como si fueran cuerdas de cítara. Se me hundió el estómago y volví a agacharme para alcanzar a Takkan.

Su cabeza yacía a mis pies, con los ojos cerrados. El amuleto de Bandur pesaba sobre su pecho como una piedra de afilar, oscuro y siniestro. Quería liberarlo de la carga, pero no me atrevía a tocarlo. Otro trueno azotó el cielo, pero la respiración de Takkan apenas se entrecortó. Tenía la sensación de que lo que sea que enfrentara mientras dormía era mucho peor.

Suavemente, sequé la lluvia de sus mejillas. Su piel estaba fría, y froté sus manos con las mías, tratando de calentarlas.

La última vez que lo había atendido así, apenas lo conocía; de hecho, me molestaba su existencia. Le había cosido las heridas con todo el cuidado que mostraría con un par de pantalones viejos. Por lo que parecía, todavía tenía las cicatrices.

El calor subió a mis mejillas. Gracias a los dioses, mis hermanos estaban demasiado ocupados volando para darse cuenta de que miraba los músculos y la suave piel de Takkan a través de los desgarros de la túnica. Nunca escucharía el final.

—Debería haber sabido que eras tú —murmuró Takkan, sus párpados se abrieron con ojos legañosos.

—¿Qué? —Me acerqué más preocupada—. ¿Qué dijiste?

—Todas esas puntadas desiguales que me hiciste —La comisura de su boca se curvó—. Igual que en el tapiz de disculpa que enviaste. Esa debería haber sido mi pista de que eras tú, Shiori.

No pude evitar mis reflejos. Le di un puñetazo en el hombro, probablemente más fuerte de lo que debería haberlo hecho.

—¿Dolió? —pregunté, sintiéndome inmediatamente horrible—. ¿Estás… —Mi mirada bajó al amuleto en su pecho—, herido?

Takkan ahogó una carcajada.

—No. Me lo merecía.

Sus ojos estaban abiertos ahora, pero carecían de su habitual espíritu.

—Deberías tomar mis armas —dijo con voz ronca—. No dejaré que Bandur te lastime, incluso si toma mi cuerpo, pero es mejor estar seguro, por si acaso.

Me mordí la mejilla y asentí. Sólo vi el arco de abedul tallado que llevaba cuando nos conocimos. Pintado en la parte más ancha de

su empuñadura estaba el emblema de la familia de Takkan: un conejo en una montaña, rodeado de cinco flores de ciruelo y una luna blanca llena. Lo levanté.

—¿Algo más?

—La daga en mi cinturón. Dos cuchillos en mi bota.

—¿Sin espada?

—No la traje.

Le di una mirada estrecha.

—¿Qué centinela no trae su espada?

—Aquel al que tontamente te ataste —Una pequeña sonrisa tocó su boca—. Soy mejor arquero que espadachín, de todos modos. Habría sido peso extra.

Me parecía bien. Guardé la daga en mi faja y luego encontré los cuchillos. Estaba empezando a guardarlos cuando la cadena del amuleto comenzó a enrollarse alrededor del cuello de Takkan.

—Se está despertando —dijo con voz áspera—. Shiori… aléjate de mí.

Takkan cubrió el amuleto con las manos, intentando sujetar a Bandur dentro. Todo el color desapareció de su rostro. Sus ojos parpadearon, marrón tierra en un momento, luego rojo como fuego demoníaco al siguiente.

—Takkan —Alcancé su brazo, tratando de ayudar.

Un error. La mirada de Takkan estaba inyectada en sangre y me agarró la muñeca con un gruñido de lobo. *Deberías escuchar a tu prometido, Shiori'anma.*

Doblé mi codo y lo envié volando a su barbilla, pero Bandur era demasiado rápido. Me empujó hacia atrás, riendo alegremente cuando caí contra el costado de la canasta.

—¡Shiori! —Los ojos de Takkan parpadearon de nuevo a marrón, y agarró el amuleto del Rey Demonio, tratando una vez más de abordarlo. Pero Bandur ya había ganado.

Volutas de humo se desplegaron de los dedos de Takkan, y todo su cuerpo se estremeció, toda fuerza lo abandonó hasta que cayó de rodillas. Entonces el humo salió a raudales del amuleto, enrollándose y humeando hasta que tomó la forma de un lobo.

Tomé el arco de Takkan del suelo, buscando a tientas una de las flechas de plumas azules.

—Es más fuerte de lo que parece, tu prometido —dijo Bandur, merodeando a lo largo de la canasta para acecharme—. Pero cada mortal tiene su debilidad. Tú eres la suya.

La cuerda del arco me rozó los nudillos y apreté los dientes.

—Sabes que tus flechas no hacen nada contra el humo, ¿no?

Coloqué la flecha y levanté el arco.

—Mírame.

—Aquí, me quedaré quieto para ti —Bandur se sentó y movió la cola como un cachorro. Incluso en su forma más nebulosa, encontraba una manera de burlarse de mí.

Con una carcajada, Bandur se disolvió en una neblina sin forma.

—Inteligente de la bruja el atarte a la perla —dijo—. Pero si ella pensó que eso te haría ganar más tiempo de mí, estaba equivocada. Mira. Ve lo que le has hecho.

No necesitaba mirar. La perla estaba más rota que nunca, como dos mitades de luna conectadas por el puente más delgado.

—¿Llegarás a Lapzur antes de que se rompa? —preguntó Bandur. Sopló una bocanada de aire, agitando el mechón blanco detrás de mi oreja—. Se desgasta, Su Alteza. Con mucho gusto te quitaría ese peso de las manos.

—¿Y liberarte de tu juramento? —escupí—. Preferiría morir.

—La fortuna te sonríe, entonces, porque esa es una parte bastante crucial del plan.

El amuleto tembló sobre el pecho de Takkan y Bandur empezó a hablar, susurrando palabras de magia oscura que no pude entender.

Me arrastré hasta el lado de Takkan y lo sacudí.

—¡Despierta! Despierta, Takkan. Tienes que devolver a Bandur a su amuleto.

Mientras trataba de despertarlo, los pájaros que Kiki había reclutado para ayudar a volar la canasta emitieron chillidos espeluznantes. Todo este tiempo habían volado en armonía, pero algo había cambiado. Se separaron en masa, como si estuvieran asustados.

—¿Qué está pasando? —le grité a Kiki—. Por qué se v…

Mi pregunta se convirtió en un grito. Atrapada en un viento tumultuoso, la canasta se sacudió, lanzándome contra Takkan mientras nos sumergíamos bajo las nubes.

Las cuerdas se sacudieron hacia abajo, retorciéndose y haciendo girar la cesta. Busqué a tientas algo a lo que aferrarme mientras mis hermanos trataban desesperadamente de recuperar el control. Incluso sin los otros pájaros, deberían haber sido capaces de estabilizarnos. Pero algo nos tiraba hacia abajo.

Podía sentirlo. Y mis hermanos podían verlo. Estaban tan agitados como los pájaros de Kiki, solo que ellos no me abandonaron. Viraron bruscamente, batiendo sus alas.

La cesta se estremeció y Bandur esbozó una sonrisa amenazadora.

—Prepárese, Su Alteza. Ya vienen.

¿*Quiénes*? Ni siquiera podía ver lo que estaba pasando.

—¡Kiki! —grité—. ¿Qué está pasando?

¡Demonios!, gritó. *¡Desde abajo!*

El pavor se enroscó en la boca de mi estómago.

Los demonios de Tambu surgieron como una masa rebosante, el brillo de sus ojos rojos iluminaba a zorros, murciélagos, tigres y serpientes. Sus rostros eran llamativos, como las máscaras que los niños usaban para ahuyentar a los malos espíritus durante el Año Nuevo.

Parecían niños también, chillando y riendo mientras hostigaban a mis hermanos. Sus colas se enroscaron alrededor de las cuerdas y sus alas batieron con entusiasmo contra la parte inferior de la canasta. Cuando sus garras comenzaron a cortar y desgarrar, mi corazón se apretó con miedo.

Volaron tiras de bambú rizadas, un ojo de tortuga pintado y una cola de zorro de seda se desprendieron del mar de nubes, para no ser vistos nunca más.

Golpeé a los demonios con mi daga.

—¡Váyanse! —grité—. ¡Váyanse! ¡Váyanse!

Se rieron.

La daga era inútil. Mi magia también lo era. Cada vez que lanzaba un ataque, aparecían más demonios.

Un tigre alado golpeó con una pata las plumas de Benkai y un murciélago mordisqueó las alas de Kiki con sus afilados dientes hasta que mi pájaro de papel huyó aterrorizado. Otros aún estaban más interesados en la canasta, merodeando por sus costados y

despojándola de partes.

Sintiéndome acorralada, me giré una vez más hacia la perla.

Estaba tarareando una canción baja, como solía hacerlo en presencia de peligro. Cuando la saqué de mi bolso, su poder se extendió más allá de mi control, atrapando a los demonios en penachos de luz blanca brillante.

Sus gritos fueron como cuchillos contra vidrio, fuertes y estridentes. Alas sacudidas y colas azotadas, garras y espolones agitándose mientras los demonios luchaban por liberarse de la dura luz nacarada. Me di la vuelta, mirando a los demonios volver a caer en su enjambre repleto y retirarse a las islas de abajo.

Exhalé un suspiro de alivio. Un *prematuro* suspiro de alivio, por desgracia.

Me había olvidado de Bandur.

Saltó a la canasta, con el pelaje erizado y ojos rojo como la sangre penetrantes. Esta vez no esperó. Se abalanzó y me preparé.

El ataque nunca llegó.

Takkan se había movido y levantó el amuleto hacia el cielo. Era casi el amanecer, y los últimos hilos de la luz de la luna se filtraban a través de las nubes, tocando el amuleto.

—¡Regresa! —gritó Takkan—. ¡Regresa, Bandur!

Ante la orden, el cuerpo de Bandur comenzó a retorcerse y contorsionarse, como si unas cuerdas invisibles lo tiraran hacia el amuleto. El demonio giró enfadado para enfrentarse a Takkan.

—¿Crees que tienes la fuerza para superarme?

Takkan no contestó, pero se levantó y quedó cara a cara con Bandur. Una guerra silenciosa estalló entre ellos, el demonio empujando y luchando contra el control de Takkan. El sudor perlaba las sienes de Takkan. Dio un paso atrás y apretó la mandíbula, sus ojos se pusieron blancos mientras luchaba contra el demonio.

Por fin, Bandur se apartó.

—Tendré tu alma por esto —juró.

En un último esfuerzo, su garra golpeó y atrapó a Hasho por el ala, desgarrando plumas y huesos. Entonces, con un siseo, Bandur desapareció de nuevo en el amuleto.

La canasta volcó, las cuerdas resbalaron primero del pico de Hasho, luego del de mis otros hermanos.

Abajo, abajo, caímos en Tambu, el origen de los demonios… y el lugar de nacimiento de mi madrastra, la Reina Sin Nombre.

Capítulo Treinta y Dos

Un frondoso dosel amortiguó nuestra caída. Takkan y yo caímos de la canasta en direcciones opuestas, chocando contra una red de ramas extendidas hacia el suelo de la jungla.

Los insectos se deslizaron, las hojas crujieron y las ramas se partieron. La luz brillaba en ondas, reluciendo como aceite caliente, y el sudor goteaba de mis poros.

Con la fuerza que tenía, me apoyé sobre mis antebrazos, mis codos hundiéndose en la tierra cálida y húmeda. Luego me quedé quieta, recordando tardíamente buscar demonios.

Nada.

Cuando estuve segura de que era seguro, me puse de pie, apartando las hojas que me rozaban la cintura.

—¿Takkan? —dije—. ¿Kiki?

La lluvia había cesado y la luz del sol se filtraba a través del dosel, una vista que me impulsó a moverme. Era pasado el amanecer, así que mis hermanos deberían volver a ser hombres. Pero ¿dónde estaban? Sus transformaciones no eran exactamente pacíficas y tranquilas. Seguramente habría escuchado sus gritos.

Un destello de seda roja atravesó la niebla y me apresuré hacia él. Allí, no muy lejos de la cesta, yacía Takkan. Kiki y mis hermanos también, pero ¡seguían siendo grullas!

Hojas y suciedad se aferraban a la piel de Takkan. Respiraba, pero inconsciente. Con el corazón palpitando con fuerza, lo inspeccioné rápidamente. Había nuevos desgarros en su túnica, dejando al descubierto un hombro bronceado y más de las cicatrices que le había dejado en el pecho. Pero salió ileso, gracias a Emuri'en. Lo apoyé contra un árbol y le sequé las gotas de sudor de la nariz con los dedos.

Un músculo de su mandíbula se contrajo.

—Hasho… —murmuró, sus ojos comenzando a abrirse—. Su ala…

No entendía, me giré para enfrentar a mis hermanos. Solo había cinco de ellos, todos con graznidos que no podía entender.

El pánico se apoderó de mí.

—¿Dónde está Hasho?

Tan pronto como pregunté, la niebla se disipó y lo vi.

Mi hermano menor yacía acurrucado, todo su cuerpo pegado a él. Su garganta zumbaba dolorosamente y su vientre temblaba con cada respiración. Me agaché a su lado, observando las alas plegadas con fuerza a su costado. Su ala izquierda ardía sin llama, sus plumas carbonizadas.

—Hasho —me atraganté.

—Fue Bandur —dijo Takkan, el tenor de su voz se volvió bajo—. No pude detenerlo a tiempo. Lo siento.

No sabía qué decir. Mi atención estaba fija en las franjas de luz que acariciaban el ala negra de Hasho… Una profunda comprensión de que no había vuelto a ser un hombre. Ninguno de mis hermanos.

Andahai piensa que el encantamiento es diferente esta vez, dijo Kiki. *No cambiarán de una forma a otra.*

Respiré, mi mente daba vueltas. *Está bien,* me dije a mí misma. En su estado, Hasho no podría soportar una transformación.

—Necesitamos encontrar ayuda para Hasho. Tiene que haber un pueblo en esta isla.

Iré a ver, ofreció Kiki, saltando para obtener una vista desde arriba. Un latido después estaba revoloteando hacia nosotros, gritando, *¡Serpientes! ¡Serpientes!*

De los árboles, las rocas, incluso los arbustos, nos asediaron serpientes. Las más gordas colgaban de largas ramas de árboles, sus escamas moteadas se fundían con el exuberante paisaje selvático. La vista me recordó cómo solía ser el jardín de Raikama. Esa era la única razón por la que no tenía miedo.

Parecen hambrientas, dijo Kiki nerviosa. *Me están mirando. Tal vez mi papel sea sabroso para estas serpientes Tambun… Me estoy volviendo más como un pájaro real cada día, ¿sabes?*

—Todavía estás lejos de ser un pájaro de verdad, Kiki —le respondí—. Además, las grullas comen serpientes, no al revés.

—Entonces pídele a tus hermanos que se las coman.

—Nadie se está comiendo a nadie. ¿Has intentado hablar con ellas?

He estado intentando. Mi pájaro de papel levantó un ala temerosa. *Espera… Alguien viene.*

Las serpientes se abrieron, dando paso a la serpiente más grande que jamás había visto. Sus escamas se mezclaban con las hojas de palma que se arrugaban bajo su cuerpo, pero cuando se deslizó fuera del follaje, se transformaron. Cambiando primero para coincidir con la tierra oscura, luego desvaneciéndose a blanco pergamino, el mismo tono que la cara de serpiente de Raikama.

Solo los ojos de la gran serpiente no cambiaron. Eran como diamantes astillados contra una luna amarilla líquida. fascinante.

Se levantó, tan alta como mi cintura. Una lengua bífida salió disparada y ella emitió un largo siseo.

Kiki se estremeció.

—¿Qué está diciendo? —pregunté.

Dice que su nombre es Ujal y pregunta si eres la hija de Lady Serpiente Verde.

—¿Lady Serpiente Verde?

Se fue hace muchos años, continuó Kiki, *pero Ujal puede oler restos de su magia en ti... hija de Channari.*

Ante el nombre, una nota de dolor zumbó en mi pecho.

—¿Ella conocía a mi madrastra?

—Su padre la conoció.

El pasado de Raikama era un misterio que deseaba desentrañar, pero me mordí la lengua, conteniendo el impulso de preguntarle más a la serpiente. Ahora no era el momento.

Me arrodillé, nivelando mi mirada respetuosamente con la de Ujal.

—Mi hermano está herido. ¿Sabes dónde podríamos buscar ayuda?

Sus escamas cambiaron de color una vez más mientras se deslizaba hacia atrás en la dirección por la que había venido.

Para cuando me levanté y Takkan recogió a Hasho, Ujal había desaparecido entre la densa maleza. Temí haberla perdido de vista, pero sus serpientes habían esperado. Nos mostraron el camino, moviéndose como una sola y con una velocidad impresionante, como una tela ondulante que serpentea sobre la tierra.

Mantuve mis ojos en el suelo. Gruesas raíces sobresalían en nuestro camino, a menudo escondidas bajo un manto de hojas y flores silvestres. Pasamos una arboleda de bambúes negros y demasiadas

cascadas para contarlas, pero todo lo demás era verde. Ujal podría haberme llevado en círculos y nunca lo hubiera sabido.

El amanecer se convirtió en mañana, y el sol se volvió duro, calentando y espesando el aire. Mi respiración se había convertido en una serie de jadeos, y mi ropa pesaba sobre mi piel, pegajosa por el sudor. Los días más calurosos de Kiata no eran nada comparados con esto.

Le robé una mirada a Takkan. Por lo general, habría estado a mi lado, haciendo comentarios ociosos sobre la jungla para ayudarme a distraerme del calor. Hoy no. Sus pasos eran lo suficientemente pesados como para que me diera cuenta, y su piel tenía un tinte gris. Sus ojos estaban ensombrecidos por medias lunas oscuras, y sus anchos hombros se inclinaban hacia abajo, como si llevara mucho más que una grulla herida. Pero su ánimo no se debilitó. Cuando me atrapó mirando, envió un saludo alegre. En lugar de devolverle el saludo, deslicé mi brazo a través del suyo, caminando a su lado el resto del camino.

Hemos llegado, anunció Kiki cuando Ujal se detuvo frente a una pequeña valla de madera. Ella arrugó el pico. *Este es el santuario.*

Era un edificio solitario al final de un camino de tierra: una casa ancha hecha de teca que había visto días mejores. El musgo cubría las paredes, cuya pintura naranja estaba descolorida por años de lluvia, y los letreros de oración colgados estaban agrietados y astillados. Me aventuré más allá de la cerca de madera, siguiendo la línea de estatuas de piedra hasta el umbral.

—¿Hola? —dije en mi mejor Tambun—. ¿Hola?

Había una niña con la piel bronceada por el sol barriendo hojas del patio, y dejó caer su escoba cuando vio las serpientes detrás de mí.

—¡Tío! —gritó, desapareciendo en el santuario.

Poco después, apareció un hombre de mediana edad con un pañuelo naranja y sandalias de paja. Era delgado, no más alto que yo. Profundas arrugas de irritación se alineaban en su frente; tal vez estaba en medio de una oración cuando lo interrumpimos. Su mirada dura pasó de las serpientes a la grulla en los brazos de Takkan, luego a las otras cinco que se elevaban sobre nosotros protectoramente. Nada de esto parecía sorprenderlo en lo más mínimo.

Busqué a tientas las palabras en Tambun para pedir ayuda, pero no tenía por qué haberme molestado. El chamán hablaba Kiatan.

—Dicen que una tormenta trae serpientes a la casa —dijo—. ¿Qué problemas llevas contigo, que la mismísima Reina Serpiente

viene a mi puerta?

—Buscamos ayuda —dije, señalando a Hasho—. Esta grulla está herida.

—¿La Reina Serpiente te trajo aquí por la vida de un pájaro? Realmente curioso —El chamán se recogió las mangas deshilachadas y se cruzó de brazos. No parecía curioso en absoluto—. Entren.

Cuando giró sobre sus talones hacia el santuario, Ujal y sus serpientes se retiraron hacia la jungla.

—¡Espera! —llamé, persiguiendo a la Reina Serpiente. Su piel había vuelto a cambiar, esta vez para igualar las piedras grises del camino. Cuando se detuvo, hice una reverencia y dije, sin aliento—: ¿Te veré de nuevo?

Ella siseó en respuesta.

Dice que la selva está llena de demonios, transmitió Kiki. *No te aventures en ella con él.* Kiki ladeó la cabeza hacia Takkan. *Especialmente no de noche.*

Eso no era lo que había preguntado, pero la Reina Serpiente ya se había deslizado, desapareciendo entre los arbustos al lado del camino.

Así que no fue Hasho quien había inquietado a las serpientes. Era Takkan.

—Tú —dijo el chamán, señalando a Takkan cuando volvimos a entrar en el santuario—. Espera afuera.

Con mucho cuidado, Takkan me pasó a Hasho. Las plumas de mi hermano rozaron mis codos mientras lo envolvía en mis brazos. Él era tan ligero y frágil, casi como un niño.

La habitación era pequeña, amueblada con una mesa baja y un recipiente para incienso para repeler mosquitos. Silenciosamente, acosté a Hasho sobre una estera de paja para que el chamán lo examinara.

—El demonio que lo marcó —comenzó el chamán inexpresivamente, como si estuviera hablando de un melón de invierno y no de un pájaro vivo—, ¿cómo se llamaba?

—Bandur.

El chamán frunció el ceño.

—Ese no es uno que reconozca.

—Él es… recién hecho —respondí—. En Kiata.

Los bordes de sus ojos se contrajeron, y me di cuenta de lo que estaba pensando: que no había demonios en Kiata. Que Kiata había reprimido su magia durante siglos, hasta que incluso nuestros dioses guardaron silencio.

Soltó el ala de Hasho y envolvió sus dedos alrededor del largo cuello de mi hermano.

—Es mejor dejar estas cosas como están, por desafortunadas que sean. La marca de un demonio es difícil de deshacer. Él renacerá en una vida mejor.

—¡No! —exclamé, dándome cuenta con horror de lo que iba a hacer el chamán. Me abalancé para bloquearlo—. No, por favor. Es mi... mi hermano.

Si le hubiera dicho esas palabras a alguien en Kiata, probablemente me habrían tomado por loca. Pero el chamán ni siquiera se inmutó.

Con calma, dejó ir a Hasho.

—Deberías haberlo dicho antes. ¿El encantamiento de la grulla no es obra del demonio?

—No —dije con inquietud—. Es mía.

—Ya veo —Estaba pensando—. Mis acólitos contendrán el toque del demonio en su ala. Pero no puedo garantizar que se recuperará por completo. Solo lo descubrirás una vez que vuelva a ser un hombre.

Una punzada de preocupación apuñaló mi pecho.

—¿Vivirá?

—Sí —El chamán miró a Takkan, cuya larga silueta se deslizaba a lo largo de las paredes—. Es este el que me preocupa más. No puede quedarse en el templo; su presencia atraerá a los demonios. Tengo entendido que ya lo ha hecho.

—¿Cómo lo supiste? —pregunté.

El chamán le ofreció agua a Hasho de una jarra.

—Especulé. Los demonios se sienten atraídos por aquellos que llevan su marca.

—Pareces saber mucho sobre ellos.

—Tambu es el lugar de nacimiento de los demonios. Son parte de nuestras vidas.

Esa idea era tan extraña para mí que necesité un momento para

asimilar las palabras. Sin embargo, le creí. La magia aquí no estaba enterrada como lo estaba en Kiata; estaba entretejida en la tela misma de Tambu. Podía sentirla en el aire, en los árboles, incluso en las pequeñas lagartijas que trepaban por las paredes: el potencial de la maravilla, el caos y los milagros. Como la mayoría de los Kiatanos, nunca había estado en el extranjero. Nunca había estado en un lugar donde los dioses, los demonios y los mortales vivieran uno al lado del otro. Eso era inimaginable en mi tierra natal. Sin embargo, aquí se sentía como la cosa más natural.

—¿No le temes a los demonios? —dije.

—Temo más a los humanos que a los demonios —respondió el chamán—. Hay muchos tipos de demonios, pero la mayoría son simples. La mayoría en Tambu se apega a los bosques, aunque uno o dos al año causan estragos en el pueblo: el mes pasado hubo uno que no dejaba el pozo local, haciendo que el agua fuera salada.

Incliné la cabeza. Tal travesura era muy diferente de las experiencias que yo había tenido con los demonios.

—Les enseñamos a los niños a tratarlos como avispas —continuó el chamán—. Mientras no los molestemos o llamemos su atención, se mantienen alejados —Se arregló los pliegues de su faja, con un tono tan suave que bien podría haber estado hablando de la ropa—. Raro es el demonio con la astucia y el poder para causar un gran daño. Pero este Bandur…

—Él era un hechicero —susurré—. Antes de convertirse.

—Como lo pensé —respondió—. Los demonios se sienten atraídos por el poder, los débiles por los fuertes. Está en su naturaleza traer ruina y caos, pero tienden a seguir con el ejemplo. Entonces, cuando un hechicero se convierte en un demonio... la combinación de su codicia humana, su magia de hechicero y su hambre demoníaca atrae a muchos a su cautiverio. Como lo presenciaste cuando llegaste.

Los ojos del chamán estaban sobre Takkan, y entendí lo que estaba pensando.

—Takkan no es un…

—Sé que está marcado —interrumpió el chamán—, y sé lo que lleva en ese amuleto. Hay un lugar no muy lejos que será seguro para él. Los llevaré allí mientras mis acólitos atienden a tu hermano.

Tragué saliva, inquieta por dejar sólo a Hasho.

Tus hermanos lo vigilarán, dijo Kiki. *No te preocupes, se asegurarán de que no le pase nada.*

El chamán seguía esperando mi respuesta.

—Gracias… —vacilé, sin saber cómo llamarlo.

—Oshli es suficiente —dijo—. No hay necesidad de honoríficos.

Sin otra palabra, Oshli me condujo detrás del templo y por un sinuoso camino de tierra. Las casas que encontramos en el camino estaban en ruinas, sus techos de tejas blanqueados por el sol y sus jardines podridos. Parecían abandonados desde hacía mucho tiempo.

—¿Es esta la calle principal? —pregunté.

—Lo fue una vez —respondió el chamán—. La gente solo baja a Puntalo Village para visitar el santuario. Se cree que el área está maldita.

—¿Maldita?

Él no sonrió.

—Es una superstición. He vivido aquí toda mi vida y estoy lo suficientemente bien.

Nos condujo hasta el último lote de la calle.

—Aquí dentro. Los demonios no vendrán a este lugar.

Era una pequeña parcela de tierra, abandonada hace años, con maleza creciendo en las grietas del camino de piedra. En el patio abierto había tres cabañas de madera cubiertas de telarañas y musgo. Una cocina, un dormitorio y un trastero, supuse. Las casas de pueblo en el sur de Kiata tenían diseños similares.

Un parpadeo de movimiento atrajo mis ojos a la choza más grande; adentro, una cortina de muselina ondulaba con el viento cálido, y a través de las ventanas rotas pude distinguir un taburete tambaleante. No había nadie más aquí, pero podía escuchar a alguien cantando débilmente la melodía cadenciosa de una canción que conocía desde la infancia.

—¿Por qué los demonios no vienen aquí? —pregunté—. ¿De quién es esta casa?

Oshli no debe haber escuchado mis preguntas, porque no respondió.

—Este árbol desciende de un bosque sagrado —estaba diciendo—. Todas las casas de esta calle alguna vez tuvieron un árbol así, pero solo este sigue vivo. Cuando caiga la tarde, deberás atar a tu compañero al árbol y encender los braseros.

—¿Atarlo? ¿Al árbol? —repetí, horrorizada por la instrucción—.

Pensé que los demonios no vendrían a esta casa.

—No entrarán —respondió Oshli, con un tono cortante—. Pero el que está dentro de él puede salir.

—¿Hay alguna forma de someter a Bandur? —preguntó Takkan uniformemente.

La calma de Takkan rivalizaba con la del chamán, y yo solo hice una mueca.

—Los demonios son inmortales; solo la magia puede matarlos —Oshli hizo una pausa—. Pero los humanos no estamos sin defensas —Dio la vuelta al árbol, su mirada nunca dejando a Takkan—. Regresaré con incienso y cuerda antes de la puesta del sol. Haz lo que te ordeno y los demonios de Tambu los dejarán en paz. No puedo hablar por el que está dentro de él.

Sintiendo que su presencia no era del todo bienvenida, Takkan se demoró junto al árbol.

—Esperaré aquí mientras le muestras a Shiori la casa.

Antes de que pudiera protestar, retrocedió hacia el patio, dejándome a solas con el chamán de rostro hosco.

Muchas gracias, Takkan, gruñí en mis pensamientos.

Oshli entró en la cabaña a nuestra derecha.

—Puedes quedarte en la cocina esta noche —dijo—. Hay una cama al otro lado de la cortina y algo de comida en la despensa para alimentarte. No mucho, pero debería sustentarte hasta que yo regrese.

—Pensé que ya nadie vivía aquí.

—Vengo a veces a presentar mis respetos —El más mínimo movimiento en su frente perturbó su calma.

—¿Quién vivía aquí? —pregunté de nuevo.

Un instante de vacilación.

—El dueño se fue hace muchos años a la capital —respondió—. Sólo vengo, a veces, a traer ofrendas al árbol.

Eso explicaba la comida en la despensa.

—¿Ofrendas al árbol?

Él no me miraba.

—Para las dos hermanas que una vez residieron aquí.

Se me erizaron los vellos de la nuca.

—¿Qué les pasó?

—Ambas se perdieron ante Tambu, pero de maneras muy diferentes.

Mis ojos volaron hacia arriba para encontrarse con los del chamán. Dos hermanas.

—Esta era *su* casa, ¿no? De Vanna y… Channari.

Channari. Cada vez que decía el nombre, mi corazón daba un vuelco. Channari era el verdadero nombre de mi madrastra, un secreto que había ocultado a todo el mundo, incluso a mi padre.

—Esta era su casa —repetí—. Tú las conocías.

Finalmente rompí la compostura del chamán, y él frunció los labios con fuerza.

—Todos las conocían. La bella y la serpiente.

No hubo malicia en su respuesta, pero aun así me estremecí.

—¿Eran amigos?

—Channari no tenía amigos —Una pausa—. Pero yo conocía a Vanna.

—¿Cómo era ella? —dije.

Las líneas duras que rodeaban la boca de Oshli se suavizaron, dándome un vistazo del chico que una vez había sido.

—Era amable, generosa y gentil. Tenía el poder de hacer que cualquiera la adorara, incluso su severa adah nunca podría decirle que no. Las chicas del pueblo solían pelearse por quién podía cepillarle el cabello, y los chicos competían simplemente por tocarlo.

—Más suave que las plumas de las aves acuáticas —murmuré, recordando el cabello de Raikama.

—Sí.

Lo miré, y la melancolía en su rostro se cerró demasiado tarde.

—¿Estabas enamorado de ella? —pregunté, sorprendida por mi propia desfachatez.

Para su crédito, no vaciló.

—Todos lo estábamos. Todos la adorábamos. Solían pensar que la luz misteriosa en su pecho era un regalo de los dioses. Nació con eso, sabes. Cuando se reía, emanaba a través de su ropa como el sol. La Dorada, solían llamarla.

El rostro de Oshli se convirtió en una máscara.

—Mi padre era el chamán entonces, y me pidió que la mantuviera alejada de la atención no deseada hasta que se casara. Así fue como nos hicimos cercanos. Ella confiaba en mí —Un respiro—. Pero después de que Channari murió, ella cambió. Dejó de hablar con sus amigos, incluso conmigo —Sus manos cayeron a sus costados, y me pregunté por las historias que estaba dejando sin contar.

—¿Qué cambió? —pregunté.

—La luz dentro de ella brilló de manera diferente, su espíritu se volvió… más fuerte. Nadie más se dio cuenta, pero yo conocía a Vanna. A pesar de su resplandor, nunca había sido tan fuerte como su hermana. La gente pensó que estaba loco, pero siempre me he preguntado si realmente fue Vanna a quien su padre enterró en la jungla —La expresión de Oshli se volvió dura una vez más—. Hoy, cuando la Reina Serpiente te trajo aquí, por fin tuve mi respuesta.

Susurré:

—El verdadero nombre de mi madrastra es un secreto que prometí guardar.

—Yo también lo mantendré —dijo Oshli solemnemente—. Hay pocos que recuerden a Vanna tan bien como yo. O Channari.

Él mismo había dicho que había sido amigo de Vanna, pero no de Channari. ¿Por qué las recordaba a ambas, cuando otros no?

—Hace meses, las cenizas de la Reina Sin Nombre llegaron a mi santuario —dijo Oshli, mencionando el nombre de Raikama como si hubiera leído mis pensamientos—. Tú las enviaste, ¿no?

Asentí.

—Ya me lo imaginaba. Consideré llevárselas al rey de Tambu, para que las enterraran en su palacio, pero ahora que sé que dentro está el espíritu de Channari... la enterraré junto al árbol sagrado en la jungla. No está lejos de donde habitan Ujal y las otras serpientes.

—A ella le hubiera gustado estar con las serpientes —estuve de acuerdo—. Me gustaría unirme a ustedes si hay tiempo.

—Mañana, entonces —dijo Oshli—. No es coincidencia que hayas aterrizado en Sundau. Los espíritus más fuertes viven incluso después de la muerte, y sospecho que Channari te trajo aquí.

—¿Por qué?

—Quién sabe. ¿Para encontrar respuestas? ¿Para protegerte? Sólo el tiempo lo dirá —Se paró en el umbral—. El destino te vigila de

cerca, Shiori'anma, como lo hizo con ella. Nunca la favoreció. No asumas que te favorecerá a ti.

Sus palabras fueron graves. Tenía la intención de ponderarlas con el peso que se merecían, pero en el momento en que la puerta se abrió y Oshli salió del recinto, mi estómago dejó escapar un gruñido fuerte y gordo.

Miré afuera, espiando a Takkan dormido debajo del árbol y a Kiki volando por las cabañas. Mi mano se posó sobre mi estómago. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que había comido? El hambre rodó dentro de mí en una ola torrencial, y fue bueno que Oshli hubiera mencionado la comida en la despensa.

Las moscas de la fruta y los jejenes zumbaban sobre un cuenco de pulpa de coco podrida, pero dentro de la alacena encontré un tallo de caña de azúcar, un tarro de maní y dos mandiocas crudas. Una tintura de jugo de pandan y sésamo molido también. Especias que habrían costado una fortuna en Kiata pero que aquí eran comunes.

Pasé unos minutos más asaltando la despensa, luego puse todo lo que había encontrado en la mesa al lado de la estufa. Sabía exactamente qué hacer.

—Channari era una niña que vivía junto al mar —canté—, que mantenía el fuego con una cuchara y una olla. Revuelve, revuelve, una sopa para una piel hermosa. Hierve, hierve a fuego lento, un guiso para el cabello negro y grueso. Pero ¿qué hacía ella para una sonrisa feliz? Pasteles, pasteles, con frijoles dulces y caña de azúcar.

Cuando finalmente levanté la vista, sosteniendo mi plato de masa, Takkan estaba fuera de la ventana, con los brazos cruzados sobre el alféizar, con Kiki en su hombro. Escuchando atentamente.

Casi dejo caer mi masa, pero Takkan se estiró a través de la ventana para agarrar el borde del tazón, estabilizándome al mismo tiempo. Luego inhaló profundamente, absorbiendo el olor a coco y maní que impregnaba la cocina.

—¿Cuánto tiempo has estado parado allí? —exigí.

—¿Parado? Estaba protegiendo ese cuenco con mi vida. Algo bueno, al parecer.

Me reconfortó escuchar el humor en su voz, incluso si era solo una sombra de su alegría habitual. Dejé caer mis hombros.

—Pensé que estabas durmiendo.

—Lo estaba, hasta que te escuché cantar. No fue mi intención detenerte.

Deberías seguir haciéndolo, bromeó Kiki. *Ese canto tuyo espantó a todos los pájaros. Y también a todos los demonios, apostaría.*

Miré a mi pájaro, feliz por una vez de que Takkan no pudiera oírla.

—Es solo una canción tonta. Algo que Raikama solía tararear. Probablemente tengo todas las notas mal.

—No hay notas equivocadas cuando estás feliz —respondió Takkan con seriedad—. Suenas más feliz de lo que has estado en días.

—Me… me gusta estar aquí —admití—. Es casi como si ella todavía estuviera aquí conmigo.

Una oleada de dolor saltó a mi pecho, y me concentré intensamente en remover mi masa.

Takkan tocó mi mano.

—¿Me la enseñarás cuando vayamos a casa?

—¿La canción?

Él asintió, y de repente quise abrazarlo y llorar en sus brazos al mismo tiempo. Me giré para limpiarme la nariz con la manga.

—El almuerzo estará listo en una hora. ¿Puedes esperar?

—Por supuesto —Recogió los dos baldes vacíos colocados contra las paredes—. Ese es el tiempo suficiente para buscar un pozo.

—¿Vas a salir con este calor?

—No me importa.

Su voz era ligera, pero llevaba un filo. Uno que me hizo notar la distancia entre nosotros. El hecho de que se alejó de mí, que todavía no había entrado en la cocina.

Lo qué no daría por ahuyentar esas sombras de sus ojos. Sería bueno para Takkan ocuparse de un encargo, decidí, aunque sólo fuera para mantener su mente alejada de Bandur.

—Muy bien —dije—. Pero lleva a Kiki contigo.

Y si hay alguna señal de Bandur, ven y dímelo inmediatamente. Instruí a mi pájaro.

Ella asintió bruscamente. *No te preocupes. Oirás mis gritos desde el otro lado del pueblo.*

Capítulo Treinta y Tres

Por la tarde, el calor de la isla había llegado al punto de ser insoportable, y me sentí como la idiota más grande de Tambu por decidir cocinar pasteles al vapor sobre un fuego abierto. Incluso los mosquitos habían huido de la cocina en favor de un lugar más fresco.

Así fue como Oshli me encontró: abanicándome en un rincón, viendo cómo se cocinaba mi masa.

Dejó su bolso con un golpe de disgusto.

—Estás sola.

—Takkan fue en busca de un pozo. Dijiste que solo tenía que quedarse junto al árbol después de la puesta del sol. El anochecer está a horas de distancia —Al ver a Oshli fruncir el ceño, rápidamente cambié de tema—. ¿Cómo está mi hermano?

—La grulla está convaleciente y debería poder volar de nuevo mañana. Sin embargo, los otros cinco graznan sin cesar, y sus plumas están por todo el santuario —Su ceño se profundizó—. Es una gran tarea para mi sobrina limpiar.

—Lo siento…

—Ahórrate tus disculpas —dijo el chamán secamente—. A ella apenas le importa. Ha tomado a los pájaros como una forma de eludir sus oraciones —Un carraspeo—. Supongo que te irás mañana de todos modos. Sundau no es el destino final de nadie. No lo ha sido desde la selección de La Dorada.

De nuevo con ese nombre, la Dorada. Sabía que se refería a Vanna, pero escuchar el título me hizo estremecer.

—En Kiata, la llamamos Su Resplandor —Hice una pausa, sin saber a dónde iba con esto—. ¿Cómo aprendiste Kiatan?

—El rey me lo pidió. Cuando La Dorada se fue a Gindara, pensó que podría mandar a buscarme. Nunca lo hizo.

Oshli comenzó a desempacar los artículos que había traído: un manojo de incienso, una cuerda, un saco pequeño de arroz, dos manzanas de azúcar, huevos y media carpa. Él olfateó.

—¿Qué estás horneando?

—Pasteles —respondí—. ¿Te gustaría probarlos? Están casi listos.

Oshli levantó la tapa de la olla, mirando dentro a los pequeños bultos que se elevaban. Tomó un pastel y lo masticó.

—Es más duro de lo que recordaba. Los pasteles Tambun están hechos para ser suaves y pegajosos —Otro bocado—. Pero supongo que el sabor está ahí, vagamente.

—¿Los has comido antes? —pregunté.

—Vanna solía traer pasteles como estos. Los cortaba en forma de flores y los decoraba con pétalos de rosa.

Dejé un plato a un lado para Takkan y luego me senté con Oshli a la mesa. Toda la tarde, mi mente había zumbado con preguntas sobre Raikama.

—¿Me hablarás de Channari?

—¿Qué puedo decir? No éramos amigos.

La respuesta de Oshli fue brusca, una clara señal para hablar de otra cosa. Pero nunca había sido conocida por mi tacto. Lo presioné:

—Cualquier cosa. Por favor.

Dejó el pastel. Su rostro se había vuelto duro, y no pensé que realmente hablaría.

—Los otros niños y yo solíamos tirarle huevos de tortuga cuando caminaba por la calle. La llamábamos monstruo, serpiente demonio, bruja. Muchos otros nombres que eran mucho más crueles.

El chamán cerró los ojos. Sus palabras eran pesadas, y pude escuchar que el pasado había sido durante mucho tiempo un peso terrible en su conciencia.

—Su adah la obligó a usar una máscara donde quiera que fuera, incluso en casa. Podía escucharlo golpeándola cuando desobedecía. Era la única persona a la que ella temía, creo. La hizo trabajar duro, dándole tareas para mantenerla fuera de vista. Ella tenía la cara de una serpiente, ya sabes. Sus ojos… sus ojos por sí solos harían que los hombres adultos se acobardaran.

—Estaba maldita —dije.

—Era una hechicera —dijo Oshli—. Se rumoreaba que podía hacerte cambiar de opinión con un parpadeo de sus ojos y podía llamar a las serpientes para que cumplieran sus órdenes.

No eran rumores. Mis hermanos y yo habíamos sido testigos de la esclavitud hipnótica de la magia de Raikama muchas veces.

—Solíamos decir que Channari hechizó a Vanna para que la amara. Vanna fue la única que fue amable con ella, la única que le lloró cuando murió. Aunque ahora supongo que fue al revés.

—¿Cómo murió? —pregunté—. ¿Cómo *crees* que murió?

—Hubo un ataque —respondió Oshli—. Un demonio vino por ella en medio de la ceremonia de selección. Solo Vanna lo presenció. Dijo que Channari trató de protegerla y, al hacerlo, murió.

Mi pecho se contrajo ante la mentira. Raikama me había dicho la verdad justo antes de morir, que el demonio había matado a Vanna, no a Channari. Y mientras Channari lloraba, la perla en el corazón de su hermana se arraigó en ella, cumpliendo su deseo de ser hermosa de la manera más horrible: le dio el rostro de Vanna.

—Cuando salió del luto, había cambiado —Oshli miró hacia otro lado, sus hombros tensos—. Era más fría, su luz apagada como la de la luna. A algunos les preocupaba que se hubiera vuelto loca. Se cortó, sabes. Directamente en la cara.

La revelación apareció, y un hormigueo recorrió mi columna vertebral. La misteriosa cicatriz en el rostro de mi madrastra, por qué la había llevado tan visiblemente, había sido una fuente de chismes en el palacio durante muchos años. Incluso yo me había preguntado de dónde había venido. Ahora lo sabía.

—Odiaba ver la cara de mi hermana en el espejo —me había dicho Raikama antes de morir.

Ella se había dado *intencionalmente* la cicatriz a sí misma. Como un recordatorio de su vida como Channari.

—Su adah estaba furioso por eso —continuó Oshli—, pero hizo poco para disuadir a los pretendientes. Compitieron por su mano, pasando por pruebas imposibles por ella, obteniendo cosas como corazones de mosquito y oro del fondo del mar. Eso eliminó a la mayoría de ellos. Al final, eligió al más improbable de los hombres.

—Mi padre —dije.

—Él ni siquiera era un pretendiente. Pero ella se fue con él una noche, tan silenciosa y rápidamente que nadie se dio cuenta hasta que ya estaban lejos. Pensamos que todos los reyes y príncipes harían la guerra contra Kiata, pero fue como si una neblina hubiera caído sobre los pretendientes. Todos se olvidaron de ella. *Todo el mundo* se olvidó de ella.

—Excepto tú —dije.

—Mi memoria no está intacta. Pero sí, como dije antes, recuerdo más que la mayoría.

Después de todos estos años, la magia de Raikama se mantenía fuerte.

Aun así, había una pieza del rompecabezas que no encajaba.

—El demonio que atacó a Vanna, ¿recuerdas algo de él?

Oshli negó con la cabeza.

—Solo que Channari luchó contra él con una lanza —Empezó a levantarse—. Se rompió durante su batalla, pero la conservé. ¿Quieres ver?

Por supuesto que quería. Lo seguí hasta el árbol del patio. Apoyada contra el tronco había una lanza larga, su madera oscurecida por la edad.

Oshli recogió el arma y la sostuvo en posición vertical. Era tan alta como yo, pero su extremo se había partido.

—Una vez mató a un tigre con ella —dijo Oshli—. Entró en el pueblo y mató a los cuatro hombres que intentaron luchar contra él, y el resto de nosotros huimos. Channari se quedó. No por nosotros, sino por Vanna; dudo que a ella le hubiera importado que el tigre nos hubiera devorado.

Con ambas manos, Oshli me pasó el arma con cuidado.

—Esta fue la primera vez que vislumbré a la verdadera Channari, a quien incluso los tigres temían, y no a la chica que se sentaba en un taburete roto pelando raíz de taro todo el día con su máscara. Era excepcionalmente fuerte, audaz y leal. Esta fue la mujer



que se convirtió en tu madrastra.

Me quedé en silencio antes de decir: —Gracias.

Oshli asintió lentamente. Por un momento pensé que hablaría de nuevo porque tenía los labios entreabiertos. Pero antes de que pudiera preguntarle qué había estado pensando, se volvió hacia el camino y se despidió.

No estuve sola por mucho tiempo. Muy pronto, Kiki regresó y vi la silueta de Takkan no muy lejos en el camino. El pájaro de papel se posó en mi hombro y la dejé hurgar en mis pensamientos, poniéndose al día con lo que se había perdido mientras estaba fuera.

No dije nada e hice rodar la lanza en mis manos, siguiendo sus surcos y bordes. Incluso rota, era pesada: apenas podía pasarla por encima de mis hombros sin esforzarme. Que Raikama la hubiera usado contra un tigre era un testimonio de su fuerza, y un recordatorio de cómo me había levantado dos veces, como si pesara poco más que una muñeca.

Había pensado que ir al lugar de nacimiento de Raikama me daría respuestas sobre su pasado. En cambio, tenía más preguntas que nunca.

La sangre manchaba el extremo roto de la lanza. Estaba seca, ennegrecida por el tiempo. No podía decir si la sangre era de mi madrastra o de otra persona.

Busqué en mi bolso el espejo de la verdad.

—Muéstrame de quién es la sangre en esta lanza.

Pasaron los segundos y el vidrio solo se empañó con la humedad.

Kiki arrugó el pico. *Vaya espejo mágico. Espero que Elang lo esté aprovechando más que tú.*

Me encogí de hombros.

—Lady Nahma me dijo que solo mostraría lo que él quiere que vea. Quizás el pasado está mejor guardado en el pasado.

¿Lo está? Nunca te tomé por una sabia, Shiori.

Mi rostro se arrugó en una pequeña y cansada sonrisa.

—No es que no tenga sospechas.

Crees que la sangre es del Espectro.

Lo hacía, y finalmente bajé la lanza. Takkan había regresado con dos cubos de agua.

—Parece que ha atravesado a un demonio o dos —dijo, señalando la lanza.

—Era de Raikama —respondí—. Oshli dice que la usó para luchar contra el demonio que mató a su hermana.

Antes de que pudiera preguntar más, lo llevé a la cocina.

—Te guardé pasteles. Cómelos antes de que se echen a perder.

Takkan cogió uno del plato.

—Estos son los pasteles de Channari. De la canción.

Asentí, impresionada de que recordara.

—De todas las islas y todos los pueblos de Tambu, llegamos a la de ella —murmuré—. Y aquí estoy, horneando sus pasteles en la casa de su infancia.

—Tu hebra del destino está más ligada a la de ella que a la de cualquiera.

—¿Incluso la tuya? —bromeé.

Takkan entreabrió los labios, pero no llegó ninguna respuesta. El anochecer se acercaba rápidamente, y las sombras se volvían audaces. Saliendo sigilosamente de las grietas de las paredes, cubriendo la casa con una película de oscuridad. Cuando tocaron los ojos de Takkan, su mirada se ennegreció, como una luz apagada.

Dejó el pastel y dio un paso atrás, reanudando su distancia de mí.

—Deberías conseguir las cuerdas.

No perdí el tiempo. Agarré las cuerdas y el incienso que había dejado Oshli. Juntos, lo atamos al árbol en el patio. No pude evitar pensar en los hilos que nos habíamos atado alrededor de las muñecas unos días antes. Sobre cómo esos nudos se habían hecho con amor y risas, mientras que este, que apretaba contra el pecho de Takkan, se hacía con miedo.

Si estuviera en mi lugar, encontraría alguna historia que contar para tranquilizarme y distraerme de mi calvario. Historias sobre monos con cabello mágico, carpas que concedían deseos y pinceles que pintaban objetos a la vida, como en las cartas que me había escrito. Sin embargo, yo era una inútil. Mi garganta se había contraído por la preocupación. Todo lo que pude decir fue:

—Voy a preparar un fuego para encender los braseros.

Él ni siquiera comió, remarcó Kiki cuando regresé a la cocina.

Tragué saliva, recogiendo sus pasteles intactos. *Déjalo ser.*

Estaba buscando algo para encender un fuego y accidentalmente tiré a un lado la tela de muselina que colgaba contra la pared. Detrás de la cortina había un taburete roto: el mismo que había mencionado Oshli. incliné la lanza de mi madrastra contra la pared, dando a mis hombros un descanso de su peso.

No pongas esa cara, dijo Kiki, tratando de animarme. *Con Takkan atado a ese árbol, tendrás la cama para ti sola. Solo hay una en toda la casa, y…*

No sabía por qué me sonrojé.

—No es eso —dije secamente.

¿Es la sangre, entonces?, Kiki estaba en un estado de ánimo chismoso, lo cual no era nada inusual. Aterrizó en la lanza, picoteando en sus surcos deformados mientras yo buscaba en la habitación. Habría jurado que había visto un alijo de pedernal en alguna parte.

De verdad crees que Vanna fue asesinada por…

Demasiado tarde, sentí una punzada de pánico.

—Kiki, no digas su no…

¿Kramelán?

Demasiado tarde. El nombre había sido pronunciado, y me puse de pie, la adrenalina subiendo a mi cabeza. Apreté el pico de Kiki y miré hacia afuera, con el corazón acelerado en mi pecho. El sol estaba casi hundido, y Takkan estaba de espaldas a mí.

¿Qué te pasa, Shiori?, trinó Kiki. *Takkan no puede oírme de todos modos.*

—No es Takkan el que me preocupa.

Una columna de humo salía de la vela junto a la ventana. Excepto que esa vela nunca había sido encendida.

Una terrible certeza brotó dentro de mí.

Desde la ventana, vi salir humo del amuleto alrededor del cuello de Takkan. Se deslizó entre los nudos que sujetaban a Takkan, luego se filtró en su boca y fosas nasales.

—¡Ve por la lanza! —gritó—. ¡Ahora, Shiori!

Con un grito ahogado, me abalancé sobre el arma de Raikama. Había llegado a la puerta cuando apareció Takkan, las cuerdas aún colgando de su cintura, los ojos parpadeando incontrolablemente de marrón a rojo. Me bloqueó, con una sonrisa que distorsionaba sus rasgos.

Yo me abalancé, pero Takkan evadió la lanza con facilidad y atrapó el asta con una mano. Sus ojos resplandecían rojos como bayas de goji cuando me empujó contra la pared.

Sabes, siempre quise conocer al Espectro. La voz de Bandur apuñaló mis pensamientos. *Y ahora sé su verdadero nombre, gracias a ti.* Me clavó la lanza en el hombro y el dolor explotó en mi clavícula.

Kiki se lanzó contra el demonio, pero la agarré por el ala y la lancé por la ventana: no tenía ninguna posibilidad contra Bandur. No es que yo la tuviera, tampoco. Ni siquiera podía apartar la mirada cuando el Lobo apareció empañado, su horrible rostro superpuesto al de Takkan.

—Inteligente de tu parte, buscando enfrentar al Espectro contra mí. Pero cometes un error, Shiori'anma. Te imaginas que será como yo, abierto a la razón y a la conversación.

—¿Tú? ¿Abierto a la razón y la conversación? —me burlé. Mis manos estaban en la lanza, pero poco a poco, estaba caminando hacia la cocina, tratando de alcanzar los tazones sin lavar que había dejado sobre la mesa—. No me hagas reír.

—Él se llama el Espectro por una razón. Hay un lado oscuro en su naturaleza, y su tiempo en Lapzur seguramente ha erosionado todo lo bueno que alguna vez hubo. Será un demonio hasta la médula, solo que con la fuerza de un dragón. Lo verás muy pronto.

—Sí —dije entre dientes—, lo haré —Soltando la lanza de Raikama, rompí un cuenco sobre la cabeza de Takkan.

La habitación quedó en silencio mientras él se desplomaba en el suelo, inconsciente. Bandur se había ido, al menos por ahora.

No tenía un aliento que perder. Con el corazón acelerado, arrastré a Takkan de vuelta al árbol. Todo su cuerpo se tensó cuando volví a atar las cuerdas, haciendo una mueca al ver los nudos clavarse en su piel. Justo cuando pensaba en aflojar los lazos, un gruñido escapó de sus labios. No sabía si Takkan me estaba ayudando inconscientemente o si en realidad estaba luchando contra Bandur. Pero apreté los dientes y los até con más fuerza. Luego encendí incienso alrededor del árbol y encendí fuegos en cada brasero. Cuando terminé, ya era de noche.

Estaba exhausta y me desplomé sobre el taburete roto de Raikama. Apoyé la cabeza contra la pared, tratando de no preocuparme por Takkan y en su lugar imaginé la vida anterior de mi madrastra. A mi lado, el espejo de la verdad yacía debajo de una pila húmeda de ropa empapada en sudor.

—Me pregunto si solía sentarse aquí —murmuré en voz alta—, y solo miraba por la ventana. No hay mucha vista. Apuesto a que la ayudaba a dormir.

Mientras hablaba, Ujal se deslizó dentro de la choza, arrastrándose sin hacer ruido a mi lado.

Está diciendo que duermas, dijo Kiki. *Necesitarás descansar para las próximas batallas. Los de su especie observarán a Takkan esta noche.*

—No estoy cansada.

Las palabras de la Reina Serpiente no fueron una petición. Sus ojos color yema brillaron como los de Raikama, y una calma cayó sobre mí, obligándome a obedecer sus deseos.

Si tan solo le hubiera preguntado a Seryu cómo romper el hechizo del sueño.

—Los dragones y las serpientes realmente son primos —murmuré antes de desplomarme sobre el taburete roto, con la cabeza inclinada contra la pared.

Mientras me dormía, fui vagamente consciente de que Ujal y sus serpientes rodeaban el árbol, formando capas en un círculo protector alrededor de Takkan.

Lo que no noté en absoluto fue el espejo de la verdad, brillando bajo mi brazo.

***

En mis sueños, aún no había nacido y esta casa no había sido abandonada. Pertenecía a una familia de dos hermanas. La primera era una niña un poco mayor que yo, bronceada y musculosa, sus miembros tan musculosos como los de un centinela experimentado. Su cabello estaba recogido en una trenza larga y desordenada, pero cuando se giró, vi su rostro cubierto por una delgada máscara de madera.

Channari.

El taburete ya estaba roto desde entonces, y se tambaleó cuando ella se sentó. Sus manos trabajaban hábilmente, pelando una raíz de taro, pero sus pensamientos vagaban muy lejos, tan lejos como podía llegar de la cocina de su adah, de las cuatro paredes que la rodeaban como una jaula. Lo que no daría por huir de este lugar para siempre y desaparecer en los bosques.

Lo que no daría por vivir entre los árboles y las fieras. Sólo allí se sentía segura. Solo allí se olvidaba de que era un monstruo.

Alcanzó la siguiente raíz de taro para pelar.

—Es una pena, ¿no? —decía su hermana, ajena a los pensamientos de Channi—. Sabes que Adah elegirá al más rico, pero todos los ricos son tan feos. Y viejos.

—¿Tenías a alguien más en mente?

Su hermana se sonrojó, pero dijo, demasiado rápido: —Por supuesto que no.

Channari no dijo nada. En secreto, estaba segura de que su hermana tenía un amante. El otro día, había encontrado una nota en el bolsillo de Vanna. *Eres la luz que hace brillar mi farol,* decía, pero no vio el punto de traerlo a colación.

—Uno pensaría que todo el oro del mundo podría comprar belleza y salud, pero no es así.

—No —La mandíbula de Channari se tensó. Nada suavizaría las escamas de su rostro, convirtiéndolas en carne. Lo había intentado. Había intentado cortar los gruesos pedazos a lo largo de sus mejillas, mordiendo un trozo de madera para evitar gritar e ignorando los abrasadores destellos de dolor mientras su mano firme cortaba a continuación los ásperos surcos entre las orejas y el cuello. Pero de la noche a la mañana, su piel volvió a crecer igual. Sólo quedaba el dolor, grabado en lo más profundo de ella.

Nada la haría hermosa. Ni todo el oro del mundo.

—No —dijo de nuevo—. Yo lo sabría.

—Lo siento, Channi —suplicó Vanna—. No quise decir eso. Sabes que no quise.

Las palabras salieron de la garganta de Channari:

—Lo sé.

Vanna envolvió sus brazos alrededor de los hombros de Channari y juntó sus mejillas, como solía hacer cuando eran pequeñas. Su mejilla siempre estaba demasiado caliente, y la de Channari siempre demasiado fría. Juntas, decía ella, eran perfectas.

Su hermana levantó la mejilla y apretó la mano de Channari.

—Cuando me convierta en princesa o reina, te conseguiré las mejores cremas y pinturas que el dinero pueda comprar.

Vanna tenía buenas intenciones, pero las palabras dolieron de todos modos. Esta vez Channari no pudo forzar una sonrisa.

—¿Qué pasa con mis ojos de serpiente?

Vanna se rio, sin escuchar la amargura que se deslizaba en su

voz.

—Puedes usarlos para hipnotizar a nuestros enemigos.

—Si tuviera ese poder, simplemente haría que todos olvidaran que estuve allí —respondió Channari en voz baja.

Vanna no la escuchó. Alguien la estaba llamando afuera.

Channari exhaló, aliviada cuando Vanna salió. A veces... a veces no podía tolerar el alegre optimismo de su hermana. A veces se preguntaba si sería más fácil que Vanna la considerara un monstruo. Dolería menos, para ambas.

Channari se levantó de su taburete roto y accidentalmente se vio a sí misma en el lavabo. Pedazos de taro flotaban en el agua, escondiendo sus ojos y su nariz. Una brisa los separó y ella se estremeció.

Ver el monstruo en su reflejo en lugar de la chica que debería haber sido—una con trenzas negras, ojos cobrizos, nariz suave y labios carnosos. Pensó que el dolor se habría aliviado con los años, pero no era así. Solo se había desbocado y convertido en parte de ella, cosido profundamente en su alma.

En su oscuro y secreto corazón, lo que anhelaba, incluso más que la desaparición de su rostro era que alguien la amara. Que alguien la mirara a los ojos y la hiciera sentir hermosa, aunque no lo fuera. Que alguien quitara la soledad grabada en su corazón para que pudiera reírse sin probar la amargura en su lengua una vez que el sonido se desvaneciera.

Quería ser la luz que hiciera brillar la linterna de alguien.

Pero eso nunca sucedería. No para ella.

Golpeó el agua con los puños hasta que su reflejo desapareció.

Capítulo Treinta y Cuatro

Llegada la mañana, las hogueras alrededor de los árboles se habían apagado, los palitos de incienso se habían quemado hasta volverse chichones chamuscados, y las serpientes que habían llegado para salvaguardar a Takkan se habían ido.

La lluvia torrencial que había llegado en la noche había disminuido hasta una llovizna, y mientras yo caminaba hacia el patio, Takkan apenas se movió. Incluso en su sueño, hizo una mueca de dolor, aferrándose al amuleto de Bandur en una de sus manos como si estuviera tratando de despedazarlo bajo su puño.

En los dos día que él había cargado el amuleto, ya le había pasado factura. Estaba notoriamente más delgado, nuevos huecos apareciendo en sus mejillas cuando no estaba forzando una sonrisa. Sus ojos también se habían vuelto más opacos y hundidos con cada hora, especialmente pasado el anochecer.

Takkan dejó salir un leve jadeo mientras yo lo jalaba hacia la choza. Una vez refugiados, eché a un lado su cabello y pasé un trapo húmedo por su piel seca. Ahí es cuando vi las marcas de quemadura a lo largo de su manga.

—¿Qué pasó? —susurré.

Un siseo bajo llamó mi atención hacia la ventana, donde Ujal holgazaneaba contra las persianas torcidas.

—El demonio era más fuerte de lo que esperaba —dijo mientras Kiki traducía—. Pero mi especie nació para combatir a los de su tipo.

—Gracias —titubeé. Ujal sonaba cansada—. ¿Alguien resultó herido?

—Tu gratitud no es necesaria, y tampoco lo es tu preocupación. Vemos como un honor pelear por la hija de Channari y proteger a su prometido.

Mi cabeza estaba inclinada en señal de respeto, pero la alcé ahora, sorprendida.

—¿Cómo supiste que era mi prometido?

—Las serpientes son sensibles a la magia. Siempre lo hemos sido. Y ustedes dos tienen un vínculo —Una pausa—. Él luchó bien. No muchos pueden resistir una posesión tan poderosa como la de

Bandur.

—Channari lo escogió para mí —dije sin pensar. Pero era la verdad.

La Reina Serpiente estuvo callada por lo que se sintió como un largo tiempo.

—Mi padre dijo que ella era buena para juzgar el carácter —respondió distante—. Podía ver la luz en otros, mientras que ellos solo veían la oscuridad en ella. Ese era su mayor dolor.

Había sentido un poco de ese dolor anoche, en mis sueños. Mi corazón aún dolía por ello.

Ujal comenzó a escabullirse por el otro lado de la pared, pero la llamé:

—¡Espera!

Una última pregunta había estado llenando mis pensamientos.

—Oshli me dijo que un demonio asesinó a su hermana. ¿Fue…? —Me detuve en seco, sabiendo que no era buena idea decir el nombre de Khramelan en voz alta—. ¿Era un mitad dragón?

Ujal titubeó, dejando salir un largo siseo antes de patinar sobre las hierbas y flores silvestres y fuera de la puerta.

Me volví hacia Kiki.

—¿Qué dijo?

Que sus destinos alguna vez estuvieron entrelazados, y entonces se separaron. Kiki se encogió de hombros. *Lo que sea que eso signifique.*

Yo tampoco entendía. Tendría que ver si Oshli sabía más.

De vuelta dentro de la choza, Takkan se estaba despertando. La luz del sol se vaciaba sobre su rostro, alejando las sombras en sus ojos y trayendo un atisbo de color a sus mejillas. Me atreví a pensar que significaba que estaba mejor.

Me cerní sobre él, sintiéndome mal mientras él se sobaba la cabeza.

—Si te estás preguntando por qué estás adolorido —dije—. Te di un golpe fuerte en el cráneo con un tazón.

—Ah —Takkan me miró avergonzado—. Eso lo explica.

Le ofrecí un poco de agua.

—Vi las marcas de quemadura. ¿Estás herido?

—Estoy bien —Me aseguró—. Las serpientes me ayudaron. También las cuerdas. Te contaré sobre ello otro día, cuando mis oídos no estén zumbando tanto.

Estaba intentando sonar irónico, pero había un tono bajo de dolor que hizo que mi corazón se sintiera pesado y ligero al mismo tiempo, y trastabillé por algo que decir. Fallando, besé su mejilla.

Su piel era cálida. Más cálida todavía cuando mis labios la dejaron. Disfruté la mirada estupefacta que me dio.

—¿Y eso por qué fue?

—Para asegurarme de que no te has convertido en un demonio —Pellizqué su barbilla juguetonamente—. Los demonios no se sonrojan.

Una comisura de sus labios se alzó, y me sentí triunfante.

Ahora sé cómo fue para él el invierno pasado, tratando de hacerme sonreír, pensé.

Se balanceó hacia adelante para levantarse.

—¿Todavía quedan pasteles? Parece que olvidé comer ayer, y pelear contra todos tus demonios hizo un agujero en mi estómago.

—¿Todos *mis* demonios? —Crucé mis brazos—. Eres tú al que ellos se sienten atraídos, y tuviste a un ejército de serpientes ayudándote —Me mordí el labio—. ¿De verdad estás hambriento?

—Podría comer. *Debería* comer.

—Entonces, ten un poco —Le permití—. Pero come otra cosa que no sean pasteles. Demasiados dulces en el desayuno te volverán lento, ¿y cómo derrotarás a todos mis demonios si tienes indigestión?

Los ojos de Takkan se salpicaron humor.

—Comer huevos será bueno para ti —proseguí, animada—. Oshli trajo algunos ayer, junto con pescado. Estaba pensando en prepararlos para nuestro vuelo a Lapzur, y me vendría bien algo de ayuda. ¿Eso si su señoría aprendió a cocinar mientras crecía en la tundra de Iro?

—Todos nosotros los centinelas aprendemos lo básico.

—Bien. Entonces tú prepara un poco de arroz y huevos mientras yo preparo el pescado. Kiki ahuyentará a las lagartijas y los mosquitos de la fruta —Me levanté, pasándole el costal de arroz y empujándolo hacia la estufa—. No permitiré que enfrentemos más demonios con el estómago vacío.



Durante la noche, mis hermanos se habían convertido en la atracción más popular de Sundau. Cuando Takkan y yo llegamos al santuario, media docena de niños de la aldea estaban amontonados alrededor de las grullas, alimentándolos con bayas y granos de arroz.

Hasho estaba entre mis hermanos, y clamaba por su ración. Alentaba a mi espíritu verlo tan animado. Si no fuera por su ala ennegrecida, me habría olvidado del ataque de Bandur.

Se ve bien, remarcó Kiki. *Más gordo que ayer, también. Tal vez debería haberme quedado en el santuario en lugar de holgazanear en esa vieja choza embrujada tuya.*

Mientras yo la fulminaba con la mirada, Oshli apareció.

—Me preguntaba cuándo aparecerías —dijo el chamán. Una bolsa de tela colgaba sobre su hombro, y la puso a su lado—. Dense prisa. A los niños les encantaran tus hermanos, pero te aseguro que sus padres ya están planeando cocinarlos para la cena.

Eso hizo que me empezara mover, y rápido. Les silbe a mis hermanos para que me siguieran.

No era sencillo arrear dentro de la jungla a seis grullas atiborradas y fáciles de emocionar, pero una vez que sus desayunos se hubieron digerido un poco, sus mentes parecieron agudizarse.

A mí me ocurrió lo contrario. Entre más nos adentrábamos en el bosque, mis pensamientos comenzaban a vagar más. Me sentía torpe aquí, tropezando con nudos de enredaderas y serpenteantes helechos; y mi carne era como una carnada para los mosquitos. No podría haber estado más lejos de casa, de lo que conocía y amaba. Y, aun así, una parte de mí no estaba lista para irse.

Un día en la tierra natal de Raikama solo había despertado mi curiosidad sobre su pasado. Quería quedarme y aprender sobre la niña que ella había sido una vez, pero la perla no podía esperar. Tampoco Takkan.

—¿Qué estás pensando? —preguntó él, caminando a mi lado mientras mis hermanos volaban delante—. ¿Raikama?

Hice una mueca.

—¿Soy tan fácil de leer?

—Más fácil que cuando tenías un tazón sobre tu cabeza.

—Jamás vas a olvidar eso, ¿verdad?

—Nunca.

Eso me sacó una sonrisa, pero mi diversión fue fugaz. Me mordisqueé el labio.

—Estaba pensando en cómo solía suplicarle que me dijera de dónde era. Ella jamás habló de su hogar, ni una vez. Ni siquiera supe su nombre… hasta el final —Mi voz se suavizó—. Soñé con ella anoche. Para ser honesta, no puedo recordar gran parte del sueño —Tragué saliva con dificultad—. Pero cuando cierro mis ojos, todavía puedo ver las islas como ella lo hacía. No quiero perder eso.

—Entonces dime —dijo—. Déjame ayudarte a recordar.

Inspiré una gran bocanada de aire, tratando de convocar el anhelo de Channari de escapar hacia la jungla.

—Ella tenía nombres para todo, incluso las flores que cuelgan de los árboles como cuerdas de cuentas y perlas —Mi voz comenzó a espesarse mientras continuaba—. Sabía qué cortezas curaban el estómago, qué helechos sabían dulces si los dejabas fermentando el tiempo suficiente, y qué pétalos se volvían amargos cuando los hierven. Sabía dónde encontrar orquídeas por cada color del amanecer y cómo machacar frutillas pequeñas para cosechar su precioso aceite. Incluso sabía dónde encontrar luciérnagas de noche, en la baja y pastosa colina al lado de la jungla, para que así si alguna de sus linternas llegara a apagarse, aún así pudiera encontrar su camino de regreso a la casa de su adah —Entonces vacilé, mi boca secándose—. Este era su hogar. Después de todos estos años, finalmente sé de dónde venía.

Takkan no dijo nada, pero tomó mi mano. Me di cuenta de que ese era todo el consuelo que necesitaba.

El árbol sagrado no estaba lejos de donde nuestra canasta había aterrizado, pero nunca la habría encontrado sin Oshli. Nos guio por un angosto desfiladero cubierto por bambús y palmares.

Ahí, entre un matorral de abedules con cortezas pálidas y un prado en crecimiento de orquídeas blancas como la luna, estaba un árbol marchito, un poco más que un muñón.

Parpadeé.

—¿Este es el árbol sagrado?

—Esto es todo lo que queda —dijo Oshli—. El árbol murió hace años.

—Aun así, lo recuerdas.

—Es mi deber recordar lo que otros han olvidado —dijo él solemnemente—. Pero soy un simple recipiente. Algunos recuerdos se escapan incluso en mi agarre más ceñido.

Sabía que él se estaba refiriendo a Raikama.

El chamán hizo un gesto hacia las orquídeas, y un par de mariposas revolotearon saliendo de unos pétalos. Su voz se volvió suave, casi tierna.

—Eran las flores favoritas de Vanna —Una pausa—. Las de Channari también. Las hermanas eran como el sol y la luna, tan diferentes como el día y la noche, pero ambas amaban las orquídeas.

—Vanna está enterrada aquí —dije.

No era una pregunta, y Oshli no dijo nada mientras posicionaba una linterna enfrente de la tumba de Vanna. Mi ceño se frunció, viendo que la linterna estaba encendida aunque aún era de día. Su luz brillaba sobre las orquídeas, firme e inquebrantable. Entonces mi corazón dolió como si hubiera sido golpeado.

Las linternas, la luz… confirmaban lo que yo había sospechado siempre.

Él había amado a Vanna. Por eso jamás se había ido de Sundau. Por eso se había quedado.

—Deja que sus espíritus estén juntos por fin —me dijo Oshli en voz baja, dándome una caja de madera que reconocí. Dentro estaban las cenizas Raikama, junto con los regalos que mis hermanos y yo habíamos puesto dentro para acompañarla en su viaje con los dioses.

El hilo rojo que había atado alrededor estaba aún ahí, su color apagado por el paso del tiempo y el sol. Viéndolo, sentí que mi corazón se hinchaba por la emoción. Había enviado la caja todo el camino desde Kiata, segura de que jamás la volvería a ver. Ahora aquí estaba, a mitad de camino de Lor'yan, en el lugar de nacimiento de Raikama, reuniéndola con su hermana, y su hogar.

Incluso después de la muerte, el destino de Raikama y el mío estaban atados.

—Tú eres su hija —dijo Oshli—, y una hechicera por tus propios méritos. Es tiempo de deshacer la maldición que cayó sobre las hermanas, y corregir los errores lanzados sobre sus almas.

Se fue antes de que pudiera volver a hablar con él, y me hundí de rodillas en la cama de flores. Mis hermanos me rodearon, inclinando sus largos cuellos hacia el otro lado.

Quieren darte un momento a solas, dijo Kiki, sentándose en mi brazo. *Terminaremos de arreglar la canasta, y atormentaremos a algunas aves locales hasta que acepten venir con nosotros.*

Asentí sin decir una palabra.

Ella tocó mi mejilla con su cabeza, y revoloteó lejos.

Cuando me quedé sola, puse la caja en la tierra, entre las orquídeas lunares bamboleantes. Usando la lanza de Raikama, cavé un pequeño agujero y enterré la caja dentro.

Hice una reverencia baja, presionando mi frente contra la tierra. Cuando mi madrastra estaba muriéndose, no había tenido tiempo de perdonarla por todo lo que había hecho. Apenas había comprendido los sacrificios que había hecho por mi familia. Nuestra familia.

—Desearía poder pedir tu perdón —le susurré a la tierra, creyendo que, de alguna forma, Raikama podría escuchar—. Y a cambio, desearía poder perdonarte. Desearía saber más que un pequeño fragmento de tu historia —Las palabras quemaban en mi garganta, y me castigué a mí misma tragando—. Siempre te extrañaré.

El aroma de las orquídeas inundó mi nariz. Gotas de lluvia relucían en los pétalos blancos, y yo arranqué el más bonito retoño y lo puse sobre las cenizas de Raikama.

—Que tu espíritu encuentre paz, Madrastra —dije—. Ya sea que decidas quedarte aquí, entre tus serpientes, o encuentres tu camino al cielo.

Hice una reverencia otra vez. Después, mientras me levantaba, desempolvando mis mangas, siete aves de papel crujieron para salir de entre la cama de flores. Las mismas que había metido en la caja de Raikama para acompañarla donde quiera que fuera su descanso final.

Emprendieron su vuelo, revoloteando a mi alrededor mientras me ponía de pie.

Ellas van contigo, habló Ujal, camuflajeada entre las orquídeas. Se deslizó a la vista. *¿Qué misión te encomendó Channari, para que deba cuidarte incluso después de la muerte?*

¿Estaba ella de verdad cuidándome?

Comencé a responder, pero me quedé boquiabierta cuando me di cuenta de que Kiki no estaba aquí. Nadie estaba traduciendo.

—¿Cómo… cómo es que te estoy entendiendo?

La lengua de las serpientes es entendida por aquellos a los que reconocemos como familiares, contestó Ujal. *Mi padre compartió con Channari un vínculo inquebrantable. Él era para ella lo que tu ave es para ti. De cierta forma, somos familia: tú eres su hija, yo soy la hija de él. Pero no podía confiar en ti hasta entender por qué cargas con esa gema maldita a tu lado.* Los ojos sulfurosos de Ujal se posaron sobre mi bolso. *El corazón que maldecía a la Dorada, quien maldijo a Channari a su vez.*

Ujal estaba hablando de la perla de Khramelan.

—Ella me pidió que la regresara a su verdadero dueño —contesté—. Esa fue su última petición.

Su verdadero dueño… Ujal soltó un largo siseo que sonaba irritado. *¿Así llamó ella al demonio?*

Mitad demonio, le corregí en mi cabeza, pero sabiamente no lo dije.

La cola de Ujal se enroscó alrededor de la lanza de Raikama, sus escamas tornándose rojas y negras para combinar con la sangre seca. *Preguntaste acerca del demonio contra el que ella peleó. Mi padre le advirtió no confiar en él, pero ella pensó que era su amigo. Ese fue su único error.* Escupió sus palabras siguientes. *Al final, él la traicionó.*

Ya lo sospechaba, pero ahora… había confirmado la verdad.

—El Espectro —susurré—. Él es el demonio que asesinó a Vanna.

Sí, innecesariamente. Channi juró darle la perla a él cuando su hermana muriera naturalmente. Pero el acuerdo se rompió cuando él la mató, así que la perla lo condenó a su destino actual. Ujal hizo una pausa. *Él no se pondrá feliz de verte, Shiori'anma. Estará lejos de estar feliz.*

—Pero una promesa es una promesa —dije suavemente—. No es un beso al aire para ser lanzado sin importancia. Es una parte de ti mismo y no regresará hasta que tu compromiso se haya cumplido.

Miré directo a los ojos de Ujal.

—Channari es aún parte de mí. Debo regresar la perla para poderla reclamar de regreso. Para que ella pueda descansar.

El enojo de Ujal se disipó, y asintió levemente.

Luego los siete pájaros de papel cayeron, aterrizando sin vida sobre los pliegues de mi vestido. Mientras los recogía, Ujal soltó la lanza. Comenzó a hundirse en la tierra, desapareciendo dentro de la

cama de flores.

Ella te cuida, su hija, dijo la serpiente mientras también se mezclaba con las orquídeas. *Mi padre estaría feliz de saber que ella encontró una familia al final.*

Mucho después de haber dejado Tambu, sus palabras se quedaron conmigo. Recordarlas siempre lograba hacerme llorar.

Capítulo Treinta y Cinco

Salimos de Tambu con un viento en contra de la suerte, nuestra canasta flotando en un cálido vendaval sobre las aguas color esmeralda de Cuiyan.

Debería haber sabido que era demasiado bueno para durar.

—Mira —murmuró Takkan, señalando una capa de niebla que se desplegaba sobre el agua—. Ese debe ser el lago Paduan.

Donde la niebla tocó el Cuiyan, sus aguas color esmeralda se oscurecieron. A medida que mis hermanos se acercaban, el aire se volvió frío, como si hubiéramos rasgado un velo oculto.

Demasiado temprano era el crepúsculo, y rayas negras y violetas pintaron las alas de mis hermanos antes de sumergir el mundo por completo en la oscuridad. Fue hermoso al principio. Ni una estrella parpadeaba, y la luna estaba delgada, como una guadaña raspando las nubes. Cuando se hizo demasiado oscuro para ver, saqué la perla. A mi toque, abrió un cabello, emanando la luz de estrellas perdidas para guiar nuestro camino.

Deseé poder decir que el resto del viaje fue pacífico, y que cualquier oscuridad que nos esperaba la desterré con la perla. Pero eso no fue así.

En poco tiempo, los pájaros que Kiki había reclutado comenzaron a chillar y agitar sus alas.

¡No otra vez! Kiki lloró cuando nos abandonaron, volando de regreso por donde habíamos venido. ¡Cobardes! Vuelve aquí. ¡Regresar!

Sin los pájaros adicionales para ayudar, la canasta se tambaleó contra el viento. Mis hermanos mordieron más profundamente en las cuerdas, con el cuello inclinado mientras se esforzaban por llevarnos. Pero fue inútil. Nos sumergimos más y más, y mi estómago dio un fuerte golpe mientras contenía mis gritos.

—¡Ayúdanos! —exclamé, volviendo mi atención a la perla. La luz parpadeó desde su grieta, pero en lugar de ayudar, giró hacia las nubes. Dejándome en la oscuridad.

¡Azote de mi existencia! Empecé a lanzarle una maldición, pero la cesta dejó caer otra gota y se me cayó la garganta al estómago. Suficiente con la perla. Tuve que ayudar a mis hermanos.

Lancé los siete pájaros de papel de Raikama al cielo. —¡Despierten!

Uno por uno, cobraron vida y recogieron las cuerdas de la canasta con sus picos. Su ayuda no evitaría que nos cayéramos, pero nos daría tiempo. Suficiente para llegar a Lapzur, si tuviéramos suerte.

Teníamos que estar cerca. Las Islas Olvidadas surgieron desde abajo, sus aguas salpicadas de rocas irregulares y acantilados colgantes.

Los vientos cobraron fuerza y el lago Paduan se agitó hambriento. Fue bajo la apariencia de esta tormenta que se avecinaba que la oscuridad dio a luz a un gigante sombrío. Ninguno de nosotros vio al guardián de Lapzur deslizarse sobre nosotros, sus alas negras acechando bajo las nubes.

Hasta que rompió nuestra canasta.

Me estrellé contra Takkan mientras el mundo se estremecía, escombros de madera y seda hecha trizas explotando en todas direcciones. De alguna manera, mientras el mundo que nos rodeaba se derrumbaba, logré agarrar la mano de Takkan, o tal vez él tomó la mía, no podía decirlo. Un grito se había anudado en mi garganta y me mordí la lengua hasta que mi boca se llenó de sangre. Su sabor a hierro fue todo lo que probé mientras caíamos.

En la oscuridad me estrellé contra las plumas y el batir de alas. ¡Mis hermanos! Me encontraron, y ensartaron sus cuellos entre mis brazos.

¡Eso estuvo cerca! Gritó Kiki, colgándose del cuello de Andahai.

Cierto de hecho. Contuve el aliento y volví a mirar a Wandei, Yotan y Reiji. También habían rescatado a Takkan, pero luchaban por retenerlo. Al principio pensé que era porque pesaba más que yo, pero

luego vi que el amuleto de Bandur traqueteaba contra su pecho, temblando violentamente mientras salía humo...

Los ojos de Takkan se encontraron con los míos, una disculpa tácita en su rostro.

La adrenalina se disparó como un rayo a través de mí. —Takkan, no te atrevas

No supe si fue Takkan o el amuleto lo que lo hizo actuar, pero se zafó de las espaldas de mis hermanos y se zambulló en el mar.

Me tambaleé tras él, pero la perla volvió de repente. Se estrelló contra mis costillas y tiró con saña, arrancándome de mis hermanos. Mientras Takkan desaparecía en las profundidades del lago Paduan, la perla me llevó sin hacer ruido.

Volamos sobre el agua, bajo la noche negra, hacia una ciudad tan antigua que tenía el color de la ceniza. Una ciudad esculpida de desesperación y decadencia.

Lapzur.

***

La perla me dejó caer sobre un promontorio que dominaba el mar embravecido. Me alejé del agua, solo para encontrarme cara a cara con un ejército de fantasmas, todos silenciosos como tumbas. Algo me dijo que habían estado esperando mi llegada.

Mis rodillas rasparon contra el suelo mientras me levantaba. Detrás de los fantasmas estaban las ruinas de Lapzur: paredes agrietadas y techos destartalados, caminos que llegaban a extremos irregulares como huesos rotos, cementerios de árboles sin cabeza. Su horizonte era bajo, excepto por una torre en el centro, tan violentamente alta que parecía una espada clavada en el corazón de la isla.

Era la misma torre que en mi visión. En la parte superior era donde había visto morir a Takkan.

Corrí hasta el borde del acantilado. —¡Takkan! —lloré—. ¡Kiki! ¡Hermanos!

Solo respondieron las fuertes olas del océano. Kiki, Takkan, mis hermanos, no estaban a la vista.

El viento susurró contra mi cuello, y me giré ante el sonido, tratando de mantener mi coraje a pesar de la sensación de hundimiento en mi estómago. Más fantasmas se habían reunido en el acantilado.

Su presencia agrió el aire.

Tiras de carne muerta colgaban de sus estructuras esqueléticas, cabello blanco apelmazado contra sus espinas dorsales. Aquellos con ojos me saludaron con miradas ardientes. Los que no tenían miraban fijamente al frente a través de los agujeros abiertos en sus cráneos.

Empezaron a avanzar como un soldado hasta que me arrinconaron, a unos pasos del borde del promontorio.

No me atrevía a pelear. Sabía lo que pasaría si me tocaban: me convertiría en un fantasma como ellos. Atrapado aquí sin alma. Para la eternidad.

—¡Khramelan! —grité, escaneando el enjambre de caras huecas por el medio demonio. ¿Donde estuvo el? Acababa de intentar matarme sobre el lago Paduan. Tenía que estar aquí en alguna parte. Sostuve la perla en alto—. Esto es lo que quieres, ¿no? Ven y tómalo.

Cuando mis palabras resonaron en la noche hueca, los fantasmas se detuvieron. Estiraron el cuello.

Al principio pensé que había llegado Khramelan. Pero cuando miré hacia arriba y vi la mancha de luz roja en el cielo, me entró un escalofrío. El color era estridente, un corte en el paisaje monocromático de Lapzur, y fue nuestra única advertencia antes de que descendieran los demonios.

Tomaron la forma de muchas bestias diferentes toscamente ensambladas: osos de pelaje gris con colas de lagarto y alas palmeadas de murciélago, cabezas de tigre con vientres de serpiente y aletas de tiburón. Algunos incluso tenían rasgos humanos distorsionados. Pero a diferencia de los demonios de Tambu, estaban hechos de sombra y humo, volviéndose carne solo cuando tocaban la tierra. Estaban atados a Lapzur de la misma manera que los demonios en casa estaban atados a las Montañas Sagradas.

Caí boca abajo y busqué mi cuchillo. Pero los demonios me ignoraron y corrieron hacia los fantasmas, atravesándoles la garganta y arañando sus ojos.

Gritos agudos rompieron el silencio de la isla. Esta era mi oportunidad de escapar, pero no podía apartar la mirada. Los demonios y los fantasmas estaban en guerra, desgarrándose la cabeza y la garganta unos a otros. ¿Que estaba pasando?

Te lo juro, Shiori, es un milagro que tu curiosidad no haya hecho que te maten. Kiki saltó a la vista con los siete pájaros de papel detrás. *¿Qué estás haciendo, boquiabierto de esa manera? ¡Ven conmigo, por aquí!*

Siguiendo su ejemplo, corrí hacia la ciudad, usando instintivamente la torre como mi brújula. Camino tras camino conducía a un callejón sin salida, y juro que los edificios se movieron. Establecí uno con techos inclinados de arcilla y ventanas arqueadas como mi objetivo, pero por mucho que lo intenté, no pude alcanzarlo.

La ciudad era un laberinto, uno que se movía para que nunca pudiera encontrar mi camino.

Sólo la torre nunca cambió. Cada vez que lo veía, me encogía, pensando en el destino que tenía para Takkan. Pero finalmente lo miré de frente. Realmente miró. En la parte superior se alzaba un demonio alado, parcialmente sumergido en la oscuridad. Estaba tan quieto como el desfile de estatuas que rodeaba la base de la torre, solo que yo sabía que no era una estatua.

—Khramelan —susurré.

Gritó Kiki—: *¡Solo dale su vil corazón para que podamos encontrar a los demás y salir de aquí!*

Estaba intentando. Grité su nombre y corrí hacia la torre, pero no pude pasar la estatua del Dios de los ladrones que custodiaba las escaleras hasta la base. Cada vez que me acercaba, volutas de humo salían de sus ojos y el oscuro encanto de la isla me llevaba de vuelta a las afueras de la ciudad.

Era como si Khramelan no quisiera que lo alcanzara. Como si me quisiera atrapada aquí, para ser devorada por un fantasma o un demonio, lo que me atrapara primero. Ahora que la perla estaba en Lapzur, encontraría su camino hacia él sin importar si yo vivía o moría.

Mi sangre se calentó. Bueno, ciertamente tenía una preferencia.

Salté sobre una puerta lunar derrumbada hacia un callejón, agachándome detrás de la pared medio derrumbada para evitar ser detectado. Con manos temblorosas, crucé mi cartera sobre mi cuerpo e hice un inventario. Mi fragmento de espejo, la perla, que se había entumecido desde que me trajeron a este maldito lugar, dos cuchillos desafilados que tomé de Sundau.

Eché un vistazo a la torre. ¿Era seguro hacer otra carrera? No lo era. Los demonios estaban ganando la pelea, y ahora acechaban en las calles, pisoteando cráneos rotos que aún se movían y agarrando mechones de cabello blanco en sus mandíbulas como trofeos.

Una pareja alada se deslizó por encima. —Tenemos nuestras órdenes —anunciaron a todos abajo—. Rastrea al humano. Ella no puede estar lejos.

Los demonios asintieron con la cabeza al unísono. Tuve que mudarme. Ahora.

Me impulsé a lo alto de una pared, usando los ladrillos rotos como puntos de apoyo, luego me deslicé hasta el siguiente camino y corrí.

Bien podría haber sido una mosca atrapada en una telaraña. Los dos demonios alados me habían estado siguiendo, y se abalanzaron para acorralarme. Uno por uno, los demonios arrastraron a Kiki y mis pájaros de papel hacia las sombras y antes de que pudiera gritar, me rodearon.

—Silly Princess —los demonios hablaron como uno solo, un coro pervertido de todas las voces que había conocido y apreciado—. No quieres ir a la torre. El guardián está allí y no es nada divertido. Siempre mata a todos tan rápido... Ven con nosotros... te llevaremos ante el rey. Pero primero, un poco de deporte.

Los dos demonios se estremecieron y sus alas de águila se encogieron cuando sus rostros con rayas de tigre cambiaron a los de Hasho y Andahai. Esperaban que me sacudieran y me perturbaran, pero, sinceramente, me volvería loco.

yo acostumbrado a tales engaños. Y además, había fantaseado muchas veces con golpear a Andahai en el estómago.

Corté a Hasho primero, cortándolo en el pecho. Humo como la tinta brotaba de la herida. Sabía que volvería a cerrarse pronto, pero me compré unos segundos.

Golpeé mi cuchillo en la parte posterior del cráneo de Andahai y clavé la hoja. La carne cedió fácilmente bajo mi cuchillo, como si su cabeza fuera un nabo hervido.

Andahai gruñó de dolor. El demonio mordió mis tobillos, riéndose cuando salté hacia atrás. —Tenemos un luchador —gruñó—. Los luchadores tienen almas deliciosas. No es de extrañar que el rey quiera este.

Tenía mejores cosas que hacer que escuchar chismes de demonios. Giré, blandiendo mis cuchillos a los demonios que habían capturado a Kiki y mis pájaros de papel, pero tan pronto como liberé a mis amigos, el falso Hasho y Andahai me agarraron una vez más. Terminaron de jugar y me levantaron con ellos en el aire, volviendo a sus formas originales mientras volaban.

Dos flechas disparadas desde abajo perforaron sus alas. Los demonios aullaron de dolor y me arrojaron, directamente a los brazos de un monstruo con la cara de Takkan.

Su mano tapó mi boca, sofocando mis gritos. Me empujó hacia las sombras. Luché, pero ninguna garra se clavó en mi piel, ningún diente mordió mi carne. Su corazón estaba acelerado, al igual que el mío.

Me giré para mirarlo. En la tenue luz gris de Lapzur, sus rasgos eran más duros y ásperos de lo que había visto antes. Pero luego me fijé en el lazo de abedul que colgaba de su hombro, el pelo resbaladizo por el agua de mar, la fina herida de sangre que le manchaba la mejilla.

Mi corazón se detuvo. Era el verdadero Takkan, no una ilusión.

—¡Estas vivo! —Respiré con asombro.

Inclinó la cabeza, haciendo el más mínimo asentimiento de reconocimiento. Me condujo por un callejón estrecho hasta una casa abandonada con frontones derruidos. Los demonios habían dado la vuelta y marchaban hacia nuestro escondite, con refuerzos.

—¿Dónde estás, sanguinaria? —gruñeron—. Tenemos a tus hermanos rodeados. Salgan antes de que despedacemos su carne, pluma por pluma, y nos deleitemos con sus almas.

Me apoyé contra Takkan, deslizando mi brazo bajo el suyo y conteniendo cada impulso de saltar y buscar en el cielo a mis hermanos. Yo no era un tonto.

Una vez que sus burlas pasaron a la distancia, me giré para mirar a Takkan. Estaba lleno de preguntas.

Se llevó un dedo a los labios. Su rostro estaba demacrado; la tensión del amuleto sobre él aquí era dolorosamente fuerte.

—Los demonios tienen órdenes de llevarte a Bandur —susurró —. Él les ha dicho que si él, no el Espectro, adquiere la perla, los liberará de Lapzur.

Me quedé quieto. Así que esa era la razón por la que los fantasmas y los demonios estaban peleando. Los fantasmas eran leales a Khramelan, mientras que los demonios se amotinaban contra él.

Los demonios se sienten atraídos por el poder, los débiles por los fuertes, había dicho Oshli.

Sin embargo, algo no tenía sentido.

¿Por qué Bandur pensó que la perla lo elegiría a él sobre Khramelan? Cierto, no había saltado exactamente al corazón de Khramelan en el momento en que puse un pie en Lapzur, pero ¿por qué?

¿Qué me estaba perdiendo?

—He estado tratando de encontrar a Khramelan —dije. Salí de nuestro escondite, pero Takkan me hizo retroceder.

—Bandur te estará esperando. Déjame ir primero.

Le lancé mi mirada más feroz. —Prometiste que no harías nada heroico y estúpido, Bushi’an Takkan, pero saltaste al medio del lago Paduan como un tonto. No creas que lo he olvidado.

—Saltar de la espalda de tus hermanos no fue heroico ni estúpido —respondió—. Fue un movimiento calculado para alejar a Bandur de ti.

—¡Podrías haber muerto!

—Pero no lo hice —Tocó su nariz con la mía con ternura—. Tampoco te dejé.

Mis labios se separaron. Quería argumentar que estaba debilitado, que Bandur lo mataría. Pero tratar de razonar con él solo perdería un tiempo precioso. Porque sabía que vendría conmigo sin importar lo que argumentara. Entonces, en cambio, me comprometí. Iremos juntos.

—Dirige el camino.

Lo agarré de la mano y salí corriendo. Nuestros pasos resonaron detrás de nosotros, y mi respiración se volvió pesada mientras nos abríamos camino hacia el corazón de Lapzur, dirigiéndonos a la torre. A nuestro alrededor, los edificios parpadearon, pero ignoré las oscuras ilusiones que intentaban presentar.

Por fin, nos acercamos a la estatua del dios de los ladrones, y Takkan agarró el amuleto de Bandur sobre su pecho. No vi al Rey Demonio, pero tenía que estar cerca. El amuleto tiraba de nosotros hacia adelante, como si fuera una cuerda. Nos permitió atravesar la barrera invisible que me había bloqueado antes, y subimos las escaleras hasta su patio.

Allí estaba Bandur, rodeado por los demonios de Lapzur. Así que era cierto: los había ganado para su lado.

Al verme, se levantó de un árbol muerto y torcido y se pavoneó hasta la vida. Ya no era humo, sino un lobo de carne y hueso con pelaje gris, ojos rojo sangre y garras afiladas como cuchillas.

—Ahí estás, Shiori'anma, como se esperaba —dijo a modo de saludo—. ¿Por qué tan hosco? Les dije a los demonios que eras inteligente e incluso te ahorré su tormento habitual. ¿No aprecias mi

consideración?

La mano de Takkan fue al amuleto de Bandur. —¡Devolver!

El cuerpo de Bandur se convulsionó, el humo se deshilachaba de sus brazos y sus orejas puntiagudas, pero se resistió. —Lo soportaste bien, Bushi'an Takkan —dijo con calma—, pero, por desgracia, no tiene ningún poder sobre mí aquí, ¡en el corazón de la oscuridad!

Para probar su punto, Bandur convocó el amuleto de regreso a su posesión. Se rió entre dientes cuando Takkan y yo dimos un paso atrás, ambos afligidos. —Déjanos pasar —exigí, odiando cómo mi voz temblaba—. Khramelan debe reunirse con su perla.

—Estoy totalmente de acuerdo, Shiori. Una promesa es una promesa, después de todo. No dejes que te impida honrarlo. Bandur se apartó galantemente de la entrada de la torre. —Ve adelante.

Estas fueron las últimas palabras que esperaba de él.

Era una trampa. Sabía que era una trampa, pero ¿qué opción tenía?

—No —susurró Takkan.

Seguí adelante, y juntos Takkan y yo subimos a la torre, trepando los cientos de escalones de dos en dos. Cuando finalmente llegamos a la cima, la perla zumbaba más fuerte que nunca y golpeaba como un tambor contra mi cadera.

El Espectro todavía estaba allí, sentado en el borde del techo. La oscuridad lo envolvió, haciéndome imposible ver más que el contorno de su espalda mientras me acercaba.

Abrí la cartera por última vez en busca de la perla y la sostuve. —Te he traído a casa —le dije—. Como lo prometí.

A la vista del Espectro, la perla se me escapó de las manos y emitió una luz brillante. Pero no fue a él. En cambio, tan rápido como un cometa, salió disparado hacia la insondable oscuridad de la noche.

Khramelan finalmente se giró y levantó una gruesa garra negra. De un solo golpe, lo envolvió alrededor de mi cintura y saltó de la torre.

Capítulo Treinta y Seis

Hacia arriba se abalanzó el dragón, y las Torres del Ladrón desaparecieron bajo las nubes. El viento bombardeó mi piel, haciendo que mis ojos escocieran tan ferozmente que apenas podía ver.

—¡Khramelan! —grité, batiendo mis puños hacia él.

Sus alas batientes ahogaron mis gritos, y volamos más alto, dando vueltas hasta que su enorme espalda estaba volteada hacia la luna. Ahí sobrevoló, permitiendo que el brillo plateado de Imurinya describiera su forma oscura, desde los cuernos hasta las garras, destellando en la cresta con picos de su columna.

Humo se enroscaba a lo largo de las puntas de sus alas, que se doblaban ininterrumpidamente dentro de la noche sin estrellas, y cada una de sus escamas negras-ónix estaban afiladas como la punta de una lanza.

Sus ojos eran diferentes, como lo habían sido los de Elang. Uno era de un rojo sin piedad, como los de un demonio. El otro era azul como el océano, su ojo de dragón. En el centro de ellos resplandecían dos pupilas rotas, cada una separada por la mitad como la perla.

—¡Khramelan! —volví a gritar.

Esta vez, el dragón gruñó. El sonido hizo que su cuerpo entero temblará y provocó que mis oídos zumbaran. Todo dolía, como si estuviera dentro de un tambor que había sido golpeado.

—Ese nombre no es tuyo para pronunciarlo —masculló—. Dilo una vez más, y el polvo de tus huesos se unirá a los otros imbéciles que se atrevieron a entrar en mi isla.

—Ya me habrías matado si ese fuera tu plan —dije, dándome valor concentrándome en sus ojos disparejos en lugar de en su descomunal figura—. Pero vine aquí con tu perla. Debe de estar llamándote.

Donde quiera que esté.

No respondió. Ni siquiera reconoció que me había escuchado, aunque yo sabía que lo hizo.

—¡Khramelan! —grité—. ¡Recibe tu perla de regreso!

Con una velocidad que hizo que mi estómago diera un vuelco, él me alzó, colgándome frente a sus ojos rotos.

—¿La mataste?

¿Ella? ¿Él está hablando sobre… mi madrastra?

—No, ¡no! —grité—. Soy su…

—No importa quien seas —Sus colmillos rozaron su labio inferior mientras me miraba amenazantemente—. ¿Crees que porque mi oscuridad ha sido levantada, tendré piedad de ti? Estúpida y desvergonzada muchacha. Nadie en todos los años condenados de Lapzur se había atrevido a traer otro demonio aquí.

Mi aliento se atascó. De todas las cosas absurdas, ¿Khramelan pensaba que Bandur y yo éramos aliados?

—Es un malentendido.

—No hay nada que malinterpretar. No eres la primera en venir aquí desde *su* muerte. Así que mientras yo sea el guardián de esta isla, no importa que tan mal vea. No tengo piedad de nadie.

—¡No! —grité—. ¡Vine aquí con Bandur para hacerlo a *él* el guardián, y liberarte a ti!

—¿Así que le diste mi verdadero nombre, lo cual le ha permitido liderar a mis propios demonios contra mí? ¡Bastante útil!

—Eso… fue un error —admití—. Pero si reclamas tu perla…

El ojo de demonio de Khramelan brilló, notablemente más brillante que el de dragón.

—La perla no me aceptará así.

¿Así? ¿Qué quería decir con eso?

—Channari quería que te la diera —susurré—. Ella me envío. Soy su hija.

Khramelan se estremeció al escuchar el nombre. Había poder en los nombres. Channari aún significaba algo para él.

—La perla, Khramelan —grité—. Debes de conseguirla antes de que Bandur…

—Como dije —me interrumpió él—, mientras yo sea el guardián de esta isla, no tendré piedad de nadie. Channari está muerta. Te unirás a ella pronto.

Me dejó caer en el océano.

Capítulo Treinta y Siete

Era un tipo especial de terror: saber que en cuestión de segundos, mis huesos se romperían en un millón de pedazos y toda mi vida se reduciría a un charco de sangre. Incluso ahora, no podía distinguir mis entrañas de mis pulmones de mi corazón. Mi cuerpo se movía más rápido que mis pensamientos, y todo lo que podía sentir era el pánico chirriante de que cada momento podría ser el último.

—¡Kiki! —No estaba lista para rendirme—. ¡Hermanos!

Mi cartera se deslizó de mi hombro. Observé con horror cómo desaparecía en la niebla.

Agujas de rocío helado llovieron sobre mi piel mientras me sumergía en el furioso mar. Me dolía como fuego de demonio, pero no podía gritar. Mis pulmones se sentían como rocas en mi pecho, arrastrándome hacia abajo, y todo el aire dentro de mí se había ido. Incluso si pudiera gritar, ¿de qué serviría? Nadie podía oírme ni verme en esta oscuridad.

No tenía nada.

Nada, excepto la magia en mi sangre.

Era insoportable, tratar de concentrarme mientras caía. Extendí mis sentidos, buscando algo, cualquier cosa: hojas atrapadas en los puños del viento, ramitas de los árboles encogidos de Lapzur, trozos de piedra. Un trozo de seda.

Mi corazón saltó. Era seda roja de mi túnica de cumpleaños. Extendí la mano hacia él, envolviendo los hilos de mi magia, mi alma, a su alrededor, acercándola más y más. En mi estado delirante, casi podía oír los bramidos y graznidos de las grullas bordadas en la chaqueta.

Contra el rugido del viento, las grullas bramaban y graznaban. Grullas reales, sus alas batiendo el rocío del Lago Paduan mientras perforaban la niebla.

¿Podría ser?

—¡Hermanos! —Me ahogué.

Primero vi a Kiki, navegando triunfalmente al frente. La luz de la luna se adhería a los patrones plateados y dorados de sus alas, haciéndolas brillar. Dejó escapar un grito y seis grullas se lanzaron

debajo de mí, atrapándome con sus largos cuellos. En sus picos estaban los restos de mi chaqueta y mi vestido de cumpleaños, abiertos lo suficiente para sostenerme.

Rodé sobre mis viejas túnicas, agarrando sus pliegues.

—¡Kiki, nunca había estado tan feliz de ver a alguien!

Te dije que siempre me llamaras primero, dijo con aire de suficiencia. No puedo dejar que mueras. Ese sería el final para mí también.

Algo como una risa subió por mi garganta.

—Gracias, mi querida amiga.

Era como en los viejos tiempos otra vez, yo agarrando los bordes de una manta hecha jirones, mis hermanos probando los bordes de la vida y la muerte. Pero por lo general estábamos huyendo. No era así hoy.

—¡Tenemos que regresar! —grité a mis hermanos. Pero no necesitaba haber dicho nada.

Ya estaban en camino.

La espuma del mar se acurrucaba contra la costa de Lapzur. Desde el aire, la isla parecía una mano fantasmal, con cinco dedos esqueléticos que se extendían desde el continente. En lugar de huesos y nudillos había acantilados y venas de agua helada del lago que se agitaban entre las masas de tierra.

Demonios alados se cernían sobre los riscos a medida que nos acercábamos a la torre. Habían estado babeando con anticipación de que regresáramos, y una vez que atravesamos la niebla en la isla, salieron disparados.

Los demonios eran rápidos. Mis hermanos no tenían posibilidad de volar más rápido que ellos, o de luchar contra ellos, no mientras soportaran mi peso. Andahai estaba ordenando a las otras grullas que volaran más alto y más rápido y a mí que me acostara. Pero no podía quedarme. Tenía que enfrentar a Bandur.

Silbé a Kiki y a los siete pájaros de papel. Antes de perder los nervios, salté.

Kiki y los pájaros atraparon mis pies con sus alas. Se reorganizaron en un tenue puente y corrí hacia la torre.

Salté al techo, aterrizando a pasos de Takkan. Estaba flotando sobre un pozo de piedra. Sangre oscura surcaba su rostro, una luz dorada y plateada brillaba alrededor de su silueta.

Se me cayó el estómago. Este era el momento que había visto en las Lágrimas de Emuri'en.

Cuando Takkan me vio, sus dedos se estiraron a los costados y sus labios se abrieron. Pero no habló. No tenía la fuerza.

—Déjalo ir —me atraganté, espiando a Bandur acechando detrás del pozo.

—Si todavía fuera humano, podría conmoverme con esta demostración sentimental —respondió el demonio—. Pero no lo soy. No luzcas tan adolorida, Shiori. Todavía no he tomado su alma. No es que el chico no se haya ofrecido, daría su vida por ti. Desafortunadamente, no es su vida la que me interesa.

Era la mía.

—¿Vendrás a mí ahora en paz? —preguntó Bandur burlonamente mientras flexionaba sus garras sobre la garganta de Takkan—. ¿O saltarás sobre mí en venganza cuando lo destroce?

—Shiori —susurró Takkan con voz ronca—. ¡No!

—Dame tu palabra de que ningún demonio dañará a Takkan —dije con los dientes apretados—. O mis hermanos.

Bandur tocó su amuleto.

—Esto lo puedo prometer.

Las cadenas que sujetaban a Takkan desaparecieron y cayó sobre las losas. No tuve la oportunidad de acercarme a él antes de que los demonios arrojaran su cuerpo inerte a mis hermanos en el cielo y unos grilletes invisibles me ataran las muñecas y me arrastraran hasta el pozo.

—¡Takkan! —grité.

Me levantaron por encima del pozo y me inclinaron hacia adelante para que pudiera ver el abismo oscuro que se arremolinaba debajo, esperando mi caída. No podía girar, no podía voltear, y cuando traté de invocar mi magia, las cadenas alrededor de mi cuello se apretaron hasta que no pude respirar.

Bandur apareció por detrás y presionó su mejilla contra la mía. A su toque, me quedé vacía. Su pelaje pinchaba como agujas heladas contra mi piel, adormeciendo todos mis sentidos.

—Diré —dijo, arrastrando las palabras—, que todo ese tiempo en las montañas me dio muchas horas para pensar —Su amuleto colgaba de su cuello, burlándose de mí mientras me estiraba por él en vano—. Fue un rompecabezas descubrir cómo lidiar con esa perla

tuya, pero mi paciencia ha sido recompensada.

No estaba escuchando. En silencio llamaba a la perla, una y otra vez. Tenía que ayudarme contra Bandur, como lo había hecho contra Lady Solzaya. Pero, ¿dónde estaba?

—¿Estás prestando atención, Shiori'anma? —Bandur tiró de su amuleto, y las cadenas a mi alrededor se apretaron hasta que me arqueé de dolor. Se rio—. Me han dicho que no eras un estudiante diligente de historia. Sin embargo, sabes lo que hay dentro de este pozo, ¿no?

No tuve más remedio que mirar. Las piedras parecían extenderse eternamente, más profundas incluso que la altura de la torre. Gen había estado tan apasionado por la sangre de las estrellas que esperaba algo espectacular de su pozo. Una exhibición deslumbrante para eclipsar la belleza de la primera nevada del invierno, para llevar los colores del universo.

Pero parecía sopa. Sopa espesa, ligeramente burbujeante con el color y la densidad de la pasta de sésamo negro.

—La sangre de las estrellas es la fuente de la mayor magia en Lor'yan —estaba diciendo Bandur—. Lo mayor que los mortales pueden alcanzar, de todos modos —Esbozó una amplia y feroz sonrisa —. Dentro de su pozo está el poder de los dioses, donde se hacen juramentos y se rompen lazos. Pero hoy no necesitaremos su poder.

Me quedé helada de nuevo.

—¿De qué estás hablando?

—La perla, Shiori. Tu promesa se cumplió en el momento en que el Espectro la vio. Tu vínculo con la perla está roto, ya no te protege —El pavor se cuajó en mi garganta. no pude hablar—. ¿No me crees? —Pasó la mano por el cielo, como indicando la ausencia de la perla—. ¿Dónde está ahora, cuando más la necesitas?

En ningún lugar. La perla no estaba en ninguna parte

—Eso no puede ser —susurré—. Khramelan no la ha tomado.

—Como te dije antes, el guardián de Lapzur hace tiempo que sucumbió a la debilidad y la obsolescencia. Incluso su propia perla no lo reconoce. No lo quiere. Es libre de elegir un nuevo guardián.

—Estás engañado si crees que serás tú.

—Mientras tú y el Espectro vivan, tengo algo de competencia —admitió Bandur—. Pero una vez más, la solución es un exquisito regalo del destino —Se lamió los labios—. Tu alma es fuerte y

generosa, Shiori'anma. Una de las mejores que he olido. Sostendrá a mi ejército y nos dará la fuerza que necesitamos para matar a un dragón —Su voz se elevó mientras mi corazón se hundía—. Y una vez que tú y Khramelan estén muertos, la perla será mía, junto con los demonios de Lapzur. Seremos libres.

La revelación me golpeó en el estómago.

—¡Tú querías venir a Lapzur! ¿Tú… planeaste esto?

—Culpable —ronroneó Bandur—. Incluso te dejé mi amuleto al frente de la brecha para que lo encontraras con seguridad. Realmente deberías agradecerme —Se burló—. Lo único que lamento es dejar que tus demonios Kiatan languidezcan en las montañas. Eran unos anfitriones tan hospitalarios. Me dolía mentirles. Pero estaban tan desesperados, tan dispuestos a creer cualquier cosa que les dijera. Como tú.

Un disparo de ira se apoderó de mis músculos y luché contra mis cadenas, tratando de golpear al demonio

—Una pequeña visión en las aguas, y estabas casi lista para dar la perla a cambio de la vida del centinela. Nunca entendí lo que viste en él, Shiori. Pero ya que pareces valorar tanto su vida… —Señaló con la barbilla a los demonios que montaban guardia detrás de él—. Encuentren al centinela y mátenlo. A las grullas también.

—¡No! —grité—. Hiciste un juramento, tú…

Bandur se acercó.

—Un consejo —dijo sombríamente—. La próxima vez que hagas un trato con un demonio, asegúrate de sellarlo con tu alma.

El odio salió de mí y me convulsioné, retorciéndome con todas mis fuerzas. Pero ni siquiera podía tocar Bandur. Así que escupí.

Bandur no se inmutó cuando mi saliva goteó por su mejilla.

—No hay necesidad de irritarte, Shiori. Mantuve la promesa que te hice: todavía sangrarás —Agarró mi mano mientras luchaba y lentamente, con reverencia, la giró con la palma hacia arriba—. Después de todo —dijo mientras su uña se deslizaba profundamente por las venas de mi brazo—, nada agita el alma como el dolor.

La sangre se acumuló brillante contra mi piel. Corrió en un río delgado al principio, manchando el borde amarillo de mis mangas, antes de ramificarse en pequeños arroyos que escurrieron por mi brazo. Mis rodillas se doblaron cuando salió corriendo de mí, y el mundo se tambaleó. Concéntrate. Presioné mis mandíbulas con fuerza. Concéntrate, Shiori

—Siempre tan buena guardando silencio —dijo Bandur—. No tengas miedo de llorar. No hay vergüenza en la agonía.

No le daría ese placer. Mi cuerpo dolía como fuego demoníaco, pero estaba acostumbrada a contener mi voz. Acostumbrada a contener el dolor también. ¡Khramelan! Grité en mi mente. ¿Dónde estás?

Bandur arrastró las uñas contra la piedra con nostalgia.

—Es bastante poético, ¿no crees? Vine aquí una vez para consumir la sangre de las estrellas. Mi paso aquí marcó el final de una vida y el comienzo de otra. Así será para ti.

Capítulo Treinta y Ocho

Mi sangre comenzó a derramarse más rápido. Cayó en remolinos de color carmesí, girando como gotas de lluvia hasta el fondo del pozo. Entonces Bandur clavó una garra en mi corazón, como lo había hecho una vez Lady Solzaya, y arrancó una hebra de mi alma. Mientras salía de mí, como un hilo que se desenrolla, mi cuerpo comenzó a brillar en plata y oro. Un hilo se multiplicó en docenas, bajando y bajando en espiral hasta que pude ver que la oscuridad debajo comenzaba a agitarse.

Bandur hizo señas a los demonios para que se acercaran, agitando los hilos de oro plateado en su dirección.

—Beban. Tomen su fuerza y utilícenla contra su antiguo guardián. Una vez que esté muerto, los liberaré a todos y tomaremos el mundo para nosotros. ¡Que esta sea su última hora en esta maldita isla!

Sus gruñidos se silenciaron, y ese fue el sonido más escalofriante de todos. Mis ojos se pusieron en blanco y me aferré a las reservas de fuerza que me quedaban. No me rendiría sin luchar.

—Su alma es demasiado dura —se quejaron los demonios—. No se cortará.

—¡Entonces muerdan más fuerte!

La cadena del amuleto de Bandur traqueteó sobre el pozo, pero estaba demasiado débil para alcanzarla. Todo lo que pude hacer fue susurrar:

—Khramelan. Khramelan.

Podía sentir el poder del nombre de Khramelan mientras lo pronunciaba, una y otra vez hasta que el viento lo llevó a través de Lapzur, hasta que el sonido se hundió profundamente debajo de las piedras de la torre, hasta que la palabra se deslizó por la oscuridad que ondeaba dentro del pozo de la sangre de las estrellas.

Bandur había usado el nombre como un arma contra Khramelan para ganarse a los demonios de Lapzur. Yo lo usaría para convocarlo de vuelta.

—Khramelan. Khramelan.

La gorguera de Bandur se erizó y el amuleto se hundió en su

pelaje, ya no zumbaba. Algo había llamado su atención.

Era la perla. Había regresado, una grieta de luz se deslizaba fuera de su centro roto. La vista me mareó. El color de mi mundo se había desvanecido y apenas podía mantener los ojos abiertos.

—Ve con Khramelan —le supliqué débilmente—. Reúnete con él —La perla no respondió. Se escondió en mi sombra, una observadora entumecida.

—Así que por fin has venido —dijo Bandur, volviéndose hacia la perla. La apretó—. ¡Y me elegirás a mí!

—No —gruñó el guardián de Lapzur—. No lo hará.

La perla voló hacia el olvido de nuevo, como lo había hecho cuando Khramelan se estrelló contra la torre. Solo sus alas abarcaban la extensión de todo el techo, y empequeñecía a Bandur fácilmente.

—Inclínense —ordenó Khramelan a los demonios, pero ya no obedecieron. Ahora estaban bajo el mando de Bandur. Y Bandur les había mandado matar.

Se lanzaron al ataque, mordiendo y rechinando ante su antiguo maestro. Khramelan los derribó con sus alas, pero aun así no se inclinaron. Llegaron más demonios, en oleadas implacables, y por formidable que fuera Khramelan, sentí con pavor que Bandur estaba ganando.

Sangre del color del oro deslustrado manchaba los pliegues de las alas de Khramelan: cortes y rasguños profundos y diagonales que los demonios le habían hecho. En esta condición, no podría detenerlos para siempre.

Los fantasmas se alzaron en ayuda de Khramelan y, en un choque silencioso, se libró una gran batalla. Los humanos, las grullas y los pájaros de papel no tenían lugar en esta pelea, solo morirían. Pero no podía hacer nada para ayudarlos.

—¡Salgan de aquí! —grité cuando vi a mis hermanos sumergirse en la niebla. Habían regresado y mordían las cadenas invisibles que me sujetaban.

—Tontos —susurré a través del alivio en mi corazón de que estuvieran vivos—. Váyanse antes de que los demonios los maten. ¡Largo!

Por supuesto que me ignoraron. Takkan también. Mi visión era demasiado débil para distinguir su rostro, pero reconocí el suave golpeteo de sus pasos, la calidez de su mano sobre la mía.

—Me queda una flecha —me dijo—. Tus hermanos y yo pensamos que si disparo al Amuleto de Bandur, podemos liberarte.

—Hazlo —susurré—. Estoy lista.

Takkan fue rápido. No podía imaginar cómo elegiría a un demonio entre la horda, pero escuché el chasquido de la cuerda de un arco y el zumbido de su flecha volando.

Entonces, un segundo después, caí. Su flecha había dado en el blanco.

Mis hermanos me atraparon cuando mis dedos rasparon el borde del pozo. Takkan me tomó de los brazos y Kiki me agarró del pelo, los siete pájaros de papel me mordieron las mangas y el cuello.

Seis príncipes, ocho pájaros y un lord, todos aquí para evitar que te caigas a un pozo, dijo Kiki, sacudiendo la cabeza hacia mí. *No es tu mejor día, Shiori*. Aterrizó en mi hombro, el oro y plata en sus alas brillando más que nunca. *Pero hemos pasado por cosas peores.*

—Así es —respondí mientras tomaba la mano de Takkan y me levantaba lentamente.

Girando desde un rincón oculto, la perla se deslizó un poco hacia mí.

Crucé los brazos.

—No eres más que una niña, ¿no? —le regañé—. Te traje al otro lado del mundo, casi me matan una docena de veces, ¿y tienes demasiado miedo de volver con él?

La perla pulsó, con bastante tristeza, al parecer. No salió de las sombras.

Con irritación radiando de mi centro, cojeé hacia ella y la tomé bajo mi brazo.

—Tu hogar es su corazón, y su corazón es tu hogar. No perteneces a nadie ni a ningún otro lugar. Lo que sea que haya pasado entre ustedes, ustedes deben resolverlo. Ayúdalo ahora, o Khramelan morirá.

Un guiño de la luz de la perla me bañó, lo que tomé como asentimiento.

—Ven —le dije con firmeza—. Sabemos lo que tenemos que hacer.

Había poco tiempo. Por poderoso que fuera Khramelan, no podía derrotar a los demonios de Lapzur por su cuenta. Bandur ya estaba

empezando a aullar su triunfo.

Apreté la perla con ambas manos. Sus mitades comenzaron a abrirse, chispas de luz bailando como luciérnagas, pero no me inmuté. Ni siquiera parpadearía.

—Libera a Khramelan de esta isla —le ordené a la perla—. Él es el dragón al que perteneces, y tú eres el corazón que busca. La isla y todos sus demonios y fantasmas serán de Bandur. Hazlo así.

En un estallido abrasador, el poder de la perla explotó sobre Lapzur. La perla flotó sobre mis manos, girando más rápido que nunca, la gran fractura en su centro crujió como un rayo.

¡Eso es suficiente!, exclamó Kiki. *La perla, ¡te está matando!*

Apenas la escuché. La luz, el viento y el calor brotaron de la perla giratoria, y mi espalda se arqueó mientras tiraba de los brillantes hilos plateados y dorados de mi alma.

Más y más brillaba la perla. Mis pupilas ardían solo de mirarla, pero no podía alejarme. A estas alturas, su luz abarcaba toda la isla, arrojando una red sobre todos los demonios y fantasmas, incluso Bandur. Podía sentir que estaba a punto de romperse, su centro astillándose un cabello más con cada momento para emitir más luz, más poder.

—Detente —le dije a la perla—. Eso es suficiente.

Por supuesto que no escuchó. Extendí la mano para sostenerla, para evitar que se partiera en dos.

Era como sostener una estrella en explosión. El calor me quemó las mejillas y mi cabello se soltó, volando salvajemente. Ante mis ojos, cada mechón se volvió blanco plateado… hasta que no pude distinguir mi cabello de la luz. Justo antes de que se volviera demasiado difícil de soportar, la perla se escapó de mi agarre al costado de Khramelan.

Un estallido de luz sacudió el cielo, y los demonios rompiendo las alas de Khramelan y apuñalando su carne explotaron. Khramelan salió del frenesí, su garra se enroscó alrededor de la perla y dejó escapar un rugido ensordecedor.

Los fantasmas de la isla se levantaron una vez más. Recogieron sus cráneos caídos y sus huesos cortados y se apiñaron en una masa rebosante que desgarró a los demonios. Khramelan también encontró su fuerza.

Lanzándose desde el cielo, se zambulló y aterrizó sobre la espalda de Bandur, inmovilizándolo contra el suelo.

—Deseabas convertirte en el Rey de los Demonios —retumbó Khramelan—. Bienvenido a tu dominio. De ahora en adelante, tu poder no se extiende más allá de estas aguas. Mi reinado ha terminado, y ahora comienza el tuyo. Te ato a las Islas Olvidadas de Lapzur.

Bandur comenzó a retorcerse, su pelaje se convirtió en humo cuando la magia de la isla se apoderó de él.

—¡No! —gritó—. ¡No!

Los demonios de Lapzur chillaron cuando comenzó el festín, y los fantasmas abrieron sus fauces abiertas y los consumieron por completo. Defensores del poder de la perla de Khramelan, los fantasmas ejercieron su toque maldito y todos los demonios de la isla se transformaron en fantasmas. Fue un castigo apropiado por traicionar a su antiguo guardián, e irónico para Bandur, porque ahora sería el demonio solitario de las Islas Olvidadas.

Con una fuerza magnífica, Khramelan agarró a Bandur por la cola y lo arrojó al pozo, sellándolo con una llamarada de fuego demoníaco.

La torre hizo un gran y terrible estremecimiento cuando Lapzur reclamó a su nuevo guardián.

Takkan y yo habíamos huido a las murallas de la torre, pero ahora las escaleras estaban bloqueadas por fuego demoníaco. No había salida.

—¡Tenemos que saltar! —grité. Mis hermanos flotaban abajo, asaltados por vientos feroces.

Nunca llegarán a casa sin la canasta, se lamentó Kiki.

Apreté los dientes. Tenía razón, pero salir de esta isla era mi principal preocupación. Me preocuparía por Kiata más tarde.

Cogidos de la mano, Takkan y yo saltamos de la torre.

Mientras caíamos en picado hacia el mar, mis hermanos se movieron para alcanzarnos, pero los vientos eran demasiado fuertes y los desviaron de su curso.

De la oscuridad, Khramelan apareció a la vista. Takkan y yo caímos sobre su ala, rodando por el impacto hasta que chocamos contra las púas a lo largo de su columna.

—¡Sujétate! —le grité a Takkan, agarrando un pincho y aferrándome con todas mis fuerzas.

Más rápido que los hijos del viento, Khramelan pasó junto a

Lapzur, atravesando la niebla que envolvía las Islas Olvidadas. Contuve la respiración, esperando hasta que vi seis coronas carmesí en nuestra estela.

Si cada músculo de mi cuerpo no se hubiera gastado por completo, habría dejado escapar un grito de júbilo. Pero me conformé con una oleada de satisfacción en mi corazón.

Habíamos ganado. Bandur ahora estaba atrapado en Lapzur, para siempre, esperaba. Observé cómo la isla retrocedía detrás de nosotros, cubierta por el mar y la niebla hasta que se volvió tan pequeña como un grano, una mota. Entonces nada.

***

—Deberías descansar —dijo Takkan mientras nos acomodábamos en el hueco del ala de Khramelan. Se rasgó la manga para comenzar a envolver mi brazo—. Necesitas sanar.

Separé los labios para protestar, pero Takkan me interrumpió.

—Puede que no sea capaz de lanzar encantamientos para dormir, pero tengo un hechizo propio.

Estaba desconcertada hasta que sonrió y comenzó a cantar:

Deja que los espíritus del sueño vengan

a bailar en tus sueños.

Así puedas bailar con ellos

hasta despertar en un mundo más brillante.

Era una vieja canción de cuna que todos los niños de Kiata conocían, una que yo no había escuchado en años. La voz de Takkan *era* mágica y era lo que necesitaba.

Por una vez fui obediente. Apoyé la cabeza en su regazo y dejé que lanzara su hechizo.

Capítulo Treinta y Nueve

El alba se abrió sobre las pálidas aguas del Cuiyan. Khramelan apenas había dicho una palabra durante todo el vuelo, pero reconocí las costas de mi tierra natal mucho antes de ver los botes de pesca y los barcos camaroneros que salpicaban el mar y antes de que el olor a pino de verano se agudizara en mis fosas nasales.

Fue el sol sobre las plumas de mis hermanos, su luz tierna y familiar, al igual que lo había sido otras cien mañanas cuando estaban malditos. El calor que se filtraba bajo sus alas y permanecía en sus coronas carmesí fue lo que me dijo que habíamos regresado a Kiata.

Estaba medio despierta cuando Khramelan nos arrojó a Takkan y a mí descuidadamente a tierra. Fue un duro despertar, y casi rodé por el acantilado hacia el mar.

Takkan me agarró por el brazo, jalándome a salvo lejos del borde. Mientras mi cabello se agitaba a mi alrededor en espirales de un blanco plateado, volé a sus brazos, riendo y riendo sin poder parar.

Se esforzaba por parecer severo, por sofocar la sonrisa torpe que amenazaba su seriedad, y fallaba adorablemente. No me importaba que mis hermanos, que habían aterrizado en el mismo acantilado, estuvieran apenas a tiro de piedra. No me importaba que Kiki estuviera volando por encima de nosotros, gritando órdenes a su nueva pequeña legión de subordinados de papel para que aguijonearan a las palomas que pasaban. Todo lo que me importaba era Takkan.

Lo agarré por el cuello y lo besé.

Teníamos los labios agrietados por el viento y el frío, el pelo revuelto y azotado por el viento y con mucha necesidad de lavado, y estaba segura de que mi aliento era cualquier cosa menos dulce. Y sin embargo, mientras me jalaba contra él, profundizando nuestro beso con la misma crudeza y pasión, deseé que todos los días comenzaran así.

—Alguien debe sentirse mejor —comentó Takkan cuando finalmente nos separamos para tomar aire—. ¿Por qué fue eso? No es que me queje…

—Por ser tú —respondí, plantando más besos en su nariz, sus mejillas, sus dientes, por accidente. Nos reímos juntos—. Por ser mío.

Takkan se incorporó y se apoyó en su codo. Con un brazo fuerte, me atrajo hacia sí.

—Siempre fui tuyo. Simplemente te tomó mucho tiempo verlo.

—Así fue —murmuré, a un segundo de besarlo de nuevo…

—¿Terminaron? —interrumpió Khramelan.

Como niños atrapados haciendo travesuras, Takkan y yo rápidamente nos pusimos firmes. Me puse de pie justo mientras Khramelan aterrizaba.

La luz del sol salpicaba su espalda, dorando sus escamas. Inclinó la cabeza para mirar directamente al sol. Tomando su calor como si no lo hubiera sentido en años. Y me di cuenta de que probablemente no lo había hecho.

La perla acechaba en su sombra. Al igual que sus ojos, todavía estaba rota. Empecé a preguntarle al respecto, pero antes de que tuviera la oportunidad, arrojó un trozo de vidrio a mis pies.

—Esto es tuyo —dijo bruscamente.

Era el espejo de la verdad.

—No te acostumbres a esparcir tus pertenencias en el lago Paduan. No las recuperarás.

—Gracias —dije mientras quitaba el polvo del fragmento y lo limpiaba en mi manga.

Khramelan se dirigía hacia el borde del acantilado, con las alas ya extendidas, cuando corrí tras él.

—¡Espera!

Gruñó, y solo por poco evité ser golpeada por su ala.

Me tambaleé, sabiamente dejando cierta distancia entre nosotros.

—Mis hermanos… —comencé—. La perla los convirtió en grullas para que pudiera llegar a Lapzur. Por favor, cámbialos de nuevo.

Khramelan apenas echó un vistazo a las seis grullas que se contoneaban en la arena.

—Lo que hiciste con la perla no es de mi incumbencia.

—Pero…

—Ustedes, los humanos, son todos iguales. Yo te hago un favor y tú pides otro.

Mi mandíbula se tensó.

—No es un favor. Arriesgaron sus vidas para ayudar a salvarte.

—Sus vidas serán mejor gastadas como grullas que como hombres.

La furia hirvió en mi garganta, pero me la tragué, sabiendo que no serviría de nada arremeter contra Khramelan. Solo saldría volando y mis hermanos quedarían atrapados para siempre como grullas. Así que elegí mis siguientes palabras con cuidado.

—Los humanos te trataron como a un monstruo, y los odias —dije—. Entiendo eso. Eran lo mismo para Channari.

Khramelan no se inmutó esta vez cuando pronuncié el nombre de mi madrastra. Aventuré un paso hacia él.

—Eran amigos. Hace mucho tiempo.

—Tu madrastra cometió el error de pensar eso —respondió—. Y le costó.

—Eso he oído —dije, recordando las palabras de Ujal—. Estoy seguro de que ella te odiaba. Pero te lo debes haber merecido.

Ante eso, Khramelan se quedó en silencio.

Al sentir una oportunidad, dije en voz baja:

—¿Por qué mataste a Vanna?

Khramelan me dirigió una mirada sombría.

—Channari y yo llegamos a un acuerdo—respondió, hablando con los dientes apretados—. Le prometí que no dañaría a la Dorada, y que no reclamaría la perla en su corazón hasta que muriera. Soy inmortal, después de todo. Unas pocas décadas de espera son intrascendentes.

—¿Qué pasó?

—Obviamente, no esperé —Khramelan miró directamente al sol —. Me engañaron para que atacara a Vanna. Channari no pudo proteger a su hermana de mí. Tuvo la oportunidad de matarme, pero vaciló. Otro de sus errores.

Mis ojos se posaron en una herida de arma blanca en su pecho. A diferencia de las heridas que sufrió mientras luchaba contra los demonios de Bandur en Lapzur, esta no se había curado. Era profunda y antigua, pálida contra su carne negra como la noche, y muy cerca de su corazón.

Así fue como la lanza de Raikama se había roto.

—Todavía me duele de vez en cuando —dijo Khramelan con voz espesa—. Como dices, me lo merecía.

Me quedé en silencio, llena de lástima y remordimiento por todos los errores del pasado, y un triste asombro de que todos ellos habían conducido a este momento.

Pero algunas cosas todavía no tenían sentido.

—Si Vanna murió, ¿no debería haber ido a ti la perla?

—Rompí mi promesa a Channari —dijo Khramelan—. Cuando un inmortal rompe su promesa, pierde un pedazo de su alma. La perla me encontró… indigno.

Observé la perla mientras acechaba en la sombra del medio dragón.

—Eligió a Channari. Se enterró dentro de ella, obligándome a esperar hasta que muriera —Una pausa—. Ella me maldijo: 'Hasta que muera, vivirás en la oscuridad'.

—Sentiste cuando ella falleció —le dije.

—Fue como despertar de un sueño —dijo Khramelan—. Los demonios también sintieron mi cambio. Por eso estaban ansiosos por seguir a Bandur.

Asentí, entendiendo.

—¿Qué pasó después de que mi madrastra te maldijo?

—Desapareció en Kiata, y el Rey Dragón me atrapó para convertirme en el guardián de Lapzur —Khramelan enseñó los dientes —. Por eso, nunca lo perdonaré.

—Buscarás tu venganza.

—Iré a donde quiera —dijo—. Eso es lo que significa ser libre, después de todo. Durante dieciséis años he sido el guardián de Lapzur. Bandur estará allí por mucho más tiempo.

—Espero que se quede atrapado en ese pozo para siempre — dije.

—Encontrará una salida. Incluso los demonios merecen ser libres. La mayoría de ellos, de todos modos —Un gruñido—. La magia demoníaca creó a Lor'yan, al igual que los dioses y los dragones, y se les debe respeto. Algo que tus antepasados claramente olvidaron.

Encontré su mirada con el ceño fruncido.

—Mis ancestros atraparon a los demonios para mantener a Kiata a salvo.

—Y durante toda su vida funcionó —Gruñó—. Los humanos son egoístas y miopes. Pero considera esto: cuando los demonios finalmente se liberen, se enfurecerán. Infligirán mil años de venganza sobre tu tierra. Pregúntate entonces si tus antepasados tomaron la decisión correcta.

Su rencor me tomó por sorpresa, y respiré inquieta.

—Simpatizas con ellos.

—Por supuesto que sí. Soy medio demonio —dijo—. Los de mi especie no carecen de sentimientos, y puedo sentir a mis hermanos en Kiata. Están angustiados. En dolor.

Hasta aquí llegaba la esperanza de que Khramelan pudiera usar la perla para sellar las Montañas Sagradas una vez más.

Retrocedí un paso, desconfiando de sus alas y de lo fácil que sería para él tirarme del acantilado al mar.

—Lamento todo lo que han hecho mis antepasados —dije, en serio—. Pero si lo que dices es cierto, no puedo dejarlos libres.

—Entonces, ¿por qué debo liberar a tus hermanos, cuando tú no liberarás a los míos?

Era una buena pregunta, y tragué saliva.

—No sé si puedo responder eso —respondí honestamente—. Excepto que sabes lo que es estar maldito, estar atrapado entre mundos.

—Sé lo que es estar solo —dijo Khramelan—. Tus hermanos se tendrán el uno al otro.

—Tenías a Channari —dije en voz baja—. Su último deseo fue que yo te devolviera su perla. Ella no te odiaba al final.

Las palabras deshicieron su ira y, por primera vez, dobló las alas a los costados, permitiendo que el sol lo empapara por completo.

Reuniendo mi coraje, empujé la perla hacia él.

—Por favor —dije suavemente.

Observó su reflejo en la superficie oscura de la perla: incluso bajo el sol, su luz fracturada brillaba en sus pupilas, como si hubieran cosechado una red llena de estrellas.

Entonces sus hombros se agitaron y dejó escapar un gruñido

temible.

—Pediste mi ayuda, princesa. Reza para que no te arrepientas.

Sin más advertencia que esa, nos arrojó a Takkan y a mí sobre su ala una vez más y se elevó hacia las nubes.

Capítulo Cuarenta

Lamentaba *mucho* haberle pedido ayuda a Khramelan. Mientras se alejaba del océano y giraba sobre el corazón de Kiata, mi estómago dio un fuerte vuelco de miedo.

—¡Detente! —grité, desesperada por llamar la atención de Khramelan—. ¡Detente! ¡La gente te verá!

No sabía si me escuchó, pero no pudo haber sido una coincidencia que inmediatamente hiciera lo contrario, descendiendo más y ganando velocidad. Ahora, mientras pasábamos pueblo tras pueblo, podía escuchar los gritos.

Nadie había visto a un demonio en mil años, y solo podía imaginar el terror y el pánico que infundiría esta enorme pesadilla con alas lo suficientemente anchas como para bloquear el sol.

—Esto no era lo que quería decir con ayudar —le dije a Khramelan—. ¡Suficiente! ¡Suficiente!

Esto es lo que obtienes por confiar en un demonio, chilló Kiki desde atrás. *Date prisa y salta sobre las espaldas de tus hermanos antes de que el lunático te deje caer del cielo.*

Incluso si hubiera querido, no podría. Mis hermanos no podían igualar su velocidad y nadie podía predecir adónde iría después. Se desviaba y abalanzaba cada segundo, como animado por los gritos que le seguían.

Por favor, que esto sea una pesadilla, pensé. *Tal vez los demonios me atraparon en Lapzur y todavía estoy dormida.* Pensándolo bien, no estaba segura de preferir eso.

De lo que *estaba* segura era de que la mitad de todos los Kiatan habían visto a Khramelan para cuando llegamos a las Montañas Sagradas. Allí, finalmente redujo la velocidad.

Mientras flotaba, ignorando la legión de soldados armados y alarmados junto a la brecha, pude sentir el cambio del viento. Los escombros se derramaron por la ladera de la montaña y los árboles del bosque se estremecieron. No podía decir si los demonios adentro estaban reaccionando a mí o a Khramelan.

—¿Los oyes? —me preguntó Khramelan, rompiendo su silencio —. ¿LOS OYES?

Shiori…, susurraban los demonios. *Libéranos…*

—¡Sí, los escucho! —grité—. Ahora, ¿quieres parar?

Los soldados de Padre evitaron que Khramelan respondiera. Las lanzas se dispararon hacia sus alas, una o dos rebotaron contra sus nudillos y casi nos empalaron a Takkan y a mí. Alabado sea el gran dios por la piel gruesa de Khramelan. Se alejó en espiral hasta que las armas apenas pudieron tocarlo. Las flechas vinieron después, bombardeando las nubes, formando arcos y cayendo como estrellas moribundas.

Khramelan aceleró a través del bosque y sobre el palacio. Mi casa pasó como un borrón de techos de tejas azules, puertas bermellón y exuberantes jardines salpicados de árboles de flores rosadas. No quería pensar en cómo iba a explicarle a Padre el viaje de placer de Khramelan.

Nuestro recorrido aéreo por Kiata había terminado y Khramelan tuvo el descaro de aterrizar en medio de la plaza comercial de Gindara, justo en frente del templo de la capital. La multitud se separó en oleadas, gritando de terror mientras corrían. Los carros volcaron, las mulas y los caballos chocaron contra las farolas, y los botes en los canales chocaron entre sí, las cajas de carga preciosa cayeron al agua.

La tierra tembló bajo los pies de Khramelan, y linternas y tejas verdes oxidadas cayeron de los aleros del templo. Nos depositó a Takkan y a mí en la tienda de un comerciante de especias.

—¿Me pediste ayuda? —dijo en medio de los gritos—. Eso es todo. De nada.

—¿Cómo es esto ayuda? —Fue todo lo que pude decir. Se me había subido el estómago a la garganta y apenas podía contener las náuseas del vuelo errático de Khramelan.

Me dio la espalda.

—He vivido en una pesadilla durante dieciséis años, y su país ha estado en un sueño durante mil. Todo el mundo necesita despertar.

Esas fueron las últimas palabras que me dijo antes de volver a saltar al cielo.

Piedras, naranjas y melones se lanzaron tras el demonio, y supe que una vez que estuviera fuera de la vista, estarían dirigidas hacia mí. Takkan y yo habíamos comenzado a bajar de la tienda cuando algo se elevó detrás del dosel a rayas púrpura.

La perla. Quizás fue un truco del sol, pero juré que inclinó su grieta para mirarme, y su luz parpadeó. Una especie de "de nada", por

todos los problemas que había causado en mi vida.

Luego salió disparada tras Khramelan, que flotaba justo debajo de las nubes, y envolvió al medio demonio en un destello de luz. Por fin, comenzó a transformarse.

Sus escamas brillaron de repente, cambiando de negro como el ónix a azul verdoso como un bosque de zafiro y jade. Las puntas de sus alas fueron lijadas, y cuando sus alas se separaron, vi que sus ojos también habían cambiado. No coincidían: uno de un azul intenso, como el cielo sobre nosotros, y el otro todavía rojo, aunque ya no era el rojo sangre de demonio que había sido una vez. El color era más cálido, más profundo. Un ojo digno de un dragón.

Las flechas se detuvieron, las piedras voladoras y las naranjas también. El miedo se convirtió lentamente en asombro, y tanto adultos como niños salieron de sus escondites para ver cómo se desarrollaba la vista.

—¡Un dragón! —murmuraron—. ¡Un dragón!

Algunas personas comenzaron a inclinarse, y las sacerdotisas y los monjes del templo oraron en voz alta. Los tambores resonaban y las campanas repicaban, y algunos de los ancianos incluso lloraban.

—Los dioses han regresado.

—Rápido, pide un deseo. Desea la suerte de los dragones.

—Por los Hilos, ¿un demonio transformándose en un dragón? ¡Es una señal de los cielos!

Apoyé las palmas de las manos contra la tienda para inclinarme hacia delante. Mi atención pasaba de Khramelan a la gente. Me asombraba la rapidez con que habían cambiado sus reacciones hacia él.

—Supongo que Seryu tenía razón sobre cuánto ama la gente a los dragones —le comenté a Kiki mientras se posaba ligeramente sobre mi cabeza. Una opresión agridulce volvió a mi pecho—. ¿Te imaginas lo presumido que sería si estuviera aquí? Sería insoportable.

Estaría coleccionando monedas, dijo Kiki. Apuntó con un ala a alguien en la calle. *Mira, una persona ya lo está. Apuesto a que estarán vendiendo máscaras de dragón en todas partes al final del día.*

Eso me hizo reír.

—Shiori —susurró Takkan, volviendo mi atención hacia el pabellón del templo donde habían aterrizado mis hermanos—. Mira.

Ellos también estaban cambiando, su encanto finalmente

deshecho. Por última vez, sus plumas se convirtieron en carne y sus alas se fundieron en brazos y piernas humanos. Las coronas carmesí de sus cabezas se ennegrecieron hasta convertirse en matas de cabello que necesitaban urgentemente ser lavadas.

—¡Andahai! —grité, saltando y corriendo—. ¡Benben, Reiji, Wandei, Yotan! ¡Hasho!

Antes de que mis hermanos pudieran siquiera ponerse de pie, arrojé mis brazos alrededor de Wandei y Benkai, los más cercanos a mí, y los abracé con fuerza.

—Nuestros huesos todavía se están estirando, hermana —dijo Wandei con un escalofrío—. Nos vendría bien un momento.

Lo dejé ir, pero solo para abrazar a Yotan y Reiji. Hasho mantuvo su brazo detrás de su espalda, pero sonrió tan ampliamente que no pregunté qué le pasaba.

En la distancia, Khramelan asintió levemente, casi imperceptiblemente. Sus alas habían desaparecido, pero podía volar, su cuerpo se mantenía a flote gracias a la perla, completo por fin, brillando en su pecho.

Se lanzó al cielo, atravesando las nubes y desapareciendo entre los pájaros, lo mismo que había hecho en la memoria de Channari.

Dragón y perla se habían reunido, y mi promesa a Raikama se cumplió.

Cuando me volví para unirme a los demás, un rayo de luz plateado bailó sobre mi brazo, iluminando un brazalete de hilos rojos en mi muñeca. Dos brillaban más que el resto: el que me conectaba con Takkan, y el otro... hasta un extremo invisible muy por encima de las nubes.

—Madrastra —susurré.

Uno de sus pájaros de papel se posó en mi palma, con la cabeza inclinada con curiosidad. No habló, pero sabía lo que estaba preguntando.

Llegó una punzada en mi corazón.

—Estoy lista —dije.

Asintiendo, el pájaro cortó el hilo de Raikama de mi muñeca y el viento se lo llevó. Quería perseguirlo, pero retuve mi mano. Observé cómo, con un último destello, el hilo desaparecía sobre mí, para nunca más ser visto.

Abracé mis brazos a mi pecho. Estaba sola ahora.

Los pájaros de papel de Raikama aterrizaron en los hombros de mis hermanos y en el de Takkan. Y juntos, abrieron sus alas para mí.

Estás sin ella, parecía decir el gesto. *Pero no estarás sola.*

Con eso, el viento se los llevó, y los siete pájaros de papel fueron a la deriva tras los hilos que habían cortado. Sabía que no iban a volver.

La punzada en mi corazón se desvaneció mientras me deslizaba entre Hasho y Takkan. Tomé la mano de Takkan, pero cuando me estiré por la de Hasho, se estremeció. Estaba jugueteando con los pliegues de su capa y rápidamente metió su brazo debajo de ella.

—¿Te rozó una flecha? —pregunté, preocupada.

—No, no. Simplemente no estoy acostumbrado a usar ropa. Me toma un minuto olvidar mis plumas.

Siempre un mal mentiroso, Hasho.

—¿Tu brazo está…?

—Estoy bien —Hasho tomó mi mano, apretándola con fuerza como para probarse a sí mismo.

No estaba convencida, pero el sonido distante de los petardos me distrajo. A nuestro alrededor, los niños cantaban y bailaban por las calles, agitando coloridos abanicos. Los comerciantes y vendedores regresaron a sus puestos y estalló otra ronda de petardos. Algunas cometas se deslizaron sobre los parques. Si no lo hubiera sabido mejor, habría pensado que era un día festivo.

La gente ya estaba limpiando el desastre que había hecho Khramelan, y por cada mirada desconfiada que me dirigían, había una docena de sonrisas radiantes. Me dije a mí misma que debía concentrarme en las sonrisas y no preocuparme demasiado por el ceño fruncido, al menos hasta que llegáramos a casa con Padre.

Mis hombros se relajaron y olvidé lo que le iba a decir a Hasho. Lo balanceé a él y a Takkan hacia el resto de mis hermanos, enredando mis brazos alrededor de los de ellos hasta que hicimos un nudo.

—Ha sido un largo viaje —murmuré, abrazando a mi familia. Con descaro, miré a los siete jóvenes—. ¿Hay tiempo para almorzar antes de que nos vayamos a casa?

***

Visitar Gindara siempre era un placer, y me mareé mientras

caminábamos por las calles de la ciudad. Era incluso más ruidoso que de costumbre, gracias a la escena que había hecho Khramelan. Pero al cabo de una hora, los barcos pesqueros en forma de medialuna volvían a navegar por los canales y la mayoría de los comerciantes habían limpiado sus puestos y tiendas. Los carros cargados con alfombras y loza de Spice Road rodaban, las linternas de seda colgaban en cada esquina y los niños corrían por los callejones para darse un festín con sus bocadillos favoritos.

Ya podía oler la calle Cherhao. Dedicada por completo a la comida, era uno de mis lugares favoritos en todo Kiata. Coincidentemente, también estaba de camino al palacio, por lo que no pudimos evitarla por completo. La consideraba una bendición de los dioses.

Yotan compró un sombrero de paja para cubrir mi cabello blanco. Era demasiado grande y me sentía tonta, pero sería prudente tratar de permanecer de incógnito. Aunque estábamos a cuadras de donde habíamos comenzado, casi todas las personas todavía hablaban del dragón en el cielo. Se correría la voz sobre mí. Y rápido.

—Tenemos que darnos prisa —dijo Andahai con cautela. Él y Benkai estaban observando las miradas que se cruzaban en nuestro camino—. No seas exigente con el almuerzo, Shiori. Cualquier cosa servirá.

—Todos están tan felices. ¿De qué hay que preocuparse? —dijo Yotan—. Tal vez Kiata *esté* lista para la magia otra vez.

—Creen que presenciaron un milagro —respondió Reiji, siempre pesimista—. Eso no significa que estén listos para pájaros de papel voladores y príncipes que se convierten en grullas.

—O tal vez lo estén —dijo Wandei, estando de acuerdo con su gemelo por una vez.

Reiji todavía estaba escéptico.

—Veremos qué piensa el consejo sobre lo que sucedió.

Me quedé callada. No quería preocupar a nadie, pero a cada pocos pasos me subía a la cabeza una oleada de mareos. La comida ayudaría.

—¿Estás bien? —preguntó Takkan. Mientras todos los demás habían estado observando las reacciones al dragón, él me había estado observando a mí.

Jugueteé con mi sombrero.

—Solo estoy hambrienta. Y cansada.

Las cejas de Takkan se fruncieron y soltó mi mano.

—Vuelvo enseguida.

Fruncí el ceño después de él. No era propio de él irse sin una explicación, pero no me desconcertó su desaparición por mucho tiempo. La comida era una distracción gloriosa, y mis hermanos y yo pasábamos junto a un carrito de pasteles de arroz.

Mi carrito favorito de pasteles de arroz, para ser precisos. Lo había frecuentado en mi antigua vida. El chef y yo estábamos en términos amistosos.

Manteniendo la cabeza baja, me acerqué a ella.

—Me gustarían dos docenas de pasteles de medialuna con relleno de durazno, una docena regular con pasta de loto, otra docena con frijol rojo —Hice una pausa, recordando que viajaba con siete chicos que no habían comido en más de un día—. Mejor que sean *tres* docenas con frijol rojo. Y de maní también.

A pesar de mi sombrero, mi orden enorme me delató.

—Princesa Shiori, ¿eres tú? —exclamó la señora Hana—. ¡Lo es, lo es! ¡Bienvenida de nuevo!

Demasiado para permanecer de incógnito. En cuestión de minutos, los cocineros de otros carritos me estaban acosando. Alguien empujó una bandeja en mis brazos, y pronto estaba llena de brochetas de carne chisporroteante, berenjenas rellenas con tofu y camarones, sopas de fideos con bolas de pescado flotantes y dumplings que se retorcían y bailaban mientras caminaba.

—No sabía lo querida que eras por el distrito de comida de Gindara —comentó Takkan mientras regresaba a mi lado. Sonrió irónicamente—. Estoy empezando a pensar que debería haberte dado pasteles en lugar de un peine.

—No —Dejé mi comida, luciendo pensativa—. Pasteles, los disfruto solo por un minuto. Tu peine, lo atesoraré por siempre —Me limpié el azúcar de los dedos y le guiñé un ojo—. Pero prefiero los pasteles a las flores cualquier día.

Él rio.

—Anotado.

—Ahora prueba esto —Metí una brocheta de cordero especiado con comino en la boca de Takkan—. Apuesto a que no tienes esto en Iro —Le ofrecí un dumpling picante que goteaba con aceite de chile y luego, antes de que tuviera la oportunidad de terminarlo, planté el

pastel de arroz más regordete, que rezumaba pasta de frijoles rojos, en su palma.

¿No consigo algunos?, preguntó Kiki. *¿O debo quedarme con los gusanos de papel?*

Me reí de ella. Era como si hubiera retrocedido en el tiempo al Festival de Verano del año pasado. Volvía a ser la despreocupada princesa Shiori, famosa por su exigente gusto en la comida y su habilidad para conquistar cada plato en el festival.

Pronto no fueron solo los vendedores de comida los que me invadieron. Los habitantes de la ciudad también lo hicieron. Los alegres me bendecían y gritaban:

—La suerte de los dragones está contigo, princesa Shiori.

Los curiosos preguntaban:

—¿Puedes decirnos qué pasó con el dragón? ¿Por qué era un demonio antes?

Y detrás de la multitud, los rezagados temerosos murmuraban:

—Así que es verdad, la princesa *tiene* magia…. ¡Mira su cabello, como un fantasma! ¿Qué puede significar si un dragón está aquí? Los demonios deben estar cada vez más fuertes... Apuesto a que es su culpa... Eso es lo que dijo mi amigo en Yaman, que el hechizo que nos hizo dormir todo el invierno, los incendios que han estado arrasando el bosque, todo se debe a Shiori'anma.

Me tragué la última bola de pescado de mi brocheta y la clavé en un pastel de arroz sin comer. Se me había ido el apetito, me puse el sombrero firmemente sobre la cabeza y me abrí paso entre la multitud, odiando que Andahai hubiera tenido razón después de todo. Necesitábamos ir a casa.

Benkai había estado susurrando a los centinelas que patrullaban la ciudad y, a su señal, dispersaron a la multitud. Como soldados entrenados que eran, Takkan y mis hermanos me rodearon y me llevaron a las afueras de la ciudad.

Pateé una piedra suelta en el camino mientras esperábamos un carruaje que nos llevara a casa.

—¿Quién hubiera pensado que extrañaría tanto ese cuenco en mi cabeza?

—Creo que tu apetito te delató más que tu cara —bromeó Reiji—. ¿Siete docenas de pasteles de arroz?

—Estaba ordenando para todos nosotros —respondí—. Pero

debería haber sido más cuidadosa. Estoy cansada. No estaba pensando —Repentinamente exhausta, me hundí en un banco al lado del jardín público—. Lo siento, todos.

Yotan chasqueó los labios.

—No te disculpes. Después de una semana de ratones y gusanos, todavía estoy saliendo de mi cerebro de pájaro. Además, necesitabas comida. Parecías un fantasma. Y no solo por tu pelo.

Pasé mis dedos tímidamente a través de los nudos plateados en mi cabello, y Takkan se sentó a mi lado.

—Ignóralo —susurró—. Ignóralos a todos.

Siempre podía leerme. Hice el más mínimo asentimiento. *Voy a tratar.*

Una bolsa de cáñamo colgaba de su muñeca, recordándome preguntarle a dónde había ido antes.

—¿Fuiste de compras? —pregunté—. Me preguntaba por qué desapareciste misteriosamente.

—Compré vendajes y ungüento para tu brazo —respondió—. Sé que el palacio tendrá mejor medicina, pero aún estamos a una hora de las puertas por lo menos. Y perdiste mucha sangre —Empezó a abrir un frasco—. Esto ayudará.

Arrugué la nariz.

—Huele horrible.

—Es por eso que esperé hasta que terminaras de comer.

Fruncí el ceño, pero por mucho que odiara admitirlo, el ungüento realmente ayudó a que mi brazo se sintiera mejor. Cuando terminó, sumergí mis dedos en la medicina y la unté sobre los cortes en su rostro.

Tomé su mejilla y dije en voz baja:

—No soy la única que resultó herida, así que no soy la única que debería oler a estiércol.

Takkan se echó a reír y me besó la punta de los dedos, con olor a estiércol y todo. Estaba a punto de decir algo más cuando Andahai arruinó nuestro interludio.

—No delante de la familia —dijo mi hermano mayor secamente, y juré que la espalda de Takkan se puso recta como una lanza.

Crucé los brazos.

—Oh, vamos. Estarías igual si Qinnia estuviera aquí.

—Es hora de irse —dijo Andahai, ignorándome—. El carruaje está casi aquí. Necesitas descansar, Shiori. Todos necesitamos descansar.

¿Por qué miró por un momento a Hasho cuando lo dijo?

—¿Qué me perdí? —Volví a mirar a mi hermano menor. Había estado callado todo este tiempo, manteniéndose solo y comiendo con moderación. Un gato callejero había trotado hasta su lado, y un gorrión se posó sobre sus hombros, mordisqueando las migas sobrantes. Siempre había sido mi hermano más sensible y supuse que necesitaba más tiempo para recuperarse de su transformación.

—¿Hasho está…?

—Él está bien.

La breve respuesta de Andahai despertó mis sospechas y, antes de que mis hermanos pudieran detenerme, me abrí paso hasta el lado de Hasho.

—Hace demasiado calor para usar una capa —dije, tirando de la pesada tela que cubría su hombro. Se estremeció, y finalmente entendí por qué se había retirado de nuestra compañía.

Su brazo derecho, el mismo que Bandur había maldecido, seguía siendo un ala. Y negra como la noche.

—¡Hasho! —exclamé en estado de shock.

Hasho levantó el ala, dejando que sus extremos sobresalieran de la capa. Sus plumas eran largas y afiladas, en una cruel imitación de dedos. El brazo de un pájaro, no el de un hombre. Nunca podría agarrar una taza de té o escribir o dibujar o incluso caber en una manga.

—Es un brazo —dijo Hasho, doblando el ala a su lado—. Podría haber sido peor —Logró una media sonrisa—. Solo necesito una mano para vencer a Reiji en el ajedrez.

—Oh, Hasho —susurré, un sollozo desgarrando mi pecho—. ¿Por qué no… por qué no dijiste algo? Tal vez Kiki pueda rastrear a Khramelan, tal vez no sea demasiado tarde y él pueda…

—No se puede hacer nada —interrumpió mi hermano menor—. Lo sé desde hace algún tiempo. Lo he aceptado.

—Pero…

Hasho acarició mi mejilla con sus plumas.

—Este no es el peor de los resultados. Todavía puedo hablar con los pájaros, y con Kiki.

Su tono era suave, pero firme. *No discutas*, suplicaba.

Mi hermano retrajo su ala.

—Al menos la gente nos creerá cuando les digamos que pasamos nuestros días como grullas.

—La gente ya está empezando a creer —dije a través del dolor en mi garganta—. Y gracias a Khramelan, tendremos que enfrentar eso más temprano que tarde.

Esperaba que Khramelan pudiera ayudarme a resolver el problema de demonios de Kiata, pero solo los había agravado más allá de toda medida. No podía ignorar a los demonios para siempre.

—¿Es nuestro derecho mantenerlos encarcelados? —murmuré, casi para mí misma—. La magia... y los demonios. Tal vez ese fue el error de nuestros antepasados en primer lugar.

—No puedes liberar a los demonios —dijo Reiji—. Eso sería una locura.

Lo sería. Y sin embargo… no podía soportar la idea de que Kiata se sofocara durante otros mil años sin magia.

Tal vez estaba siendo egoísta al pensar en cómo el ala de Hasho lo marcaría por el resto de su vida, en cómo un toque de la maldición de Raikama siempre perseguiría a mis hermanos, en cómo nunca sería capaz de caminar por la calle Cherhao, ni por ningún lado, sin escuchar susurros de que yo era una bruja o un monstruo. De cómo deseaba tan desesperadamente que mi hogar volviera a ser mi hogar.

Tal vez estaba siendo tonta al pensar que desempeñaba algún papel en el destino de Kiata.

Sin embargo, si yo no hiciera nada, ¿quién lo haría? ¿Era peor ser una cometa sin ancla, vagando perdida en el viento, o una cometa que no se atrevía a aprovechar el viento y nunca volaba? Una al menos tenía la posibilidad de encontrar un hogar, por escasa que fuera. La otra no tenía ninguna.

Cuando subí al carruaje, supe qué cometa tenía que elegir.

Capítulo Cuarenta y Uno

—¿Mandaste a por mí? —Mi voz tembló. Me incliné tan bajo como pude, como solía hacerlo cuando sabía que estaba por ganarme una reprimenda. Las únicas veces que Padre me había convocado a sus recámaras privadas era después de hacer algo inexcusable. Y montar un dragón en pleno Gindara ponía en vergüenza a mis previas travesuras.

Mi imaginación se volvió loca: me preparé para que me desterraran, me casaran con un príncipe de A´landan, o me encerraran y solo me alimentaran con arroz blanco y té amargo.

—¿Has descansado? —preguntó Padre, interrumpiendo mis pensamientos.

Por su tono duro, supe que aquello no era una invitación a levantarme.

—Sí.

—Por los Demonios de Tambu, hija —se quejó—. La conmoción que has creado en estas últimas horas…

Nunca había oído a mi padre maldecir antes.

—Lo siento. Sé que es mi culpa… Debería haber…

—Déjame ver tu brazo —pidió—. Tus hermanos me contaron lo que el demonio hizo. Que te ha… te ha lastimado.

Eso no era lo que había esperado.

Levanté mi manga con cuidado y deshice mi viejo vendaje. Me había bañado desde mi regreso, pero todavía olía fuertemente a la pomada que Takkan había untado sobre mi piel, y me picaban las fosas nasales.

La mandíbula de Padre se tensó ante los cortes en mis brazos. Era bueno que Bandur estuviera encerrado, porque se veía preparado para apuñalar al demonio y cortarlo en pedacitos para hacerlo guiso.

—¿Tus manos también? —preguntó.

—Esas son viejas heridas —expliqué, mirando las marcas blanquecinas en mis dedos. Usualmente, en su presencia, las escondía debajo de mis mangas, pero ahora mis manos se movían al hablar, y las cicatrices hormigueaban. Había dejado de prestarles atención en algún momento durante mi viaje hacia Ai´long. Servían como un doloroso recuerdo del precio que había tenido que pagar para salvar a

mis hermanos. Aunque, recientemente, estaba comenzando a verlas de manera diferente: como una señal de fuerza y todo lo que debía hacerse.

—Las vendas necesitarán ser cambiadas —anunció Padre. Había un balde con agua caliente detrás suyo, lo que me hizo darme cuenta de que él esperaba por mí.

Quise hablar, pero Padre me interrumpió.

—Yo lo haré —dijo

Carcajeó levemente ante mi sorpresa.

—No siempre fui un emperador, sabes. Como tus hermanos, una vez entrené para ser un centinela. Mi padre se encargó de que yo atase y puliera mi propia armadura, fregara mis propios cuencos y cosiera mis propias heridas, al igual que cualquier otro soldado. Aguarda, esto puede doler.

Mordí mi labio mientras él limpiaba mi herida, fijando mi atención en la pantalla de madera de la ventana.

Las recámaras de Padre eran sencillas, con una mesa sencilla de palisandro, un estante a juego lleno de pergaminos y libros, un largo diván adornado con grullas y orquídeas, y un espejo de bronce que habitaba en el palacio desde el reinado del primer emperador de Kiata.

Luego de que Madre muriera, sus cuartos se habían convertido en su santuario privado. Los visitantes solo estaban permitidos en el patio delantero. Mis hermanos y yo podíamos contar con los dedos de la mano la cantidad de veces que habíamos sido invitados a los departamentos residenciales de Padre.

Sin embargo, aquí estaba yo, derramando vendajes sobre una alfombra de lana que fue regalo de un rey de Samaran, mi herida cubierta con seda cruda que había viajado por la Ruta de las Especias desde A´landi hasta Kiata, y mi carne cosida por un emperador de las Nueve Eternas Cortes.

No podía evitar pensar en cómo, sin la armadura de sus ropas ceremoniales, su tocado de oro y sus cinturones con medallas, lucía simplemente como un padre que no dormía desde hacía muchas noches a causa de preocuparse por sus hijos.

—Relaja esos hombros, Shiori. ¿Crees que envié a por ti para castigarte?

—No es menos de lo que merezco.

—Muchos coincidirían contigo.

Los ministros, obviamente. Probablemente la mayoría de la corte también. Todo Kiata, de hecho.

—¿Has hablado con el concejo? —pregunté cuidadosamente.

Mi pregunta causó que Padre endureciera la mirada nuevamente.

—Se ha disuelto por el momento —Una pausa—. Mientras no estabas, Hawar confesó haberte envenenado.

—¿Hawar *confesó*? —Eso me sorprendió.

—Declaró que sus acciones estaban justificadas —recordó Padre con una risa seca—. Después de que aparentemente me atacaras en las Montañas Sagradas, pensó que era seguro admitir que dos cultistas se habían acercado a él unos meses atrás con el veneno. Dijo que se negó a considerar lastimar a la princesa de Kiata, pero cuando mostraste señales de una aflicción mágica… Aseguró no tener otra opción, dijo que tenía que proteger al pueblo.

Me estremecí.

—¿Qué le sucedió?

—Fue ejecutado ayer —respondió Padre sin mostrar sentimiento —. Sus cómplices no han sido nombrados, pero tengo fe en que tu espectáculo en Gindara provocará que un par se aparezcan.

No dije nada. Me preguntaba cuántos en el palacio secretamente concordaban con Hawar de que yo era un problema. Tal vez por eso el espejo de la verdad no me había mostrado la identidad de mi asesino: porque no había actuado solo. Padre hizo una mueca severa.

—Hay pocos en quienes confíe en estos días —Podía oír las palabras no dichas: *¿Puedo confiar en ti, hija?*

Me estremecí.

—Siento haber mentido. Sobre Iro. Sobre todo.

—A tus mentiras estoy acostumbrado —respondió—. Pero no a las de tus hermanos.

La reprimenda me estremeció, pero me lo merecía. Me incliné aún más abajo.

Luego de una pausa, preguntó:

—¿A dónde fueron realmente?

—A las Islas Olvidadas de Lapzur —respondí—. Raikama me

pidió ir y cumplir sus últimos deseos. Llevé a Bandur conmigo, y ahora está atrapado allí. No plagará Kiata de nuevo.

—Esas noticias son bienvenidas —expresó Padre. Su tono no lo traicionaba, y no saqué a la luz el hecho de que Bandur lo poseyó en las Montañas Sagradas. Entendía su orgullo, y aquel era un secreto que moriría conmigo.

Señaló mi cabello.

—¿Es este el precio que tuviste que pagar por nuestra liberación?

Le ofrecí una pequeña sonrisa.

—No estoy tan cambiada como me veo. Todavía soy impertinente e incapaz de seguir instrucciones.

—Te creo —El emperador pasó su mano por mi frente, como solía hacer cuando era niña—. Llevará un poco de tiempo acostumbrarse, pero te queda bien. Siempre fuiste hija del invierno —Su mano cayó en mi hombro—. No más mentiras. No más secretos. ¿Puedes prometérmelo?

Di un paso hacia atrás.

—Baba —dije en voz baja en lugar de responder—. ¿Hubieras protegido a todos los Sangre Sucias como me has protegido a mí, o solo te importa porque soy tu hija?

La pregunta lo tomó desprevenido. Inhaló.

—Si te soy honesto, por lo general, para cuando la noticia de los Sangre Sucias llega al emperador, ya están muertos.

Tal vez esa era la razón por la cual había sido elegida esta vez. Porque, a diferencia de otros nacidos antes de mí, yo tenía el oído del emperador. Tenía una voz.

Y tenía que usarla.

—Seré honesta también —dije—. Voy a volver a la brecha. Tengo que hablar con los demonios.

—¿Has perdido la cabeza? —Los ojos de Padre se contrajeron—. No se te permite acercarte a aquel lugar malvado. Una ley que conocías bien la primera vez que la rompiste. Hazlo de nuevo y no tendré más remedio que castigarte.

—Si me hubiera quedado, Bandur todavía estaría en Kiata —argumenté—. Déjame hacerme cargo del resto de los demonios.

—Los demonios mataron a tu madrastra. No dejaré que te maten

a ti también —Los círculos bajo sus ojos se hicieron más profundos, y noté por primera vez lo mucho que había envejecido en el último año —. Si tienes hijos un día, lo entenderás. Cuando tú y tus hermanos desaparecieron, habría dado lo que fuera; mi corona, mi reino, mi vida, para ponerlos a salvo.

Un nudo se endureció en mi garganta, e hice algo que nunca me atreví cuando era una niña pequeña. Alcancé la mano de Padre, apretándola fuertemente.

Puedo ponernos a salvo de nuevo, quise asegurarle. *Puedo detener a los demonios.* Pero las palabras no salían.

Porque, sin importar lo que hiciera, las cosas nunca volverían a ser lo que fueron alguna vez. El hogar que anhelaba al estar bajo la maldición de Raikama había desaparecido, y todo lo que podía hacer ahora era construir uno nuevo. De alguna manera.

—Kiata es mi hogar —dije, en cambio—. Déjame pelear por ella.

Los ojos de Padre eran espejos de los míos, reflejando la misma terquedad y resolución.

—No soy un tonto, hija. Entiendo lo que le pasó a Hasho —Apretó los puños y le tomó un largo respiro recuperar la compostura —. Podrías sufrir mucho peor.

—Aunque así fuera, no tengo miedo. Esto es para lo que nací. Por mucho tiempo he ignorado mi rol como princesa, como *hija* de Kiata. Déjame cumplir mi deber ahora.

Las manos de Padre cayeron a sus costados. Sabía que estaba usando sus viejas palabras contra él.

—Extraño los días en que te escondías de tus tutores entre los árboles. No me preocupaba ni la mitad por ti como me preocupo ahora.

Mi boca se curvó en una sonrisa de complicidad.

—¿No me alejarás de las montañas?

—Quiero hacerlo —dijo débilmente—. Pero te conozco, Shiori, y sé que tienes a tus hermanos detrás de ti. Al joven Lord Bushi´an también. Ya te has escapado antes; lo harás de nuevo sin cuestionártelo. Por lo que lo mejor es que los equipe a todos con lo que necesiten, que dejarlos enfrentar a los demonios sin estar preparados.

—Gracias —agradecí, sintiéndolo de verdad. Entonces mi frente se frunció, mientras pensaba con dificultad—. ¿Las sacerdotisas

capturadas de las montañas aún están vivas?

—Una lo está… apenas.

Casi sentí pena por esa mujer.

—¿Puedes organizarme una audiencia? —pregunté—. Deseo hablar con ella.

***

La sacerdotisa Janinha era tan solo el espectro de la anciana presumida que había encontrado en las montañas. Las manchas de sangre formaban costras en sus mejillas, y su cabello colgaba a su alrededor en mechones semejantes a la paja, veteados de tierra y barro. Sin su bastón de madera, se veía demasiado débil como para causar daño, pero no me dejé engañar. No cuando sus ojos me cortaron como dos guadañas, recién afiladas y sin remordimiento.

¿Estas segura de que no puedo ir yo también?, me había preguntado Kiki. *No pude sacarle los ojos a picotazos a Hawar, al menos déjame hacérselo a esta sacerdotisa.*

Casi deseé haber cedido. Pero era mejor si hablaba a solas con la sacerdotisa.

Los guardias la arrastraron hasta la habitación y la empujaron sobre una sábana de algodón negro colocado en el suelo de la cámara, colocada allí para proteger el parquet de su sangre. No había ventanas, pero la luz de las linternas iluminaba los verdugones y las pestañas en sus mejillas cetrinas.

Aún así, bajo su mirada, de alguna manera me sentí como la prisionera.

—Mi padre te ha sentenciado a muerte por mil cortes —anuncié fríamente—. Responde a mis preguntas con sinceridad, y me aseguraré de que se te conceda un destino misericordioso.

—He estado esperando verte, Shiori´anma —jadeó Janinha, ignorando completamente mi oferta—. ¿Qué es lo que deseas saber?

No dejaría que sus ojos foscos me pusieran incómoda.

—Posees conocimiento sobre los Sangre Sucias. ¿Aquellos antes de mí, siempre han sido capaces de oír a los demonios?

Un silbido se filtró por los dientes de la sacerdotisa. Me tomó un momento darme cuenta de que se estaba riendo.

—No hables como si pudieras luchar contra tu destino —respondió—. Princesa o no, eres una presa, Shiori´anma. O mueres por

nosotros, o mueres por ellos.

—Responde la pregunta —repetí duramente.

—Sí, todos los Sangre Sucias son atraídos por las montañas. ¿Crees que eres la primera en derramar sangre por lo demonios?

¿No lo era? Mis labios se torcieron con curiosidad. Ahora tenía toda mi atención.

—La última vez fue hace cuarenta años. La Sangre Sucia antes de ti fue una muchacha tonta que no tenía idea de lo que era hasta que fue demasiado tarde. Cuando los demonios la atrajeron, pensó que eran los dioses hablándole, prometiéndole riqueza, poder y belleza. Ella les dio su sangre, creó una brecha. Una mucho más pequeña que la tuya, pero igual… Dejamos que lo hiciera. La gente comenzaba a olvidar la maldad de los demonios, y nada aguijonea el recuerdo como unas gotas de sangre. Prendimos fuego a su pueblo entero mientras dormía. Le dijimos que habían sido los demonios que había liberado, y, a diferencia de ti, ella supo que debía expiar —El rostro de la sacerdotisa brilló—. Estuvimos felices de ayudar.

—Monstruos… —susurré.

—Con sus cenizas, sellamos las montañas antes de que un solo demonio pudiera escapar —Janinha inclinó su cabeza—. Podemos hacerlo de nuevo… contigo, Shiori´anma.

Apreté mis dientes.

—¡*Asesinaste* a una niña inocente, a un pueblo entero! E incriminaste a los demonios por tus propios pecados…

—Si no lo hubiéramos hecho, muchos más habrían perecido —interrumpió la sacerdotisa—. Mi orden entiende que el sacrificio es necesario. Estamos dispuestas a morir por el bien de Kiata. ¿Y tú?

—El bien de Kiata… —repetí—. ¿Qué sabrías tú de ello?

Los guardias la levantaron de sus rodillas para llevársela, pero ella metió la mano en la parte posterior de su boca e hizo un giro brusco. Salió disparado un diente ennegrecido, cubierto de sangre y podredumbre.

Lo aplastó entre sus dedos. Mi corazón dio un vuelco cuando se derrumbó en su palma, como arena oscura.

—¡Detente! —chillé.

Los guardias desenvainaron sus espadas, pero ella arrojó las cenizas a lo alto, y sus hojas se congelaron a mitad de camino, los bordes tintineando contra sus cadenas.

—No hay necesidad de levantarse, Princesa —graznó cuando salté en mi lugar—. Ya casi termino.

Uno por uno, los faroles de bronce que colgaban de las paredes se enfriaron. Y mientras la oscuridad envolvía la cámara, pronunció sus últimas palabras:

—Si no entrarás al fuego, entonces, llegado el amanecer, Kiata arderá en tu lugar. Solo tus cenizas nos salvarán.

Con eso, los guardias fueron liberados, y un segundo antes de que las espadas se hundieran en su carne, la sacerdotisa cayó muerta.

Capítulo Cuarenta y Dos

—Tal vez solo fanfarroneaba —sugirió Reiji cuando les conté lo que había sucedido—. No sería la primera vez que las sacerdotisas intentan engañarte.

—Lanzó un encantamiento —insistí—. Había poder en sus palabras, como cuando Raikama nos maldijo. Dio su vida por ello.

—¿Crees que es una maldición? —preguntó Benkai.

Asentí.

Él me creyó.

—Su orden ha reclutado a muchos seguidores desde el avistamiento de Khramelan ayer —expuso—. Culpan a los demonios de cualquier destrucción, por lo que es probable que cualquier maldad que hayan planeado, comience cerca de la brecha. Cabalgaré y advertiré a mis hombres. Buscaremos en el área y evacuaremos las aldeas cercanas.

—Ten cuidado —le advertí—. Ellos todavía tienen cenizas de los últimos Sangre Sucias —Cenizas que les daban magia, la suficiente como para que me preocupara de que la promesa de Janinha sobre prender fuego a Kiata se *volviera* realidad.

—Anotado, hermana.

Wendei se inclinó hacia adelante, y dejó el papel que había estado doblando en forma de abanico.

—Si realmente es una maldición, entonces encontrar a los demás cultistas no evitará lo inevitable. ¿Qué podemos hacer si Kiata se incendia como ella advirtió?

Dudé, nerviosa por decir lo que había en mi mente.

—La magia es lo que le da potencia a su maldición, por lo que solo la magia puede pararla.

—Pero ¿cómo? —preguntó Wandei.

Me giré hacia Benkai.

—Cuando estás en guerra, ¿a quién buscas para que sea tu aliado?

—Al enemigo de mi enemigo —respondió con facilidad.

—Exacto —dije—. Los enemigos de las sacerdotisas son los demonios. He estado… He estado pensando en que quizá debería hablar con ellos.

Esperaba que mis hermanos discreparan, que me discutieran y que me dijeran que era una idea peligrosa. Mis expectativas se cumplieron. Los seis comenzaron a hablar al mismo tiempo, pero apenas podía oír lo que estaban diciendo, pues no eran las voces más altas en mi cabeza: esa le pertenecía a mi pájaro.

¿Qué es lo que planeas decirles?, trinó Kiki. *Lo siento, pero ¿les importaría matar a todos mis enemigos por mí? Como agradecimiento les traeré pasteles por los próximos mil años mientras permanecen prisioneros en las montañas. Oh, y por favor paren de hacer que la tierra tiemble cada vez que se sienten enojados por estar encerrados. Está aterrando a los aldeanos y despertándolos en el medio de la noche.*

Sonaba ridículo cuando lo decía de aquella manera, pero aun así…

—¿*Qué* les dirás? —Hasho hizo eco de la pregunta de Kiki.

—Honestamente, no lo sé —admití—. Pensé que tendría más tiempo para pensarlo.

Wendei golpeó con su abanico una mosca que zumbaba sobre Yotan.

—Según las sacerdotisas, tienes un día. Si insistes en este curso de acción, te diría que lo mejor sería que te pongas a pensar.

***

Salí a caminar para despejar mi mente. El otoño había llegado de la noche a la mañana, las copas amarillas manchaban los árboles y el rocío helado se aferraba a los aleros del Pabellón de las Nubes. Se suponía que Takkan estaría esperándome, pero lo escuché riendo junto a dos niños al lado del estanque de las carpas. Ambos colgados a sus lados, tirando de sus brazos y hablando tan rápido que solo pude captar las palabras *princesa* e *historia*.

Cuando me vieron, se sobresaltaron. Sus ojos fueron primero a mi cabello, suelto y sin horquillas, y completamente blanco como la plata, luego a Kiki, quien reposaba en mi hombro, sus alas de papel se agitaban tan vivamente como las de un pájaro real. Saludaron tímidamente antes de acordarse de hacer una reverencia.

Les devolví el saludo, sonriendo con cautela hasta que comenzaron a carcajear. Por qué razón, no podía imaginarme.

—Esa es la princesa Shiori, ¿no? —le susurró la niña a Takkan —. ¿Dónde está el cuenco en su cabeza?

¿Les había contado sobre el cuenco? No me sorprendía que me estuvieran observando.

—¿Les dirás a Suli y Sunoo lo que le pasó al cuenco? —me preguntó Takkan.

—Se rompió —dije sin rodeos. No era buena para las historias.

—Cuando encontró una forma de romper la maldición —contó Takkan, retomando mi relato—, el cuenco se rompió en cientos de pedazos, salvando a Shiori´anma de un incendio horrible y perverso.

—Me alegro —comentó el niño, aplaudiendo—. ¿Pero por qué su cabello es blanco?

—Por perseguir fantasmas —respondí—. Y batallar demonios — Mostré mis dientes e hice una cara de monstruo. Los niños rieron. Luego persiguieron alegremente a Kiki, sin importarles en absoluto que fuera un pájaro de papel volador mágico, y le hice señas a Takkan para que subiera al puente.

—Sunoo y Suli —reflexioné, señalando al par—. ¿Amigos tuyos?

—Buenos amigos —respondió—. Su padre, el Sr. Lyu, es el mensajero principal.

Takkan sabía el nombre del jardinero también.

—¿Conoces a todos en el palacio?

Se encogió de hombros.

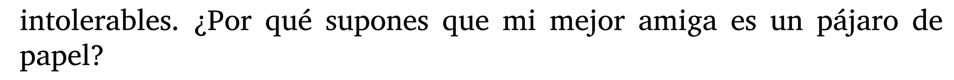
—Me he familiarizado con algunos miembros del personal. Han sido amables conmigo.

—¿A diferencia de tus compañeros lords y damas?

De su silencio, ya podía adivinar. La corte de Gindara estaba llena de sociópatas y aduladores en busca de estatus, y me imaginaba que no habían sido demasiado acogedores con mi rústico prometido de raza norteña. Ni siquiera mis hermanos hubieran hecho por mí lo que Takkan hizo el invierno pasado; él me había abierto su hogar cuando me consideró una humilde cocinera de taberna y no me trató diferente que a una dama de alta cuna. Para ser un lord, aunque fuera de tercer rango, era irremediablemente cándido y sin pretensiones. La corte debía habérselo devorado entero.

Y escupirlo justo después.

—No te preocupes —admití—. Creo que también son



intolerables. ¿Por qué supones que mi mejor amiga es un pájaro de papel?

—¿Y todos los cocineros de la calle Cherhao? —bromeó.

—Exacto —me incliné contra el puente, observando las trenzas de Suli rebotar sobre sus hombros mientras perseguía a Kiki por el pabellón. Por detrás, era parecida a la hermana pequeña de Takkan.

—Debes extrañar a Megari —comenté—. No la has visto en más de medio año.

—Intercambiamos cartas a menudo. Así es como conocí a Suli y Sunoo, pues son ellos quienes le llevan mis cartas a su padre a cambio de historias.

—¿Qué tipo de historias? —investigué—. Yo también quiero historias.

—La mayoría eran sobre ti.

Oh.

—Te extrañé cuando estabas en Ai´long —continuó Takkan—. Contar historias sobre ti ayudaba.

Tragué saliva, incapaz de reprimir el calor que se esparcía por mi interior.

—Todavía estoy enojada conmigo misma por haber perdido el cuaderno de bocetos que me diste —confesé— . Pero nunca perderé tus cartas. Ya he memorizado al menos la mitad de ellas. He estado releyéndolas cada noche para poder dormir.

—Me lastimas, Shiori —ironizó—. ¿Son tan aburridas?

Sonriendo, imité a un joven Takkan:

—Mi hermana encontró un ciempiés en el granjero esta mañana y, pesando que era una oruga dulce e inofensiva, lo trajo al almuerzo. Mis oídos aun zumban por lo fuerte que Madre ha gritado.

La palma de Takkan se apoyó en su rostro. Se veía como si deseara saltar al estanque.

—¿Yo escribí eso?

—Lo hiciste —Mi sonrisa se volvió maliciosa. Amaba ponerlo incómodo, y luego alejar esa incomodidad en el siguiente respiro. Me deslicé un poco más cerca hasta que nuestros brazos se superpusieron en la barandilla de madera—. Tus cartas son un tesoro. Cuando las leo, me siento un poco menos… perdida. Siento que estoy en donde pertenezco.

Me quedé viendo el agua, observando como una carpa con manchas naranjas y negras mordisqueaba los soportes del puente.

—Tu corazón es tu hogar —murmuré—. Hasta que no entiendas eso, no perteneces a ningún lado.

—Se lo dijiste a la perla cuando estábamos en Lapzur —recordó Takkan.

Lo había hecho. Había estado tan desesperada por conseguir que la perla me escuchara, que había olvidado que las palabras vinieron primero de Elang. Un mensaje de un medio dragón a otro. Esperaba que Elang encontrara su hogar algún día.

—Aun no estoy segura de entender lo que significa para mi —confesé.

Una sombra cubrió los ojos de Takkan, y pude darme cuenta de que sus pensamientos habían regresado a nuestro dilema actual. Se dio vuelta hacia mí.

—¿Qué puedo hacer para ayudar?

Aquella simple pregunta, tan espontánea y sincera, me hizo levantar la vista del agua.

—No sé qué hacer con los demonios —admití—. Si los mantengo atrapados, la magia se mantiene atrapada. Pero si los libero… desataré el caos sobre Kiata.

—¿Qué es lo que crees que debes hacer? —Takkan levantó mi barbilla—. Te conozco, Shiori. Piensas que hay otra manera. Dímela.

Inhalé un suspiro tembloroso y reuní mi coraje.

—Yo… no puedo olvidar la forma en la que Khramelan habló sobre ellos. Sentía… lástima por ellos. Me hace reflexionar en si existirá la manera de razonar con ellos. Tal vez incluso pedirles ayuda.

Takkan parpadeó sorprendido.

—Bueno, no pueden ser menos agradables que las sacerdotisas.

Aquello me sacó la más mínima sonrisa.

—Tienes un punto.

Aflojé el peine de mi cabello. No había llevado el regalo de Takkan a Lapzur por miedo a perderlo, como había perdido su cuaderno de bocetos, y ahora lo sostenía, admirando las grullas, el conejo, la luna pintada sobre su lomo.

—Nunca pregunté: ¿tú pintaste esto?

—Sí —contestó, aclarando su garganta—. El conejo fue idea de Megari. Dijo que traía suerte… y que las grullas te cuidarían —pausó —. Ha estado doblándolas como le enseñaste. Ruega que vuelvas a casa y las encantes a la vida. Aparentemente, Pao la ha estado molestando por escabullirse de la fortaleza, y le vendría bien un ejército de pájaros de papel de su lado.

Un ejército de pájaros de papel de su lado. Mis ojos se abrieron y me enderecé, incapaz de contener la emoción que de repente burbujeaba en mi pecho.

—Takkan, creo que eso es —Apreté sus manos, zumbando ahora.

—¿Qué cosa?

—¿Puedes conseguirme mil hojas de papel? —pedí—. Envíale otra carta a Megari, también. Dile que es una genio.

***

—Vamos a doblar pájaros de papel —anuncié al pequeño grupo que había reunido en mis aposentos. Takkan, mis hermanos y Quinnia estaban sentados en un semicírculo en el suelo, con pilas de papel descansando frente a cada uno de ellos—. Mil pájaros de papel, para ser precisos.

Quinnia tomó una página de su pila.

—¿Qué es lo que vas a hacer con todos estos pájaros? —preguntó—. ¿Pedir un deseo?

Se refería a una leyenda que todos conocíamos. Para honrar a Emuri´en y sus grullas, se decía que los dioses le concedían un deseo a cualquiera que enviara mil pájaros al cielo. Me pasé un invierno entero doblando grullas de papel, con la esperanza de ganarme la atención de los dioses y romper la maldición de mis hermanos.

Pero los dioses habían estado en silencio por siglos. Ya no confío en que me escuchen.

—No un deseo —contesté—. Los pájaros serán mi ejército contra las sacerdotisas. Y los demonios, si fuera el caso.

Por el ceño fruncido de Benkai y Reiji, su escepticismo era claro: *¿Un ejército de pájaros de papel?*

Sí, *mi* ejército. Necesitaría magia para contrarrestar la maldición sobre Kiata. Las Lágrimas de Emuri´en estaban cerca de la brecha; recurriría a su poder si mi magia no fuera suficiente, y los pájaros me ayudarían a esparcirla.

—Confíen en mi —pedí, antes de seguir explicando mi plan.

Durante toda la tarde, les enseñé el método adecuado para doblar grullas de papel. Wandei fue quien lo captó más rápido, luego comenzó a experimentar con los pliegues e hizo golondrinas de papel, palomas y águilas, incluso un fénix. Le enseñó las variaciones a Yotan y a Reiji, quienes decidieron que era muy complicado y se limitaron a seguir con las grullas. Mientras tanto, Benkai, Andahai y Takkan competían furiosamente por ver quién podría armar cien pájaros primero.

Quinnia armó los pájaros de papel más pequeños que había visto en mi vida. Una docena cabía fácilmente en la palma de su mano.

—Necesitarás soldados de todos los tamaños —explicó.

En la esquina, Hasho estaba sentado con un carrete de hilo negro, anudando los ojos que Quinnia luego les cosería a los pájaros.

—Así podrán ver —explicó cuando me atrapó observándolo—. Como Kiki.

Mi pájaro de papel le sonrió. Todo el día había estado revoloteando a sus alrededores, y me calentaba el corazón ver lo cercanos que se habían vuelto.

Trabajamos juntos, y al anochecer ya teníamos mil pájaros de papel.

Mil y uno, me recordó Kiki. *No lo olvides, soy la primera.*

—¿Cómo podría olvidarlo? Nunca me dejarías hacerlo.

Es cierto. Me pellizcó el cabello, arrastrándome hacia la ventana más cercana. *Mira todas las estrellas. ¿Ves la grulla de siete puntas? He estado esparciendo rumores sobre ella.*

—¿Qué tipo de rumores? —pregunté—. Esa constelación es la grulla sagrada de Emuri´en.

Ya no. Ahora son tú y tus hermanos. Cada uno tiene una estrella.

—Eso es…

Solo me estoy asegurando de que seas recordada, me interrumpió Kiki. *Si lo eres, yo también lo seré.*

—Preocupándote por tus propios intereses como siempre, ya veo.

Esperaba que Kiki carraspeara, pero adoptó un tono serio que nunca había oído de ella. *No quiero ser olvidada*, admitió. *Ni siquiera sé lo que es ser un pájaro de verdad.*

Su seriedad me tomó por sorpresa.

—Pensaba que no querías ser como los otros pájaros —dije suavemente—. Mudar plumas, tener que sentir calor y frío, comer gusanos…

Un pájaro puede cambiar de opinión. Aunque no sobre los gusanos.

—Kiki…

Deberías volver adentro. Ve con tu familia. Kiki agitó su pico en dirección a mi familia; Andahai abría un vino para celebrar, Yotan tocaba melodías familiares de nuestra infancia en la flauta, Reiji y Benkai se quejaban en voz alta de lo descuidadas que se veían sus grullas en comparación con las de Takkan.

Deja una linterna encendida para mí, dijo.

Antes de que pudiera responder, se escabulló por la ventana. Con una sonrisa impresa en mis labios, prendí un farol junto a la ventana y conté las siete estrellas de la grulla sagrada.

Tal vez era mi imaginación, pero esta noche parecían brillar con más fuerza que el resto de las estrellas en el cielo.

Capítulo Cuarenta y Tres

Olí el incendio al amanecer.

El aire se había vuelto denso, me levanté tosiendo y pateando mis mantas. Segundos después, las campanas del palacio sonaron, y pronto siguieron los tambores de guerra.

Me apresuré a la ventana, y mi pecho se contrajo mientras escaneaba el horizonte. Era el amanecer más lóbrego que jamás había visto; el sol, lo suficientemente pálido como para poder mirarlo sin pestañear. Las nubes salpicaban el horizonte como tinta oscura. No tenía vista de las Montañas Sagradas, pero el humo ondulante guiaba mis ojos hacia un destello de luz roja antinatural.

Los bosques ardían. Y no con fuego ordinario. Las llamas eran de un rojo chillón, tan negras en su núcleo como una noche sin estrellas. Era un incendio que conocía a la perfección, uno que no podía apagarse fácilmente, excepto por arte de magia. Fuego demoníaco.

Si no entrarás al fuego, entonces Kiata arderá en tu lugar, me había advertido la sacerdotisa.

Y ya había comenzado.

Si no ayudaba, el fuego se extendería. Destruiría todo.

—Dile a Takkan que se reúna conmigo en el jardín de Raikama —le ordené a Kiki, colmando su pico con un mensaje escrito apresuradamente—. A mis hermanos también. ¡Rápido!

Me vestí en tiempo récord, atando la armadura de cuero que me había prestado Hasho sobre mi pecho y poniéndome un casco. Luego recogí la mochila llena de pájaros de papel y deslicé el espejo de la verdad dentro. En mi camino a la salida, llamé con ímpetu a las puertas de mis hermanos. Por milagro de Ashmiyu´en, todos respondieron, preparados para partir.

—Es una trampa —aseguró Andahai, expresando en voz alta lo que todos pensaban—. Las sacerdotisas quieren atraerte.

—Una probada del fuego y te convertirás en cenizas —concordó Yotan.

—Convenimos en esto ayer —hablé—. Nada cambia solo porque sea fuego demoníaco. Tengo que ir.

—Pierden el tiempo discutiendo —Quinnia apareció en el pasillo

con una mano protegiendo su vientre, el cual ya comenzaba a notarse —. Déjenla ir.

—Deberías estar descansando —reprochó Andahai, su voz suavizándose de firme a tierna.

—Si no estuviera encinta, iría contigo —me dijo Quinnia, ignorando a su esposo. Uno de los diminutos pájaros de papel que ella había doblado se había caído de mi mochila, y ella lo volvió a meter— . Que tengas la suerte de los dragones hoy, hermana mía. Vuelve a salvo con nosotros.

La abracé, y luego me largué antes de que nadie más pudiera discutir.

Takkan llegó al jardín de Raikama al mismo tiempo que yo. Al igual que mis hermanos, él estaba enfundado en su armadura de centinela, pero solo su vista hizo que mi estómago se agitara. Se había recogido el cabello oscuro hacia atrás, y analicé cada detalle de su rostro. El contorno redondeado de sus orejas, la marcada inclinación de sus pómulos, su mandíbula cincelada. Dos de las cuerdas hiladas en oro anudadas sobre sus hombros estaban enredadas, y las peiné con mis dedos, tratando de no sonrojarme cuando mi mirada se posó en las placas de acero sobre su pecho.

—Buen día.

Me regaló mi sonrisa favorita, un momento antes de lanzarme un dumpling de arroz.

—Desayuno —informó, lanzándole una a cada uno de mis hermanos también—. Son de ayer, por lo que pueden estar un poco rancias, pero pensé que necesitaríamos nuestras fuerzas. Shiori, especialmente.

—No entiendo cómo nos reuniremos con Benkai —dijo Reiji—. Deberíamos estar reuniendo nuestras monturas y uniéndonos al resto de los soldados en el camino a las montañas.

—Te alegrarás de no haber traído tu caballo —contestó Takkan, intercambiando una mirada conmigo—. Las escaleras son estrechas.

—¿Escaleras? —Las cejas de Wandei se juntaron en confusión—. Yo no veo escaleras.

—Confié en ti cuando dijiste que tenías todo planeado —dijo Andahai—. Pero…

—Olvidan que nuestra madrastra era una hechicera —interrumpí—. Una hechicera muy poderosa y capaz. ¿Estamos listos?

Mientras Takkan y mis hermanos murmuraban su asentimiento, Hasho fue hacia el estanque. Él también había pensado en adelantado, y sumergió un fajo de pañuelos en el agua.

—Para el humo —anunció, entregándonos un pañuelo húmedo a cada uno.

Volvió a sentarse junto a la piscina. Un trío de alondras se había posado en su hombro, y dejó escapar un silbido bajo mientras acariciaba sus plumas con el ala. Podía sentir la magia de Raikama, al igual que yo.

Doblé el pañuelo en mi bolsillo y le di un último mordisco a mi bola de arroz. Entonces, con un gesto, dirigí a mis hermanos hacia la piscina.

—Observen.

Sosteniendo la bola de hilo rojo de Raikama, grité:

—Llévame a las Lágrimas de Emuri´en.

A mi comando, el agua del estanque se separó, revelando una escalera lo suficientemente ancha como para que una sola persona pudiera descender a la vez.

Yotan exhaló con asombro.

—¿Raikama ha tenido esto en su jardín durante todo este tiempo?

Nos ahorra horas de trote por el campo, comentó Kiki, estirando su pico en un bostezo.

Hasho, la única otra persona que podía entenderle, rio.

—Benkai va a estar muy molesto cuando se entere que ha gastado tantas mañanas en cabalgar de ida y vuelta a las montañas.

Guie a todos por el pasillo, hasta que una luz brilló al final. En menos de cien pasos, habíamos recorrido el viaje de una mañana de duración fuera del palacio.

En el instante en que emergimos del bosque, una ola de calor me abrasó la cara. El humo picaba mis ojos y entraba en mis pulmones, haciendo que me pincharan dolorosamente. Sostuve el paño en mi cara y lo até en su lugar para poder respirar.

Era imposible distinguir en dónde se había originado el fuego, pero ya había reclamado esa parte del bosque. Lo que una vez había sido un rico bosque de cipreses y pinos, ahora era un páramo humeante. Las brasas chisporroteaban en la tierra bajo mis pies

mientras corría tras el ovillo de hilo de Raikama, y no fue solo el humo lo que hizo que se me humedecieran los ojos. También fue pena.

Más allá de la próxima colina, se desató la batalla. Espadas resonaban, lanzas chocaban. Hombres y mujeres gritaban. Sus gritos se volvían cada vez más altos a medida que nos acercábamos. Solo esperaba que Benkai estuviera ganando. Que pudiera mantener a los sacerdotes y sacerdotisas distraídos lo suficiente como para que yo encontrara las Lágrimas de Emuri´en.

Aun no me habían visto, pero sabía que aquello no duraría. Tenía que ser rápida.

¡Aquí está, Shiori!, gritó Kiki cuando el hilo rojo se detuvo. *¡Aquí esta!*

Reprimí un grito ahogado. Todo lo que quedaba de las Lágrimas de Emuri´en era un pozo de lodo arrugado. Una sola orquídea lunar yacía sobre la tierra agrietada, con sus pétalos rosados chamuscados.

Un gran tesoro de Kiata, la última fuente de magia que sobrevivió a los dioses, se había ido.

Aun había un cosquilleo en el aire cuando me acerqué al pozo, y cuando me agaché en el borde, su poder residual me puso la piel de gallina. Sin embargo, estos eran solo fragmentos de magia. Hilos de un tapiz que había sido rasgado en pedazos. ¿Sería suficiente?

La ira latía en mis sienes, o tal vez era el humo, mi pánico, mi miedo. Había esperado poder aprovechar la magia del estanque para fortalecerme, pero ahora parecía que solo me tenía a mí misma.

Recogí el hilo de Raikama en mi regazo, y mis manos se cerraron en puños cuando noté los montones de madera seca al lado del pozo. Si los sacerdotes y sacerdotisas de las Montañas Sagradas pensaron que convertirían este lugar sagrado en una pira, estaban equivocados.

—Mantengan la guardia alta —advertí a mis acompañantes—. Están cerca —Era hora de trabajar. Abrí mi mochila para liberar a los pájaros de papel—. ¡Despierten! —susurré, imbuyendo mis palabras con poder. Los pájaros se retorcieron con vida—. ¡Vuelen!

Eso fue lo más lejos que llegué.

Una flecha pasó volando, tan cerca que me zumbaron los oídos. Takkan me empujó al suelo, y tan pronto como nos agachamos, más flechas volaron. Una atravesó el ala de Hasho. Otra perforó el muslo de Yotan.

Con gritos agudos, nuestros enemigos saltaron de los árboles

humeantes, y los refuerzos llegaron por detrás. Vestidos en blanco de la cabeza a los pies, entraban y salían del humo como fantasmas.

—¡Luchen! —les ordené a mis pájaros.

Con un zumbido, se dispersaron. Alimentándose de mi propia ira y pánico, eran viciosos. Picos clavados en carnosos globos oculares blancos, alas delgadas como cuchillas cortadas en mejillas y dedos. También vinieron pájaros reales, que se lanzaron desde el cielo en una muestra de solidaridad. Kiki soltaba una carcajada cada vez que sacaba sangre.

Pronto, Benkai y sus soldados nos encontraron. El sudor enmarañaba las sienes de mi hermano, y cada centímetro de su armadura estaba chamuscado.

—Ya era hora —Andahai lo saludó—. ¿Por qué tan sombrío? Podrías luchar contra estos fanáticos mientras duermes.

No podía decir si estaba siendo sarcástico, y aparentemente, Benkai tampoco podía.

—Son muchos más que unos pocos, hermano —respondió Benkai. Pronto me di cuenta de a que se refería. De detrás de las montañas, cientos de nuevos soldados aparecieron, tal vez miles.

Los sacerdotes y sacerdotisas habían formado su propio ejército; aldeanos, pescadores, mercenarios, incluso nobles y un puñado de traicioneros centinelas. Sus mejillas estaban untadas con cenizas, los que les permitía atravesar las olas de fuego demoníaco que brotaban de la tierra.

—Protejan a Shiori —ordenó Benkai antes de desaparecer en la refriega con un grito primitivo.

El incendio crepitó, corriendo a través de los árboles quemados hacia mí. Mientras Takkan y mis hermanos me protegían de los ataques entrantes, me concentré en el fuego demoníaco.

Tenía que detenerlo. Con una exhalación lenta, solté mi magia, canalizando sus hilos hacia el fuego. Los hilos se anudaron alrededor de cada llama, exprimiendo su vida. Pero por cada una que apagaba, nacía una nueva.

No podía hacer esto sola.

Como en respuesta, algo rugió desde las montañas. Me balanceé sobre mis talones. El fuego demoníaco también se estremeció, y luego volvió a rugir, más alto y feroz que nunca.

Miré hacia arriba. Con los árboles sin hojas, tenía una vista de

las Montañas Sagradas.

Shiori, murmuraron los demonios a través del viento. *Libéranos*.

¿Podrían ayudarme? ¿Lo harían?

El viento silbaba contra la daga en mi cadera. Todo lo que tenía que hacer era ofrecerles un poco de mi sangre, y ellos acudirían. Un rápido corte en mi brazo haría el truco.

Pero no podía encontrar el coraje suficiente para hacerlo.

Mi vacilación me costó. El fuego demoníaco se esparció en todas direcciones, las llamas se encendieron más alto que los árboles. Vino hacia mí sin piedad, hinchado y rugiendo como una bestia monstruosa. Sin importar a dónde corriera, me seguía, destruyendo todo y a todos a su paso.

Andahai había tenido razón. Era una trampa. El fuego demoníaco no descansaría hasta tenerme.

Con toda la fuerza que poseía, solté la mano de Takkan y lo empujé lejos de mí. Mi prometido era fuerte y estable, pero lo había tomado por sorpresa. Trastabilló hacia atrás, fuera del rango del fuego demoníaco.

Un muro de llamas se disparó, separándonos. El fuego me rodeó, atrapándome dentro y manteniendo a Takkan y a mis hermanos afuera.

Mientras viviera, nunca olvidaría la angustia en los ojos de mi prometido mientras me observaba de pie al otro lado del fuego. Su mirada pasaba por encima de mí y recorría la anchura y altura de las llamas, como si las midiera en busca de una manera de pasar.

No hay una, pensé. *Takkan, tonto, ¡vete de aquí!*

Sacerdotes y sacerdotisas emergían por detrás del humo, cargando hacia el muro de fuego demoníaco. Hacia mí. Las flechas de Takkan enloquecieron y mis hermanos levantaron sus arcos para unirse a él.

Cuerpos caían. Hacia adelante, hacia atrás, de costado. Flechas de plumas azules sobresalían de sus espaldas.

Pero nuestros enemigos era demasiados. Y tan pronto como los cultistas traspasaron la pared, deslizándose a través de ella como si estuviera hecha de agua y no fuego, ningún cuchillo o flecha podría seguirlos.

Mis pájaros y yo los atacamos valientemente mientras avanzaban. Hice un corte en el abdomen de un sacerdote, apuñalé la

clavícula de una sacerdotisa, fallé por poco en el corazón de otra. Pero solo estábamos retrasando lo inevitable.

Por detrás, alguien agarró mi muñeca y me arrancó la daga de las manos. Una sacerdotisa agitó su lanza hacia mi espalda, y mis huesos crujieron horrorosamente cuando caí sobre mi estómago. Un aluvión de patadas llegó a mis cosillas, y mi barbilla golpeó la tierra compactada, mi boca estaba tan llena de porquería que ni siquiera podía chillar de dolor.

—¿Dónde está tu magia ahora, bloodksake? —se burlaron cuando mi concentración se rompió y los pájaros de papel cayeron sin vida a mi lado.

—Esto es por Guiya —Una patada en mi espalda.

—Por Janinha.

—Por Kiata.

El dolor llegó en una explosión cándida, y mi mundo entero se tornó blanco antes de volver a un color estridente.

Mordí mi labio, saboreando la sangre. Me incitaron a gritar, a maldecir y llorar. Pero no emití ningún sonido. Estos fanáticos no podían matarme. No por golpearme hasta la muerte, al menos. La única manera aceptable de morir era por fuego demoníaco, así podrían recolectar mis preciadas cenizas.

—Tan llena de espíritu, Shiori´anma —dijo una sacerdotisa, sosteniendo su lanza para recuperar el aliento—. En otra vida, tal vez te hubieras unido a nosotros.

No estaba escuchando. Mis labios estaban apretados. Uno de los pequeños pájaros de papel de Quinnia había pasado volando junto a mi mejilla.

Despierta, lo llamé. *Ayúdame*.

Mientras sus alas revoloteaban, llamé al resto de los pájaros diminutos. Eran del tamaño de arañas. Quinnia había tenido razón: sí que necesitaba soldados de todos los tamaños. Soldados lo suficientemente pequeños como para volar sin ser notados.

Kiki diría que había perdido la cabeza, y tal vez era verdad. Pero ya no tenía miedo.

He cambiado de parecer, les dije a los pajaritos. *Díganle a las montañas que he cambiado de opinión*.

Mis pájaros de papel volaron por encima del fuego, lejos del alcance de mis agresores, tan pequeños como las chispas que brotaban

de las llamas. Antes de que alguien pudiera notarlos, ya se habían ido.

Mi golpiza había acabado, y ahora dos de los cultistas me arrastraban hacia las Lágrimas de Emuri´en. Pronto, las ramitas se rompieron contra mis huesos rotos, y alguien me apoyó contra una espada clavada en el pozo. Estaba tan débil que inmediatamente resbalé y caí de lado.

Nadie me ayudó a levantarme.

Los sacerdotes y sacerdotisas cantaron sobre mí. Hablaron en Kiatan Antiguo, rezando para que mis cenizas anunciaran el nacimiento de una nueva era, para que los demonios nunca fueran libres. Nada de eso era nuevo para mí, y me desconecté de sus palabras mojigatas, escuchando en cambio a la tierra debajo de mí.

Estaba quieta. Silenciosa.

Dense prisa, pensé hacia mis pájaros. *Por favor*.

El calor me abrasó la espalda, y las llamas crujieron mientras apoyaba mi mejilla contra la tierra. Sentía tanto dolor que no podía moverme. Pero aguanté, pues no podía soltar el hilo que me ataba a los pájaros de papel. No antes de que entregaran mi mensaje.

Finalmente, el suelo tembló. Más fuerte que antes. Y esta vez, no se detuvo.

Algunas sacerdotisas tropezaron. Sus cánticos vacilaron. Cuando recuperaron el equilibrio, arrojaron puñados de cenizas al aire y reanudaron el canto, más rápido.

El fuego demoníaco creció, más caluroso esta vez. Se elevó desde la tierra en un muro prominente, y mientras se cerraba sobre mí, mi sudor hervía a fuego lento. La madera se disolvió en cenizas bajo mis tobillos y las llamas crujieron contra mi piel. Tenía segundos en el mejor de los casos. Me tomó toda mi fuerza de voluntad no entrar en pánico, contener mis gritos y respirar mientras el fuego demoníaco saltaba para devorarme.

—¡Shiori! —gritó una voz desde arriba—. ¡Shiori!

Estaba tan sumergida en mi delirio que al principio pensé que eran los demonios. Eché la cabeza hacia atrás y entrecerré los ojos a través del humo.

¡Takkan y Hasho! Estaban en el cielo, cabalgando en los lomos de águilas y cisnes y una gran variedad de pájaros que no podía ver… ¡con Kiki! Se mantuvieron sobre mí, un suspiro por encima de las imponentes llamas.

El arco de Takkan estaba en sus manos, apuntando hacia abajo. Oí el estiramiento y el tintineo de una cuerda. Tres silbidos, uno tras otro. A través de las llamas no vi volar las flechas.

Uno por uno, los sacerdotes y sacerdotisas fueron cayendo. Rodillas hundiéndose en el lodo y dedos cerrándose en la tierra. Los que sobrevivían seguían cantando incluso mientras se desplomaban hacia adelante.

El fuego demoníaco rugió. La ventana sobre mí se cerró, los corazones negros de las llamas se retorcían para devorarme. Pero los segundos que me compraron Takkan y Hasho fueron suficientes.

El aire se volvió frío primero. Luego, un velo oscuro cubrió al sol, ahogando su luz enfermiza. Sombras barrieron la tierra. A mi alrededor, las llamas se redujeron a brazas y el bosque se oscureció.

Solo la brecha brillaba. Su ferviente luz roja resplandecía y se abrió en abanico por el bosque, buscando. Cuando por fin dio conmigo, el suelo se estremeció tumultuosamente.

Los demonios estaban aquí.

Capítulo Cuarenta y Cuatro

Los demonios atravesaron la brecha e invadieron el bosque. Irradiando una luz escarlata, eran pesadillas encarnadas, compuestas de hombre, bestia y monstruo. Los más parecidos a los humanos estaban ataviados con armaduras pálidas y fantasmales, mientras que otros vestían solo restos de bestias: pieles, plumas o escamas.

Monstruos de ojos rojos descendieron sobre los sacerdotes y sacerdotisas, acabando con sus vidas antes de que tuvieran la oportunidad de gritar. Un destello de colmillos, un silbido de humo, luego, como una llama, se extinguieron. Todo lo que quedó fueron sus túnicas blancas.

Mientras el viento se llevaba sus restos, Takkan corrió a mi lado. Solo podía imaginar cómo me veía, marchita y rota como la última orquídea lunar en las Lágrimas de Emuri'en. Muy tiernamente, me levantó en su regazo.

—Vas a estar bien —dijo, sosteniendo mis dedos.

—No mientas. No eres bueno en eso.

—Realmente no es tan malo, hermana —intervino Hasho, un mentiroso aún peor que Takkan. Ojalá pudiera decírselo, pero el dolor atravesó cada punto de mi cuerpo y me mordí el labio.

La sonrisa de Hasho desapareció, y Takkan apretó los dientes como un hombre que intenta romperse un diente. Apartó el cabello de mis ojos, sus dedos deslizándose sobre mis sienes.

—No te vayas, Shiori —dijo—. Lucha.

Estaba luchando… y perdiendo. Apenas podía sentir los moretones en mi espalda o las costillas rotas en mi costado. Mi cuerpo se estaba enfriando.

Takkan debió notar que estaba temblando, porque presionó su cuerpo contra el mío y murmuró algo a Hasho, quien inmediatamente me arrojó su capa y comenzó a frotarme los dedos.

Pero fue inútil. Podía sentir que la vida se me escapaba. Estaba muriendo.

Ni siquiera noté la llegada de los demonios, hasta que Takkan levantó la cabeza y Hasho alcanzó su espada corta.

Una suave luz roja los bañaba, acentuando sus ojos hambrientos

y hundidos. Recé para no haber cometido un error horrible.

No atacaron, como lo hicieron cuando Bandur me arrastró a las Montañas Sagradas. Estaban extrañamente vacilantes.

—Ven con nosotros —dijeron, sus voces resonando en el hueco de mis oídos—. Tenemos muchos más esperando ser liberados.

—No —dijo Takkan—. No pueden tenerla.

Los demonios lo ignoraron y extendieron su luz hacia mí. Empecé a flotar y Takkan me agarró la mano, negándose a abandonarme. Hasho también vino, bloqueándonos con su cuerpo y blandiendo su espada corta.

Los demonios gruñeron.

—¡Deténganse! —dije con voz áspera—. Iré con ustedes… pero no deben hacerles daño.

Uno de los demonios dio un paso adelante. Cuando su sombra cayó sobre mí, mi dolor se convirtió en un dolor sordo. Mis heridas aún estaban allí, pero el dolor se había ido.

Mis ojos los miraron en confusión.

—No hay necesidad de que sientas dolor —dijo el demonio. Su voz no era amable ni cruel. Simplemente firme—. Ven ahora. No dañaremos a tus acompañantes.

—Déjame ir —le susurré a Takkan, retorciendo mi mano.

Sus ojos estaban vidriosos por el dolor. Se aferró a mí.

—No.

Toqué su mejilla con mi nariz, mis ojos rastreando el borde de su cabello hasta el hoyuelo en su barbilla. Luego presioné mi frente contra la suya y, con nuestras manos aún entrelazadas, busqué en mi bolsillo el hilo de Raikama.

Era poco más que un bulto enredado en este punto, pero aún había magia en él. Brillaba en mis manos, cálido con luz.

Besé a Takkan en silencio antes de empujar el hilo en sus manos.

Los demonios se apoderaron de mí.

—¡La tenemos! —gritaron—. Regresen. ¡Regresen!

Nos disparamos hacia las nubes, y todo lo que pude ver fue a Takkan atravesando los árboles, siguiendo el deslizamiento de mi forma entre la masa insondable de demonios. Mantuve mis ojos en él todo el tiempo que pude. Se abrió paso a empujones, rápido e

implacable, con todos sus músculos concentrados en el singular objetivo de encontrarme. Nada lo detendría, ni los árboles voladores arrancados de raíz por la tierra temblorosa, ni los vientos violentos ni las repentinas fracturas en el suelo.

—¡Shiori! —seguía gritando—. ¡Shiori!

—Takkan —susurré.

Un dolor surgió en mi corazón, y aparté la mirada. Otra voz estaba llamando mi nombre. Una vocecita que mis oídos captaron de inmediato.

Kiki.

Dirigía una oleada de pájaros de papel hacia la brecha. *¡Shiori! Será mejor que no me olvides. ¡Ya voy!*

Así era ella. Con la más mínima de las sonrisas, cerré los ojos y dejé que la oscuridad me consumiera.

Capítulo Cuarenta y Cinco

Me desperté en el vientre de las Montañas Sagradas. Atrapada en paredes cavernosas, yacía en un lecho de piedra inflexible no lejos de la brecha.

La brecha estaba llena de magia y había crecido en los últimos días, extendiéndose torcidamente a través de la ladera de la montaña en una vena gruesa. Incluso desde dentro, brillaba.

Con un tremendo esfuerzo, me apoyé en mis codos. Algo crujió contra las rocas y contuve la respiración.

—¡Kiki! —Lloré débilmente mientras me rodeaban docenas de mis pájaros de papel—. Estás aquí.

El ala de Kiki estaba rota, atravesada por una flecha, y estiró su largo cuello hacia los pájaros de papel que se arrastraban detrás de ella, escondiéndose detrás de las rocas. *No podíamos dejar que vinieras sola.*

Toqué su ala, tratando de repararla. Mi pulgar rozó el patrón plateado y dorado de las plumas, tan débil que rara vez lo notaba. Después de todos estos meses, finalmente entendía lo que era.

El pedazo de mi alma que nos conectaba.

No te molestes, dijo mi pájaro, apartando su ala. *No vamos a salir de aquí.*

—Siempre la pesimista, ¿no?

Era la primera vez que los ojos del pájaro de papel la traicionaban. Eran suaves y húmedos, la tinta se corría. Casi como si estuviera llorando.

Me dolió tragar, y lenta y miserablemente me puse de rodillas.

—Mira —susurré—, estoy mejorando.

Mentirosa.

Era una mentirosa, porque todavía me estaba muriendo. Nuestras almas estaban unidas; ella sentiría eso.

—La montaña está más tranquila que la última vez —comenté, inclinando la cabeza hacia nuestro entorno. Ninguna ilusión del hogar o del jardín de Raikama engañó mis ojos, ningún demonio disfrazado de mis hermanos me hizo señas. Todo estaba quieto. Vacío. Casi... en

paz—. ¿Dónde están los demonios?

Mi respuesta llegó tan pronto como pregunté. El humo atravesó la brecha, silbando en todos los rincones. Mientras mis pájaros de papel se elevaban en un capullo protector, los demonios se materializaron.

Me arrinconaron contra una pared. Cientos de ojos rojos perforaron las sombras, observándome con la mayor atención, tan curiosos como desesperados.

—HAS PEDIDO VOLVER. AHORA CUMPLE TU PROMESA.

Kiki saltó detrás de mi cabello.

Realmente no los vas a liberar, ¿verdad?, susurró. *Solo da la orden y atacaremos. Podemos sellar las montañas.*

No dije nada, pero el miedo rodó por mis entrañas. Les dije a los demonios que había cambiado de opinión. Los había convocado para que me atraparan, y así lo hicieron. Ahora me estaban esperando, y cada segundo que esperaban, su ira aumentaba. Calentaba las montañas, hacía temblar la tierra.

Si tienes un plan, ahora sería un buen momento para implementarlo, chilló Kiki.

Busqué una roca suelta y presioné su borde afilado en mi palma.

—Voy a liberarlos —dije finalmente.

¿Qué?. Los ojos negros como la tinta de Kiki se desorbitaron. *¿Te has vuelto loca? ¡No puedes liberar a los demonios!*

—No pueden estar encerrados aquí para siempre —dije—. Tal vez mis antepasados pensaron eso, pero tiene que terminar.

Te van a matar, Shiori, suplicó Kiki. *Y a mí.*

—Les haré prometer —dije, más segura que nunca—. Los inmortales están obligados a cumplir sus promesas.

Eso no funcionó tan bien con Bandur.

—Funcionará esta vez —Corté mi mano, conteniendo un grito mientras la sangre brotaba sobre las líneas de mi palma, y convoqué a mi escudo de pájaros de papel cerca.

—Vine aquí por mi propia voluntad —dije, mi voz apenas más que un susurro—. Y estoy lista para darles mi sangre. Los liberaré, pero a cambio harán algo por mí.

Los demonios se quedaron inmóviles, sus ojos rojos brillaban

contra la oscuridad de la cueva. Mientras mi sangre corría por mi brazo, las gotas aterrizaron en mis pájaros de papel, pintando sus cabezas de color carmesí.

—HABLA.

—Les daré mi sangre —repetí—. A cambio de su juramento de que no dañarán a ningún ser vivo en Kiata. Acepten mis condiciones y volverán a ser libres. La magia será libre una vez más.

Los demonios murmuraron sonidos de disidencia.

—La naturaleza de un demonio es la destrucción. Somos sirvientes del caos, y no estaremos obligados por ningún juramento —Arañaban las paredes con las uñas y la estridente cacofonía me zumbaba los oídos—. Tu vida no es tuya para darla, Sangre Sucia. Nos pertenece.

—Entonces veremos quién es más rápido.

Los demonios se abalanzaron con una velocidad sobrenatural. En ningún universo podría haberlos derrotado justamente. Pero hice trampa.

Sabía que los demonios nunca aceptarían mi trato. Estaba indefensa, con solo un ejército de pájaros de papel. Pero lo que no habían notado era que había estado juntando los hilos de mi alma y liberándolos.

Lady Solzaya me había dicho una vez que creía que el alma humana estaba formada por innumerables pequeños hilos que la ataban a la vida. Que esas cuerdas podrían ser cortadas una por una. Contaba con que ella tuviera razón.

Antes de este momento, siempre había entendido que mi sangre rompería las cadenas de los demonios y los liberaría de las montañas. Pero nunca había entendido el punto de mi otro regalo como una Sangre Sucia: por qué podía prestar fragmentos de mi alma para crear una nueva vida.

Había inspirado muchas cosas durante el último año, pero solo una vez había dado parte de mí para siempre: cuando creé a Kiki.

De todos mis encantos, solo ella había durado y permanecido a mi lado y compartido mis pensamientos. Solía pensar que era porque le había manchado la coronilla con mi sangre, pero estaba equivocada. Eran sus alas: el hilo de mi alma formando un patrón de plata y oro, para que todos lo vieran.

Tales hilos brotaron ahora de mi cabello, de las yemas de mis dedos, de cada punto de mi ser. Tararearon como cuerdas de cítara, y

en mi mente las recorrí, animando a los pájaros de papel a mis pies.

Vivan, los insté.

Mi magia funcionó rápidamente. Sus corazones cobraron vida, latiendo en sincronía con el mío. Con cada uno que subía, yo caía un poco, pero no paré hasta que no tuve más para dar.

Sólo entonces me derrumbé. Los demonios vinieron sobre mí, los dientes rozaron mi piel y las garras perforaron mi carne. No sentí dolor. Mi cabeza y mi cuerpo se sentían livianos, como si estuviera flotando. Volando, como mis pájaros cuando se separaron y se deslizaron más allá de la brecha, poniendo sus alas sobre sus fauces escarlatas y sellándolas hasta que solo quedó una mota de roca descubierta.

Sonreí y levanté la mano. Un último hilo de alma colgaba de mi muñeca, y era el único hilo que me ataba a la vida. Solo me tomaría un pensamiento enviarlo y cerrar la brecha una vez más, pero una vez que hiciera eso, dejaría de existir.

Los demonios se congelaron, sus dientes rechinantes y sus garras se quedaron quietas cuando se dieron cuenta de lo que había hecho.

Los había atrapado.

—Acepten mi oferta —ordené con voz débil—. Si muero, no serán libres.

—Entonces muere —gruñeron los demonios—. Los Sangre Sucias siempre han sido atraídos a las montañas. El próximo no será diferente. Encontraremos su debilidad y la usaremos contra ellos.

—Esa estrategia los ha llevado a esperar mil años —les recordé —. Ningún Sangre Sucia estará dispuesto a liberarlos, como lo estoy yo. Sin Bandur para guiarlos, estarán atrapados aquí por lo menos otros mil años.

—¿Por qué? —exigieron—. ¿Por qué liberarnos?

Pensé en Khramelan, en cómo había defendido a sus hermanos demonios en Lapzur incluso después de que lo traicionaron. Pensé en el espejo de la verdad, que inexplicablemente me había mostrado un recuerdo de Raikama cuando le pregunté cómo derrotar a los demonios.

Y supe que este era el camino correcto.

—Incluso el caos tiene su lugar —respondí—. Sin ustedes, Kiata ha estado fuera de equilibrio —Antes de perder el coraje, respiré hondo y continué—: El futuro que deseo es un Kiata donde la magia

brote una vez más de la tierra y florezca, un Kiata donde los demonios, los dioses y los mortales vivan y prosperen juntos. Han cumplido su condena. Ahora prometan que no dañarán el espíritu, el alma o el cuerpo de ningún ser vivo en Kiata. Prométanlo, y les daré mi sangre. Lo juro.

Los demonios no dijeron nada. Su silencio se alargó una eternidad mientras sus ojos huecos se clavaban en los míos. Estaba segura de que moriría antes de que se decidieran.

Luego, finalmente, hablaron en un coro espeluznante que hizo temblar las montañas.

—Durante mil años, hemos estado confinados dentro de estas paredes huecas. No más —murmuraron—. Lo juraremos. Todos lo juraremos. Lo juramos ahora.

Los pájaros obedecieron y volaron, llevando mi sangre para levantar los grilletes de los demonios. A medida que se liberaba cada demonio, me hacían el más mínimo asentimiento, su rostro inescrutable.

Para eso había nacido: para devolverle la magia a Kiata. Para deshacer lo que habían hecho mis antepasados. Estaba escrito en mi destino, en los hilos de magia en mi alma y en mi sangre que me conectaban con los demonios. Pronto estaría hecho.

Cuando todos los demonios fueron liberados, sus cadenas se evaporaron en bocanadas de humo. Pero aún no podían irse.

Mis pájaros volaron por encima de los demonios y tocaron sus alas de papel unos con otros hasta formar un círculo. Los hilos de mi alma se entrelazaron en una larga viga de plata y oro, y mis pájaros formaron un anillo alrededor de los demonios, atándolos a su promesa.

Finalmente, estaba hecho. Un largo estremecimiento sacudió la tierra, y la brecha se abrió, su luz escarlata brilló. Se formaron grietas a lo largo de la pared de la montaña, feroces ráfagas de viento atravesándolas. *Vamos*, parecían gritar los vientos. *Ya no son prisioneros aquí.*

Los demonios no necesitaron invitación. Volaron hacia el mundo, vaciaron la montaña y se llevaron mis pájaros de papel con ellos. Con cada uno que se iba, mi alma soltaba un hilo, y podía sentir que me volvía más liviana. Demasiado ligera para permanecer en esta tierra.

En poco tiempo, solo quedaba Kiki, y cuando el brillo de la luna tocó sus alas, se posó en mi hombro por última vez.

Ahora es mi turno, dijo. *Tenía muchas ganas de quedarme contigo hasta el final y ver en qué parte de los Nueve Cielos nos pondría Lord Sharima. Es decir, si terminas en el cielo.*

—No —susurré. La cogí por el ala y la acerqué a mi cara—. No, te vas a quedar conmigo.

No puedo, dijo Kiki, los patrones plateados y dorados en sus alas desvaneciéndose.

Empecé a protestar, con lágrimas en los ojos, pero Kiki sonaba más valiente que nunca. *Al menos puedo decir que viví una vida emocionante, para un pájaro de papel. Ojalá el Chico Rábano estuviera aquí para cantar, o tu hermano con su flauta. Me gustaría escuchar algo de música antes de irme.*

La acerqué.

—Channari era una chica que vivía junto al mar —comencé, mi voz ronca y quebrada—, que mantenía el fuego con una cuchara y una olla. Revuelve, revuelve, una sopa para una piel hermosa. Hierve, hierve, un guiso para el cabello negro y grueso. Pero, ¿qué hacía ella para una sonrisa feliz? Pasteles, pasteles…

Demasiado cruel era el viento. Antes de que pudiera terminar la canción, me robó mi pajarito de papel y la atrapó en un poderoso vendaval.

—¡Kiki!

Me estiré por ella, pero su cuerpo se había vuelto rígido y sin vida. Un sollozo salió de mí cuando el viento se la llevó fuera de la vista.

—Kiki… —susurré.

La montaña seguía temblando y me arrastré hasta la brecha. Los últimos demonios partían, cada uno de los que atravesaba la brecha hacía parpadear y desvanecerse la luz escarlata, y sus bordes se volvían grises como el resto de la pared. La magia de las montañas estaba regresando a Kiata, al igual que mi propia magia.

—Por las Cortes Eternas —maldije, notando cuán estrecha se había vuelto la brecha. Minutos antes, había sido tan alta y ancha como un árbol, y ahora era apenas una cabeza más alta que yo. ¡Se estaba cerrando!

Presioné contra las rocas aún brillantes, tratando de abrirme paso. En pánico, cavé en una fisura entre las rocas, la tierra y la arena se derramaron entre mis dedos mientras la montaña temblaba. Más viento atravesó, y pude escuchar pájaros afuera. Pero yo no era un

demonio, y no me quedaba magia. No podía pasar.

—¡Shiori! —llamó una voz.

¿Takkan?

Miré dentro de la fisura y vi una borla azul colgando del cinturón de Takkan, luego su mano colgada de un estrecho saliente en la ladera de la montaña. Mi corazón saltó.

—¡Takkan!

Me había encontrado. Miró a través de la rendija, sus ojos brillando con esperanza.

—Shiori. Voy a sacarte.

Su rostro desapareció de la vista, reemplazado por el sonido de su espada raspando la grieta, tratando de agrandarla.

No sabía si maldecir o gritar de alegría. De todos los persistentes, tercos, *estúpidos* jóvenes…

—Fuera de aquí, tonto —grazné, pero Takkan seguía cavando, incluso mientras la montaña retumbaba—. ¡Suficiente! La brecha se está cerrando. No puedes salvarme.

—Soy el final de tu hilo —me recordó Takkan—. No importa cuánto se estire, mientras me quieras, nunca te dejaré ir.

Los nudos en mi pecho se apretaron y las lágrimas calentaron las esquinas de mis ojos. Quería escuchar a Takkan cantarles a nuestros hijos un día, escalar la Montaña del Conejo cada primavera y contemplar la luna en su apogeo. Quería leer el libro de cuentos que estaba escribiendo para Megari, poner linternas a flote en el río Baiyun con él todos los años durante el Festival de Invierno de Iro, ver cómo nuestro cabello se volvía blanco con la edad pero nuestros corazones permanecían jóvenes con historias y risas.

—¡Hazte a un lado! —gritó Takkan mientras enviaba una flecha a través del agujero, un largo hilo colgando de su eje.

El hilo de Raikama.

Mi madrastra lo había usado para sacarme de las Montañas Sagradas una vez, y ahora Takkan pretendía hacer lo mismo. No estaba segura de si volvería a funcionar, pero brilló con magia cuando agarré su extremo, y eso me dio esperanza. Con un aliento tembloroso, lo até alrededor de mi muñeca.

—¡Dale un tirón cuando estés lista! —gritó Takkan.

Me acerqué lo más que pude a la roca. Luego, antes de perder mi

oportunidad, tiré.

Llegó un fuerte tirón desde el exterior. Las rocas rasparon mis hombros y el polvo me llenó la nariz y la boca. Cerré los ojos, medio pensando que me estrellaría contra la montaña y moriría. Pero en mi siguiente aliento, estaba afuera.

Un par de fuertes brazos me agarraron por la cintura. El sol todavía estaba cubierto por nubes y humo, pero en el resplandor rojizo de la brecha, vi que la alegría en el rostro de Takkan se disolvía una vez me vio.

La sangre empapaba mis ropas y mi cuerpo estaba suave, casi flácido. Yo era prácticamente un fantasma, aferrada a la vida por un solo hilo de mi alma. Tan lejos que apenas podía sentir el dolor.

—Está hecho —susurré—. Los demonios son libres. La magia es libre —Metí la cabeza bajo su barbilla para saborear su calor y evitar mi reflejo en sus ojos empañados—. Ahora llévame a casa. Por favor.

Con el brazo todavía alrededor de mi cintura, Takkan nos bajó paso a paso con cuidado hasta la base de la montaña, y miré por última vez la brecha. No era más que una chispa, como un último destello del día antes del anochecer. Luego desapareció.

Las montañas cesaron de temblar; la tierra se quedó quieta una vez más. Y el sol se deslizó fuera de las bocanadas de humo, dorado y radiante como una moneda, recordándonos que había estado allí todo el tiempo.

Capítulo Cuarenta y Seis

La lluvia se soltó de las nubes, apagando lo último del fuego demoníaco. Se deslizó por mis mejillas, fresca y húmeda, y lavó la capa de ceniza de mi piel. A mi lado, la lluvia llenó las Lágrimas de Emuri'en una vez más, y mientras la orquídea lunar flotaba hasta la parte superior del estanque, con sus suaves pétalos floreciendo de forma imposible, supe que las batallas que había librado no habían sido en vano.

La magia había regresado a Kiata. Podía sentirla como una canción resonando a mi alrededor. Haciendo que el mundo se sintiera más vivo.

—Ha vuelto —le susurré a Takkan—. Está en el aire, en la tierra, en todas partes. Es maravilloso.

Cuando la lluvia amainó, parpadeé hacia el cielo. Era un día hermoso, azul como una flor de guisante.

—Vamos a esperar aquí, sólo por un minuto —le dije.

Asintiendo, Takkan se detuvo. Los músculos le tensaron los brazos mientras me acostaba minuciosamente, cada movimiento con el mayor cuidado, sobre una roca plana ante las Lágrimas de Emuri'en.

El humo se había ido, y en su lugar había una niebla suave que se elevaba de los árboles mientras la lluvia repiqueteaba en la tierra. La niebla cubrió el rostro de Takkan, casi ocultando la humedad en sus ojos.

Sabía que no podía salvarme. Literalmente, mi vida colgaba de un hilo, de una última parte de mi alma que había guardado para mí. Todo lo que nos quedaba era el adiós.

La lluvia me salpicó la cara, pero ya no podía sentir las gotas. Ya estaba a la deriva, como una cometa que se suelta, el extremo de mi hilo solo aferrándose a la tierra. Pronto también se alejaría flotando.

Vi una figura a lo lejos, avanzando lentamente. No era alguien a quien hubiera conocido antes, sin embargo, su mera presencia arrojaba un pesado e ineludible paño mortuorio, como el peso del océano presionando sobre mi cuerpo.

Mi corazón se hundió en mi pecho. Tenía la sensación de que sabía quién era.

Me volví hacia Takkan, aprovechando los momentos que me quedaban.

—Cuéntame una historia.

Su cabello oscuro oscurecía sus ojos, y no podía decir si era lluvia o lágrimas que bajaban por la dura pendiente de sus mejillas. Sus manos acunaron las mías.

—Había una vez una niña… que había olvidado cómo sonreír —dijo en voz baja—. Era inteligente y hermosa, tanto que la noticia de su belleza se había extendido de pueblo en pueblo y tenía muchos admiradores. Pero cuando su madre enfermó, toda la felicidad desapareció de sus ojos y se convirtió en un fantasma de su antiguo yo.

—Antes de que su madre muriera, le hizo prometer a la niña que se pondría un cuenco de madera en la cabeza y nunca se lo quitaría. Le cubriría la mitad de la cara y la protegería de una atención no deseada. Pronto se corrió la voz de que estaba escondiendo ojos de demonio debajo del cuenco, pero ignoró las crueles palabras que la siguieron. Eso le hizo ver quiénes eran sus verdaderos amigos, tal como lo había deseado su madre. Después de muchos meses, conoció a un chico que no notó el cuenco sino su tristeza. Hizo su misión ganarse una sonrisa de ella. Todos los días caminaba con ella por el jardín y le contaba historias. Lentamente, muy lentamente, la chica se encariñó con su dulce corazón, y los dos se enamoraron.

—Suena como tú —dije, inclinando la cabeza hacia atrás—. Un joven lord simple y humilde de tercer rango. Alguien a quien le gusta correr cuando está nevando y pintar libros de cuentos para su hermana.

—El chico deseaba casarse con ella —continuó Takkan—, pero los aldeanos no se lo permitieron. Pensando que era un demonio, intentaron matarla, pero su cuenco se rompió en mil pedazos, revelando por fin sus ojos, que brillaba no con poder malévolo sino con la luz de las estrellas. El chico no vio su belleza, sino la mujer que amaba. Se casó con ella tan pronto como ella quiso tenerlo, y sus hilos se anudaron de una vida a otra y a la siguiente.

Sonreí con tristeza, casi olvidando el dolor. Casi olvidando la extraña presencia que había estado flotando en mi periferia, esperando que Takkan terminara su relato.

—Me gusta el final de tu historia —susurré—. Ojalá fuera así como terminó la nuestra.

Takkan bajó los ojos. Estaban húmedos cuando presionó su

mano contra la mía, y su voz sonaba ronca por la emoción.

—Estamos atados, ¿recuerdas? Si no tienes corazón, te daré la mitad del mío. Si no tienes espíritu, uniré el tuyo al mío.

—Encuentra la luz que hace brillar tu linterna —dije en voz baja, citando a Raikama—. Aférrate a ella, incluso cuando la oscuridad te rodee. Ni el viento más fuerte apagará la llama —Incliné la cabeza para mirarlo—. Serás la luz, Takkan. No importa donde vaya.

Mi visión se nubló y mis oídos zumbaron, robándome la respuesta de Takkan. Pero al fin pude ver la figura que invadió mis momentos finales. No vino envuelto en una oscuridad aterciopelada, como esperaba, sino envuelto en una luz brillante y punzante.

Lord Sharima'en mismo, el dios de la muerte.

—Ven, Shiori'anma —dijo, su voz fría y distante—. Es hora.

Sentí que mi espíritu obedecía al dios de la muerte y comenzaba a abandonar mi cuerpo. El sueño empolvó mis párpados, pero luché por mantenerme despierta. Luché por quedarme. *No, aún no.*

—Lo has hecho bien —dijo el dios, sus palabras teñidas de advertencia—. Vete con dignidad.

No me importa. Déjame quedarme. Por favor. Era inútil suplicarle a Sharima'en, el Sepulturero. Todo Kiatan lo sabía. Pero no me importaba lo infantil que sonaba.

—Mi padre, mis hermanos, me necesitan… —Tragué—. Y Takkan.

—Se unirán a ti cuando llegue su momento —dijo Lord Sharima'en—. Ahora es el tuyo.

—¿Lo es? —intervino una nueva voz.

El dios de la muerte se giró, frunciendo el ceño ante la forma reluciente que había aparecido detrás de él.

Débilmente, levanté la cabeza. Bañada en una corona de luz de luna estaba la dama de la luna. Conejos con ojos de marco plateado retozaban a sus pies, y ella se deslizó hacia nosotros sobre una nube pálida.

Imurinya, pensé.

—Mira —dijo, haciendo un gesto hacia mí. Su voz era cálida y melodiosa, nueva para mí pero extrañamente familiar al mismo tiempo—. Están atados por la hebra de Emuri'en.

Miré hacia abajo a mi muñeca y vi que estaba enrollada en un hilo luminoso, atándome a Takkan. La había visto una vez antes, cuando Raikama yacía agonizante.

—Los hilos se cortan fácilmente —dijo Lord Sharima'en—. Regresa a casa con tus conejos, hermana. No tienes lugar aquí.

—Ciertamente, no es mi lugar —admitió Imurinya—, pero también traigo noticias de Ai'long. Del Príncipe de los Cuatro Mares Supremos, heredero del Rey Dragón.

Mis oídos se aguzaron. *¿Su heredero?*

—¿Qué quieren los dragones? —dijo Lord Sharima'en irritado—. Nunca antes habían intervenido en tratos humanos.

—Su Alteza Eterna Seryu'ginan nos recuerda que necesitábamos la ayuda de los dragones para encerrar a los demonios en las montañas, hace mucho tiempo. Se les debe un favor y exigen una voz en el destino de la Sangre Sucia que los ha liberado —Luego, la dama de la luna hizo una pausa y, poniendo peso en cada palabra, dijo—: Los dragones desean que viva.

El disgusto oscureció la expresión de Lord Sharima'en, y el hermano y la hermana no dijeron nada, al menos, nada que yo pudiera escuchar. Sentí que ellos *estaban* hablando. Argumentando, para ser precisos, en la lengua de los dioses.

Por fin, el dios de la muerte dio un paso atrás, dejando que Imurinya se dirigiera a mí. Se arrodilló a mi lado, acariciando mis sienes. Mi espíritu se estremeció ante su toque, todavía aferrado a mi cuerpo por sólo un hilo.

—Has demostrado una gran fortaleza —dijo con gravedad—, y has complacido a los dioses con tus obras en esta tierra. No estamos sin piedad.

Contuve la respiración, sin saber qué 'misericordia' esperar.

—El señor de la muerte y yo hemos llegado a un acuerdo —dijo —. Hemos decidido que la mitad es justa. La mitad es más de lo que la mayoría recibe.

—¿La mitad? —repetí.

—Sí, la mitad —Los ojos luminosos de Imurinya se posaron en mí—. Shiori'anma, tu alma oscila entre la vida y la muerte, la mitad atada a Bushi'an Takkan y la otra mitad a los cielos. Así, por el resto de tu vida, pasarás la mitad de cada año en la luna conmigo.

Kiki revoloteó desde detrás de la túnica de la dama, y si hubiera

podido ponerme de pie de un salto, lo habría hecho.

Se había convertido en un pájaro de verdad, con plumas en lugar de alas de papel y ojos redondos que no parpadeaban en lugar de los que yo había pintado con tinta. El oro adornaba sus alas y una corona roja vibrante pintaba su cabeza.

—Ella encontró su camino hacia mí —explicó Imurinya con una sonrisa.

¿Vendrás?, preguntó Kiki, descarada como siempre. *Te ves terrible. Ven, ven con nosotros.*

Me demoré. No estaba lista.

—La otra mitad del año… ¿la pasaré en la tierra? —pregunté. Mi voz era embriagadora; no podía decir si había dicho las palabras en voz alta.

—Es un compromiso que mi hermano y yo hemos acordado —dijo Imurinya—. Mientras viva Bushi'an Takkan, también vivirá este acuerdo. Cuando llegue su hora, te unirás a él en el reino de Lord Sharima'en.

Miré al señor de la muerte, quien asintió imperceptiblemente. Entonces miré a Takkan, preguntándome si podía oír o ver a los inmortales. Todavía estaba a mi lado, con los ojos llorosos y rojos.

—Eso suena bastante justo —estuve de acuerdo en voz baja—. ¿Cuándo puedo volver?

—Regresarás cada primavera y verano.

—¿Y seré normal? —pregunté, tragando—. ¿Humana?

Imurinya se rio entre dientes.

—Sí. Sí. Lo suficientemente humana para sangrar y sanar, para envejecer y crecer en felicidad y sabiduría. Incluso para tener hijos, si así lo deseas.

Un intenso rubor calentó mis mejillas, pero Imurinya debió haber leído mi mente, porque eso era exactamente lo que deseaba saber.

—¿Podría regresar para el invierno y la primavera en su lugar? —pregunté, sabiendo que era grosero negociar con los dioses, pero incapaz de evitarlo—. Me gustaría celebrar mi cumpleaños con mi familia y ver las grullas de invierno. E Iro —añadí—. Es más hermoso en el invierno.

Imurinya me desarmó con su brillante mirada, tan intensa que

mi corazón saltó. Estaba segura de que había cometido un error, y que ella y Lord Sharima’en eliminarían el compromiso por completo.

—Muy bien —dijo Imurinya al fin—. Invierno y primavera, está decidido. Pero para este primer ciclo, deberás esperar a la primavera. Se acerca el invierno y tu cuerpo necesita sanar.

Levantó uno de los conejos a sus pies y la luz divina nos rodeó, penetrando en el reino de los mortales. Takkan respiró hondo; ahora podía verla.

—La promesa está hecha —le informó Imurinya—. Shiori'anma se reunirá con la tierra cada invierno y primavera, y pasará la mitad del año contigo y la otra mitad conmigo. Cuando salga la primera luna de la primavera, la encontrarás en la Montaña del Conejo, Bushi'an Takkan.

Takkan parpadeó, la única señal de sorpresa que dejó escapar al ver a los grandes inmortales. Se secó los ojos con la manga e inclinó la cabeza.

—Entiendo —dijo en voz baja—. Gracias, Lady Imurinya. Estaré allí.

—Ahora despídanse —dijo la dama de la luna.

Pieza a pieza, mi espíritu se volvió a ensamblar dentro de mi cuerpo, una sensación de hormigueo inundó cada nervio. Primero levanté la cabeza, como prueba. Luego, cuando el resto de mí despertó, le di a Takkan una sonrisa con hoyuelos. Eso fue todo lo que se necesitó para borrar el dolor de su rostro. Sus ojos se abrieron con asombro y alivio.

—Ayúdame a levantarme —dije, y la mano de Takkan estaba allí en un instante, tirando de mí suavemente para ponerme de pie.

Ahora veía que ya no estábamos solos. Mis hermanos habían venido, y se apresuraron a avanzar.

—Al menos no tendrás que coser cuando estés en la luna —bromeó Yotan—. ¿O lo harás?

—Dudo que la dama quiera que arruine sus tapices —respondí.

—Es verdad, es verdad.

Abracé a los gemelos, luego me acerqué a Reiji. Al igual que yo, pronto se iría de Kiata.

No nos habíamos llevado particularmente bien durante nuestra infancia, y pensé que me quedaría sin palabras. Hoy no.

—No puedo creer que esté diciendo esto, pero te extrañaré, Reiji.

—No deberías —dijo suavemente—. Nadie más pondrá cáscaras de cigarra debajo de tu almohada… ni te retará a robar serpientes del jardín de Raikama. Te encontrarás en muchos menos problemas.

—Entonces, ¿por fin admites que todo esto fue tu culpa?

Dio una sonrisa torcida.

—Compartimos la misma culpa.

Lancé mis brazos alrededor de él, deseando haberlo abrazado más cuando éramos más jóvenes.

—Esto no es un adiós para siempre —le dije al oído—. Sé que encontrarás una manera de encantar a tu princesa de papel para que me visiten cuando regrese.

Luego vino Hasho, con su ala doblada a su costado.

—Me alegro de que hayas pedido el invierno. Tu cumpleaños no sería lo mismo sin ti.

Abracé a mi hermano menor. Él siempre me había entendido mejor.

—Tendremos un festín listo para ti cuando regreses, hermana —dijo Benkai—. Un banquete con los mejores platos y un cielo lleno de faroles.

Me reí.

—Yo soy la que se supone que debe cocinar para todos ustedes.

—Lo harás —Andahai guiñó un ojo. ¿Lo había visto guiñar alguna vez?—. Haremos una lista de nuestros platos favoritos.

Me giré hacia él, dándome cuenta.

—Seré tía cuando regrese.

—Y espero tener un nuevo hermano —respondió Andahai. Inclinó un asentimiento hacia Takkan—. No lo olvides, todavía tienes una boda para la que prepararte. Tal vez ustedes dos deberían casarse ahora, para que no se te ocurra quedarte en la luna para siempre.

—No lo haré —Intercambié una tímida sonrisa con Takkan—. Su corazón es mi hogar, y…

—…donde estés es adonde pertenezco —dijo junto a mí. Miró nuestras muñecas, los hilos rojos aún visibles, sus extremos anudados —. Te estaré esperando.

Sus palabras eran toda la música que necesitaba escuchar, y lancé un beso mientras seguía a Kiki y Lady Imurinya en un camino a la luz de la luna hacia la leyenda más antigua que conocía.

Epílogo

Me paré al borde de la luna, un mar de crepúsculo brotaba bajo mis pies, las estrellas colgaban arriba y abajo. Aunque mi punto de vista era glorioso, esta noche no sentía asombro. Sólo afán.

Había esperado seis meses para esto. No perdería ni un segundo.

—Estoy lista —susurré.

Apareció un rastro de luz de luna plateada, desplegándose sobre los pliegues del cielo tocados por las estrellas. Bajaba y bajaba, entre campos de nubes blandas como la nieve recién caída.

Me moví rápidamente, incapaz de igualar el ritmo acelerado de mi corazón. O Kiki, cuyas nuevas alas la habían hecho notablemente rápida. Mientras esperaba que la alcanzara, hizo un juego de enhebrarse entre los rayos de luz que nos perseguían.

¡Date prisa, caracol!, gritó. *La primavera habrá terminado para cuando bajes a la tierra. Nunca conseguiré mis pasteles.*

Me apresuré, sonriendo con nostalgia. Kiki adoraba ser una grulla de verdad y nunca hablaba de su pasado de papel. Pero a veces, cuando estaba asustada o sola, todavía intentaba meterse en mi manga, olvidando que era demasiado grande. Así fue como supe que extrañaba su forma original, al menos un poco.

Juntas navegamos por el sendero iluminado por la luna hasta que se levantó una brisa que atravesó la quietud de los cielos. Imurinya nos había dicho que los hijos del viento custodiaban la división entre los reinos inmortal y mortal. Aquí era donde Kiki y yo nos separaríamos.

Recuerda traer pasteles, dijo, haciéndome prometer por centésima vez. *Los redondos de arroz con pasta de alubias rojas. Pasteles de luna, también. A Imurinya le gustaría eso.*

—Lo recordaré —dije, presionando un beso en la cabeza de mi pajarito—. No le hagas ninguna travesura a la señora cuando yo no esté.

Kiki desapareció detrás de una cortina de luz de luna, dejándome sola con el sol y las nubes. Había llegado al final del camino, pero Imurinya no me había dicho qué hacer desde aquí.

Me agaché, mis dedos acariciaron una nube baja mientras me

rozaba los tobillos. Abajo, el sol iluminaba el mundo y yo tenía la vista de los dioses. En el sur, vi a Gen estudiando detenidamente un tesoro de libros, el espejo de la verdad brillando a su lado. Luego, al otro lado del mar de Taijin, vislumbré a Seryu compitiendo con una manada de ballenas. Sus cuernos se habían convertido en una magnífica corona plateada y sus ojos brillaban más rojos que el sol. *El heredero del Rey Dragón*, recordé. Me preguntaba cómo había logrado eso.

Debió sentir que lo miraba, porque inclinó la cabeza hacia arriba y miró directamente hacia mí, directamente a la luna. Por un momento, nuestras miradas se encontraron y Seryu me dio una sonrisa enigmática. Luego, sin perder el ritmo, se zambulló de nuevo en el mar, rugiendo más allá de las ballenas que acababan de alcanzarlo.

Aplaudí, soltando una carcajada y viéndolos desaparecer más allá del horizonte. Entonces, directamente debajo de mis pies, las nubes cambiaron para revelar una montaña familiar de dos picos. Casi no la reconocí sin su habitual capa de nieve, pero de repente mi corazón latía tan rápido que apenas podía respirar. Y de repente supe qué hacer.

Salté.

No sé si caí o volé. Las nubes oscurecieron mi vista, y el mundo se precipitó en un torbellino de estrellas y luz. Pero luego aterricé, mi espalda hundiéndose en los suaves contornos de la tierra, y cuando sentí el sol en mis mejillas, abrí los ojos.

Estaba tirada en la hierba. Hierba fría y húmeda que me pinchaba los codos y las rodillas. Charcas poco profundas de lodo me flanqueaban, y venas plateadas de escarcha cubrían el campo.

Una capa cayó sobre mis hombros un instante antes de que empezara a temblar.

—Cuidado con el barro, doncella de la luna —dijo Takkan en voz baja, arrodillándose a mi lado—. Está casi congelado. No será divertido caer dentro.

Me levantó a salvo de donde yacía, envolviéndome en su calor, y toqué mi frente con la suya. Mi voz salió ronca, una mezcla de alegría e incredulidad.

—¿Tus primeras palabras para mí son de barro?

Takkan sonrió.

—Pensé que la advertencia era más urgente que una serenata de bienvenida.

—Considérame advertida. Ahora canta.

—¿Ahora? Te vas a reír.

—Nunca me reiría de ti, Bushi'an Takkan —lo dije tan solemnemente como pude, pero mis ojos bailaban y Takkan me conocía.

—Mentirosa —Como castigo, me subió más alto en sus brazos. Grité con sorpresa y deleite cuando me dio vueltas y vueltas, sus botas chapoteando en el barro.

Nos reímos hasta que nos dolió el estómago, el sonido de nuestra felicidad armonizando en una canción que hizo que mi corazón se sintiera tan lleno como el pálido sol detrás de las nubes.

Cuando por fin me dejó en el suelo, los dos estábamos tan mareados que tropezamos el uno con el otro. Me agarró por la cintura y me besó.

Era un beso que valía la pena esperar, ya fuera medio año o la mitad de una vida, un beso que hizo que se me cortase el aliento y se me revolviera el estómago, y que la escarcha que cubría mi nariz y mis pestañas se derritiera con una calidez deliciosa. Pasé mis dedos por su cabello y lo atraje hacia mí, haciéndole cosquillas en la nariz con la mía y viendo nuestra respiración vaporizarse en el aire. Me lamí los labios, saboreando el azúcar.

—¿Pasteles?

—Chiruan los hizo para ti —confesó Takkan con una sonrisa tímida—. Probé algunos para asegurarme de que eran aceptables. ¿Quieres uno?

Pasteles antes que flores, le había dicho. Mientras mi corazón se estrujaba con calidez, los capullos más pequeños florecieron bajo mis pies. Solo quedaba un hilo de magia dentro de mí, pero Kiata… Kiata *florecía* con ella. Para mí se sentía como una capa de amor metida en lo profundo del vientre. Calidez, incluso cuando hacía frío. Alegría, incluso cuando había tristeza. Las flores bajo mis pies florecieron y crecieron.

—Más tarde —respondí finalmente a la pregunta de Takkan. Envolví sus brazos alrededor de mi cintura y me apoyé contra él, sintiendo su aliento agitar mi cabello—. Solo tenemos unos minutos hasta la puesta del sol.

Podría haberme quedado en sus brazos todo el día, contenta con mi vista de los campos de arroz de abajo, el río Baiyun bajando en curva por la Montaña del Conejo hacia los montículos cubiertos de

hierba que rodeaban Iro, el castillo de tejas grises en la distancia cercana. Pero el día se estaba desvaneciendo, la tierra dorada se volvía plateada con la luz de la luna joven.

Sin mencionar que en realidad no estábamos solos.

Una risita aguda delató al intruso y me giré para mirar por encima del hombro de Takkan.

—¡Megari! —chillé.

—Takkan me dijo que les diera de tiempo a solas lo que dura una canción —dijo Megari, dejando una linterna apagada. En el año que había estado fuera, había perdido parte de la redondez juvenil de sus mejillas, pero un destello familiar de picardía brillaba en sus ojos —. Elegí una canción corta.

La tomé en un abrazo, girándola una vez antes de bajarla. Me maravillé con ella. Ahora estaba casi a la altura de mi hombro y ya no llevaba el pelo recogido en coletas, sino suelto sobre la espalda.

—No comentes sobre cuánto he crecido, y no comentaré sobre tu cabello —advirtió Megari antes de que pudiera decir una palabra—. Vas a recibir muchos comentarios al respecto. Confía en mí. Mi padre y Takkan no dejaban de mirarme cuando llegaron a casa. ¡Como si hubieran estado fuera durante años, no meses!

—Mi hermana está empezando a preferir la compañía de los conejos a la de los humanos —bromeó Takkan.

Un par de bestias esponjosas retozaron sobre mis pies, un conejo con manchas marrones incluso se atrevió a mordisquear mis zapatos. Me arrodillé para acariciar su aterciopelado pelaje.

—Por lo general, tienen miedo de los extraños —reflexionó Megari—. Pero no tú.

—Hay muchos conejos en la luna —respondí, soltando a la criatura. Lo vi escabullirse hacia la hierba alta.

Podía sentir a Megari ardiendo con preguntas para mí, pero Takkan tocó el hombro de su hermana, como si le recordara un acuerdo tácito. Con un suspiro, recogió su linterna y la balanceó mientras paseaba hacia la base de la colina, donde habían atado a los caballos.

—Disfruten este tiempo a solas. Una vez que lleguen a casa, mamá no les dará un momento de descanso.

—¡Cuidado al volver a casa! —le dijo Takkan a Megari—. ¡Se está haciendo de noche!

Megari saludó con la mano para mostrar que había oído, y luego una vez más a modo de despedida. Le devolví el saludo, observándola retroceder hacia Iro. Luego mis ojos se dirigieron hacia el cielo, donde el sol poniente cambiaba de lugar con la luna creciente. Un mar de estrellas brillaba a través de la oscuridad diáfana, la grulla de siete puntas ya era más brillante que el resto.

—La han renombrado —dijo Takkan, sintiendo lo que había llamado mi atención—, después de una nueva leyenda.

—¿Qué leyenda?

—Es una leyenda de grullas, demonios y dragones, y una princesa bajo una terrible maldición. Los niños están fascinados.

Silenció lo que fuera que iba a decir tomando mi mano y presionando un beso en mi palma.

—Es una historia decente, pero larga. Te diré después. Esta noche tenemos invitados.

—¿Invitados el mismo día de mi esperada llegada? ¿Quién podría ser tan importante?

Sabía que estaba echando espuma por la anticipación.

—¿Te dije que ahora tenemos un pequeño demonio en la cocina? Llegó hace unas semanas y se metió en la estufa. Quema el arroz y apaga el fuego cuando está de mal humor. Los cocineros están irritados, pero a Megari le gusta. Creo que también Chiruan le está tomando cariño.

Puse mis manos en mis caderas. Los demonios podían esperar.

—¿Quién es el invitado?

—*Invitados* —Takkan se detuvo deliberadamente, disfrutando de mi impaciencia—. Son tus hermanos.

¿Mis hermanos? Una enorme sonrisa apareció en mi rostro.

—¿Han venido?

—Los seis —confirmó Takkan—. Incluso Reiji, de A'landi. Y… tu padre.

Ante eso, mis cejas se levantaron.

Takkan se rio.

—Esa fue mi reacción también. Puedes imaginar la angustia de mi madre cuando se enteró de su visita. Ha pasado la última semana tratando de tener la casa en perfecto orden. Y todavía no ha superado

del todo el hecho de que te recibió durante todo un invierno sin conocer tu verdadera identidad.

—¿Eso significa que no me dejará volver a la cocina?

—Probablemente no. Durante al menos un año, diría yo.

—¿Un año? —me lamenté. Extrañaba cocinar, y por la forma en que mi estómago gruñó en ese momento, también extrañaba comer—. Bueno, tengo seis hermanos por una razón. Esperemos que ella esté más preocupada por ellos que por mí.

—Lo dudo. Tiene que prepararse para la boda de su hijo.

Me sonrojé, con la lengua trabada por una vez. Entonces dije:

—Megari tenía razón, ¿no? Va a ser un caos cuando regrese. Todo el mundo estará mirando y haciendo preguntas...

—Podemos llegar un poco tarde… —dijo Takkan.

¿Un poco tarde?

—¿Escuché bien? ¿Mi honorable y honrado prometido sugiere que lleguemos tarde a la cena? —Fingí jadear de horror—. Con el emperador, nada menos.

Una sonrisa tiró de los labios de Takkan.

—Por ti, estoy dispuesto a doblar algunas reglas.

No pude evitarlo. Salté, pero Takkan ya estaba allí. Sus labios encontraron los míos y nos trabamos juntos, sus manos sosteniéndome por la parte baja de mi espalda, mientras envolvía mis brazos alrededor de su cuello y pasaba mis dedos por su cabello. Nos besamos y besamos, tambaleándonos hasta que caímos contra un árbol, y reímos y chillamos mientras la nieve caía de las ramas sobre nuestras cabezas.

Nunca sabría cuánto tiempo pasamos abrazados contra el árbol, los conejos nos miraban con curiosidad. Demasiado pronto, el crepúsculo envejeció y la noche cayó sobre nosotros. Era hora de volver.

—Deberíamos irnos —dijo Takkan, quitándome copos de nieve de la nariz antes de alejarme del árbol. No soltó mi mano mientras se arrodillaba, recuperando las dos linternas que había traído. Una azul para él y una roja para mí, unidas por un simple hilo rojo.

—Para no perderte en la oscuridad —explicó cuando tracé el hilo con mis dedos.

—Nunca me perderás, Bushi'an Takkan —respondí—. Ya sea

brillante u oscuro, eres la luz que hace brillar mi linterna.

Bajo la luna brillante, hicimos nuestro camino a casa, nuestros corazones radiantes y la luz de nuestras linternas tan radiante como las estrellas.

Fin

Un Proyecto Traducido por



Notas

[←1]

Ay, chica testaruda.



Unidad de longitud, generalmente usada en la marina, basada en la antigua vara castellana y equivalente a 1,6718 m.